

Tomás Moulian

CHILE ACTUAL

Anatomía de un mito

Tomás Moulian

"Para comprender el Chile Actual es necesario establecer el lazo, el vínculo histórico, que une a este Chile del post-autoritarismo, con el Chile Pasado, el de la dictadura. El Chile Actual es la culminación exitosa del "transformismo"(...) El objetivo es el "gatopardismo", cambiar para permanecer. Llamo "transformismo" a las operaciones que en el Chile Actual se realizan para asegurar la reproducción de la "infraestructura" creada durante la dictadura, despojada de las molestas formas, de las brutales y de las desnudas "superestructuras" de entonces. El "transformismo" consiste en una alucinante operación de la perpetuación que se realizó a través del cambio de Estado."

Anatomía de un mito

CHILE ACTUAL



COLECCION
SIN NORTE

ARCIS
UNIVERSIDAD



SERIE
PUNTO DE

Tomás Moulian, sociólogo.

Se desempeña desde 1991 como director de la Escuela de Sociología de la Universidad ARCIS y desde 1996 como director del Centro de Investigaciones Sociales de dicha Universidad.

Ha publicado entre otros, los siguientes libros: Democracia y Socialismo en Chile (1983), La Forja de Ilusiones: El Sistema de Partidos 1932-1973 (1993).

TOMAS MOULIAN

«CHILE ACTUAL : ANATOMIA DE UN MITO»

Serie Punto de Fuga
COLECCION SIN NORTE



*Este libro está dedicado a mis hijos.
Por haberme acompañado en las buenas y en las malas,
por soportar mis distancias y mis idas.
Por su amistad.*

*Este libro es también
para Germán Bravo: a la memoria.
Para Oralia Ventura: en la memoria.*

*«Mi libro es ficción pura y simple.
Es una novela, pero no fui yo quien la inventó»
Michel Foucault, entrevista de Raymond Bellour*

*«A veces, y el sueño es triste,
en mis deseos existe
lejanamente un país
donde ser feliz consiste
solamente en ser feliz.»
Fernando Pessoa, Del Cancionero*

© Tomas Moulian

© LOM - ARCIS

Primera Edición en 1.000 ejemplares, junio de 1997

Décimo sexta Edición en 1.000 ejemplares, diciembre de 1997

I. S. B. N. 956-282-022-X

Registro de Propiedad Intelectual N° 100.226

Diseño de Portada: Manuela Moulian

Diagramación e Impresión

LOM Ediciones

Maturana 9 - 13 Tel.: 672 22 36 Fax: 673 09 15

Impreso en Chile

Agradecimientos

«Chile Actual: anatomía de un mito» es el fruto de estudios y reflexiones emprendidas hace tiempo. Inicialmente quise escribir una «historia política general» del período. A poco andar descubrí que no tenía posibilidades de afrontar esa tarea ni tampoco tenía interés en ella. Nuevas lecturas y discusiones con grupos de estudiantes y colaboradores durante el año 1995 y 1996 me condujeron en otra dirección, hacia un análisis crítico del período actual, punto de partida de su estudio «genealógico».

En este viraje analítico tuvo mucha influencia mi experiencia de trabajo con el Taller de Ayudantes de Sociología. Las sesiones del Taller despertaron mi curiosidad por leer nuevos autores y estudiar otros enfoques. Debo destacar en especial el aporte de Oscar Cabezas. Discuto con él cotidianamente de cuestiones teóricas y me ha prestado una colaboración intelectual y humana inapreciable. Trabajar con los ayudantes del 95-96 significó para mí aprender, abrirme a perspectivas nuevas, desenquilosarme.

El mismo efecto han tenido los años de colaboración con Verónica Huerta, primero en la Dirección de la Escuela de Sociología y ahora en la Dirección del Centro de Investigaciones Sociales. Con ella he discutido muchos temas de este libro y su influencia se observa en múltiples análisis. Su sensibilidad crítica

me ha ayudado a moderar mucho mis tendencias moralizantes y esencialistas. Sin embargo, no ha podido convencerme de hacer un giro teórico más global. Por desgracia no he tenido la audacia de realizar lo que alguna vez me propuso como la crítica más eficiente, sólo una descripción irónica.

En el año 1996 he tenido el privilegio de participar en las discusiones del Seminario Interno del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad ARCIS, junto con Jacques Chonchol, Inés Recca, Diego Palma, Teresa Quiroz, Gabriel Salazar, Orlando Caputto, Carlos Ossandón, Hernán Courard y Eduardo Santa Cruz, como así mismo, con los miembros del Equipo Ejecutivo de éste, Irma Véliz, Juan Pablo Arancibia y David Debrott. Las discusiones han sido apasionantes, especialmente los caóticos intercambios de opiniones en los pasillos, después de las reuniones. Recuerdo especialmente uno, que tuvo un efecto decisivo para el proceso de pulido final de este libro: una discusión apasionada sobre las posibilidades de criticar prescindiendo de todo a priori ético.

Agradezco especialmente las observaciones de Paulo Slachevsky de la Editorial LOM y las de los miembros del comité Editorial del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad ARCIS.

Debo confesar que estas influencias, que me hicieron cambiar algunas de mis oxidadas armas críticas, no consiguieron que cumpliera mi secreto deseo, escribir el primer libro de una nueva etapa. Cambiar de piel es una tarea de lento y doloroso cumplimiento. En realidad este es, en el mejor de los casos, el último libro de una etapa que siento necesario superar en el futuro.

Prólogo

Del uso de la metáfora en este texto: «poniéndose el parche antes de la herida».

Utilizaré los recursos de la poética dentro de un discurso que, pese a esa intención, no renuncia al uso del léxico de las ciencias sociales. La aproximación al lenguaje poético, a través de tropos que denominaré genéricamente metáforas, es indispensable para mi proyecto.

Intento la «comprensión» de una época plagada de experiencias límite, trágica para muchos, con actores viviendo un mundo donde la aplicación de cierta racionalidad estratégica (la del terror) los condujo a la actuación delirante. Aquellos que intervinieron o masacraron los cuerpos indefensos de otros, se comportaron como si existiera una moralidad en la práctica del sadismo impuesto a las víctimas, un uso de la crueldad justificada por el «bien común»: uso patriótico, humanista y cristiano.

¿Cómo describir esos infiernos, transmitiendo emociones que permitan la «comprensión», con el lenguaje circunspecto, congelado, grave, falsamente objetivo de las «ciencias humanas»?⁽¹⁾.

1 Algunos textos necesitan, como este libro, un lenguaje que escape a los rígidos cánones del estilo sociológico. Ver HUERTA, Verónica: «LOS VETERANOS DE LOS '80. Desde fuera, en contra y a pesar de la institucionalidad. Relatos de vida». Tesis de grado. Escuela de Sociología, Universidad ARCIS, agosto 1993. La autora plantea con ironía en la Anti-dedicatoria (antipoética) de su tesis de grado una especie de disolución del objeto de la práctica académica en que está embarcada: «Un estudiante de sociología me ha preguntado: ¿qué es una tesis de grado?.../Yo he contestado como un loro: es la culminación — en última instancia — del proceso educativo/¿Si?, ¿será eso?... puede ser».

Esta introducción respecto al valor del juego lingüístico sería ociosa frente a una comunidad académica acostumbrada al carácter comunicativo, instrumental o no esencialista de la conceptualización en el discurso científico⁽²⁾. Por desgracia, la estrategia defensiva que desarrollo en estos párrafos, esto es responder preventivamente ataques posibles, es aún necesaria. Más de algún lector grave y circunspecto se preguntará, el uso de las metáforas, tratadas no como aproximaciones retóricas sino como conceptos pertinentes, cuyo valor es su potencial signifiante, ¿no implicará transgredir las exigencias del análisis social, vulnerando su diferencia específica («hablar con objetividad de hechos»), diluyendo sus fronteras con relatos cercanos a la ficción? Mi intención es producir esa disolución. Por algo he puesto como texto liminar esta profunda e ingeniosa frase de Foucault: «Mi libro es una ficción pura y simple... Es una novela. Pero no fui yo quien la inventó»⁽³⁾.

En realidad, contestar a fondo las objeciones a esta propuesta requeriría un tratado de epistemología, lo que no está a mi alcance ni tampoco suscita mi interés. Dicho brevemente, la producción de textos en ciencias sociales debe eludir el improductivo dilema dualista en que se intenta colocarla: la opción entre el texto ritualizado por el modelo académico predominante y el ensayo redescubierto por los «novísimos teóricos».

El primer modelo se caracteriza a) por arborescentes y a veces pueriles marcos teóricos, b) por hipótesis, no siempre explícitamente formuladas, apoyadas en débiles probanzas (la autoridad de otros textos, la autoridad de cuadros estadísticos propios y frecuentemente ajenos, susceptibles de ilustrar lo que se afirma pero también algo diferente, hilvanando los mismos datos

2 Entre otros ver FOUCAULT, Michel: SABER Y VERDAD. Editorial La Piqueta, Barcelona, España, 1991; RORTY, Richard: IRONIA, CONTINGENCIA Y SOLIDARIDAD. Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1991.
3 MILLER, James: LA PASION DE MICHEL FOUCAULT. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1995, p. 218. Entrevista con Raymond Bellour, 30 de marzo de 1990.

con otro marco teórico), y c) por interminables y exhaustivas notas al pie de página colocadas según una rigurosa normativa canónica.

Estas notas tienen una función principal y otra secundaria. La principal es demostrar la babilónica erudición del autor, virtud o apariencia usada como principio de autoridad. Parafraseando a Foucault o a Bourdieu: el dispositivo de la cita opera como recurso de poder, o se usa como la exhibición del capital cultural propio o como colaboración a la valorización del capital cultural de los pares⁽⁴⁾.

La secundaria es mantenernos informados del caudal bibliográfico pertinente, actualmente un verdadero torrente. A veces, la intuición permite descubrir una perla entre esos rigurosos listados producidos por investigadores exhaustos de tanta lectura redundante. Antaño el cura y el barbero expurgaron la biblioteca de Don Quijote causando gran daño a su dueño, pues sacrificaron sus amados relatos de caballería.

No estoy seguro de que pueda decirse lo mismo de Carvalho, el detective iconoclasta⁽⁵⁾, que alimenta su chimenea con libros de su inagotable biblioteca, seleccionados con la fina erudición de un lector saturado⁽⁶⁾.

Pero el rechazo del modelo predominante de textualidad en las ciencias sociales, con su erudición aparente, sus pretensiones de objetividad, sus frágiles pruebas a las que asigna el peso de la autoridad, no entroniza al neocuento como única alternativa. Por lo menos no el ensayo que actualmente algunos reivindicamos: un texto hermético que preferentemente comenta otros textos, como

4 Es evidente que las citas también las usó para los mismos objetivos rituales. Graham Greene, el gran maestro, decía en algunos de sus libros entrevistas que sólo soportaba la crítica mordaz a los demás en quienes aplicaban el ácido sentido del humor a sí mismos.

5 Pepe Carvalho es el sofisticado detective creado por Manuel Vázquez Montalbán. Gourmet, culto y desencantado, ha adoptado en el último tiempo unos comportamientos que claramente privilegian el hacer o la vida sobre el saber. Dícese que es influencia nietzschiana. Ver VÁSQUEZ MONTALBÁN, Manuel: TATUAJE. Editorial Planeta, Barcelona, España, 1992. En esa novela Carvalho empieza a trabajar como investigador privado.

6 Además está decir que no aborrece los libros, sólo el atiborramiento.

si la historia se agotara en los libros escritos sobre ella y la realidad sólo constituyera una paráfrasis de la escritura.

En todo caso, más allá de las opciones metodológicas de sus cultores, el ensayo aporta aire y luz en el clima monótono de la escritura sociológica. Tiene razón Nelly Richard cuando plantea que nuestra incapacidad de transgredir la canónica escritural nos ha impedido avanzar más allá en la iluminación de las realidades estudiadas⁽⁷⁾.

Pienso, sin embargo, que el futuro de la escritura sociológica se encuentra en la hibridez. Otra metáfora, una importación de la genética, enaltecida al estatuto de un concepto de la analítica cultural⁽⁸⁾. «Dícese de todo lo que es producto de la mezcla de elementos de distinta naturaleza» define el diccionario. Dícese de un discurso «bricolé» o de montaje que recurre para transmitir, tanto la riqueza y la pasión de lo vivido como los monótonos procesos estructurales, a todos los recursos disponibles, olvidándose de la canónica escritural de la sociología: junta el concepto, la cita erudita, el análisis numérico con el juego lingüístico, las referencias literarias, las técnicas retóricas y de la ficción, los relatos periodísticos o la invención cultural a lo Borges: Pierre Menard creando el Quijote.

A ese modelo quiero acercarme al escribir este libro, recuperando mayor libertad para interpretar una historia desde el revés al derecho⁽⁹⁾, para reconstruir un mundo de vida trastornado por torvos sucesos y ciertas experiencias dantescas, para dar cuenta de crueldades y heroísmos, de cambios culturales, de olvidos y de mitos, de la destrucción del Estado-aparato del viejo capitalismo y de otras transformaciones. El lenguaje

7 Ver RICHARD, Nelly: *LA INSUBORDINACION DE LOS SIGNOS (Cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis)*. Editorial Cuarto Propio, Santiago, Chile, 1994.

8 Ver GARCIA CANCLINI, Nestor: *CULTURAS HIBRIDAS. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Editorial Grijalbo, Ciudad de México, México, 1990.

9 *Pasaré de una interpretación de lo actual a una interpretación de su pasado en cuanto constitución, producción de lo actual.*

tradicional de la sociología no alcanza para hacer «comprensible» esa odisea de creación y de crueldad, de innovación y de castigo.

Estos intentos son relativamente nuevos en la sociología ilustre, instituida, pero son muy antiguos, por ejemplo, en la filosofía. Platón utiliza la forma del diálogo y sus argumentos tienen una estructura dramática y un vigoroso aliento poético. Nietzsche escribe aforismos y poemas: «Desde que me cansé de buscar/ aprendí a encontrar./ Desde que un viento se me opuso/ navego con todos los vientos»⁽¹⁰⁾. Diderot crea novelas en las que algunos ven ilustraciones de su filosofía, Sartre produce un teatro que pone en juego y en escena su filosofía moral. ¿Quién puede olvidar en *Las manos sucias* los dilemas éticos de Olga o de Hugo, ilustraciones del compromiso y de la ambigüedad?⁽¹¹⁾. En contrapartida, ¿quién recuerda esa temática en *El Ser y la Nada?* Derrida, según Rorty, se asemeja a Proust como creador de léxicos nuevos⁽¹²⁾.

Mi intención es reaprender a escribir produciendo este texto. Prefiero enfrentar los peligros del exceso retórico antes que el vacío de la pulcritud, las ambigüedades antes que el helado rigor de un saber redondo. Este es un ensayo. Su destino no se juega ni en la coherencia absoluta ni en la demostración formal de cada hipótesis. Se juega en la insinuación. Quisiera que los libros usados, de los cuales evito hacer un uso maniaco-erudito, permitan abrir ventanas que iluminen con su luz exterior, de afuera, algunos procesos sociales.

10 NIETZSCHE, Friedrich: *EL GAY SABER*. Madrid, España, Editorial Espasa Calpea, pp. 49.

11 Ver SARTRE, Jean Paul: *LAS MANOS SUCIAS*, Editorial Losada, Buenos Aires, Argentina, 1958.

12 Ver RORTY, Richard: *IRONIA.../OP.CIT.*

PRIMERA PARTE
EL CHILE ACTUAL, PARAMO DEL
CIUDADANO, PARAISO DEL CONSUMIDOR

Capítulo Primero

La matriz del Chile actual: La Revolución Capitalista

1. Cuestiones narrativas: El salto y el racconto

Este libro está escrito como un cuento al revés. Empezaré por el Chile Actual y saltaré desde él hacia sus orígenes en la Unidad Popular y hacia los dilemas de los comienzos, en las primeras semanas después del golpe, en los primeros años después del golpe. Salto hacia atrás de 23 años, hacia septiembre de 1973; de 21 años, hacia abril de 1975; de 16 años, hacia el plebiscito de 1980, momento en que comienza la actualidad de Chile.

Partiendo del Chile Actual meto el relato en una máquina compresora del tiempo para retroceder hasta los comienzos. ¿Por qué este ir y venir?, ¿por qué no respetar la temporalidad lineal, no ver primero los orígenes y luego la actualidad? Se trata de un recurso narrativo, de una estrategia.

Considero al Chile Actual como una producción del Chile Dictatorial, pero sin aceptar ni el determinismo ni la necesidad, la imagen simple que una sociedad creada con los «materiales» del Chile Dictatorial no podía ser otra cosa que una fotografía de éste, algunos años después.

Una de las principales imágenes que proyecta el Chile Actual es de algo Sólido, «que (no) se desvanece en el aire», porque se re/

presenta como la Única Racionalidad⁽¹³⁾. Se argumenta a sí mismo de este modo: Chile Actual es así porque debió ser así, no tenía otro camino si quería seguir la dirección de la Razón. Sólo más allá de la Razón efectivamente tenía otros caminos⁽¹⁴⁾. Es justamente esa mirada la que deseo evitar, usando la estrategia del salto narrativo.

Al contar la historia desde adelante hacia atrás podremos mirarla explorando sus determinaciones pero también sus contingencias y azares. Podremos hacer una «genealogía» del Chile Actual, lo que significa interrogar el proceso de producción desde la actualidad misma. Podremos estudiar las alternativas desechadas en las luchas entre diferentes proyectos, las oportunidades perdidas por unos y otros porque miramos desde una historia cuyo momento presente conocemos. Tenemos ante nuestros ojos lo estatuido, de modo tal que conocemos el fin y podemos detenernos en su transcurso.

Entonces, después de una interpretación sintética del Chile Actual, pasaremos al estudio de su proceso de producción desde algunos momentos particulares privilegiados. Por ejemplo, la Unidad Popular vista desde la explosión del golpe, algunos años de la fase terrorista y, especialmente el momento crucial en que se pone en acción el dispositivo transformista.

En el análisis de la Unidad Popular trato de mostrar una subjetividad en proceso de constituirse. Ausculto la subjetividad optimista, radical y «utópica» de la UP (en el peor sentido del término), al final una mentalidad «autista», sin criterio de realidad y derivando hacia una rabia y un odio impotentes. Investigo la subjetividad de sus enemigos, punto de partida de lo que pronto devendrá crueldad. El odio, el desprecio al «upeliento»⁽¹⁵⁾, el ansia de castigo, de que una autoridad fuerte encauce el caos, evite la profundización de la «crisis del ser».

¹³ Este tema será desarrollado más adelante.

¹⁴ Es la ideología de la necesidad histórica que se presenta con otros ropajes.

¹⁵ Una poderosa construcción lingüística que junta UP con "peliento", chilentismo sinónimo de roto, pero más despectivo aún.

En el análisis del Chile Actual abordaremos, con grados diferentes de desarrollo pero manteniendo siempre la modalidad ensayística, los siguientes aspectos: a) el estudio de la política, la ciudadanía y los partidos, b) el estudio de la economía, la distribución y el consumo, este último considerado como culto y pasión del Chile Actual, c) el estudio de la ciudad y su violencia.

2. Matriz, Cópula.

¿Cuál es la matriz del Chile Actual?, ¿cuáles son los ancestros, el linaje de esta sociedad obsesionada por una modernización que alegremente confunde con modernidad? o ¿cuáles son los vectores, tanto del moldeamiento estructural como de la socialización cultural de este Chile nuevo y (para mí) ajeno? ¿Cómo se fue dando la constitución de lo actual en ese pasado pesado, pesante diría Kundera, siempre vivo porque ha sido y es negado?⁽¹⁶⁾

Una de las metáforas principales de esta primera parte será la de la matriz. Matriz: «víscera hueca de forma de redoma, situada en el interior de la pelvis de la mujer... en ella se produce la hemorragia menstrual y se desarrolla el feto hasta el momento del parto». También: «molde de fundición»⁽¹⁷⁾. La metáfora de la matriz expresa la idea de un linaje, supone que nacer en ese vientre y de ese semen produce efectos sobre el cuerpo, el carácter, sobre la historia. Efectos regidos por el código genético de una revolución, que es su «determinante en última instancia».

Refiere también la metáfora de la matriz a la idea de un continente que moldea el contenido. Vientre o molde, espacio donde lo actual se fue constituyendo, modelando, tomando forma, hasta llegar a ser un cuerpo, una sociedad. Cuerpo, sociedad conformada dentro de un espacio, que puede ser más o menos

¹⁶ La metáfora expresa vivencias, no un en-sí, sino un para mí, un para-nosotros.

¹⁷ DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA. Editorial Espasa Calpe, Madrid, España, 1994.

rígido o flexible. Resulta más evocativo pensar en el espacio, desigualmente elástico, de una redoma. Esta es una vasija de vidrio que hacia arriba se va estrechando como un embudo⁽¹⁸⁾.

Chile Actual proviene de la fertilidad de un «ménage a trois», es la materialización de una cópula incesante entre militares, intelectuales neoliberales y empresarios nacionales o transnacionales. Coito de diecisiete años que produjo una sociedad donde lo social es construido como natural y donde (hasta ahora) sólo hay paulatinos ajustes

Ese bloque de poder, esa «tríada»⁽¹⁹⁾, realizó la revolución capitalista, construyó esta sociedad de mercados desregulados, de indiferencia política, de individuos competitivos realizados o bien compensados a través del placer de consumir o más bien de exhibirse consumiendo, de asalariados socializados en el disciplinamiento y en la evasión. Una sociedad marcada por la creatividad salvaje y anómica del poder revolucionario.

En la Matriz de una dictadura terrorista devenida dictadura constitucional se formó el Chile Actual, obsesionado por el olvido de esos orígenes.

3. ¿Qué es y cómo es una revolución capitalista?

A. Los poderes en las revoluciones: fusión y fisión

¿Cuáles son los medios sin los cuales la revolución es sólo acción retórica y no práctica real? Sólo retórica: es decir una acción que deja de ser fuerza destructora del Estado preexistente y transformadora de la sociedad caduca, deja de ser una violencia

18 IBID.

19 De una tríada, aunque con otros componentes, habló Guillermo O'Donnell. Lo cito, un poco inoportunamente, porque es el que mejor dio cuenta, desde el lenguaje, de la abrumadora nueva realidad que significaban las dictaduras con proyecto revolucionario. Ver O'DONNELL, Guillermo: «Reflexiones sobre las tendencias generales de cambio en el estado burocrático-autoritario». En: *Revista Mexicana de Sociología*. Ciudad de México, México, N°1, 1977.

que destruye pero crea, para convertirse en un vendaval de palabras, una «fuerza» inerme, gestora de una sociedad que chapotea en el pantano de una crisis.

Una revolución es la resultante de intervenciones de sujetos sobre las inercias de lo instituido, sobre la tendencia a la reproductibilidad de los sistemas, con el objetivo de transformarlos. Derrida usó un lenguaje parecido en un episodio de la visita que remeció nuestra aldea⁽²⁰⁾. Dicho en otro léxico: la revolución modifica la estructuración dispersa y plural de los poderes, sometiéndolos a los procesos de fusión y de fisión.

Cuando existe una revolución en acto, los poderes normativos o jurídicos, coercitivos y cognitivos son sometidos a las dinámicas metamórficas y conmocionantes de la fusión y de la fisión. Una revolución es la concentración y dinamización del poder jurídico o legal, del poder sobre los cuerpos o terror y del poder sobre las mentes o saber.

Fusión: los poderes, que son relaciones plurales y dispersas en las circunstancias de la cotidianidad, se concentran hacia arriba, en el Estado, el cual acapara y monopoliza decisiones, anula o minimiza los otros poderes verticales sometiéndolos a la lógica global de un diseño racional y planificado, a la totalización artificiosa de una sociedad ordenada desde arriba.

La fisión es la liberación de energía producida por la escisión del núcleo de un átomo a través de su bombardeo con neutrones. La liberación de energía que se genera es descontrolada y devastadora en el pavoroso acto de Hiroshima y es controlada y regulada en los experimentos de las centrales nucleares. La diferencia entre un caso y otro no es la intensidad de la energía liberada sino el carácter concentrado o progresivo de esa liberación.

20 DERRIDA, Jacques: «Derrida y el tiempo de la confusión» (Entrevista). En: *Diario La Epoca*, 3 de diciembre, 1995.

La revolución como acto se puede asimilar a la liberación de calor y radiación de una explosión nuclear, ella destruye para crear una situación de tabla rasa sobre la cual reconstruir. Reconstruye sobre el apocalipsis. Mientras que la fisión controlada que existe durante las fases prolongadas de una dictadura revolucionaria puede asimilarse a la potenciación regulada de la energía que tiene lugar en los experimentos nucleares.

En todos los momentos del proceso revolucionario el poder siempre conserva la doble capacidad de destrucción y de creación. No existe una dinámica simple y lineal de tránsito desde la destructividad pura del momento originario hacia la creatividad pura de la consolidación, no hay un claro «turning point».

El poder siempre se despliega en las revoluciones como fusión, es decir como uniformación de la pluralidad de poderes bajo la forma cosificada de un poder burocrático que subordina, coarta. Desde el Estado se irriga hacia abajo por el sistema circulatorio de la sociedad, pero como multiplicación y no como diversificación. Es el Proyecto, sus ideas-fuerzas, sus valores, sus normativas, lo que transmite el Estado por el torrente sanguíneo.

Pero simultáneamente existe fisión. Esos poderes hacia abajo son como clones, multiplicaciones del Estado-Leviatán, pero igual están marcados por la energía exuberante de esa dominación creativa que barre convenciones centenarias, que hubiesen demorado años en sucumbir, e introduce ilusiones o sueños de racionalización (modernizaciones).

La potencia generada por la explosión social, revela la labilidad de todo lo establecido y deja espacio al recambio de protagonistas, a la aparición en el escenario histórico de fuerzas nuevas. Coyuntura de una creatividad desbordante de los poderes, asimilada en este texto a la fisión: la doble capacidad de destrucción de lo viejo y producción de lo nuevo.

Esa potenciación se transmite desde arriba hacia abajo. Pero mientras logra reproducirse la ley de la fusión, o sea la capacidad

del Estado de decidir casi sin contrapesos, sin considerar «cheks and balances» jurídicamente normados, sin tener que inclinarse ante grupos de presión, los otros-poderes, sean éstos mezzo o micro, están en la situación del ajedrecista de Benjamin: el jugador visible, el autómata perfecto que a todos vencía, era la marioneta de un enano escondido que movía las piezas ⁽²¹⁾. La cita se recoge con todo su carácter paradójico: en los momentos de las revoluciones en que funciona la ley de la fusión, esto es hasta que la dictadura terrorista no es sobrepasada por una dictadura constitucional, ocurre lo contrario que en el cuento de Benjamin. La máquina-Leviatán es la marioneta que maneja, en última instancia, los otros-poderes, por ostentosos que éstos sean.

Esta ley tendencial de la fusión, ese «jacobinismo» que tienen las revoluciones en sus momentos de la toma del poder y de la «dictadura terrorista-revolucionaria», no es inercial ni auto-reproducida. Todo lo contrario. Requiere de una constante energía y capacidad coactiva del Poder estatal. En verdad, en sociedades secularizadas y heterogéneas, la tendencia estructurante de la trama de poderes es a la diversificación y no a la simple multiplicación clónica.

Por ello mismo, especialmente cuando la revolución tiene lugar en sociedades que vivieron en la experiencia de la diversidad cultural, el Estado-Leviatán no puede reposar en los laureles. Debe trabajar arduamente para crear dispositivos de producción normativa, de aterrorizamiento y de legitimación por el saber.

De esa manera se presenta la paradoja del poder en las revoluciones. Este se fusiona y simultáneamente se dispersa, pero desde arriba, bajo la mirada de águila del Estado. Ni siquiera una revolución logra anular la multiplicidad y la red intrincada de los poderes, ni siquiera en ella el Estado lo es todo, pero sí es el concentrador y la fuente de una energía que se reparte. La

21 BENJAMIN, Walter: *LA DIALECTICA EN SUSPENSO. FRAGMENTOS SOBRE LA HISTORIA*. Editorial Lom-Arcis, Santiago, Chile, 1995. Traducción, introducción y notas de Pablo Oyarzún.

«sociedad civil» no es siempre la pura mimesis del Estado pero sí su referente y el lugar de donde dimana la fuerza multiplicada.

B. La aleación: poder, terror, saber

Las dictaduras revolucionarias, que son un tipo específico y diríamos «superior» de dictaduras, nacen de la poderosa aleación entre Poder normativo y jurídico (derecho), Poder sobre los cuerpos (terror) y Poder sobre las mentes (saber). Pero si se analiza a fondo esta estructura, lo que tiene peso decisivo es el terror, ya que es el fundamento de la soberanía absoluta del despotismo y es capaz de acallar la soberbia del saber.

Terror. Hemos usado exprofeso el término sin definirlo, ahora es necesario hacerlo. Terror es la capacidad que tiene un Estado de actuar sobre los cuerpos de los ciudadanos sin tener que reconocer límites en la intensidad de las intervenciones o de los daños y sin tener que enfrentar efectivas regulaciones en la determinación de los castigos o prohibiciones. Terror es la capacidad absoluta y arbitraria de un Estado de inventar, crear y aplicar penas o castigos sin más límites que las finalidades que se ha definido. Terror es la capacidad de un Estado para conseguir el acuerdo de muchos ciudadanos, que se autoconciben como pacíficos y tolerantes, para usar violencias y daños contra los enemigos políticos, en nombre de un bien mayor. Terror es la situación que empujó a los alemanes a ignorar la existencia de Auschwitz, a muchos chilenos a no aceptar saber de los detenidos-desaparecidos, de las torturas masivas. Se trata de una complicidad silenciosa, que permite la adopción generalizada de la crueldad como un medio legítimo para obtener grandes fines, la transformación de Chile en una «gran nación», en el Chile Actual.

El terror es el arma fundamental de una revolución minoritaria en sus etapas iniciales. Sin ella la soberanía absoluta, la capacidad de refundar las instituciones y el derecho, sería

imposible y el saber oficial debería enfrentarse a la competencia argumental con otros saberes. El terror necesita de una expandida aceptación de crueldad, de una complicidad tácita o explícita. Requiere que la mayor parte no haga preguntas, como esos vecinos de la casa situada en Irán y Los Plátanos que nunca escucharon los gritos de las torturadas⁽²²⁾.

En ciertas etapas de una manera decisiva, pero siempre en alguna medida importante, el poderío singular de las revoluciones tiene relación con esa capacidad de intervenir los cuerpos, de usar dolor y muerte en nombre de los principios, trascendentales pero dañinos, de la soberanía y del saber único: Sin embargo, no toda la dictadura revolucionaria está obligada a la crueldad, aunque sí a la represión. La crueldad es la necesidad de una revolución que realiza intereses minoritarios o que está aislada de la masa o que la teme.

El carácter profundamente retórico de la Unidad Popular se revela, se pone en evidencia negro sobre blanco, cuando se analizan los componentes de su aleación de poder: un poder jurídico débil, trabado, compartido, que no permitía procesar ninguna reforma por la vía institucional; un poder-saber fuerte como construcción teórica y capacidad comunicativa segmentada, que había alimentado desde la revolución bolchevique las ilusiones de millones de trabajadores, pero que le otorgaba el protagonismo histórico a una clase particular en contra de las otras clases, que no hablará a nombre de universales comunes; un poder-terror inexistente, aún en las formas más débiles de la mera capacidad coercitiva o de la capacidad de asegurar el monopolio de la violencia para las «fuerzas públicas» y de garantizar que éstas respondieran a la cadena institucionalizada de mando.

En el período de la Unidad Popular, en vez de terror, hubo tolerancia liberal y libertinaje. Un gobierno constantemente

22 CERDA, Carlos: (Entrevista). En: *La Epoca*, 17 de noviembre 1996. Véase también CERDA, Carlos: *LA CASA VACIA*, Editorial Alfaguara, 1996.

superado por los grupos ultraderechistas o ultraizquierdistas que se tomaban la calle. Sin embargo, se produjo temor, porque el discurso sobre la organización del futuro Estado socialista (dictadura del proletariado) y sobre la necesidad (teórica) de la violencia atemorizaban, producían miedo. Se trata de un caso prototípico, un verdadero modelo, de «retorificación» del discurso político. El peso semántico de las palabras amenazantes, la carga semántica de la palabra violencia impedían ver o, más bien, permitían impedir ver, lo que había tras las palabras. Estaba el viento, el deseo, las puras ganas.

C. La opción política por una revolución capitalista

El Chile Actual proviene de una revolución capitalista y de una duradera dictadura revolucionaria de ese tipo. Pero, en el inicio el proyecto de revolución tuvo que arreglar cuentas con el proyecto de restauración.

No le fue difícil obtener el triunfo. Pese a que la restauración de la democracia fue el discurso-bandera de la lucha contra la UP, el proyecto moderado vio minadas sus posibilidades por la carga brutal de violencia colocada en el golpe mismo y en los días siguientes. Esa brutalidad represiva, ausente en la mayor parte de los golpes militares latinoamericanos, necesitaba ser justificada por la promesa de la realización de una gran obra. A esto hay que agregar, además, el peso de una ideología, la de la necesidad de una revolución.

Como se verá más adelante, esos dos factores fueron determinantes en la derrota de la opción moderada y en la imposición de la idea de una revolución capitalista necesaria, en ese sentido significada y vivida como inevitable.

a. Rasgos distintivos de la revolución capitalista

Tres rasgos caracterizaron el proyecto que se impuso como «revolución capitalista»: a) constituyó una contrarrevolución, b) fue realizada por la «mediación» de los militares y c) no asumió la modalidad de una revolución burguesa.

Fue una contrarrevolución, más precisamente una reacción contra un movimiento popular ascendente, un movimiento que a priori carecía de positividad pero que estaba preñado de negatividad. Por tanto tenía que construir su identidad, la definición de sí en su propio desarrollo, en su despliegue, tuvo que superar la fase inicial en la cual su única marca y saber era la negación casi atávica de lo que había sido la Unidad Popular, no en-sí sino para sus enemigos. El contenido de la negación era el rechazo al «roto» y a sus ilusiones de poder, el repudio al comunismo y sus expectativas de un futuro sin clases. Lo positivo era primario, como contrarrevolución estaba centrada en los impulsos irracionales, los sentimientos de rabia, venganza y de odio.

No podía adoptar la modalidad de una revolución burguesa típica. Dado el desarrollo del capitalismo chileno hasta 1973, la realización de una transformación capitalista requería el disciplinamiento simultáneo de los asalariados y de los burgueses. Le fue necesario ajustar a la lógica globalizadora del desarrollo capitalista los intereses particulares de las fracciones burguesas que habían parasitado del proteccionismo estatal. La realización de una revolución capitalista requería tanto el desarrollo capitalista del campo, lo que implicaba evitar retroceder hacia las viejas y agotadas estructuras latifundiarías como modificar la lógica mercado-internista de la industrialización.

Por ello que esa revolución solamente podía ejecutarla una alianza dirigida por los militares, quienes eran una fuerza neutral entre las diferentes fracciones del capital y entre los grupos de capitalistas concretos, una fuerza que podía posicionarse

asumiendo el punto de vista de los objetivos globales. Ella tuvo a su disposición una capa de intelectuales orgánicos con ideología económica liberal. Si esa capa intelectual no hubiese preexistido al golpe, con un cierto grado de organización y un proyecto que podía esgrimirse como saber científico, es posible que el movimiento militar hubiese adoptado, como en Brasil, orientaciones mucho más estatistas o, como en Argentina, se hubiese debatido entre populismo y liberalismo ⁽²³⁾.

No había, pues, tal «necesidad objetiva» de una revolución capitalista, necesidad que pudiera ser categorizada como ineluctable ⁽²⁴⁾ o como único camino («one best way»).

Lo que sí existió, por las condiciones de la coyuntura histórica, fue una confluencia afortunada de actores. La posibilidad de un bloque de clases funcional: militares embarcados en un golpe sin tener un proyecto propio pero con «voluntad de poder»; una derecha política dispuesta a traspasar totalmente su soberanía y fácilmente persuadible de la necesidad de una «cirugía mayor»; empresarios disponibles para el disciplinamiento y para la aceptación de una lógica de largo plazo, con tal de no verse nunca más amenazados por el movimiento popular; un grupo de economistas monetaristas con un programa de desarrollo alternativo al clásico intervencionismo estatal, desvinculados de la política (por tanto confiables para los militares), sin intereses económicos propios y con redes externas.

23 VALDES, Juan Gabriel: *LA ESCUELA DE CHICAGO: OPERACION CHILE*. Grupo Editorial Zeta, Buenos Aires, Argentina, 1989; STEPAN, Alfred: *THE MILITARY IN POLITICS: CHANGING PATTERNS IN BRASIL*. Princeton University Press, New Jersey, Estados Unidos, 1971. Para el caso argentino entre 1966 y 1973, O'DONNELL, Guillermo: «Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976». En: *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, Argentina, 16, N°64, enero-marzo 1977.

24 Uso exprofeso un término utilizado por Lenin en «¿Quiénes son los amigos del pueblo? Para el análisis de la noción leninista de necesidad ver MOULLAN, Tomas: *DEMOCRACIA Y SOCIALISMO EN CHILE*. Ediciones Flacso, Santiago, Chile, 1983.

b. La ideología de la necesidad

El planteamiento del carácter necesario de la revolución o de la «refundación de Chile» debe considerarse como un recurso ideológico, de legitimación de los «costos humanos». Esta idea de la necesidad actuó como el raciocinio teórico de la crueldad. Cumplió el papel de proporcionar los «argumentos fuertes» para justificar que el golpe se hubiera vuelto revolución y desplegado, durante largo tiempo, como una dictadura revolucionaria, con su inevitable cuota de terror.

La experiencia de la Unidad Popular fue percibida por los «nuevos revolucionarios» como gatilladora de una «crisis del Ser». Pero ese gatillamiento constituía una actualización. La crisis se arrastraba, venía de lejos, y la Unidad Popular cumplió, al potenciarla, el papel de revelador. Dicho de otro modo: pese a sí misma, la Unidad Popular salvó al Ser, a la nación. Hizo visible el cáncer secreto que la roía y permitió los drásticos remedios que condujeron a la curación.

¿Qué era la «crisis del Ser-Nación» para estos ideólogos? Esta consistía en la contradicción entre la democracia y el desarrollo económico, consistía en la imposibilidad de la nación de producirse como armonía de los elementos que la componían, era una fractura del Todo, un desajuste de sus capas tectónicas.

La situación estructural o tipo de desarrollo capitalista se configuró de una manera que permitió la estructuración de una matriz populista y una situación estabilizada del campo de fuerzas, caracterizada por una estable repartición tripartita. Esta combinación produjo una serie bastante continua de situaciones populistas.

Las situaciones populistas se extendieron en el tiempo y desde la década del sesenta adquirieron un carácter primero peligroso para el sistema económico, después antagónico. Ellas existieron, entre 1938 y 1947, en la fase de los gobiernos de centro-

izquierda, entre 1952-1958, con ocasión del segundo gobierno de Ibáñez, entre 1964 y 1970 durante la administración Frei Montalva, para llegar al paroxismo entre 1970-1973.

La matriz populista, la «mesa de tres patas» que formaban los empresarios mercado-internistas, el Estadō y los asalariados organizados, favorecía sin duda la repetición, más o menos constante, de estas situaciones populistas. O sea, la reiteración de gobiernos que veían en las políticas redistributivas de ingresos y la ampliación relativa de las funciones estatales de bienestar, la forma de ir convirtiendo la democracia formal en sustantiva.

Sin embargo, este predominio de experiencias nacional-desarrollistas con tintes populistas no se sostenía en aquellas meras razones ideológicas. En última instancia, se sostenía en la estructura de compatibilidad con el tipo de desarrollo capitalista. El otro factor adicional básico fue la incapacidad de los partidos de derecha para impulsar proyectos que pudieran incentivar una alianza con los variables centros de la época. Esos partidos no pudieron nunca impulsar soluciones modernizadoras, porque el objetivo de estos aggiornamientos debía ser el cambio de la situación agraria, la solución del atraso rural⁽²⁵⁾.

La radicalización política del sesenta y cinco, y luego del setenta, tiene como explicación de fondo el fracaso de los representantes políticos de las clases dominantes para ser capaces de encabezar, como intentó Arturo Alessandri en 1920, un programa modernizador de cambios o para estar siquiera en condiciones de formar parte de una alianza reformadora, por ejemplo con Frei en la elección del cincuenta y ocho o más tarde en el gobierno del sesenta y cuatro al 70, o aún más tarde, con Tomić en la elección decisiva de 1970.

25 He desarrollado este punto en MOULIAN, Tomás: *LA FORJA DE ILUSIONES*, Ediciones Flacso-Arcis, Santiago, Chile, 1993. Ver también SCULLY, Timothy: *LOS PARTIDOS DE CENTRO Y LA EVOLUCION POLITICA CHILENA*, Ediciones Cieplan-Notre Dame, Santiago, Chile, 1992, y ATRIA, Raúl/TAGLE, Matías (Editores): *ESTADO Y POLITICA EN CHILE, Ensayos sobre las bases sociales del desarrollo político chileno*, Ediciones CPU, Santiago, Chile, 1991. Este tema es retomado más adelante en el Capítulo Segundo.

Después del golpe, los críticos apocalípticos hablaron de un largo período de demagogia, de adulación de las masas, de una sobresaturación inorgánica de demandas, de una democratización populista que era incompatible con el «desarrollo económico».

Pero todas esas situaciones fueron una resultante determinada por la existencia de un tipo de desarrollo capitalista cuyo dinamismo provenía del mercado interno y de un cierto campo de fuerzas correlacionado, con una izquierda institucionalizada que interactuaba con el centro disponible, frente a una derecha rígida. En la lucha política, ideológica, comunicacional y cultural, esa derecha fue incapaz de legitimar sus alternativas como ideas-fuerza válidas.

Por ello cuando «salta la liebre», el golpe militar realizado por los militares en nombre de la «restauración democrática», rebrotó la ideología de la «necesidad histórica» de una revolución. Esta le venía a los golpistas como anillo al dedo. Sonó verosímil y generó rápido consenso en la casi totalidad del bloque golpista, en parte porque había sido colocada como tema por la propia UP.

c. La contingencia

La coyuntura originaria produjo dos situaciones favorables para el desarrollo de una subjetividad revolucionaria, sin cuya existencia se hace imposible la revolución como práctica. Esa situación estuvo constituida por la combinación del miedo (en verdad, fantasmal) y de la exasperación (en verdad, real) generadas por la Unidad Popular.

La otra situación fue la resultante de lo ocurrido el día mismo del golpe. El bombardeo de La Moneda por los aviones militares, con el Presidente y sus hombres adentro. El palacio ardiendo, arrasado por las bombas, lanzadas por feroces máquinas de guerra, mientras Allende estaba allí, entre medio de la metralla, el humo, los restos destruidos del Estado. Ese acto constituyó el asesinato

del presidente en funciones. El suicidio fue la formalización de una muerte ya ejecutada. Esto fue así en el doble terreno de lo real y de lo simbólico.

De lo real, porque el militarmente innecesario bombardeo de La Moneda representó la voluntad de acabar con Allende o reveló la escasa importancia que su vida tenía para los conspiradores. Bombardear desde el aire el Palacio de Gobierno ya expresa una voluntad de tabla rasa, de crear un nuevo Estado sobre las ruinas del otro. Se realizó con ello la «destrucción del Estado precedente». Para culminar aquello, lo ideal era que el Presidente muriera. Su salvación física fue entregada al azar.

De lo simbólico, porque cuando Allende se suicida ya estaba muerto. Muerto por las bombas lanzadas contra él. Muerto por saber que tuvo la razón y no pudo imponerla, contra la alianza desgraciada de férreas restricciones y de la tozudez negligente o suicida de actores decisivos. Muerto, por el dolor de la traición de aquél en cuyas manos había colocado la vida del Estado y la suya propia.

Las evidencias existentes demuestran que el recién llegado, Pinochet, impulsa ese acto definitivo, el bombardeo de La Moneda, que colocó el golpe de inmediato en el terreno de la radicalización. El golpe debió luchar contra el fantasma del presidente muerto. Realmente asesinado, aunque su final fuese el suicidio. Acto de un hombre acorralado, destruido, condenado a vivir siempre con la culpa de haberle dado poder a los conspiradores.

La dictadura revolucionaria capitalista, dirigida por los militares, nació con esas marcas de fuego.

Capítulo Segundo Páramo del ciudadano

1. El Blanqueo de Chile⁽²⁶⁾

a. *Olvido*

Un elemento decisivo del Chile Actual es la compulsión al olvido. El bloqueo de la memoria es una situación repetida en sociedades que vivieron experiencias límites. En ellas esta negación respecto al pasado genera la pérdida del discurso, la dificultad del habla. Existe una carencia de palabras comunes para nombrar lo vivido. Trauma para unos, victoria para otros. Una imposibilidad de comunicarse sobre algo que se denomina de manera antagónica: golpe, pronunciamiento; gobierno militar, dictadura; bien de Chile, catástrofe de Chile.

Se trata de una negación socialmente determinada, que da lugar a diferentes resonancias individuales, que son ecos de experiencias colectivas, pero resignificadas por psiquis particulares, colocadas en «posiciones» diversas y determinadas.

Para algunos, a veces las propias víctimas, olvidar es vivido como el descanso, la paz después de largos años de tensión, la seguridad después de tanta incertidumbre. El calor seguro de un hogar después de una larga caminata a la intemperie.

26 BAUDRILLARD, Jean: LA ILUSION DEL FIN O LA HUELGA DE LOS ACONTECIMIENTOS. Editorial ANAGRAMA, Barcelona, 1993.

Un remanso. ¿Qué sentido tendría revivir el dolor?, ¿reponer a cada instante la pesadilla? ¿Para qué reinstalar un tema que divide y produce hastío, a veces miedo, en personas sobrecargadas de luto y lágrimas?

Para otros, para muchos de los convertidos que hoy hacen carrera por algunas de las pistas del sistema, el olvido representa el síntoma oscuro del remordimiento de una vida negada, que empaña el sentido de la vida nueva. Ese olvido es un recurso de protección ante recuerdos lacerantes, percibidos por instantes como pesadillas, reminiscencias fantasmales de lo vivido. Es un olvido que se entrecruza con la culpa de olvidar. Una vergüenza, no nombrada e indecible, por la infidelidad hacia otros y hacia la propia vida, la vergüenza de la connivencia y de la convivencia. Es ese pequeño instante en la noche, después de la cena con los generales, cuando un relámpago que aclara los contornos de la conciencia, deja al senador en la melancolía, en el insomnio.

La sensación de un presente que obliga, como destino inexorable, a restar sentido al pasado, a experiencias de vida situadas en los límites, no solamente asedia al senador insomne. Esta referencia constituye el relato retórico de una insatisfacción mucho más generalizada. Esta necesidad socialmente modelada no encuentra con frecuencia las palabras, muchas veces no tiene logos. Se expresa, sin embargo, con silenciosa elocuencia bajo las formas de la depresión, la desesperanza, el fatalismo, la sensación de ahistoricidad de la historia que, en el Chile Actual, son las compañías mudas de la euforia, el exitismo, la competitividad y la creatividad mercantil.

Junto a la negación dolorosa, al remordimiento, a la contradicción que en muchos impiden la integración de pasado y presente, está la negación estratégica de la «razón de Estado». Ese es el campo de los silencios planificados, pactados, ofrecidos como sacrificios para contener las supuestas iras del Patriarca.

La llamada transición ha operado como un sistema de

trueques: la estabilidad, se dijo, tiene que ser comprada por el silencio. Pero creo que se trató de una trampa de la astucia. Las negociaciones parecieron realizadas, especialmente durante el gobierno de Aylwin, bajo el imperio del temor, como si estuvieran inspiradas por una táctica de apaciguamiento. Pienso que el sentimiento de miedo existió efectivamente en la masa, en los ciudadanos comunes. Pero la élite decisora actuó inspirada por otra estrategia, la del «blanqueo» de Chile. Estuvo movida por un realismo frío y soberbio, carente de remordimientos porque decía (¿o creía?) interpretar el «bien común», la necesidad de Chile.

Esa estrategia se basaba, más que en el temor, en la complicidad con el proyecto. Pero tomaba el miedo —fantasma latente, atavismo de los hombres comunes— como justificación. Lo que en realidad se buscaba era resituar a Chile, construirlo como país confiable y válido, el Modelo, la Transición Perfecta. Para ello era necesaria la cirugía plástica, la operación transexual que convirtió al Dictador en el Patriarca.

Extraña palabra, ¿pero qué otra cosa es hoy día Pinochet, esa cosificación casi pétrea del poder, por encima de la ley y de las circunstancias? El Factotum, el que sigue manejando la política desde las sombras. Un poder naturalizado, rodeado de solemnidad por amigos y enemigos. Alguien, que nació de la traición pero que ha sido enaltecido hasta la gracia. Surgió de una doble traición. La de la simulación cortesana, que le permitió llegar a Comandante en Jefe durante el mandato de Allende, asumiendo el papel del más fiel entre los fieles. La de la barbarie, la de consentir el asesinato brutal del antecesor, del General Prats. Doble parricidio.

Se le ha otorgado no sólo el perdón sino la majestad: habla rodeado de pompa, de la pompa republicana y democrática, en nombre del honor y de la lealtad, porque le ha sido permitido el simulacro de las «manos limpias». Legitimado por los nuevos poderes, blanqueado. Símbolo por excelencia del recuerdo que fuerza al olvido. He ahí, en toda su magnitud, la capacidad

metamorfoseadora del poder, capaz de justificar todos los crímenes como razones de Estado, capaz de borrar la distinción absoluta que debe separar la crueldad estatal de cualquier otro vicio o error humano.

Para que Chile pudiera ser el modelo, la demostración de que un neocapitalismo «maduro» podía transitar a la democracia, su medio natural (y desde allí crecer-jaguar-y-puma) era necesario el blanqueo de Chile. Eso requería que Pinochet, el símbolo por excelencia del régimen militar, el conductor, no sólo no fuera el responsable de la suciedad y de la sangre. También se requería que los otros reconocieran la necesidad de su papel en el Chile Actual. El déspota debía convertirse en hombre providencial.

De ese modo El realizaba la unidad de todas las contradicciones: era quien preservaba a los militares del deshonor y quien hacía posible la paz de la transición. Pinochet impedía su repetición, el surgimiento de Pinochet-el-nuevo.

b. *El iceberg, escultura del blanqueo* ⁽²⁷⁾

El ícono, la figura simbólica de este blanqueo, fue el iceberg. Como una gigantesca ballena petrificada fue traído desde los mares antárticos para ser en Sevilla la representación del Chile Actual. El iceberg fue la escultura de nuestra metamorfosis. El iceberg estableció ante los ojos del mundo la transparencia del Chile Actual. Todas las huellas de la sangre, de existir, estaban cristalizadas en un azul profundo. Los tormentos, de existir, eran ahora las vetas blancas del hielo.

Durante mucho tiempo creímos que el iceberg era un

27 Aunque mi interés es interpretar el iceberg como metáfora y no dar cuenta de la discusión que suscitó, me parece útil ver PINEDO, Javier: «Una metáfora de país: una discusión en torno a la presencia de Chile en el Pabellón Sevilla 92». En OSSANDON, Carlos (compilador), ENSAYISMO Y MODERNIDAD EN AMÉRICA LATINA. Homenaje a Mario Berríos, Lom Arcis Ediciones, Santiago, Chile, 1996.

ingenioso dispositivo destinado a compararnos con la modernidad del Norte. Nos presentaba como una perfecta mimesis de Amsterdam o de Estocolmo, ciudades de la eficiencia porque eran ciudades del frío (ajenas a la pérdida de la siesta), cuna de finas tecnologías, capaces de mantener intacto al iceberg en el caluroso estío andaluz. El ténpano que atravesó las llanuras del Betis: Ortega y Gasset había profetizado en La Rebelión de las Masas, la extraña osadía del Chile Actual ⁽²⁸⁾.

Pero el significado del iceberg no se agotaba en el gesto mercantil. No era sólo una estratagema en la cual el vendedor hacía gala de su juego de abalorios. Tampoco era sólo la puesta en escena de un distanciamiento de América Latina. El significante permitía esos significados, pero otro, el menos evidente, era el principal. El iceberg representaba el estreno en sociedad del Chile Nuevo, limpiado, sanitizado, purificado por la larga travesía del mar. En el iceberg no había huella alguna de sangre, de desaparecidos. No estaba ni la sombra de Pinochet. Era como si Chile acabara de nacer. Ni los ojos adiestrados de un geólogo, para qué decir de un arqueólogo ⁽²⁹⁾, podrían haber distinguido el sufrimiento acumulado, las huellas imborrables, en la luminosa belleza del hielo petrificado.

El iceberg fue un exitoso signo, arquitectura de la transparencia y de la limpieza, donde lo dañado se había transfigurado. La sangre seca, los dolores sin término de los que esperan a los desaparecidos, los gemidos de los torturados, los remordimientos de los obligados a traicionar, la nostalgia de los exiliados, el gris dolor de las miles de personas dejadas sin trabajo

28 Efectivamente en el libro citado Ortega y Gasset dice, comentando la planetarización de las comunicaciones y del horizonte de vida del hombre común: «Hace poco más de un año, los sevillanos segulan, hora por hora, en sus periódicos populares, lo que estaba pasando a unos hombres junto al Polo; es decir sobre el fondo ardiente de la campiña bética pasaban ténpanos a la deriva». ORTEGA Y GASSET, José: LA REBELIÓN DE LAS MASAS, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1989, p. 78.

29 El juego entre geólogo arqueólogo está tomado, como es obvio, de Foucault. Sobre la diferencia entre uno y otro para Foucault ver ERIBON, Didier: MICHEL FOUCAULT ET SES CONTEMPORAINS, Editions Fayard, Paris, Francia, 1994.

y sin poder encontrarlo de nuevo por años, todo aquello se había metabolizado en el hielo purísimo. Para descubrir las huellas y confirmar lo escuchado, el geólogo hubiese debido destruir el iceberg. Pero nada hubiera encontrado porque era un simulacro y no una cáscara que escondía a Pinochet adentro ⁽³⁰⁾.

c. Las razones de Estado

La principal fuente del olvido es el blanqueo promovido desde las alturas, una paletada de concreto venida de arriba y que sepulta la memoria vacilante. En esa operación confluyeron distintas razones de Estado, redes entrelazadas por actores diferentes, todos enlazados por el gran objetivo de asegurar y orquestar las nupcias ejemplares entre la neodemocracia y el neocapitalismo.

El blanqueo fue y es la gran empresa de esas razones de Estado. Se trata de un diversificado conjunto de operaciones cuyo objetivo ha sido imponer la convicción y el sentimiento de que para Chile la convivencia de pasado y futuro son incompatibles. Que es necesario renunciar al pasado por el futuro, a menos que se desee caer en la lógica angustiosa de la repetición.

Las razones de Estado son el núcleo argumental de los operativos estratégicos, distintos pero confluyentes ⁽³¹⁾, destinados a activar la operación Blanqueo, con sus dos objetivos sincronizados, Chile Modelo y Pinochet Necesario.

Pinochet Necesario: para los militares porque salva su honor, los preserva de las «humillaciones» y, especialmente, de sus responsabilidades. Pinochet Necesario: para la transición porque, sin él, (se dice) las fieras dormidas despertarían, el león sordo interrumpiría el concierto de los violines que cantan glorias al Modelo.

³⁰ Ver «Número Especial de Humor». En: Revista *Apsi*, N° 424 mayo 1992. Allí se recoge un brillante chiste gráfico sobre Pinochet y el iceberg.

³¹ Fueron puestos en acción tanto por los militares y los empresarios, como por la propia alianza gobernante post-autoritaria.

Porque todo gira en torno al Modelo, a Chile Modelo. Un país surgido de la matriz sangrienta de la revolución, pero que se purifica al celebrar sus nupcias con la democracia. El casorio hace las veces del bautizo que borra el pecado original y le otorga a Chile la majestad de su gloria. Con las nupcias, Chile queda sin mácula y transita de la violencia al consenso.

Las razones de Estado juegan con la inocencia de los hombres comunes. Manipulan los espantapájaros del miedo para que la memoria triture los recuerdos. Para que los hombres comunes sientan hastío ante el recuerdo, que amenaza romper la paz cotidiana. Pero esos recuerdos bloqueados seguirán bajo la superficie realizando su daño sordo. Las heridas están localizadas en el inconsciente del Chile Actual.

2. El consenso

El consenso es la etapa superior del olvido. ¿Qué se conmemora con sus constantes celebraciones? Nada menos que la presunta desaparición de las divergencias respecto de los fines. O sea la confusión de los idiomas, el olvido del lenguaje propio, la adopción del léxico ajeno, la renuncia al discurso con que la oposición había hablado: el lenguaje de la profundización de la democracia y del rechazo del neoliberalismo.

Consenso es la enunciación de la supuesta, de la imaginaria armonía. Los desacuerdos respecto a las características del desarrollo socioeconómico impuesto por la dictadura militar aparecen desvaneciéndose, desde el momento mismo que la banda presidencial pasó de las manos de Pinochet a las de Aylwin. Es la enunciación de que el problema del capitalismo pinochetista era Pinochet en el gobierno.

El consenso es un acto fundador del Chile Actual. La Constitución, la producción de ese Chile venía de lejos. Pero la declaración del consenso manifiesta discursivamente la decisión

del olvido absoluto. De olvidarlo todo, también lo que se había pensado y escrito sobre el Chile pinochetista.

El anuncio y continua glorificación del consenso, la gran novedad discursiva del Chile Actual, tiene estrecha relación con las estrategias de blanqueo, con la construcción de la imagen del Chile Modelo. Forma parte de la fabricación de un montaje, el del milagro de Chile. Ese milagro consiste en la demostración de que se podía pasar de la desconfianza y de la odiosidad del período de la lucha, al acuerdo perfecto de la transición. Todas las élites, con la notoria excepción de algunas pocas «cabezas calientes», habrían actuado en estado de gracia, inspirados por la razón. Se ubicaron —se dice— en «la realidad», en la aceptación de las restricciones históricas. En verdad se ubicaron en lo que ellos, los fundadores del Chile Actual, denominaron siempre, desde 1975 o incluso antes, lo racional. Lo mismo que nosotros, combatimos como obra de Pinochet.

El consenso es la resultante de una mimesis, de la desaparición del Nosotros en el Ellos. No es entonces una estrategia de ajuste del deseo al principio de realidad. Constituye un reconocimiento de culpa, la declaración de la irracionalidad y el utopismo de nuestros deseos esenciales del pasado, para reconocer que en la sociedad de Pinochet existieron núcleos racionales básicos. Estos eran la economía y la estructura social y una sola mancha —nada más que «enclave»— las instituciones políticas. Los fines de la economía sólo requieren (se dijo) de ajustes, de cambios pequeños, mínimos. La única zona de cambios debía ser el sistema político.

Para elaborar esta noción de consenso hay que romper con cualquier noción de totalidad. Debe dejarse de lado la tesis de que en la sociedad pinochetista las partes estaban fundidas en una unidad. Debe abandonarse la idea básica de que no era posible reproducir la economía y la estructura social sin resentir la política democrática.

Entonces, el consenso consiste en la homogenización. Como

se ha dicho, implica la desaparición del Otro ⁽³²⁾, a través de la fagocitación del Nosotros por el Ellos. La política ya no existe más como lucha de alternativas, como historicidad, existe sólo como historia de las pequeñas variaciones, ajustes, cambios en aspectos que no comprometan la dinámica global.

En una primera mirada, el consenso aparece como una resultante de una sociedad atemorizada, donde la simulación de acuerdos es una condición de sobrevivencia en un mundo de divisiones reales, vivas, activas. Pero el miedo, si bien sobrevivía, es usado por los «hommes d'Etat» como un fantasma, una marioneta de «efectos especiales». Existía, pero los estrategas de las razones de Estado lo usaron como un recurso para conseguir olvido y desmovilización, las condiciones ideales de una transición paradigmática.

Ya existía una sociedad aplastada, traumada. En vez de activarla, de hacerla renacer, se usó la estrategia de fomentar el temor regresivo, de condenar como irracional cualquier divergencia. De estigmatizarla como un pecado contra lo real, por tanto contra la sobrevivencia de una transición precaria.

El consenso se convirtió en una conminación al silencio. Romperlo significaba situarse en un terreno dramático, cuya violación sería atentar contra el proceso, dañarlo. Se utiliza la sensación de precariedad existente entre los hombres comunes como arma política intimidatoria. Esa precariedad fue melodramatizada, contrastando los más mínimos éxitos contra los presagios catastrofistas. De ese modo todo fue vivido como un gran triunfo. Se está ante una estrategia sibilina para convertir la necesidad en virtud.

En la realidad política efectiva el consenso consistió en realizar una política destinada a seducir a los empresarios, a los

32 Me refero al artículo de EDWARDS, Paula y MUNIZAGA, Giselle: «Liberalismo y Consenso: la ausencia del adversario». En revista Foro 2000, N°1, 1991.

militares, a la derecha. El esfuerzo del consenso tiene su plena recompensa cuando Allamand dice: «Foxley y Ominami hubiesen sido excelentes ministros del gobierno militar», o cuando se le atribuye a Pinochet la frase: «De haber conocido al ministro Correa lo hubiera nombrado en mi gabinete». La política del consenso está dirigida en realidad a eso. Es un esfuerzo por conseguir de los empresarios y de la derecha certificados de buena conducta. Si se consiguen de Pinochet tanto mejor, representa la gloria.

En verdad, se puede convenir que para la estrategia de la Concertación y para el gobierno inaugural de Aylwin, esas certificaciones eran indispensables. ¿Por qué? Porque en el terreno socioeconómico se aplicó una política similar a la de Büchi, lo cual requería cumplir ciertas condiciones para asegurar la reproducción. Entre ellas se requería la conquista del empresariado, desconfiado por los antiguos alardes de algunos personeros de gobierno y por la presencia de ministros socialistas en la conducción económica. Constituía una operación básica conseguir que los agentes económicos mantuvieran su confianza. Como muestran Offe y Block, ciertas lógicas estructurales de reproductibilidad condicionan, casi obligan a los gobiernos, por encima de sus creencias ideológicas⁽³³⁾.

En el caso chileno la reproductibilidad (mantención con pequeños cambios de la política económica del gobierno militar) necesitaba de esa apariencia que era el consenso. Esto porque el cálculo político estaba determinado por las restricciones institucionales existentes, para decidir cualquier cambio que necesitara legalización.

Esa situación de bloqueo era la resultante del «encierro institucional», de haber negociado la entrada en una «jaula de hierro», lo que restringía absolutamente el campo de la

33 Ver OFFE, Claus: *CONTRADICCIONES EN EL ESTADO BIENESTAR*. Alianza Editorial, Madrid, España, 1991; BLOCK, Fred: «La clase dominante no gobierna. Notas sobre la teoría marxista del Estado». En: *En Teoría* N° 6, Madrid, España, 1981

historicidad. Como no había otra opción que la reproductibilidad era necesario organizar esa operación de simulación que fue el consenso. Digo simulación porque la noción de consenso estaba destinada a conseguir, por parte de los trabajadores y de la izquierda, la aceptación de la política de cambios mínimos como si fueran un sacrificio de la reinauguración democrática, como una especie de tributo temporal. Pero no era así. En el futuro, todo hace presagiar, tampoco será posible negociar reestructuraciones de las relaciones capital/trabajo. Operará la ley de hierro de la disputa por la competitividad, tal como es interpretada por los empresarios, el nuevo sujeto de la historia.

En realidad tras la noción de consenso, extraída de las teorías contractualistas, se quiere opacar una realidad, la ausencia de historicidad, mientras no se haga trizas o caduque el marco institucional. En verdad se está ocultando el futuro petrificado, la historia como repetición marginalmente mejorada del sistema socioeconómico del capitalismo globalizado. La historia como repetición de Pinochet, una sociedad cuya forma idiosincrática (no pasajera) mezcla inserción en el mercado-mundo, acceso a tecnologías de punta, pobreza y precarización del empleo compensada por la masificación crediticia.

Una sociedad donde el movimiento obrero no es más un factor decisivo de poder, como en los esquemas populistas, donde la tendencia a la flexibilización de las relaciones laborales es y será creciente. Esto es, una sociedad donde es y será cada vez mayor el debilitamiento de las restricciones legales que todavía maniatan el funcionamiento libre del mercado de trabajo. Las relaciones capital/trabajo tienden y tenderán cada vez más a organizarse como relaciones entre patrones e individuos asalariados. Las formaciones colectivas de asalariados son y serán cada vez más deslegitimadas, como provocadoras del funcionamiento imperfecto del mercado laboral, como «monopolios».

Por último, un tema tan inevitable como desgraciado: lo que

algunos denominan, la «conversión» en liberales-socialcristianos o en liberales-socialistas de una parte importante de los intelectuales democráticos de los años 80⁽³⁴⁾. La reestructuración de sus discursos revela que la política del consenso no corresponde sólo al apaciguamiento de militares o empresarios temerosos, sino al viraje de esos políticos hacia un nuevo campo cultural, para entrar al cual había que abandonar la mochila con las promesas de reestructuración social. La noción de profundización democrática se volatilizó antes que el Muro de Berlín.

Efectivamente, leer a Eugenio Tironi en este momento del Chile Actual es enfrentarse a su propia caricatura. Los artículos parecen escritos por un Tironi despiadado consigo mismo que se burla de su imagen de progresista y se ríe de su pasado. Lean, por ejemplo, «Sacarle punta al lápiz»⁽³⁵⁾.

En él defiende, discutiendo con el social-conservador Gonzalo Vial, las ilusiones neoliberales «in tutto». Por supuesto que está de acuerdo con él en lo obvio, que los pobres no deben ser excluidos de la educación. Pero al contrario de su contradictor está convencido de que lo que llama «la cultura económica moderna» (mercantilización y competitividad) tiene amplia aceptación y constituye la panacea de Chile. Para ilustrar su tesis relata unos cuentos pintorescos sobre empresarios acereros que se sienten capaces de penetrar cualquier mercado externo, porque «saben sacarle punta al lápiz». Sospecho que hasta yo se la sacaría, contando con un sacapuntas eléctrico.

Sin embargo este trajinado publicista del libre-mercado fue un importante intelectual de los años 80. Escribió libros tan

34 Digo que se trata de un tema desgraciado porque puede convertirse en una «caza de brujas», inversa pero tan maniquea como la de Mc Carthy en Estados Unidos. Por otra parte, los intelectuales siempre cambian, puesto que se modifican los campos culturales o la historia. Cambiar es un derecho. Pero está claro que las modificaciones de enfoque de intelectuales-políticos tan importantes como Foxley, Ominami o Tironi fueron decisivas en la construcción del discurso del consenso. Ver PETRAS, James y LEIVA, Fernando I.: DEMOCRACY AND POVERTY IN CHILE, Westview Press, New York, Estados Unidos, 1994., especialmente el capítulo 4.

35 TIRONI, Eugenio: «Sacarle punta al lápiz». En: revista Qué Pasa, 11 de mayo de 1996, p.27.

significativos como *La Torre de Babel*, *El liberalismo real* o *Los silencios de la revolución*, contundente respuesta al eufórico Joaquín Lavín.

Por ejemplo, Tironi en *La Torre de Babel* critica la concepción economicista del consenso de Foxley. Ubica al consenso como una propiedad de la política, esto es como una capacidad de producción ideológica o legitimadora y no como un acuerdo sobre fines de carácter socioeconómico. Foxley, inspirado en los pactos corporativos europeos, ya pensaba en 1984 en una reproducción chilena de los acuerdos de La Moncloa, o sea, en soluciones consociativas⁽³⁶⁾. Mientras, Tironi seguía creyendo en una «democratización democratizadora». La restauración de la democracia no podía restringirse a la mera formalidad electoral, requería modificar a fondo la sociedad pinochetista⁽³⁷⁾.

Pero Foxley, a su vez, realiza en *Los experimentos neo-liberales en América Latina*, una crítica global de ese tipo de experiencias, llegando a afirmar que no constituían una opción de desarrollo ni de crecimiento sostenido. Esta sepultación, con un tono aún más catastrófico, la repite en 1985 en *Para una democracia estable*. Acusa a la política monetarista de destrucción del aparato productivo y de hundir a la economía chilena en una crisis de tal magnitud, que para salir de ella se necesitaría de un «nuevo contrato social»⁽³⁸⁾. Si se toma el término en serio, significaría redefinir tanto políticas como finalidades sociales, para rehacer una nación fracturada. Foxley anunciaba la necesidad de reconstruir una comunidad, algo imposible con la política excluyente de los neo-liberales. Sería necesario establecer un nuevo pacto fundante, un cambio decisivo. No se trataba de un

36 Las soluciones consociativas fueron desarrolladas, entre otros, por IJPARDT, ARENDT, Hanna: DEMOCRACY IN PLURAL SOCIETIES. A comparative exploration. Yale University Press, New Haven, 1980.

37 TIRONI, Eugenio: LA TORRE DE BABEL. Ensayos de crítica y renovación política. Ediciones Sur, Santiago, Chile, 1984.

38 FOXLEY, Alejandro: LOS EXPERIMENTOS NEOLIBERALES EN AMERICALATINA, Ediciones CIEPLAN, Santiago, Chile, 1984, y PARA UNA DEMOCRACIA ESTABLE. Economía y política. Editorial Aconcagua, Santiago, Chile, 1985.

mero traspaso del mando gubernamental, se trataba de una reconstrucción de Chile. Foxley 1985 dixit.

Sigo la revisión. Como lo señala expresamente Brunner en el mejor de sus libros, el autoritarismo no provenía de las perversidades psicológicas de ciertos actores, de sus voluntades indeterminadas. Inspirándose en Foucault veía la cultura autoritaria como un modo de disciplinamiento para el despliegue del neocapitalismo y sus instituciones⁽³⁹⁾. El mercado aparece analizado allí como el «complemento ideal de una sociedad disciplinaria». El individuo del mercado es un estratega utilitario que vive en el cálculo perpetuo entre costos y beneficios, disciplinado por el dinero. Ese Brunner de antaño ha sido reemplazado por el fervoroso señalizador de nuestra modernidad⁽⁴⁰⁾.

Se podrían multiplicar los ejemplos hasta el infinito. Pero no tiene sentido. El fondo de la cuestión no es la conversión de los intelectuales en cuanto individuos. Es el despliegue de un dispositivo donde se articulan intencionalidades individuales o grupales con restricciones históricas o estructurales. Lo que tiene eficacia es la conexión no fortuita entre condiciones del campo político-cultural y los cambios individuales. Por ello, el asunto no puede interpretarse en la perspectiva atomista de los individuos, como si el eje explicativo fueran los cambios analíticos de Tironi o de Foxley.

El eje se sitúa en otro lugar. Consiste en la constitución, lenta y discontinua, de una estrategia común de las fuerzas opositoras. Ella derivó en la decisión colectiva de plantearse como alternativa de gobierno bajo ciertas condiciones. Estas condiciones son las de una fuerte restricción de la historicidad, que conduce a los cambios minimalistas, a la reproducción con ajustes. Pero no había otro

39 BRUNNER, José Joaquín: *LA CULTURA AUTORITARIA*, Ediciones Flacso, Santiago, Chile, 1983.
40 BRUNNER, José Joaquín: *BIENVENIDOS A LA MODERNIDAD*, Editorial Dolmen, Santiago, Chile, 1995.

camino, porque se opta por un objetivo, una finalidad. Se decide gobernar sabiendo de antemano que las posibilidades de cambio dependían de los adversarios, es decir que ellas eran casi iguales a cero, o que por mucho tiempo ellas estarán determinadas por los cálculos estratégicos de otros.

Debe decirse, en el principio estuvo la pasión de gobernar, la pasión por un poder que es el remedo del poder. Esta fue la lógica estructurante. Pero, ¿existía otra posibilidad? Nunca la historia se presenta como un camino ciego. Las alternativas dependen de las finalidades y de las expectativas de costos que se está dispuesto a asumir.

3. La democracia actual como «jaula de hierro»

La concepción criolla de la «modernización política» tiene una resonancia hobbesiana, la de un orden impuesto por la amenaza del caos. Nuestra «democracia moderna» se fundamenta a través de esta serie concatenada de proposiciones: a) en el principio era el caos del Estado demo-populista, b) ese caos fue la consecuencia de la política «decisionista», es decir voluntarista, que no se autolimitaba por criterios de realidad, de factibilidad, criterios duros, sino creía que podía usar sin riesgos los criterios blandos de la voluntad popular o del resultado de luchas de intereses, no sujetas a un principio superior, c) por ello es menester que las decisiones sobre los intercambios económicos sean adoptadas a través de un mecanismo automático, el del mercado y, por lo mismo, es menester que la política esté subordinada a la economía, que la «soberanía», la capacidad decisoria, sea transferida al mercado, a los datos duros del «equilibrio general» y d) para evitar el caos, al cual siempre se puede retornar, se debe considerar el contrato constitutivo como racional-naturalizado, un consenso eterno, inmodificable porque refleja la naturaleza, el orden debido.

Esta idea criolla de la «democracia moderna» contradice en la médula a las teorías democráticas de carácter sustantivo. Ella se hace pasar por procedimental, en el sentido que las decisiones políticas deberían producirse de manera análoga que en el mercado. De ellas debería eliminarse tanto la subjetividad (entendida como intencionalidad) como la consideración de la racionalidad sustantiva. Lo propio de un mercado ajustado, de una competencia que frena las intervenciones voluntaristas o decisionistas, es que el precio resulta de la intersección entre oferta y demanda y que esta medida del valor arriesga no ser idéntica ni a los costos de producción asumidos ni a los deseos o proyectos de ganancia de los factores de producción implicados. El mercado perfecto, como la metáfora de la justicia, sería ciego.

En el discurso en la actualidad predominante de fundamentación de lo político, la sociedad es concebida como un estadio o estado definitivo, privado de historicidad, proveniente de una especie de «pacto atávico». La historicidad representaría la amenaza del retorno al comienzo caótico, superado por el «pacto consensual». Esta idea hegemónica de historicidad es abiertamente paradójica. Concibe al Chile Actual modernizado como una sociedad globalizada, por tanto en proceso de cambios constantes, adaptativos respecto al movimiento perpetuo de los mercados múltiples. La constante superación de las tecnologías, la destrucción de los parroquialismos, la erosión de los estrechos límites de los Estados-nacionales, la expansión obligada de la mirada desde nuestro ombligo hacia el mundo globalizado, implica un constante dinamismo. Pero todas esas modificaciones, innovaciones y cambios—caen en el marco del «modo de producción» actual, en el espacio del capitalismo globalizado / postfordista / democrático-tecnificado. Se trataría, entonces, de una sociedad móvil pero sin historicidad.

El cambio es pura expansión y nunca transformación. Esta última no se plantea como una «tarea de la humanidad» ya que las categorías de explotación / alienación / dominación han sido

eliminadas de la discursividad imperante, por tanto han desaparecido en las tinieblas del olvido. Si se acepta esta desaparición no hay capacidad de una verdadera crítica política, porque para hacerla se requiere de parámetros. Por ello no es extraño que el cuestionamiento de la democracia actual no llegue a fondo.

Para hacerlo hay que desnudar el simulacro de la democracia procedimental. Esa caracterización es tan burdamente ideológica que se hace difícil entender su arraigo, a menos que se le otorgue al término simulacro su significación más teórica. En realidad, todo el que observa sin anteojeras, debería darse cuenta que la democracia existente en el Chile Actual es sustantiva. Su sustantividad consiste en garantizar la reproducción de un orden social basado en la propiedad y la ganancia privada, la limitación de la acción colectiva de los asalariados y la tutela militar en política. Pero mirar sin anteojeras es imposible. Solamente partiendo desde aquí adquiere interés describir las instituciones de la «democracia protegida», los mecanismos de la «jaula de hierro».

La metáfora de «jaula de hierro» se aplica a un dispositivo constituido por dos elementos principales: leyes políticas de rango constitucional, elaboradas entre 1977 y 1989⁽⁴¹⁾, y un sistema de partidos, que se fue formando desde 1983⁽⁴²⁾. El objetivo de esa instalación es preservar al neocapitalismo de los avatares e incertidumbres de la democracia. Constituye la forma actualizada de la «democracia protegida», la última de sus apariciones y la más significativa, porque es la factual, la existente. Ha sido la que ha permitido culminar exitosamente el transformismo, esto es la sobrevivencia del neocapitalismo de Pinochet en la democracia actual.

Es indispensable, antes de describir las partes del dispositivo

41 Cuyo proceso de constitución estudiaremos con detalle en la Tercera Parte.

42 También su «genealogía» será analizada en la Tercera Parte.

en vigencia, hablar de la utopía, de la idea-límite de la «democracia protegida». Esta consiste en la despolitización de los sistemas de decisiones. La norma legislativa es concebida como una producción totalmente ajena a la política, por tanto a la configuración de haces de fuerza, a los compromisos adoptados en función de movilizaciones, demandas, presiones. Es pensada como producción técnico-científica, resultante del hermanamiento del Poder jurídico y del Poder cognitivo o Saber. Esta política / reino de la razón, debería ser la antípoda de la política / voluntad popular de la democracia de masas, dado que ésta sólo puede ser una voluntad-promedio, constituida por criterios de contingencia y asediada por la contaminación de intereses particulares en lucha.

La idea-límite de la «democracia protegida» se encuentra en el sistema político de Hayek, en el cual gobiernan la razón y la virtud. Como es obvio para Hayek estas dimensiones no son elaboraciones indeterminadas, es decir resultantes de la deliberación, de la constitución de la voluntad popular. Son pre-constituidas. Hayek pone a la libertad económica como elemento esencial de la vida social y a la libertad política como condicionada. La idea de democracia protegida, desarrollada en diferentes momentos por los ideólogos del régimen militar, es una adaptación histórica que tiene como referencia el sistema político de Hayek, para el cual la racionalidad suprema se encuentra en el capitalismo liberal. Por eso la Constitución del 80 conserva, adecuándolo a condiciones históricas de posibilidad, un sistema decisorio destinado a asegurar la reproductibilidad de los fines racionales que se materializaron en la estructura socioeconómica creada durante la dictadura de Pinochet.

Los únicos cambios significativos aportados por la transición están concentrados en lo político. No son pocos, en realidad. Es muy importante que en vez de un régimen con monopolio del poder jurídico, control de los medios de comunicación, uso arbitrario de los recursos de terror, ineficacia de la presión ciudadana, se haya pasado a un régimen político con elecciones,

parlamento, funcionamiento de partidos y sindicatos, libertad de opinión y reunión. No es lo mismo un régimen autoritario que un régimen de «democracia protegida». Existen frenos legales contra la arbitrariedad y la incertidumbre respecto a la vida. Es una diferencia fundamental, sólo entendible cuando se ha vivido la experiencia del autoritarismo.

Pero esta constatación no puede hacernos olvidar que la «democracia protegida» es una semidemocracia, porque su fuente inspiradora es la idea de un «gobierno científico». En éste la hermandad entre razón y poder, garantizada por las instituciones «tecnificadoras», tiene la misión de impedir los perniciosos efectos de las inevitables veleidades de la masa.

Por tanto se trata de un sistema político trucado. El montaje consiste en que el poder jurídico reconocido en las instituciones está traslapado del poder real de una manera muy distinta que en las democracias representativas. Efectivamente en estas últimas operan poderes fácticos, que actúan en las sombras buscando influir en las decisiones. Pero en las democracias protegidas esos poderes no son fácticos, son legales, racionalizados por el derecho positivo.

La fórmula usada es el funcionamiento de un mecanismo de re-aseguro de la reproductibilidad del sistema socioeconómico, que opera mediante una adulteración del mecanismo «normal» de contrabalances. La minoría, no solamente es protegida contra los abusos de la mayoría, es transformada en lo que no es, en fuerza mayoritaria. El sistema usado no es el régimen electoral, es decir la regla de conversión de votos en escaños. Es la existencia de esas instituciones tecnificadoras, cuyo principio constitutivo es que no provienen de la voluntad popular o que escapan de ella.

En el Chile Actual los contrabalances espurios más significativos son: a) el reconocimiento a las FEAA, de una capacidad de tutela y de una autonomía decisoria en materia de nombramientos de los altos mandos y en materia presupuestaria

(porcentaje fijo de las ventas de Codelco), b) la existencia de los senadores designados, que permiten el nombramiento no electivo de una proporción significativa de la corporación, la cual tiene (hay que recalcarlo) las mismas funciones políticas que la Cámara de Diputados, más algunas exclusivas de carácter judicial y de decisión en política internacional, c) un sistema electoral que favorece la tendencia al empate al nivel de las circunscripciones, que —por tanto— recompensa de un modo exorbitante a las segundas minorías y no permite la representación de las otras minorías.

El sistema de protección más influyente en la correlación de fuerzas a nivel institucional es la combinación, para las elecciones de representantes en una cámara política, del principio de elección con el principio de la nominación.

A su vez, la existencia de una función de tutela por parte de las FF.AA. las convierte en el quinto poder del Estado. Les otorga la atribución constitucional de proteger la institucionalidad, por tanto, de determinar cuando la existencia de conflictos o de una crisis harían exigible su participación como protectoras de la «esencia» del sistema. Las FF.AA., componente con funciones atípicas de la burocracia estatal, en doctrinas depositarias subordinadas de los recursos de fuerza del Estado, son transformadas, por obra y gracia del engendro teórico-jurídico que es la Constitución del año 80, en la fuerza que tiene la capacidad legal de decisión en los conflictos álgidos de poder.

El fundamento de la participación de las FF.AA. en instituciones con funciones políticas, como el Senado y el Consejo de Seguridad Nacional, reside en que ella desempeña la función de tutela del orden estatal. Por ello se ha instalado el principio que las instituciones militares deben ser diferentes de cualquier otro órgano del aparato burocrático, deben tener autonomía política y parcialmente autonomía financiera ⁽⁴³⁾.

43 Esa es la función del porcentaje fijo sobre los fondos de Codelco. En el primer semestre de este año alcanzó la cantidad de US\$60 millones.

Una de las funciones de la institución de los senadores designados, es permitir la representación política de las FF.AA. a través de senadores elegidos entre ex oficiales superiores de cada una de las ramas. Una mirada superficial podría hacer creer que la existencia de cuatro senadores representantes de las FF.AA. es un número insignificante en la correlación general de fuerzas. Pero no hay que olvidarse que el dispositivo protector comprende también la existencia de un régimen electoral que en la conquista de escaños tiende a favorecer a la segunda minoría a costa de la primera, de modo tal que las diferencias entre ambas sean muy mínimas. Esto significa que la diferencia de escaños obtenida por la Concertación en las elecciones parlamentarias realizadas hasta ahora, no le permitió compensar el peso de los nueve senadores designados, que han actuado en casi todos los temas como bloque.

El asunto más importante es que los militares, realizadores de la «revolución capitalista», tuteladores de la estabilidad del Estado, se sienten no sólo garantes para el futuro de la institucionalidad, entendida en su sentido más restringido, sino también de la totalidad de la obra del gobierno militar. Esto es lo que los ha llevado a actuar como «partido militar», esto es, a desarrollar estrategias políticas respecto a temas no castrenses y a buscar influir sobre el sistema de partidos para realizar sus objetivos políticos. Estos no sólo tienen relación con la preservación de la Constitución, también tienen relación con otros objetivos, especialmente favorecer la influencia, dentro de la derecha, de los sectores fieles a la obra militar ⁽⁴⁴⁾.

Esta estructura institucional opera como una «jaula de hierro». La Concertación no puede ir más allá de cambios pactados con alguno de los partidos de derecha o con los senadores designados. Por tanto la estrategia minimalista resulta la única posible: La derecha, pactando o actuando de acuerdo con los

44 Este tema lo hemos tratado más extensamente en MOULIAN, Tomás: «Chile. Las condiciones de la democracia». Revista Nueva Sociedad. Caracas, Venezuela, 1995.

senadores designados, ejerce un veto de minoría sobre el sistema decisorio. La Concertación está atada de manos para realizar programas de orientación más socialdemócratas, como sería el intento de realizar una «segunda reforma laboral» para aumentar la fuerza negociadora de los sindicatos.

Pero todo esto era perfectamente conocido por la Concertación cuando se postuló como alternativa de poder en las elecciones de diciembre de 1989. El escenario político estaba predeterminado por las negociaciones constitucionales terminadas en julio de 1989.

Como se verá más adelante, esas negociaciones fueron «entre la espada y la pared». Eran negociaciones en las cuales el gobierno militar tenía veto de iniciativa. O sea, el Ejecutivo era el único que podía proponer reformas a la Junta que actuaba como poder constituyente, que —por tanto— tenía la capacidad irrecusable de aprobar o rechazar lo propuesto. Una negociación que, además, la Concertación necesitaba aceptar, puesto que cualquier cambio después del término del gobierno de Pinochet requería quórum que se sabía imposible de obtener.

Sólo se pudo elegir entre dos males menores, dos formas de perder. Existió, por supuesto, la opción aventurera de apostar a una movilización de masas hastiadas por las condiciones políticas estatuidas por el poder militar. Eso hubiera requerido rechazar la negociación «a la limite» de 1989 y ponerse a acumular fuerzas para una ofensiva global de deslegitimación del sistema constitucional entero, aprovechando la coyuntura electoral. Pero ningún actor relevante pensó en eso. La negociación constitucional de 1989 fue el fin de un largo camino, la culminación de la operación transformista comenzada en 1980 y cuya «genealogía» examinaremos más adelante.

Conscientes de que ya se estaba dentro del sistema, los actores preponderantes jugaron a obtener mejorías marginales, a falta de fuerza para ganancias sustantivas. Venían de ganar el plebiscito,

pero habían internalizado la idea que en las masas no estaba el poder verdadero. Aceptaron no eliminar a los senadores designados sino disminuir la proporción, aceptaron el principio constitucional de la función tutelar de las FF.AA., sólo modificaron las funciones del Consejo Nacional de Seguridad:

Una pregunta ingenua: ¿cómo en el Chile Actual, autoconcebido como paladín de la modernidad y la democracia, pueden sobrevivir estas estructuras políticas que ni siquiera imitan condiciones igualitarias de poder para las partes? El Estado se presenta espontáneamente, sin que sea necesario develarlo, como institución instrumental, como herramienta, para la reproducción del sistema socioeconómico.

Una parte significativa de la respuesta tiene relación con la ambigüedad discursiva de las élites democráticas. Y esa ambigüedad es compleja, de tal modo que casi cualquier interpretación clara deja de lado aspectos oscuros. El Chile Actual⁽⁴⁵⁾ vive en una tensión discursiva, en una especie de contradicción que afecta la auto-expresión de sí. Necesita presentar su hacer bajo la forma del éxito, porque ahora la reproductibilidad del Chile pinochetista es la tarea de los que fueron adversarios del dictador, en la medida que ellos gobiernan ese Chile. La crisis, el estancamiento del Chile Actual sería su derrota, la demostración irrefutable de su incapacidad de manejar un país que era una flecha en dirección del blanco.

Por eso necesitan ocultar la profundidad del problema de lo político, no pueden mostrarlo ni razonarlo como un problema fuerte, del tipo de Estado. Además, es inconveniente para sus estrategias legitimadoras mostrar que el Chile Actual es una sociedad petrificada, políticamente sin posibilidades creativas, porque ellas están anuladas por el dispositivo de la «jaula de hierro».

No pueden sembrar desconfianza en el Chile Actual, no pueden hacerlo sentir precario, inestable. Necesitan que siga siendo

45 En este contexto el Chile Actual es el Chile postpinochetista, el de Aylwin y Frei.

visto como el «paraíso del inversionista». Su discurso tiene que construirse sobre la base de la ética de la responsabilidad. Chile Actual necesita seguir simulando que es un modelo, porque esa es una de sus más importantes «ventajas comparativas».

No pueden presentar la cuestión de los «enclaves autoritarios»⁽⁴⁶⁾ como la cuestión del tipo de Estado que necesita el neocapitalismo actual. No pueden poner en evidencia que ese Estado tiene la función central de mantener el transformismo, por tanto, las estrategias de cambios socioeconómicos mínimos pactadas con el empresariado y la derecha. No pueden decir que se trata de una opción impuesta por una estructura política pre-establecida e incambiable. Hacerlo podría mostrar la existencia, oculta en las sombras y en el silencio, de una alternativa socialdemócrata, maniatada por los mecanismos-protectores, por el dispositivo de la «jaula de hierro».

Además, ¿es realmente así? Dudas que son casi certezas. Lo que caracteriza al Chile Actual, desde el punto de vista ideológico, es el debilitamiento de los sistemas discursivos alternativos al neoliberalismo y la capacidad manifestada por éste para seducir y atraer o, de un modo más pasivo, para presentarse como el único horizonte posible de quienes antes tenían otras perspectivas ideológicas, pero han optado por el realismo. Es verdad, la desaparición de los socialismos reales y la crisis de los Estados de bienestar en el mundo capitalista ha debilitado al marxismo tanto como a la socialdemocracia. Esas opciones han perdido plausibilidad, parecen arcaicas, soluciones ideológicas incompatibles con las condiciones dadas. Pero, se sabe que el asunto no es el derrumbe del Muro: nuestro Muro se había caído antes, se había —más bien— descascarado/desmoronado.

46 Como se sabe, este término ha sido usado por GARRETON, Manuel A.: *HACIA UNA NUEVA ERA POLITICA: ESTUDIO DE LAS DEMOCRATIZACIONES*. FCE, Santiago, 1995. Considero que la idea de enclave es imperfecta, porque genera la impresión de un subconjunto aislado sin efectos en el fondo, o con efectos delimitados.

La consecuencia de esto en el Chile Actual es que existe dentro de la Concertación un ala neoliberal transversal, con influencia tanto en el Partido Demócrata Cristiano, que era una formación socialcristiana, como en el Partido Socialista, que había derivado desde 1979 hacia la socialdemocracia.

Este consenso ha sido el elemento decisivo. El asegura la arquitectura del dispositivo transformista. Su extensión crea una atmósfera ideológica dentro de la cual lo real (lo realmente existente) aparece dotado de una suerte de «historicidad geológica» correspondiente más a una «edad» que a una «época». Pese a las críticas que suscitó el análisis de Fukuyama, se puede decir que éste captó un elemento que está en el imaginario colectivo finisecular de las élites dirigentes⁽⁴⁷⁾. Después de este siglo de enfrentamientos entre dos ideas de la modernidad, la capitalista y la socialista, la primera ha demostrado su viabilidad histórica. Según este razonamiento, bien ha comprobado su carácter de encarnación real de la razón, o bien ha demostrado su adecuación a una naturaleza humana sacudida por pasiones e intereses, condición humana que nunca superará el estado de alienación. Si no estuviéramos en el «fin de la historia» estaríamos, al menos, al comienzo de una «edad histórica».

Estas nociones tácitas, que muchos que usan el nombre de «progresistas» no se atreven a decir claramente aunque las creen, suponen la idea de un término de la historicidad, por lo menos hasta dentro de un plazo muy largo. Incluso este discurso distanciador es compatible con un cierto marxismo evolucionista. Existió una «época de las revoluciones» pero ella se habría agotado con la mundialización efectiva de los mercados; feneció en esta nueva era de la comunicación a tiempo real, de la circulación instantánea de los capitales, de las imágenes y de los mensajes y de la velocidad cada vez mayor de circulación de las mercancías, de las personas y de las innovaciones tecnológicas.

47 FUKUYAMA, Francis. *THE END OF HISTORY AND THE LAST MAN*. Free Press, New York, 1992.

Otro hecho importante es que el dispositivo transformista, que en el campo político se concretiza en la institucionalidad «jaula de hierro», se apoya también en un radical pesimismo histórico. Este rasgo aparece como uno de los aspectos salientes de la estructuración del campo ideológico en el mundo y en este Chile Actual.

4. La crisis de la política

a. La política sin ideologías o la muerte de la política

Está de moda, en el mundo y en el Chile Actual, la crítica de las ideologías y la celebración del término de los fanatismos introducidos, aparentemente de un modo inevitable, por estos supuestos dispositivos arcaicos de la política. Los mejores entre los analistas de esta tendencia, después de ajustar cuentas con las ideologías, también ajustan cuentas con el pragmatismo. Realizan esta segunda crítica buscando un justo equilibrio, que los sitúe en la cómoda posición de un rechazo equivalente al fanatismo emanado de las ideologías y al pragmatismo emanado del cálculo instrumental ⁽⁴⁸⁾.

Pero su crítica, por muy matizada que sea, no acierta, se equivoca de blanco. No se puede poner al mismo nivel ideología y pragmatismo. El pragmatismo lleva a la muerte de la política, a la confusión de ésta con el arte de lo posible, mientras que la ideología, cierto tipo de ella, debe ser el centro alimentador de la acción y de la pasión política, como esfuerzo de emancipación.

La razón profunda de la crisis de la política en el Chile Actual proviene de la falsa muerte de las ideologías, perpetrada por una ideología hegemónica que pretende la tecnificación de la política y por ello se encarga de asesinar a las ideologías alternativas. Ella es acompañada en esta empresa por el coro complaciente de unas

48 GARRETON, Manuel A.: LA FAZ SUMERGIDA DEL ICEBERG. Estudios sobre la transformación cultural, Ediciones Cesoc-Lom, Santiago, Chile, 1993.

élites que creen haber salvado a la sociedad y por ende a la política, al despojarla de la posibilidad de conflictos respecto al orden mismo.

Lo que les ocurre a los críticos de las ideologías es que confunden dos tipos distintos, mezclan en un mismo paquete las ideologías en cuanto utopías, con las ideologías en cuanto sistemas de normatividad política. Efectivamente las primeras pueden desembocar en el fanatismo y en el totalitarismo. La experiencia enseña que la búsqueda del «fin de la historia» y la conquista de la armonía pueden transformarse en justificaciones de la crueldad y del terror, usado en nombre de la definitiva salvación en la tierra de todos los hombres.

El primado de esas ideologías hace difícil una política centrada en la deliberación argumentativa y en la constitución por esa vía de una «voluntad popular» ⁽⁴⁹⁾. Algunas de ellas se han batido en retirada, por ejemplo el leninismo-stalinismo. Pero otras continúan con vida y en auge, como el neoliberalismo. Este sistema presenta los tres elementos de una ideología utópica: una idea (natural) de lo social considerada como forma esencial de realización de lo humano, una idea absoluta del futuro y la justificación del recurso a la fuerza para la defensa de esos ideales sociales «trascendentalizados», forma única de vida realmente humana.

El elemento negativo, corrosivo, de las ideologías utópicas es la «trascendentalización» de los fines, el cual lleva a la negación enemistosa de otras ideologías, por ende, de la diferencia. Esa operación impide que la política pueda funcionar como «racionalización» deliberativa de los fines.

49 No me refiero a la voluntad popular de la democracia representativa que no es deliberativa, porque las agendas son colocadas desde arriba y por otras razones que no es dable señalar. Ver LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal: HEGEMONIA Y ESTRATEGIA SOCIALISTA. Hacia una política democrática radical. Editorial Siglo XXI, Madrid, España, 1987; LACLAU, Ernesto: NUEVAS REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCION DE NUESTRO TIEMPO. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1993.

Trascendentalización y deliberación son dos formas antagónicas, una funciona opuesta a la otra. La primera convierte a la política en religión ⁽⁵⁰⁾, mientras que la segunda implica una discusión secularizada sobre fines preferenciales pero no sagrados.

Existe pues un tipo necesario de ideología, distinto del de la ideología utópica. Es la ideología en cuanto sistema de normatividad política. Ello significa que el/los grupos políticos elaboran proyectos donde se definen fines preferenciales y donde se vincula presente con futuro. Fines dotados de valor pero sobre los cuales se está dispuesto a discutir racionalmente, arriesgando que en la lucha política sean otros los que se impongan.

El funcionamiento de este segundo tipo de ideología es una condición de la política en cuanto actividad racionalmente orientada a la transformación de la vida social estatuida. En la actualidad, con la premura por botar el agua de la bañera se ha tirado al piso al niño. Para liquidar la amenaza de ciertas ideologías utópicas (ya que otras siguen perfectamente vivas) se ha intentado eliminar a las ideologías en cuanto tales. Entonces, en lugar de una política secular se tiene una política pragmática, orientada por el cálculo coyuntural.

¿Cuál es la crisis de la política en el Chile Actual? La imposición por una ideología utópica, el neoliberalismo, de una política a-ideológica, que no contiene proyecto, que es la petrificación absoluta de lo actual. ¿Qué interés puede tener un combate en el cual ninguna transformación es posible, donde el futuro es la incesante repetición del presente, es la imposición de un proyecto no razonado? ¿Qué seducción puede ejercer una política donde los antagonismos desplegados son simulaciones, porque evitan discutir los nudos esenciales del modelo de acumulación y del modelo de sociabilidad? ⁽⁵¹⁾

50 LACLAU, Ernesto: NUEVAS REFLEXIONES ... *Ibid.*, p. 10.

51 Ver BAUDRILLARD, Jean: CULTURA Y SIMULACRO, Editorial Kayros, Barcelona, España, 1978.

Los momentos reaccionarios de la historia son aquellos en los cuales los proyectos de historicidad no son plausibles, ni verosímiles, ni aparecen conectados con el sentido común. En que la idea misma de transformación toma la forma de un sueño imposible de unos ilusos desconectados de la realidad, minoritarios y arcaicos.

Estamos ahora ante este tipo de momento ciego, aplastados por las derrotas de los socialismos reales y por la férrea realización de las premisas del capitalismo mundializado, aquel soñado por Marx en 1848: «La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, todas las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales... Una revolución continua de la producción, una incesante conmoción de todas las relaciones sociales, una inquietud y un movimiento constante distinguen la época burguesa de todas las anteriores... Espoleado por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes» ⁽⁵²⁾.

Una época de mundialización del capitalismo acompañada por la muerte, más bien el asesinato, de las ideologías, perpetrado por una ideología triunfante. La ilusión de ésta es que el reemplazo de la política como confrontación, por la política como administración, generará las condiciones de la perfecta gobernabilidad.

Sin embargo con este asesinato disfrazado de muerte, es la política misma la que agoniza para ser reemplazada por la decisión tecnocrática, sustentada en una indisputable (aunque no indiscutible) cientificidad. La tecnificación de la política es mortífera, es la cancelación de la deliberación sobre finalidades.

52 MARX, Karl: MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA. En: MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: OBRAS ESCOGIDAS, Ediciones de Lenguas Extranjeras, Moscú, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, 1963, tomo 1, p. 25.

La pasión homicida contra las ideologías oculta un acto ideológico, que es suponer que los fines provienen de afuera de la política y están colocados allí por las leyes inderogables de la historia.

Entonces, la crisis de la política no proviene de la vigencia de proyectos puramente transformistas, que realizan sólo ajustes de lo previamente existente, proyectos básicamente conservadores. Pueden existir ideologías conservadoras argumentativas que no enmascaran la decisión política sobre fines tras la forma de lo natural. Proviene, en realidad, del utopismo neoliberal, que tiende a tecnificar lo político, matando para ello a las otras ideologías. Esto significa hacer de los fines un asunto científico, derivado de leyes que rigen el movimiento de lo social y, por tanto, de la relación medios-fines un asunto de «one best way». Con esto se arrancan ambos ámbitos de las posibilidades de deliberación argumentada o racional.

En el Chile Actual la política se ve enfrentada a una doble restricción que la asfixia y que conspira contra ella. La primera restricción es la ausencia de espacio cultural para ideologías transformadoras, sometidas a la estigmatización de lo irracional que han sido incapaces de sobrepasar. La segunda es la voluntad tecnificadora que emana del neoliberalismo hegemónico y que aleja lo político tanto de los representantes como del ciudadano común, a menos que se trate de asuntos de índole local donde no se ponen en discusión los fines esencializados.

Hay quienes ven en esta manera de constitución de lo político una feliz demostración de sanidad. Aplauden, como un triunfo, el envejecimiento de las ideologías transformadoras y se alegran que la política devenga una discusión circunscrita a la mejor manera de alcanzar fines eternamente fijos. No captan que están embalsamando a la política y quitándole oxígeno a la vida democrática.

La política tecnificada, guiada estrictamente por raciocinios de eficacia, en el fondo no acepta el principio de la «voluntad popular» como el mejor criterio de decisión. Lo acepta solamente

como factual, no como deseable. Si la política debe restringirse a resolver la ecuación entre fines indiscutibles y medios a determinar en función de criterios técnicos, se hace necesario tomar providencias para que las decisiones se enmarquen dentro de parámetros de cientificidad, para que ellas se «despoliticen». Para que no se alejen del ceñido conjunto de alternativas válidas. El principio de la mayoría debería subordinarse, la democracia debería (por ende) protegerse de la «voluntad popular», a menos que ésta, por una especie de milagro divino, se identifique siempre con la racionalidad preestablecida, que se identifica con lo real.

En eso estamos en el Chile Actual. Desideologizando a la política, alegres porque nada de fondo está puesto en cuestión, sólo algunos aspectos superestructurales.

Los partidos políticos son las principales víctimas de esta desideologización. Se transforman de empresas colectivas, unificadas tras finalidades comunes, en asociaciones privadas para la lucha por el poder. Hobsbawm dice que el partido es la gran creación de la ingeniería política del siglo XX⁽⁵³⁾. Pero él está pensando en el partido de militantes, de individuos disciplinados tras las metas colectivas. En el partido ideológico, en el cual las apetencias individuales están subordinadas a los fines comunes, a las grandes ideas a las cuales se sirve. Donde la exigencia de valores comunitarios obstaculiza el desarrollo de un individualismo desenfrenado, de una obsesión personal por el poder. Lo que se hace es por el partido en cuanto éste es realizador de una causa, de un proyecto de sociedad.

En el Chile Actual ya casi se ha extinguido ese tipo de partidos que, en algún momento y con mayor o menor eficacia, fueron los partidos de izquierda (especialmente el Comunista), el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Nacional en su época de gloria, el período de la lucha contra la Unidad Popular.

53 HOBBSAWN, Eric: HISTORIA DEL SIGLO XX. 1914-1991: Editorial Crítica-Mondadori, Barcelona, España, 1995.

Lo que existen hoy son partidos de camarillas, con agrupamientos internos sin consistencia ideológica y con un altísimo grado de antropofagia. Los partidos parecen haber perdido la dimensión comunitaria y los lazos de afectividad primaria suscitada por la común pertenencia a una causa, para convertirse en estresantes lugares de competencia por el poder, para lo cual (cuando más) se generan relaciones instrumentales con un grupo.

Especialmente en los duros años de la dictadura, los partidos fueron espacios donde los militantes desarrollaban los valores altruistas, la entrega y el don de sí por grandes ideales. No estaban exentos de luchas de posicionamiento, pero lo particular terminaba subordinado a lo más universal.

En el Chile Actual los partidos generan la impresión de no ser mucho más que instrumentos de ansiosos aspirantes al poder, agobiados por la escasez de oportunidades.

No es de mi gusto una crítica sin atenuantes a los partidos políticos porque no conozco otra forma de organizar la política para una deliberación racional. Pero los actuales partidos generan una enorme insatisfacción. No se ve en ellos la intención de una obra común, en la cual los intereses colectivos primen sobre los individuales⁽⁵⁴⁾. No se observa creatividad ni cumplen ya ese papel de intelectuales-intérpretes de la sociedad chilena que tuvieron en el pasado, dando lugar a la difusión de poderosas ideas-fuerza.

Perdida la nutrición de una ideología capaz de conectar el presente con el futuro, han caído en la banalización.

b. Irrelevancia, corrupción

Una política que rutiniza los fines, se transforma necesariamente en irrelevante. ¿Qué queda del significado de la política, después de ese secuestro de su objeto principal, que

⁵⁴ Con la paradójica excepción del partido de la «lealtad a los militares» que es la UDI.

conlleve hacia una deriva en lo banal? Si la política no tiene como sentido deliberar sobre las condiciones del orden social, ¿cuál podría ser su significado?

Pero la irrelevancia no hace inocente a la política. Todo lo contrario, despierta respecto de ella todas las sospechas. Parece que la política tiene en el imaginario colectivo dos clasificaciones posibles, dos destinos. O se instala como un espacio de deliberación de lo público, o se la ve como un tramado de intereses particulares y un privilegiado canal de acceso hacia el dinero, la palanca de la vida mercantil, la deidad contemporánea. La primera es la política en cuanto esfuerzo de universalidad, la otra es la política privatizada, a la deriva.

El encanto de la política proviene de una seducción, de una transmutación capaz de dotar al poder y sus operaciones de un carácter universal y colectivo. El encantamiento político proviene básicamente de la palabra, de la magia de discursos que consiguen proyectar en la universalidad, la lucha por ese bien escaso que es el poder. Detrás del encantamiento político opera la capacidad seductora de alguna ideología, que es la que dota de coherencia y verosimilitud al discurso legitimador.

La facilidad de desencantarse de la política, quizás tenga relación con la naturaleza compleja del poder. El poder en bruto, despojado de las simulaciones con que se rodea, de sus ritos y de sus discursos, produce rechazo, es visto espontáneamente como un pecado, un recurso de esclavización. Esa instintiva aproximación se hace más fácilmente reversible, cuando el poder se expresa en el discurso de la ideología, que es el de su deseo.

Despojada de historicidad, restringida a una reproductibilidad no deliberativa, la política se consume en la lucha por un poder que no aparece relacionado con una disputa por fines. Un poder que aparece particular, privatizado, sin referencia a lo universal. Por ello que la política que reniega de las ideologías pierde el aura y el vacío se llena fácilmente con la idea de corrupción.

En el Chile Actual la imagen de corrupción es la resultante no deseada del vacío prospectivo-ideológico de la política, más que la resultante de constataciones empíricas, de la prueba dura de hechos. Es una atmósfera, una especie de proyección suscitada por el estilo cínico que emana de los discursos pragmáticos. Son los discursos pragmáticos reflejados en un espejo deformante.

También es la resultante de la decepción, del desencanto de personas que esperaban transformaciones, cambios, y se encuentran que las prioridades permanecen iguales que en tiempo de Pinochet. Que el rol protagónico de los empresarios, deidades a las que se prende incienso, no ha disminuido sino aumentado porque es necesario darles pruebas permanentes de buena conducta. Que el rol de los trabajadores permanece casi idéntico, más allá de la hojarasca ceremonial y sobre todo, permanece sin horizonte, sin futuro.

En esos decepcionados, la noción de corrupción tiene otro sentido que en boca de los eternos antipolíticos de la derecha. Tiene el sentido de un «arreglín». Representa el desencanto por la «farrá de la democracia», porque poco ha cambiado. Esta petrificación es atribuida a la corrupción, forma de semantizar los «enjuagues», los pactos interélites, las concesiones entre «amigotes».

Al principio del gobierno de Aylwin, para algunos políticos constituía un problema moral aparecer departiendo amablemente con quienes los habían perseguido y eran culpables de asesinatos masivos. Después se hizo común el intercambio de sonrisas, luego de gestos amistosos, de conversaciones, de fotos en los diarios compartiendo la vida social. Todo esto crea la impresión de que constituyen un «círculo», una clase. El poder los iguala. Amargamente se puede decir «son todos lo mismo». La política aparece como una confusión de lenguas.

La crisis de la política es, para una parte de la generación joven, exigente en la discriminación, y para ciertos «veteranos» de la lucha contra Pinochet que se aferran a esa memoria como

identidad, una corrupción que consiste en el olvido y en la asimilación. Corrupción significa, para ese enclave de «resistentes», prestarse para la brutal injusticia del perdón concedido sin arrepentimiento.

Esa idea de corrupción, surgida de la desilusión y activadora de desesperanza, es preocupante. También la que surge entre los hombres comunes que sienten que ya nada tienen que opinar, que la política se realiza cada vez «más arriba», en cumbres inaccesibles.

No lo es la versión de derecha de la corrupción. Para la derecha la corrupción es una perversión asociada al Estado, por lo tanto inherente a la política y a las instituciones y empresas públicas. Refleja la noción de Estado de los ideólogos utopistas del neoliberalismo, para los cuales el Estado representa un «mal menor» cuya única justificación es su papel de «guardián», porque es necesario un órgano que frene la oscura tendencia pasional de los hombres a rebelarse contra el orden existente.

La utopía de estos neoliberales es que la política sea desplazada por la «administración de las cosas», que sea desplazada por la decisión tecnocrática. Que se discuta sobre la rentabilidad diferencial de un camino en la cota mil respecto de una ruta hacia Mendoza y no sobre algún elemento fundamental del orden existente, el cual ha pasado a formar parte de un consenso petrificado.

Por ello hay que sospechar de los graznidos sobre la corrupción de los tecnócratas políticos. Ellos preferirían que las decisiones colectivas fueran adoptadas por un «consejo de sabios». Así se evitaría el peligro de cualquier política «populista», orientada más por criterios de justicia social que por criterios de beneficio del capital o del sistema.

Trascendentalización de los fines por parte del utopismo neoliberal. Ese es uno de los puntos centrales y uno de los nudos de la crisis de la política en el Chile Actual. Ello significa la hegemonía de un ideologismo conservador y antipolítico, que se hace coro de la

imagen de corrupción, porque su ideal utópico, su idea límite es un mundo sin política, o un mundo donde lo político se convierte, al estilo saint-simoniano, en la «ciencia de la producción»⁽⁵⁵⁾.

Pero la pretensión de ahistoricidad no es ya la creencia fanática y mesiánica de unos cuantos ideólogos derechistas. Hoy es un rasgo transversal de la cultura política del Chile Actual. Este neocapitalismo que nos está haciendo crecer a pasos agigantados, legitimado por sus nupcias con la neodemocracia, es visto como el orden ideal o el menos malo o el único posible. Quien piense otra cosa está fuera, tanto del saber científico como del sentido común. Entre un político radical y un loco casi no hay diferencia.

c. La impunidad

En el Chile Actual el lenguaje de la política no es un habla común, sino un código cifrado, trucado, es un metadiscurso. Como las matriushkas rusas, el discurso parece esconder otro discurso y éste a su vez otro. Si fuéramos deshojando esos discursos llegaríamos a lo Inombrable, a aquella fuerza trascendental y temida que exige que nuestra política esté fundada sobre el eufemismo. ¿Por qué está atrapada esta política en el silencio, en las medias palabras, en la hipocresía?

Porque no ha habido una purificación del karma de diecisiete años de terror. Chile Actual está basado en la impunidad, en el carácter simbólico de los castigos, en la ausencia de verdad, en una responsabilidad histórica no asumida por las FF.AA. y por los empresarios, estos últimos los beneficiarios directos de la «revolución capitalista».

Al comienzo de su gobierno inaugural, Aylwin creó la Comisión Verdad y Reconciliación para abordar el problema de

⁵⁵ Ver BUBER, Martin: CAMINOS DE UTOPIA, Editorial del Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 30.

los damnificados del terrorismo de Estado. Con ese gesto, que delataba un método, el gobierno de Aylwin convirtió el asunto en un rito. Se trataba de construir, a través de una comisión de «hombres justos», una «gran verdad», una verdad cuya legitimidad sobrepasara las críticas comprometidas de las FF.AA. y de la derecha «leal».

La labor de la Comisión permitió constituir el «martilogio oficial». Permitted construir esa gran pared en el Cementerio General repleta con los nombres de las víctimas. Seres hasta entonces sospechosos de haber sido criminales, de haber huido del lado de sus familias, fueron reconocidos como víctimas del Estado. No es poco que se les haya otorgado su identidad. Antes se les había negado hasta su heroísmo, la dignidad de haber muerto por sus convicciones.

Pero la labor de la Comisión tiene dos grandes vacíos: sus investigaciones no desembocan en una instancia judicial y no comprenden a los damnificados por torturas prolongadas y prisión abusiva. Se borra, de una plumada, el martirio de las víctimas sobrevivientes de las espantosas torturas de Tejas Verdes o de Villa Grimaldi, de las prisiones clandestinas de la CNI o del Dipolcar.

Cuando esa Comisión evacuó su informe (conocido como Informe Rettig) el Presidente Aylwin pidió perdón, con lágrimas en los ojos, a nombre del Estado. Un gran acto simbólico a través del cual la nación asumió su responsabilidad, pero también un espectacular acto de evasión. Allí se consagró, a través de una cuidada liturgia, la instalación del eufemismo como respuesta a los crímenes. Se oficializó el desvanecimiento en el colectivo de la responsabilidad individual que, de acuerdo a los principios de autoridad y a los códigos de honor, correspondía a los Comandantes en Jefe de las diferentes ramas de las FF.AA.

En vez del principio de la «obediencia debida», que es el único verosímil, dada la organización jerárquica de las FF.AA., se instaló el principio inverso, el de la irresponsabilidad de las

autoridades supremas. Ellas nada supieron ni saben, siempre fueron sobrepasadas por algún irresponsable.

Los procedimientos seguidos permitieron instalar la institución del «chivo expiatorio»: Contreras y Espinoza prisioneros en la cárcel especial de Punta Peuco. Contreras fue el «gran personaje» del terror. Este Robespierre criollo, este protagonista principal del Terror y operador transnacionalizado de la represión, formó parte del núcleo de oficiales promovidos por Prats, bajo cuyo mando llegó a ser subdirector de la Academia de Guerra. Más que un oficial de inteligencia es un tecnólogo militar, quizás seleccionado para afrontar una masiva búsqueda y un generalizado exterminio, con un complejo ocultamiento de pruebas.

La institución del «chivo expiatorio» formó parte de la operación de blanqueo generalizado. Se instaló como doctrina la teoría de los delitos aislados, que no correspondían a una planificación regular de las instituciones y que, por tanto, estaban fuera del conocimiento de las altas cúpulas. En el caso Letelier este principio fue aceptado por todas las instituciones estatales. Contreras procedió a montar una conspiración internacional que aisló al gobierno militar de EE.UU., mientras la jefatura directa de este audaz “free-rider” permanecía en la más santa inocencia. A su vez, el primer gobierno post-autoritario y todas las otras instancias del Estado reconocieron la impunidad de las altas cúpulas.

Más tarde, el gobierno de Frei trató de desconocer este principio, intentando que Stange aceptara su responsabilidad en el caso de los degollados. Se basó para ello en una primera sentencia judicial que lo inculpaba. Pero el general no cedió a ningún remordimiento y los jueces superiores lo absolvieron. Por segunda vez el Estado reconoció la impunidad de las altas cúpulas. En un principio el gobierno de Frei creyó que un simple Comandante en Jefe pesaba menos que El Comandante en Jefe. No captó que al hacerlo estaba relativizando y particularizando la institución básica

de la impunidad general de las altas esferas, sobre la base de la cual se estaba «resolviendo» el caso Letelier.

El principio de la impunidad no solamente favorecía a las altas cúpulas, era un principio generalizado, jurídicamente fundado en la amnistía de 1978 y que solamente tenía una excepción, la de los «chivos expiatorios». Chivo expiatorio, macho cabrío sacrificado para aplacar el enojo de los dioses, iracundos por los pecados de los jerarcas que contagiaban al pueblo.

La compleja y en ocasiones rocambolesca operación a través de la cual Contreras apareció recibiendo un castigo que era, simultáneamente, una absolución, instalaba la institución del chivo expiatorio, pero bajo la modalidad de un simulacro. A través de una condena simbólica, totalmente desproporcionada respecto a la naturaleza del crimen imputado, Contreras fue perdonado de su verdadera responsabilidad, de la autoría intelectual del plan de exterminio de la izquierda, desarrollado por la DINA entre septiembre de 1973 y julio de 1977.

La puesta en escena de ese juicio y de ese castigo es un episodio más, aunque decisivo, de la operación blanqueo. Muchos han creído que la condena a Contreras tenía por objetivo conformar al gobierno de Estados Unidos. Esa fue, en realidad, una finalidad absolutamente secundaria. El objetivo decisivo era otro. Era demostrar, a través de la condena de Contreras, la inocencia de Pinochet. En Contreras se cortó la cadena, Pinochet nada supo. Como todos los chilenos se enteró con sorpresa, por los diarios, del asesinato de Prats, del de Letelier, del atentado contra Leighton. Quizás oyó hablar del campo de torturas de Tejas Verdes leyendo, en algún día de vacaciones, el libro-testimonio de Hernán Valdés que le prestó un asesor despistado⁽⁵⁶⁾. De Villa Grimaldi conoció algunos rumores. Sigue creyendo que los desaparecidos se fueron al extranjero, escondidos bajo nombres falsos. Así está construida la «historia oficial».

56 VALDES, Hernán: *TEJAS VERDES. Diario de un campo de concentración en Chile*, Editorial Liaia, Barcelona, España, 1974.

La doble impunidad existente en Chile, la impunidad legalizada por la ley de amnistía de 1978 y la de facto que cubre la mayor parte de los crímenes posteriores ⁽⁵⁷⁾, tiene efectos sobre la atmósfera de crisis de lo político.

Existe un fuerte lazo entre esa impunidad y la deslegitimación en su forma de desencanto. Esa impunidad es una manifestación demasiado expresiva de la desigualdad, de la capacidad de los poderosos de sobrepasar la ley sin temor al castigo. Cualquiera puede preguntarse, ¿cómo se puede seguir hablando de respeto a la ley, a la justicia o exigiendo castigo de los delincuentes (la típica petición de mano dura de los derechistas) cuando se ha amnistiado la desaparición de miles de inocentes y las crueles torturas masivas? Esas brutales disonancias generan quiebres en la legitimidad discursiva, afectan la credibilidad en las instituciones, especialmente del derecho y la justicia.

Hay otro aspecto conectado con la impunidad. Consiste en la respetabilidad moral que se autoasignan (y que se les confiere) a personajes que han sido ejecutores o cómplices (escondidos o visibles) de feroces crímenes contra sus enemigos políticos. A menudo suelen hablar, con exquisita delicadeza, del atroz asesinato que se comete al negarle la posibilidad de vida a un óvulo fecundado. La pureza angelical de sus almas enternecería si no fuera porque han participado, aplaudido o aumentado sus ganancias al amparo de la crueldad institucionalizada.

Un gran problema de la convivencia política del Chile Actual es esta incomprensible conservación de la inocencia por parte de los hechores de crímenes masivos, esta ausencia total de aceptación de la responsabilidad. Esta incapacidad de asumir lo que se hizo y de tener la humanidad de dolerse del otro. Por estar pendiente el reconocimiento de los delitos, no sólo no puede existir reconciliación, tampoco existe verdadera pacificación. Se vive

57 La excepción han sido las fuertes condenas aplicadas a los carabineros participantes en los degollamientos de Parada, Nattino y Guerrero.

todavía un estado de enemistad. Los militares no han realizado ningún gesto de paz.

Esto puede parecer una exageración dramática o una exigencia ritualista. No. Se trata de una «necesidad del Ser-Nación». Sin la aceptación de la realidad del terror, por parte de los hechores y de los profitadores, nuestro orden está instalado sobre una trizadura, sobre una grieta geológica. O, dicho de otro modo, se basa en una negación psicótica, en un delirio sobre Chile: «¡El bombardeo de La Moneda fue un montaje de las agencias extranjeras, Prats murió de un infarto, los desaparecidos eran humanoides que emigraron a Marte!».

En realidad, nos oprime la obligación de un pesado silencio, fuente nutricia de la política eufemística, de las medias palabras, de la hipocresía. Coartados de decir lo que verdaderamente ocurrió (que el terror fue una política estatal, una estrategia decidida por los conductos regulares, ya que la situación era definida como «guerra irregular») todos los discursos están autocensurados. Lo que realmente ocurrió aparece como indecible, como lo innombrable. Muchos piensan que hubo una responsabilidad institucional del alto mando, pero simultáneamente todos dicen que las responsabilidades fueron individuales. La política se realiza afirmando lo contrario de lo que se piensa, por tanto disolviendo el valor de la discursividad con referente. La política del Chile Actual se construye sobre medias palabras, sobre mentiras, sobre hipócritas razones de Estado.

5. El sistema de partidos

Existe una radical diferencia entre el sistema de partidos que abarcó el período 1932-1973 y el que se reconstituyó después de la primera elección democrática de 1990. La operatividad del sistema de partidos que se derrumbó con el golpe, consistió en su capacidad de integración de polos (partidos «obreros», partidos de derecha),

orbitando en torno a uno o varios centros. El que se reconstituyó después de 1990 no es polarizado, por tanto su capacidad integrativa es distinta y menos sorprendente.

El sistema polarizado del período 32-73 produjo oportunidades reguladas y normadas de competencia política durante cuarenta años. Se mantuvo pese a que desde 1958 apareció la sorprendente amenaza del triunfo electoral izquierdista-marxista, lo cual empavoreció al electorado derechista en 1964, volcándolo a regañadientes hacia su enemigo secundario, el reformista Frei.

El actual sistema político presenta las siguientes características centrales: a) la división de la izquierda y la aparición de un ala que ya no tiene como referente ni al marxismo ni a la revolución y que es mucho más poderosa en el campo electoral que la tradicional ala ortodoxa, b) la formación de una alianza de centroizquierda que ha conquistado los dos gobiernos post-autoritarios y c) la reaparición del fenómeno de la derecha dividida, después del corto período unipartidario entre 1967-73⁵⁸.

El sistema partidario del Chile Actual reproduce, pese a sus pretensiones modernistas, algunos rasgos de la década del cuarenta. El principal es el gobierno de una coalición de centroizquierda, fenómeno que ya aconteció entre 1938 y 1947. Pero existen diferencias medulares entre un episodio y otro, la principal de las cuales es el carácter de la izquierda participante de la coalición. La de la década del cuarenta era marxista y revolucionaria y la actual es liberal en versión socialdemócrata. La segunda diferencia tiene relación con el proyecto de modernización. El de los cuarenta fue iniciativa del bloque centroizquierdista, el cual enfrentó la crisis del modelo primario exportador a través del desarrollo, desde el Estado, de la industrialización. La actual coalición no ha creado un proyecto,

⁵⁸ En 1967 conservadores y liberales se unificaron en el Partido Nacional. Actualmente la derecha está dividida en tres partidos: Renovación Nacional, Unión Demócrata Independiente y Unión de Centro Centro.

más bien administra con «expertise» el diseño de modernización del gobierno militar, marcado por el sello neoliberal. Las coaliciones de los cuarenta eran progresivas, la actual es de administración, su norte es la reproducción transformista.

Un elemento básico del actual sistema de partidos es que es centrípeto, pese a que tiene una estructura tripartita (derechas, centros, izquierdas). El anterior, por lo menos desde 1965 hasta 1973, era centrífugo. El carácter centrípeto se manifiesta en que, con excepción de la UDI y del Partido Comunista, todos los otros partidos presionan sobre el centro geométrico fluctuante, tanto a la búsqueda de señas de identidad, como a la caza de electorado. Esto produce un poderoso efecto de «moderación» de la política, al contrario de lo que ocurría en la década del sesenta. Entonces la centrifugación empujaba a los polos en la dirección de su eje, ampliando la distancia ideológica.

El análisis de algunos partidos y posiciones del espectro, arroja pistas interesantes para la comprensión de la dinámica interna del sistema.

Hacia la izquierda del Partido Socialista, embarcado en asegurar la gobernabilidad de la transición transformista, no se ha logrado constituir una fuerza capaz de canalizar la desafección, especialmente aquella que actualmente deriva hacia el abstencionismo. El Partido Comunista no ha emergido como fuerza atractiva, con un proyecto a la altura de los tiempos o por lo menos con una crítica creativa. Se le ve arcaico y autista, volcado a ventilar querellas intestinas, planteando automáticamente la respuesta convencional de la movilización.

El Partido Socialista ha vivido desde 1979 un cambio revolucionario de su identidad ideológica. Derivó del marxismo hacia la socialdemocracia. Una renovación que había comenzado, bajo la inspiración eurocomunista, como una crítica desde dentro del marxismo buscando ampliar sus horizontes y sus posibilidades teóricas, terminó en el abandono del referente teórico, de la idea

de revolución e incluso de las críticas sustanciales al capitalismo. Hoy día está en un acelerado proceso de absorción del liberalismo como ideología constitutiva de su visión de mundo.

Su proyecto político (como el del PPD) está también colocado bajo el sello de la «modernización». Piensa el futuro en el marco del capitalismo globalizado, poniendo énfasis en cambios absorbibles por el sistema, como la equidad y los cambios culturales.

Por lo dicho antes, no es extraño que este partido no se sienta tensionado desde su izquierda y no se sienta amenazado de perder votos en beneficio de un polo crítico. Lo verdaderamente singular del Partido Socialista actual, consiste en que su ala izquierda mayoritaria, comparte el diseño gubernamental de «transición transformista» y el modelo modernizador. Las diferencias entre las tendencias tienen más que ver con «sensibilidades» y liderazgos que con diferencias profundas de proyecto.

En la Democracia Cristiana el problema presenta variaciones. En ella la penetración del liberalismo económico no ha anulado totalmente la sensibilidad socialcristiana. Las viejas tesis comunitaristas han perdido vigencia, pero aún tienen eco temas tradicionales de la doctrina social de la Iglesia, como el salario justo, que es difícilmente compatible con la racionalidad mercantil del liberalismo. Pero la posibilidad de un aglutinamiento de tendencias en torno al eje liberalismo versus socialcristianismo, ha estado coartado por la necesidad de proporcionar bases sólidas de gobernabilidad a las administraciones de Aylwin y Frei. En la medida que los fantasmas políticos se diluyan, es probable que esa tensión se desarrolle.

En la derecha la situación es más compleja y también de mayor enfrentamiento interno. La competencia interpartidaria entre la Unión Demócrata Independiente y Renovación Nacional ha sido y es fuerte. Postulan dos modelos de partido. La Unión Demócrata Independiente representa el proyecto de un partido homogéneo de militantes y Renovación Nacional la de un partido heterogéneo de masas. El primero es una organización de raíz

católica, con militancia y dirigencia joven, disciplinada, con una estrategia de penetración en el mundo popular a través de un discurso de populismo conservador. Al mismo tiempo representa el partido de la «irrestricida lealtad» a los militares.

Renovación Nacional es, al contrario, un partido de tendencias, heterogéneo, con poca lealtad institucional. En su interior se enfrentan dos sectores. Uno postula un proyecto liberal de modernización democratizante con capacidad de crítica frente a los militares (en su obra pasada tanto como en sus posturas políticas actuales), que se plantea como desafío estar en condiciones de participar de coaliciones amplias. El otro, representa una derecha militarista y nacionalista. La lucha entre esos dos grupos genera una especie de empate interno, que neutraliza al partido.

Este sistema de partidos es sumamente funcional con el proyecto transformista. Este tipo de estructuración del campo de fuerzas se sostiene en un viraje moderado del electorado, aparentemente cansado de los extremismos, sea la nostalgia de la Unidad Popular o la del gobierno militar. Pero a su vez esa moderación del electorado es alimentada por el sistema de partidos. El electorado es bombardeado de ofertas moderadas desde todas las posiciones, desde la derecha (a través de RN), el centro y la izquierda.

Este sistema de partidos no tiene la hechura dramática del sistema polarizado y centrífugo de mediados de la década del sesenta. No tiene tampoco su aura romántica. No se juega el todo o nada en cada elección, solamente se juegan pequeños cambios que no modifican el curso histórico. Una historia enfrida. ?

La consolidación de una «democracia protegida» necesita, además de reglas y normas, la mediación de un sistema de partidos que sea compatible con la despolitización que el tipo de Estado busca inducir. En la «democracia protegida» el sistema de partidos debe ayudar a legitimar heterodoxas respuestas institucionales a dos problemas: el de la incertidumbre y el del carácter ilimitado de las decisiones.

El carácter ilimitado de la capacidad decisoria genera una incertidumbre que debe estar institucionalmente resuelta, porque un electorado de masas es por definición tornadizo, voluble, fácilmente contaminable por la presión o el halago, fácil, pasto de intereses particulares. El papel de tutela de las FF.AA. cumple esa función y se funda sobre el principio supremo de la subordinación de la política a la economía, sobre el acoplamiento necesario de Estado y mercado. Esa tutela está instituida para el caso que la mudable voluntad de un electorado de masas pudiera decidir sin restricciones sobre todos los fines que se ha asignado la sociedad.

Esta visión pesimista sobre la deliberación democrática respecto de los fines-valores de una sociedad, siempre esgrime para justificarse el ejemplo de la fascinación de las masas por el fascismo. Es verdad, que lo ilimitado genera riesgos, entre ellos que una mayoría apruebe leyes racistas. Pero hay que optar entre ese riesgo y el del enfriamiento de la política, que es la preparación de su muerte. El enfriamiento de la política es la consecuencia de las neodemocracias o «democracias protegidas».

Al contrario de lo que se piensa, tanta moderación obligatoria le hace mal al sistema de partidos. Primero porque no entusiasma, segundo porque tanto acuerdo no es creíble, tercero porque hay demasiada redundancia, poca identidad de las fuerzas en competencia. Ante un sistema tan homogéneo, en el cual detrás de las etiquetas están los mismos contenidos, la política parece ociosa. Como antes se dijo: irrelevante.

6. ¿Qué alternativas?

Fines petrificados, «geológicos», combinados con políticas tecnocráticas. El resultado es la irrelevancia de la política, el tedio. Especialmente es el tedio para quienes intenten seguir planteando alternativas en las alturas, sin considerar el espesor de la a-historicidad. Este espesor es el de un glaciar.

La verosimilitud de las alternativas políticas dependen de condiciones, no del voluntarismo obstinado. Tiene que deshacerse el espesor del iceberg. El triunfo de Chile tiene que dar paso a la melancolía de constatar la discontinuidad del progreso, para que se vuelva reflexiva la soberbia triunfalista de las élites y de la parte de las masas engolosinadas con el consumo.

Es necesario que se decanten las experiencias de la sociedad, que se supere este largo período de sorpresa por la feliz convivencia entre una sociedad neoliberal y un bloque gobernante socialcristiano-socialdemócrata. Debe pasar el tiempo para que se comprenda que la crisis de la política es la resultante de una crisis larvada de la sociedad, ya que crecimiento económico no es lo mismo que desarrollo. Por no ser lo mismo, este crecimiento sin desarrollo va generando trabas acumulativas, contradicciones, disfuncionalidades que pueden minar la propia estabilidad del crecimiento y que van creando condiciones para climas culturales nuevos. No debe pensarse, de manera tradicional, en la germinación de una crisis que llevaría a una efervescencia terminal. Pero sí hay que mirar con atención la decepción.

No hay, por supuesto, sociedades ahistóricas, lo que hay son atmósferas ideológicas de ahistoricidad cimentadas en élites dirigentes que logran mantener en un nivel nominal el rango de la alternancia política. Los cambios gubernamentales no transforman las cosas demasiado porque, como es el caso del Chile Actual, se ha instaurado un consenso neoliberal. Pero eso no significa que en otros niveles no exista historicidad.

De hecho en una sociedad de apariencia petrificada, porque lo está en «las alturas», puede estar ocurriendo «una renovación de la sociedad por renovamiento de su tejido celular»⁽⁵⁹⁾. Esta idea ha sido retomada de los clásicos socialistas utópicos por Guattari, con su noción de «revoluciones moleculares» y por Foucault con

⁵⁹ BUBER, Martin: CAMINOS DE ... OP. CIT., p. 6.

su noción de «acciones sectoriales». En ambos existe una reivindicación de lo localizado por oposición a lo total inalcanzable.

Aún cuando la historicidad global aparece congelada, hay por debajo un oscuro y lento trabajo de reconstrucción del tejido social, de constitución de sujetos. Incluso puede decirse que el peso de la actual neblina histórica indica la necesidad de buscar en el nivel de lo local un espacio de rehistorización molecular. Como dice Buber, retomando una idea de Kropotkin: «...considero que la suerte del género humano depende de la posibilidad de que la comuna renazca de las aguas y del espíritu de la inminente transformación de la sociedad» ⁽⁶⁰⁾.

Las ideas de Kropotkin, que Buber y otros como Fromm retoman, no guardan relación con la obsesión de los neoliberales por recluir la política en el ámbito local del municipio. Estos últimos culminan allí la castración de la ciudadanía «tradicional»: en vista de que las finalidades globales están instaladas para siempre, se crea una «ciudadanía week-end» a través de la cual se puede incidir en las cuestiones que afectan a la vida local, sin —por supuesto— elevar la vista más allá. Se internaliza la idea de que es inútil y es angustiante ir más allá, ya que sólo se encuentra en esa búsqueda la distancia y la nada que separa al ciudadano común del Estado.

Esta perspectiva del «ciudadano week-end» no tiene relación ninguna con la idea de una «renovación de la sociedad por renovamiento del tejido celular». Pese al biologismo de la metáfora, esa orientación busca la recreación de sujetos que desde la particularidad, o sea desde su condición vivida y racionalizada, «trabajada», se autoproduzcan como mediadores entre lo particular y una universalidad histórica, se hagan capaces de ir creando progresivamente condiciones de globalización de su experiencia «comunal» o, para usar otro lenguaje, «consejista».

60 *IBID*, p. 199.

Hay allí una forma fructífera y no cupular de pensar las alternativas de historicidad ⁽⁶¹⁾. En ella hay que poner atención. El aire de las alturas tiene poco oxígeno.

61 Esa es la perspectiva que ha desarrollado Gabriel Salazar en algunos de sus trabajos. Ver especialmente SALAZAR, Gabriel: «Municipio popular y construcción del Estado: El pensamiento de L.F. Recabarren». En: *Revista de Sociología*, Santiago, Chile, N°6, 1995. También «Tendencias transliberales del movimiento ciudadano en Chile (1973-1996)». (Apuntes para una teoría del cambio histórico), Mimeo, Santiago, Chile, 1996.

Capítulo Tercero

Paraíso del consumidor

1. De la matriz populista a la matriz productivista-consumista

La crisis del modelo primario exportador basado en el salitre, que abarcó toda la década del veinte, acumulada con la crisis del capitalismo mundial de los años treinta, crearon condiciones para un giro del desarrollo capitalista chileno. Este viraje tomó la forma de una profundización de la industrialización. El proceso se consolidó desde fines de los treinta, al estabilizarse el orden político y al producirse el triunfo de una coalición industrializadora.

En ese entonces la intervención estatal fue el camino a la mano, el único, para un proyecto industrializador, por tanto la manera posible de modernizar el atrasado capitalismo chileno. El modelo del mercado libre y de la economía abierta no había servido para enfrentar las tareas históricas que estaban a la orden del día. Modificar situaciones estructurales con tanta fuerza inercial requería grandes dosis de voluntad política y de energía estatal. Esta voluntad debió actuar, durante un tiempo prolongado, en contra de tendencias históricas anteriores procurando crear, más bien inventar, condiciones para el desarrollo industrial en un país periférico con un mercado natural pequeño. Fue necesario ir a contracorriente de las formas clásicas del desarrollo capitalista de la época, con su modalidad de división internacional del trabajo: economía abierta, exportadora de productos naturales de escaso

valor agregado e importadora de bienes manufacturados y con una mentalidad fuertemente arraigada en las clases dirigentes que no habían mellado las sucesivas crisis capitalistas. Sin un papel activo e intensivo del Estado en la protección y fomento de la industria, este nuevo desarrollo no hubiese sido posible.

La consecuencia más importante de la modalidad proteccionista de la industrialización fue el confinamiento en el mercado interno. Una industrialización protegida puede evitar sostenerse en la competencia, en la adquisición de ventajas comparativas, conseguidas a través de la innovación tecnológica, la capacidad empresarial o la productividad de la mano de obra. Pero la resultante es entonces un círculo vicioso, donde los altos aranceles proporcionan un mercado interno cautivo, sobre la base de restringir los incentivos para aventurarse en los mercados externos; sobre la base de capturar a la industrialización dentro de un espacio económico cerrado, cuya magnitud está definida por el tamaño demográfico y los ingresos de los sectores implicados en el proceso industrializador y sobre la base de fomentar en los empresarios una mentalidad monopolista y prebendaria.

Por estas circunstancias, la relación entre esa forma del desarrollo capitalista y la política generaba una matriz populista. Como es sabido el populismo utilizó las ventajas socioeconómicas como modalidad de incorporación de los sectores populares al sistema de dominación. El populismo es diferente y a veces antitético con lo popular. Esta última opción se juega por una política de autonomía mientras que el populismo representa una estrategia de integración y de desperfilamiento del conflicto clasista.

Pero lo anterior no significa que el populismo no produjera efectos en la modalidad de acumulación capitalista o que éstos fueran puramente funcionales. La relación es compleja.

Por una parte, la matriz populista constriñó al capitalismo a organizarse como social-capitalismo, una forma débil del Estado

de bienestar existente en los países desarrollados, con una lógica distinta. En los países centrales el tipo de Estado correspondía más a las necesidades ideológicas de la integración social-política, que a las necesidades económicas internas de la reproducción del modelo industrializador, o que a la dependencia absoluta del mercado interno, ya que la producción tenía salidas externas significativas.

La matriz populista favoreció la mantención de condiciones de consumo global sostenido en economías de dimensiones pequeñas y condiciones cíclicas. La instauración de esa matriz en un país como Chile revela que los intereses de las clases dominantes de la industrialización tenían algunos puntos comunes con los intereses de las clases dominadas. Una parte significativa del mercado interno estaba constituida por los ingresos de la fuerza de trabajo urbana, conectada directa o indirectamente, con la industrialización. Dentro del total de esos ingresos el segmento correspondiente a los asalariados, empleados u obreros, era muy significativa. Por tanto, la magnitud de la demanda y la regulación de los ciclos críticos dependía, en parte importante, del nivel de los salarios. El alza nominal de éstos era una válvula de escape usada para salvar las fases depresivas. La solución distributiva correspondía, a menudo, a las presiones conjuntas de industriales y trabajadores.

El carácter mistificador de la estrategia populista se ponía en evidencia en la manera como los empresarios se resarcían del alza de los costos de producción. En vez de intentar afrontarlos a través de menores ganancias o de mejoras marginales de gestión o productividad los cargaban sobre los precios. La solución negociada de cada crisis depresiva relanzaba el círculo vicioso de la inflación⁽⁶²⁾.

62 Ver ATRIA, Raúl: «Tensiones políticas y crisis económica: el caso chileno. 1920-1938» en ATRIA, Raúl/TAGLE, Mattas: ESTADO... Op. Cit., pp. 223-247.

Además, la política distributiva aparecía como salida indispensable porque estaba fracturado el mercado interno, único ámbito de realización del valor incorporado en las mercancías industriales. Las relaciones sociales de producción existentes en el campo eran de carácter precapitalista. Entre otras cuestiones, esto significaba una semimonetarización del salario, lo cual afectaba a una masa importante de la fuerza de trabajo. Esa fuerza de trabajo rural, con salarios en parte pagados en especies o medianías, estaba confinada a una economía de autosubsistencia o a satisfacer sus demandas en el mercado del artesanado rural. Accedían poco al mercado urbano para su compra de vestuario, calzado, bienes alimentarios o bienes de consumo durable.

Esta fractura, al empujarse el mercado potencial de la industria, favorecía la capacidad negociadora de los asalariados urbanos. La matriz populista funcionaba sobre la base de garantizar la ganancia empresarial con el puro potencial de demanda del mercado interno urbano. Se sustentaba, entonces, sobre una desigualdad campo-ciudad, sobre un empujamiento decisional-político y no natural del mercado interno nacional. Ese mismo hecho tenía un efecto: aumentaba la mutua dependencia entre empresarios industriales y asalariados de la rama. Por tanto su significación objetiva era la de acentuar el síndrome populista.

No obstante, atribuir el estancamiento de la industrialización en Chile al problema único de las dimensiones «sociales» del mercado interno no constituye un análisis completo. Es necesario agregar, por lo menos, el efecto de la dependencia externa en materias de propiedad y comercialización de las materias primas básicas y también las consecuencias de la mentalidad rentística de los empresarios. Estos en vez de innovar, de arriesgar, o de aplicar estrategias de largo plazo se conformaban con explotar la cantera de la demanda cautiva y con refugiarse de los riesgos detrás de los subsidios y prebendas estatales.

A su vez, es parcial como explicación, la afirmación de que la matriz populista sería la resultante de presiones salariales sobre

gobiernos débiles o ideológicamente comprometidos. Hay que entenderla más bien como un mecanismo del proceso de acumulación y de ampliación de los niveles de ganancia de los empresarios, quienes aprovechaban los aumentos de salarios para realizar más fácilmente sus stocks o para aumentar sus volúmenes de producción, absorbiendo, de paso, los mayores costos de la mano de obra a través de la inflación. En todo caso, lo que ocurría es que el tipo de industrialización generaba compatibilización no pactada de intereses entre trabajadores y empresarios manufactureros. Ello efectivamente mejoraba el margen de maniobra de los sindicalizados y aumentaba la sensibilidad gubernamental a las demandas laborales o sociales de esos trabajadores organizados.

En consecuencia el síndrome populista no provenía en exclusiva de la presión popular ni representaba la simple instalación de un pacto corporativo. Fue, más bien, un dispositivo interno del tipo de desarrollo capitalista. En las condiciones de una industrialización reclusa constituía una manera de ajustar los ciclos reiterados de subdemanda que afectaban a industriales y a comerciantes. Una forma en ocasiones eficiente, como se demuestra en el análisis de los años 1966 y 1971 en los cuales se juntó alto crecimiento del PGB, alza de remuneraciones reales y bajo desempleo ⁽⁶³⁾.

El Chile que emergió de la triple crisis de las tres primeras décadas del siglo (derrumbe del modelo primario-exportador, crisis capitalista mundial e ingobernabilidad política) estuvo caracterizado por lo que Pinto denominó una asincronía entre desarrollo político y desarrollo económico ⁽⁶⁴⁾. Una de las principales bases de ese desarrollo desigual fue el predominio

63 En 1966 el crecimiento del PGB fue de 11.2%, la tasa de desocupación de 5.4% en el Gran Santiago y el índice de remuneraciones reales (el cual incluye tanto salarios y sueldos) tuvo un promedio de 23.14 contra 16.72 de 1965 siendo la base 100 = diciembre 1982. En 1971 el crecimiento del PGB fue 9.0%, la desocupación en el Gran Santiago de 5.5% y el alza de remuneraciones reales del año anterior alcanzó a la cifra promedio récord de 82.8% respecto a la base 100 = diciembre 1982. Ver BANCO CENTRAL: INDICADORES ECONOMICOS Y SOCIALES 1960-1988. Santiago, Chile, 1990.

64 PINTO, Anibal: CHILE, UN CASO DE DESARROLLO FRUSTRADO. Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1962, especialmente pp. 36-41.

alcanzado por ideologías sociopolíticas que se alineaban en la vertiente «humanista» y que pretendían una «dulcificación» del capitalismo.

Esas ideologías, expresadas en partidos con acceso a importantes posiciones de poder, influyeron en la naturaleza del desarrollo capitalista del Chile Pasado. Participaron de una manera importante en la creación de una economía con intervencionismo estatal, industrialización para el mercado interno y, además, con un significativo desarrollo de políticas sociales, entre ellas una legislación laboral que, de manera creciente, «protegía» a la fuerza de trabajo.

Como ya se ha dicho en este texto, en lo básico esas «dulcificaciones humanizantes» del sistema surgieron, se desarrollaron y permanecieron porque, dentro de límites, eran funcionales con la industrialización para el mercado interno. Ya se ha comentado que eso significaba que el asalariado era, simultáneamente, fuerza de trabajo y segmento crucial de la demanda de los productos industriales. Ese desarrollo de políticas sociales, realizado por un capitalismo de base débil y sumergido en un estancamiento desde la década del 50 (por lo menos sumergido entre miles de páginas que hablaban de ese estancamiento), significó coartar el pleno funcionamiento de la lógica del capitalismo, en la medida que restringía la operación como mercancía plena de la fuerza de trabajo ⁽⁶⁵⁾.

El papel indispensable del Estado para proteger artificialmente ciertas mercancías, sin las cuales la industrialización chilena hubiese tenido menos posibilidades de despegue y reproducción, constituyó un elemento importante entre las múltiples causas que generaron una especie de «capitalismo constreñido». Las ideologías «dulcificadoras» que florecieron se convirtieron en elementos constitutivos del proyecto modernizador. A través de ellas se conseguía integrar al sistema

65 OFFE, Claus: CONTRADICCIONES ... OP. CIT., especialmente pp. 106-116

las energías de cambio de una izquierda clasista y de un centro reformador.

De hecho, todos los proyectos reformistas de la década del cincuenta y sesenta no plantean otra cosa que la culminación del proyecto de modernización industrializador. Aún aquellos que se inscriben en una perspectiva más liberal respecto al comercio exterior y que proyectan buscar caminos de diversificación exportadora, lo hacen en un esquema gradualista y sin debilitar el papel incentivador y contralor del Estado. Existe una fuerte conciencia de economía débil que tiene que sostenerse en apoyos «artificiales», aunque se mistifica la fortaleza del sistema político.

Como se ve, en el Chile Pasado existieron ciertas lógicas, ligadas a la relación economía/política dentro del Estado capitalista. Señalarlas permite comprender el desarrollo de un sistema económico de acumulación capitalista pero que necesitaba generar políticas sociales, por la necesidad de presentarse bajo formas humanizadas.

Esas lógicas se pueden sintetizar, aunque sea en forma apretada, en tres hipótesis: a) la existencia de una base para una convergencia de intereses entre empresarios industriales y fuerza de trabajo industrial, que juntos presionan en ciertas coyunturas al aumento de la demanda vía alzas de salarios, desatendiendo los efectos inflacionarios, lo que se ha denominado «matriz populista»; b) el papel central del régimen político democrático, en lento tránsito de una democracia elitaria a una democracia movilizadora, como factor de integración corporativa de intereses organizados y simbólica de sectores sociales subordinados al sistema capitalista; c) el carácter del modelo de representación política, compuesto por extremos «clasistas» y partidos intermedios «catch all». Ese conjunto de factores ~~permite aislar por qué una economía capitalista tan débil, debió hacerse cargo de un Estado social.~~

Desde 1973 y especialmente desde 1975, en el marco de una economía abierta con reducción bastante drástica y rápida de

aranceles, se produjo primero un proceso de desindustrialización. Una parte de la industria local no estuvo en condiciones de soportar las políticas de shock del 75. De hecho el empleo y la producción industrial no se habían recuperado, respecto al peak de 1971, en el momento de la crisis de 1982. Sólo a partir de la redefinición introducida por las políticas más pragmáticas de Büchi, se observa una lenta pero progresiva reindustrialización, conseguida por la reorganización del mercado interno y por un aumento paulatino de las exportaciones manufactureras.

En todo caso, la apertura comercial operó como un regulador de los precios internos, a través de una competencia más mercantilizada entre productos nacionales y productos importados desgravados. A su vez, la orientación exportadora de la economía ha modificado ciertos datos de la situación. Se han ido consolidando mercados externos, aún para ciertas cantidades de productos manufactureros. Con esto no se ha eliminado la importancia de la producción para el mercado interno, pero sí se ha disminuido la significación relativa de éste. Ya no es canal único de realización de esas mercancías. Por tanto, no hay tantas presiones estructurales para políticas distributivas, aunque haya presiones sociales de asalariados. Además se ha eliminado el síndrome de la dependencia exclusiva de los productores respecto de las decisiones estatales. Ahora se inscriben dentro de un mercado globalizado que rige los movimientos del mercado interno y dependen, en forma importante, de su competitividad.

Por lo mismo, el papel tradicional de la distribución de ingresos en el aumento de la demanda global ha sido sustituido, en parte, por la masificación del crédito. Se ha pasado de una matriz populista a una matriz productivista-consumista. En ella los aumentos de la demanda no son efectos de inyecciones de salarios nominales, sino de un crecimiento sostenido del crédito de consumo, que ha sido más acelerado que el crecimiento de la economía.

La dimensión productivista se expresa en un sometimiento institucionalizado del trabajo al capital, justificado a nombre de una mística de la eficiencia y de la competitividad, necesarias para el doble propósito de enfrentar, en el marco de una economía abierta, el asedio de los productos importados y de penetrar con los propios los difíciles mercados externos

A su vez la dimensión consumista, como conjunto de dispositivos económicos y simbólicos, compensa-corrige-metamorfosea el énfasis productivista. Esto significa que hace más vivible la sociedad del trabajo flexibilizado, de la subordinación del trabajo al capital, de los servicios sociales mercantilizados.

El crédito permite realizar una consumación del deseo del consumo sobre la base de un disciplinamiento a posteriori. Es la puerta de entrada al paraíso del consumo a través del purgatorio del endeudamiento.

2. Los ritmos del crecimiento y la lógica de la reproductibilidad

El despegue de la economía chilena desde 1973 en adelante fue lento, pese al rigor empleado en el disciplinamiento de la fuerza de trabajo y a la intensidad de las reformas estructurales. Durante largos cuatro años la inflación se mantuvo en niveles muy altos⁶⁶, de manera tal que los remedios monetaristas parecían ineficientes. Esta declinó sólo a partir de 1977.

La tasa de inflación en el período 1974-1989 alcanzó un promedio anual sumamente alto, el 57.3%. Ese promedio tiende claramente a la baja entre 1985-1989, descendiendo al 19.3%. Entre 1990-1993 alcanzó al 17.5%, continuando la tendencia a la baja.

A su vez la desocupación entre 1975, el año de la política de shock, y 1979 había subido a niveles de dos dígitos, alcanzando un promedio de 15%. Desde 1982 hasta 1985 la situación se tornó

66 La inflación fue de 375.9% en 1974, de 340.7% en 1975, de 174% en 1976 y de 63.5% en 1977.

aún más crítica puesto que en 1983-1984, años de la crisis que arrasó el «milagro chileno», la desocupación subió por encima del 20%⁽⁶⁷⁾. La situación se modifica desde 1988 en adelante, alcanzando entre 1990-1993 una tasa promedio de 5.6%.

Entre 1973-1989 el crecimiento promedio del PIB fue mediocre, llegando apenas al 3.5%, cifra idéntica a la del período 1961-1970, que fue una fase de estancamiento del modelo de industrialización sustitutiva. La tendencia se revirtió entre 1985-1989 alcanzando el crecimiento del PIB un 6.4%. Entre 1990-1993 se mantuvo el alza, alcanzando un promedio de 6.3%.

Esta continuidad en el crecimiento bajo la democracia, se debió a un esquema de reproductibilidad. Esto significó la mantención o intensificación de las políticas macroeconómicas básicas. Por ejemplo, entre 1990-1993 la tasa promedio del crecimiento de exportaciones se mantuvo en un 9.3%. Pese al difícil escenario externo, bajó menos de un punto respecto a la tasa promedio del período 1985-1989⁽⁶⁸⁾. Mientras la tasa anual de inversión experimentó un importante crecimiento entre 1990-1993. Subió del 19.8% del período 1985-1989 a un impactante 24.3%. La tendencia a un alto crecimiento de la economía, sostenida sobre una importante tasa de inversión anual, se ha intensificado entre 1993-1995.

La tasa de crecimiento del PIB fue entre 1973 y 1989 de un 3.5%, idéntica a la existente entre 1961 y 1969, un período de crecimiento en el marco de políticas populistas. Los resultados del período de la dictadura revolucionaria estuvieron marcados por dos momentos álgidos de desequilibrio, el año 1975 en el cual el PIB descendió un 12.9% y el año 1982 en el cual descendió un 14.1%.

La fase estuvo marcada por la inestabilidad, por la alteración de los ritmos. Entre el '76 y el '81 los crecimientos fueron altos,

67 Fue de 22.1% en 1982 y 22.2% en 1983. En 1984 descendió levemente, al 19.2%.

68 La tasa fue de 10.2%.

alcanzando un promedio del 7.0%. Se alcanzó a hablar de un «milagro chileno». ¡Por fin un mito de la economía y no un mito exclusivo de la política! Pero en 1982 y 1983 se produjo el derrumbe y el PIB bajó un 14.8% acumulado. Pero a partir de 1985 la economía entró en un «círculo virtuoso» que ha durado hasta 1995. Entre 1989 y 1993 el promedio de crecimiento alcanzó el 6.3%, sólo un ápice más abajo que el período de recuperación de la dictadura militar entre 1985 y 1989, en el cual el crecimiento alcanzó el 6.4%⁽⁶⁹⁾.

En materia de descenso de la inflación y de la desocupación, el gobierno de Aylwin se presenta como más exitoso en las cifras que el gobierno militar. Entre 1990 y 1993 la tasa promedio de inflación fue del 17.5%, cifra positiva comparándola con el 57.3% del período 1973-1989 o incluso con el 19.8% del período de baja, 1985-1989. El desempleo alcanzó el 17.3% en la fase de alta entre 1974-1989 y 13.0% en la fase de baja, 1985-1989. Entre 1990-1993 descendió al 5.6%, casi al nivel de pleno empleo⁽⁷⁰⁾.

La llamada «transición a la democracia» no ha dañado la performance de la economía. En realidad ha ocurrido lo contrario. Pese a los temores diseminados antes de la asunción de Aylwin, su administración permitió prolongar el auge económico. Incluso variables como la inversión y el ahorro⁽⁷¹⁾, indicadores de confianza de los actores económicos, presentaron mejores resultados que durante el gobierno militar.

Es evidente que la pauta de continuidad estaba pre-determinada por el proceso mismo de la transición. Era demasiado alto el peligro de que desequilibrios económicos, generados por la pérdida de la confianza empresarial ante cambios de reglas, produjeran tensiones o crisis políticas. No se podía correr el riesgo

69 BANCO CENTRAL: INDICADORES... OP. CIT. 1990; MELLER, PATRICIO et al.: «Los gobiernos de Aylwin y Pinochet. Comparación de indicadores económicos y sociales». En: Apuntes Ciepplan, Santiago, Chile, N°118, 1993.

70 Ver MELLER, Patricio et al.: COMPARACION... IBID.

71 El ahorro nacional como porcentaje del PIB fue 15.3% entre 1974-1989, mientras que entre 1990-1993 fue 21.4%.

de que se sintiera la «necesidad de los militares». La mantención de las políticas macroeconómicas fue una consecuencia inevitable del triunfo del diseño «transformista», que la dictadura militar empezó a poner en ejecución en 1980. Una transición bajo la tutela militar y con el funcionamiento de instituciones «protectoras» no podía arriesgar una crisis económica, generada por modificaciones de políticas económicas. Detrás de esa crisis podía venir la crisis política, impulsada por el círculo vicioso de la pérdida de la confianza empresarial —efectos negativos sobre la inversión— baja del nivel de crecimiento. Estos factores actuaron como «estructurales», o sea como independientes de la conciencia ideológica de los actores, de sus deseos o proyectos ⁽⁷²⁾.

Las presiones estructurales que tensionaban a los actores hacia la reproductibilidad, cumplieron funciones de «protección», que tenían la particularidad de que no estaban sostenidas sólo en las instituciones políticas, en los llamados «enclaves autoritarios».

La lógica operante era que la economía debía seguir funcionando, era necesario evitar el caos, o sea, no se podía correr el riesgo de desarmar el «círculo virtuoso». Esa necesidad constituyó un importante elemento en el dispositivo de la reproductibilidad. Las nuevas élites dirigentes internalizaron la norma de que evitar el caos exigía repetir lo mismo.

3. Desigualdad y pobreza

Este carácter «estructural», no sólo político (en el sentido «decisional») de los factores de repetición de las políticas, se revela claramente con lo ocurrido con la desigualdad y la pobreza. Pese a su política continuista o «minimalista», el discurso de la Concertación ha sido el del «crecimiento con equidad» ⁽⁷³⁾. Pero las

72 Ver el importante artículo de BLOCK, Fred. En: LA CLASE ... Op.cit., p.26.

73 Ha hecho suyo el discurso reciente de Cepal. Ver CEPAL: MODERNIZACION PRODUCTIVA CONEQUIDAD. Santiago, Chile, 1990. En la elaboración de este libro jugó un papel destacado Fernando Fanjzilber.

cifras de pobreza de 1994 son una señal de alarma, puesto que revelan un retroceso respecto a 1992. Por ello algunos analistas sostienen la tesis de la entrada en la «etapa difícil» de la superación de la pobreza. En ella no sería suficiente la estrategia del «chorreo» ⁽⁷⁴⁾.

El análisis de las cifras globales de la distribución de ingresos por quintiles en 1994 revelan que los dos primeros disminuyeron su participación, que el tercero y el cuarto no la modificaron y que el quinto, el de mayores ingresos del total de la población, logró aumentar su participación ⁽⁷⁵⁾. Como se observa en el cuadro N°1 el primer quintil cayó de 5.6% al 4.6% y el segundo de 8.8% al 8.5%. Al contrario, en el último quintil se observa un crecimiento en la participación del 55.4% al 56.1%

Si se utiliza un cuadro con una mayor desagregación, deciles en vez de quintiles, se observa con mayor precisión el nivel de la concentración de ingresos. El décimo decil efectivamente subió su participación entre 1992 y 1994, pero apenas en + 0.2. De todos modos en ese decil se concentra el 40.8% del total del ingreso. En los países desarrollados apenas se llega al 25% en el último quintil, lo que revela una distribución mucho más pareja ⁽⁷⁶⁾.

74 BENGGOA, José: «Chile: equidad y exclusión». En: Temas Sociales N°9, Santiago, Chile, octubre 1995.

75

Cuadro N° 1
Distribución del ingreso en Chile

Quintil	1978	1983	1987	1990	1992	1994
1	4.6	3.4	4.0	3.9	5.6	4.6
2	9.5	8.3	8.1	8.5	8.8	8.5
3	14.1	11.6	12.1	12.8	12.4	12.4
4	19.9	19.1	18.8	19.1	18.4	18.4
5	51.9	57.5	57.0	55.7	55.4	56.1

Fuente: Harold Beyer, «Logros y pobreza, ¿frustración en la igualdad?», Estudios Públicos, N°60, 1995.

76 Información extraída de BENGGOA, José: «Distribución de los ingresos». En: Temas Sociales N°11, Santiago, Chile, 1996.

Es muy interesante señalar que, de una serie de países seleccionados, Chile es uno de los pocos que presenta un empeoramiento de la situación comparada con 1960-1969. Entre 1960-1969 la acumulación en el último quintil era en Chile de 36.6%, mientras lo que en el paradigmático Chile Actual se llega al 45.8%. La misma tendencia se observa, de los países seleccionados, sólo en Tanzania, Reino Unido, Australia y Noruega. En los dos últimos casos el empeoramiento es leve, mientras que en Chile es importante⁽⁷⁷⁾.

Dentro de una muestra de 62 países ordenados según la magnitud de la razón Quintil V/Quintil I, considerada un indicador de equidad, Chile ocupa el lugar 54. Más abajo de él están Sudáfrica, Lesotho, Honduras, Tanzania, Guinea Ecuatorial, Panamá, Guatemala y Brasil. No solamente los países desarrollados están por encima, también los «jaguales» asiáticos y numerosos países latinoamericanos⁽⁷⁸⁾.

El análisis de las cifras chilenas de 1994 agrupadas por deciles, permite captar también un ajuste interno en el último quintil. Ese ajuste pasa desapercibido al trabajar con una mayor agregación. Entre 1992 y 1994 se produjo una baja en la participación entre el primer y el séptimo decil. En el octavo, noveno y décimo se observó un alza. Esta fue leve en el octavo y el décimo, pero fue significativa en el noveno. Allí se creció del 14.8% al 15.3%, o sea + 0.5, bastante mayor que el + 0.2 del octavo y décimo decil.

Otro cuadro, en este caso de Beyer, permite comparar la situación por quintiles desde 1978 hasta 1994. Allí se observa que el primer quintil había experimentado entre 1990 y 1992, en los años que Bengoa denomina la «etapa fácil» de la superación de la pobreza, una importante recuperación. Subió su participación en la generación del ingreso global del 3.9% al 5.0%. El análisis de la totalidad de los datos revela que este crecimiento no se realizó a

77 BENGOA, José : "Chile: equidad" IBID., Cuadro N°1 y N°2.
78 IBID, Cuadro N° 6.

costa del quintil más rico, puesto que éste apenas descendió del 55.7% al 55.4%. En realidad se sustentó sobre la caída del cuarto quintil del 19.1% al 18.4%⁽⁷⁹⁾.

El cuadro de Beyer proporciona una ilustración interesante de la tesis sostenida por Felipe Larraín respecto a la relación entre crecimiento y distribución. Este autor sostiene que el crecimiento tiende primero a deteriorar la distribución para luego mejorar⁽⁸⁰⁾. El análisis de las cifras de Beyer revelan que en las mediciones posteriores a 1978, año en que por segunda vez se presenta un crecimiento superior al 7%, muestran significativos y sistemáticos deterioros de la distribución. Se manifiestan en la caída del primer quintil del 4.6% de 1978 a 3.4% en 1983, 4.0% en 1987 y luego 3.9% en 1990. También se manifiesta en la fuerte alza del último quintil. Este subió del 51.9% de 1978 al 57.5% de 1983; siguió alta en 1987 (57%) y también en 1990 (56.7%).

Sin embargo la tesis de Larraín aparece cuestionada por la discontinuidad experimentada en el plazo largo, entre 1992 y 1994. En vez de proseguir la tendencia al alza se observa un retroceso.

Los resultados de 1994 representan también una interrogante respecto al efecto depauperizador del aumento del gasto social. Durante el gobierno de Aylwin (1990-1993) el promedio del índice de gasto social en salud alcanza un valor del 83.9% respecto a 100 en 1993⁽⁸¹⁾. En contraste, durante el gobierno de Pinochet alcanzó al 66.5% respecto a la misma base. En educación alcanzó al 91% entre 1990-1993 contra el 67.8% durante 1974-1989. En previsión el gasto llegó entre 1990-1993 al 91.7% mientras entre 1974-1989 no pasó del 61.4%. A su vez en vivienda el gasto alcanzó entre 1990-1993 al 87.9%, mientras durante el gobierno de Pinochet llegó al 62.9%.

79 BEYER, Harold: «Logros y pobreza: ¿frustración en la igualdad?», En: Revista Estudios Públicos N°60, Centro de Estudios Públicos, Santiago, Chile, Primavera, 1995.

80 Ver LARRAÍN, Felipe : «El crecimiento primero deteriora la distribución y luego la mejora». En: Diario La Segunda, Santiago, Chile, 31 de mayo de 1996.

81 Las cifras provienen de MELLER, Patricio et al: COMPARACION ... OP. CIT. Ellas están calculadas en relación a 1993 = 100.

Es decir, todas las cifras muestran un aumento importante del gasto social. Pero esto no ha evitado una disminución de la participación del primer quintil en la generación del ingreso en 1994 respecto de 1992. La cuestión entonces es saber si la política social no se ha focalizado adecuadamente o si existe una marginación crónica que es refractaria tanto al chorreo del crecimiento sostenido como a la focalización. El problema parece resolverse mejor con la última hipótesis.

La distribución de ingresos por hogar presenta un promedio en 1994 de \$53.642 para el primer decil y de \$1.316.179 para el décimo decil. La diferencia entre los extremos es casi de 25 veces. Los ingresos caen para el primer decil entre 1992 y 1994 de \$56.745 a \$53.642 del ingreso promedio por hogar, o sea casi un 5.5%.

En el ingreso per cápita la variación en 1994 es de \$11.131 en el primer decil a \$441.749 en el décimo. La cifra corresponde a una diferencia de casi 40 veces. La variación bianual entre 1992 y 1994 en el primer decil es de \$11.582 a \$11.131, con una caída de casi 4%.

Como se observa, las diferencias entre primer y décimo decil son aplastantes tanto por persona como por hogar. ¿Cómo se sostiene una democracia con una distribución tan injusta, que no cede siquiera a los esfuerzos que el Estado realiza en materia de política social? ¿cómo se sostiene sin rebeliones, sin protestas, sin una continua efervescencia social? Entender por qué diferencias de la magnitud señalada no producen ni siquiera un marcado inconformismo⁽⁸²⁾ exige un análisis global del sistema de dominación, con sus complejos mecanismos de integración social.

82 Esto se aprecia en las encuestas de opinión pública. Ver, por ejemplo, de GARRETON, Manuel A., LAGOS, Marta; MENDEZ, Roberto: LOS CHILENOS Y LA DEMOCRACIA: La opinión pública 1991-1994, Ediciones Participa, Santiago, Chile, 1994.

4. Las imágenes del éxito

En la fase de los gobiernos post-autoritarios se ha cultivado un cuidadoso marketing del éxito económico. En la construcción del mito del Chile Actual ésa ha sido la dimensión más elaborada desde el punto de vista estratégico.

Las operaciones ideadas fueron diversas: a) una planificada agenda de viajes presidenciales, con seleccionados séquitos de empresarios y a veces de dirigentes sindicales, con parlamentarios de todas las tendencias que «ponían en escena» ante los ojos acuciosos de los inversionistas extranjeros, la solidez del «consenso», la fortaleza de la unidad nacional en pos de la «modernización», b) múltiples contactos de los ministros económicos⁽⁸³⁾ con empresarios internacionales, con altos funcionarios económicos de Japón, EE.UU. y la Unión Europea, con directivos del FMI y del Banco Mundial, coronadas casi siempre con laudatorias declaraciones sobre la ejemplaridad de Chile, c) la planificada participación de Chile en las grandes ferias internacionales, estrategia en la cual punto ápice fue el gran pabellón montado en Sevilla y d) una cuidadosa campaña publicitaria, indirecta o directamente inducida, cuyo tema ha sido «Chile modelo».

Y efectivamente, pese a la dura competencia de Argentina y de México, hasta Chiapas y el «tequilazo», de Perú, del Brasil de Cardoso, Chile ha logrado seguir a la vanguardia de la «modernización», por lo menos según el discurso de los «grandes jueces»⁽⁸⁴⁾.

Es evidente que con estas loas se está reconociendo, la mayor parte de las veces tácitamente, el aporte del gobierno militar. Justamente la «ventaja comparativa» de Chile es su consolidación.

83 Especial énfasis se ha colocado en la participación del Ministro de Economía quien ha sido, desde 1990 hasta ahora (1996), un militante de la izquierda conciliacionista (socialista o PPD).

84 Nos referimos a las autoridades económicas de las grandes potencias, a las agencias clasificadoras de riesgos y a los analistas económicos internacionales más reconocidos.

Se trata de un experimento económico que, iniciado por los militares, pasó la prueba de la democracia (en realidad de la neo-democracia) y que ya tiene veinte años de decantación.

Las exageraciones semánticas que se han usado en esta campaña publicitaria (Chile jaguar, Chile puma, Chile líder, Chile desarrollado) no son azarosas. Forman parte de una estrategia de exaltación, destinada a suscitar el «orgullo patriótico», la idea de que somos triunfadores. Efectivamente esa campaña buscó y busca un efecto externo, para el consumo de inversionistas y decisores. Pero también pretende crear efectos internos, que consoliden el modelo, en este caso que generen identificación con él a través de una idea-fuerza, «Chile admirado». O sea, Chile en la boca de todo el mundo, Chile envidiado. ¿Qué mejor posicionamiento para una sociedad obsesionada por la grandeza, para un país de un inconfesado nacionalismo, competitivo y exitista?

Esta estrategia discursiva de exaltación de nuestra «modernización», ¿no debería producir un efecto reverso, una recuperación del espíritu crítico por la confrontación patética entre lo que se dice que somos y la experiencia de vida cotidiana? En realidad, lo identificatorio de este Chile Actual no es la pobreza esparcida en el paisaje urbano puesto que, en todas partes, esas manchas que salpican la arquitectónica sofisticada, se han convertido en una característica casi universal de esta modernización de la pobreza crónica, de los «homeless» o —lo que no es el caso de Chile— de la alta cesantía.

Lo que sí podría suscitar interrogantes es el evidente desfasaje entre el lenguaje glorificador y el subdesarrollo de los recursos y de la cultura. Nos decimos modernos pero vivimos la mezcla de una infraestructura pobre con un ingenuo provincianismo mental.

Todas estas carencias no tendrían por qué tener grandes efectos en una sociedad con conciencia de sus limitaciones. Pero ellas deberían aportillar, y en el límite reventar, el mito de Chile. Pero esto no ha ocurrido ni ocurre. La idea de que somos modernos-

modernísimos se asienta, se expande, se populariza, recibe el apoyo benevolente de observadores extranjeros, probablemente interesados en la suerte de sus inversiones y también de un importante segmento de nacionales.

No, probablemente, entre el más de un millón de indigentes, el 8.0% de la población total, que registran las encuestas CASEN de 1994. Pero sí entre otros «integrados» de los sectores populares o de las capas medias que han conquistado en este sistema una forma particular de la ciudadanía. ¿Cuál? Ya se insinuó: la del placer y el sacrificio del consumo.

5. La masificación del consumo

Los sectores «integrados» por la vía del consumo, derivados de sus ingresos o por el efecto de la gigantesca masificación del crédito, cubren casi todos los sectores. El crédito permite desarrollar estrategias de mejoramiento de las condiciones de vida, ensayar diferentes modalidades de conquista del «confort». No son, en sentido estricto, estrategias de movilidad social, puesto que el efecto de su despliegue no es un cambio de estrato. Se trata de algo distinto, pero simbólicamente muy importante: de un acceso a la «modernidad» de los bienes u objetos que antes estaban restringidos a los ricos. Más que cualquier discurso, esta posibilidad de pasar de la televisión blanco y negro al color, de tener videocassettes, de comprar hornos microondas, de contratar televisión por cable con la cual asomarse al mundo, de acceder al teléfono, de tener un auto en cuarenta y ocho cuotas, opera como un factor decisivo en la construcción de la subjetividad y en la relación con la sociedad. La «amistosidad» en las relaciones de consumo contrarresta, en muchos casos, la dureza de las relaciones de trabajo.

Aún más, se puede sostener que los principios que rigen ambas esferas empujan hacia la individuación. El individuo-

asalariado, no mediado por el sindicato, como ideal de las relaciones de trabajo y el individuo-consumidor como lo real de las relaciones de consumo ⁽⁸⁵⁾.

El modelo, explotador por flexibilización en las relaciones de producción y trabajo, es acogedor y «amigable» en las relaciones de consumo. Las lógicas son inversas. Las relaciones de trabajo buscan la flexibilización de los contratos mientras que las de consumo suponen su estabilidad, por lo menos mientras dure el lazo de la deuda.

Evidentemente que esta «amabilidad» es un efecto estructural provocado por las nuevas formas de organización de la economía. La rebaja sustancial de aranceles ha colocado al alcance de los salarios medios y medios bajos múltiples bienes de consumo durables, importados o fabricados en Chile con componentes importados. A esto se suma la gran modificación experimentada por el consumo desde los 80 para adelante: la «flexibilización» de la comercialización realizada por la expansión de los sistemas de créditos.

Las cifras conocidas son muy reveladoras de la penetración del crédito. En primer lugar, esta posibilidad está abierta, en algunas de sus formas, para todas las familias que forman parte de los estratos AB, C1, C2, C3 y D. Solamente están excluidas las familias del estrato E, el cual presenta un nivel de ingresos promedios de \$70.000 mensuales ⁽⁸⁶⁾. En el Gran Santiago Urbano el estrato E representa el 10% de los hogares, o sea 115.801 hogares. El resto de los hogares de ese universo son considerados potencialmente accesibles al crédito. Para el Gran Santiago Urbano la cantidad es de 1.042.208 hogares, según estimaciones de junio de 1994 ⁽⁸⁷⁾.

⁸⁵ Esto es tan marcado, que los créditos de consumo no se conceden por el ingreso familiar sino de la persona contratante.

⁸⁶ CAMARA DE COMERCIO DE SANTIAGO, DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS ECONOMICOS: «Deudas de consumo consolidadas por estrato socioeconómico». Santiago, Chile, diciembre 1995.

⁸⁷ ICCOM LTDA.: Información estadística y poblacional básica, Santiago, Chile, 1994.

Según antecedentes de diciembre de 1995 la deuda total consolidada de consumo ascendía a \$1.65 billones. 1.3 millones de familias estaban endeudadas con el comercio y 1.5 millones de familias lo estaban con el sistema financiero. La deuda promedio de las familias endeudadas en el sistema financiero alcanzaba a \$885.000, mientras que la deuda promedio con las casas comerciales alcanzaba a \$270.000 ⁽⁸⁸⁾.

Los datos de mayor interés se refieren a la distribución de las deudas según grupos socioeconómicos. Entre los grupos socioeconómicos de más bajos ingresos ⁽⁸⁹⁾ hay 1.055.000 familias endeudadas de un total nacional de 1.523.000 familias. Es decir los sectores populares incorporados al sistema de créditos de consumo representan el 66,22% del total de deudores. La relación deuda/ingreso de esos grupos socioeconómicos populares es de 1.9 para el grupo D y de 3.2 para el grupo C3. Como se observa, el segmento más cercano a la clase media está mucho más comprometido financieramente que el grupo D ⁽⁹⁰⁾.

⁸⁸ CAMARA DE COMERCIO DE SANTIAGO: DEUDAS... OP. CIT.

⁸⁹ El grupo D, cuyo ingreso promedio alcanza a \$120.000 y el grupo C3 cuyo ingreso promedio alcanza a \$250.000. Cfr. Cámara de Comercio de Santiago: IBID.

⁹⁰ Incluyo una adaptación simplificada del cuadro principal del documento citado de la Cámara de Comercio de Santiago:

DEUDAS DE CONSUMO CONSOLIDADAS
(Promedio por hogar al 12/95)

GSE	INGRESO PROM. MENSUAL (M\$/mes)	N. HOGARES DEUDORES (Miles)	DEUDA/INGRESO
AB	5210	18	1.1
C1	1260	115	2.8
C2	540	335	3.6
C3	250	415	3.2
D	120	640	1.9
Total	433	1523	2.5

Fuente: Cámara de Comercio de Santiago.

La masificación crediticia y la alta tasa de crecimiento observada (18% de promedio anual real) tiene relación con dos mecanismos: a) facilitación del acceso y b) instauración de sistemas de acceso automático. Respecto a la facilitación del acceso, se observa que las financieras, muchas de ellas ligadas a los bancos, han disminuido sus exigencias, colocándolas al nivel del grupo socioeconómico D, otorgan créditos cuya duración fluctúa entre 12 y 48 meses y piden sólo un año de permanencia en el trabajo.

La instauración de sistemas de crédito automático es también un factor importante de facilitación. Existen tres sistemas de ese tipo: las líneas de crédito automático de los bancos, las tarjetas de crédito y las tarjetas de tiendas múltiples. El primer sistema es más exclusivo, pero el segundo y el tercero tienen una amplia cobertura. Existían a marzo de 1996, 1.380.037 titulares de tarjetas de crédito y 575.496 adicionales.

A su vez las tarjetas de tiendas comerciales llegan a una cifra cercana. Esta alcanzaba en diciembre de 1995 a 1.272.000 hogares. Las casas comerciales expiden tarjetas con un salario mínimo de hasta \$100.000, con cupos variables. El cliente puede consumir a crédito hasta copar el tope, pero nada impide que una misma persona tenga varias tarjetas de este tipo en diferentes tiendas múltiples, porque el sistema no es «transparente».

Se genera de esta forma un «dinero plástico», que puede ser «medido» por el Estado pero no controlado, porque su emisión depende de miles de decisiones individuales de los portadores crediticios.

6. El ciudadano credit-card

A través de la masificación del crédito se ejerce una forma de la ciudadanía, la del «ciudadano credit-card», insertado en una gigantesca cadena de consumo con pago diferido. Ella expande el poder del dinero-salario. Este, además de ser un medio de pago

«actual», emite señales sobre la capacidad de compromiso financiero de un individuo en el futuro.

Este ciudadano credit-card es normalizado, «puesto en orden», regulado por el consumo con pago diferido. Tiene que subordinar sus estrategias de conflicto, a sus estrategias de sobrevivencia como asalariado. Ha aprendido que su futuro está en seguir siendo un trabajador creíble. Esa credibilidad, vinculada a la sumisión, es la que le abre la puerta de futuros consumos ascendentes: el televisor-color, el automóvil, la casa propia. El crédito es un formidable factor de disciplinamiento, más eficiente en cuanto es plenamente mercantil, su mecanismo básico no es extraeconómico.

En la medida que ese asalariado comete la falta de dejar de pagar, su ciudadanía se desvanece. Consumida la materialidad del consumo queda de ella solamente la ilusión del sufragio. Deja de ser un ciudadano credit-card para volver a ser solamente un ciudadano político. Es alguien que ha perdido la posibilidad de acceso a una extensión cuasi mágica de sus posibilidades y poderes, a una expansión de su salario, para volver a ser nadie, a no ser un cliente mercantil.

Vuelve a ser un otro tipo de «cliente», aquel que depende totalmente de los vaivenes de la política. No puede postular a una «vida mejor» por sí mismo, cerradas (como las tiene) las puertas del crédito. Alienado por la ilusión individualista del consumo es difícil que redescubra el camino perdido de la asociatividad.

Existe una estrecha asociación entre las figuras del ciudadano week-end y del ciudadano crediticio. Ambos están volcados hacia el núcleo irradiante de la familia y del hogar, de lo suyo, aunque (por lo menos) el ciudadano local se orienta hacia lo público-cercano. Los fines de ambos son el confort del hogar, la educación para sus hijos, las áreas verdes, es decir objetivos «portátiles». Sólo a través del velo espeso de la delincuencia ambos se asoman a los problemas de la sociedad, cuando alcanzan a ver en el lanza o el

asaltante una forma desviada de integración al mercado, una realización compulsiva de sus propias finalidades mercantiles. Una forma perversa de la pasión consumidora, la búsqueda del éxito económico por el camino más corto, con prescindencia de los medios.

La ciudadanía week-end y la ciudadanía crediticia son formas de despolitización de la ciudadanía, en la medida que ya no se concibe a la política como la posibilidad de la deliberación, por tanto de la interrogación crítica. Ambas «formas» representan modelos conservadores de la ciudadanía, funcionales al mundo dado. La ciudadanía como administración de lo local, renuncia a preguntas sobre el orden social global predeterminado a priori. La ciudadanía crediticia asume que el poder al que debe aspirar es sólo el ejercicio de los derechos del consumidor. Las dos formas implican, por ende, la aceptación consciente o inconsciente del marco de las finalidades.

Es conveniente dar una definición de «consumismo». Se usará una noción medible e instrumental. En este ensayo se denominará «consumismo» a los actos de consumo que sobrepasan las posibilidades salariales del individuo y acuden al endeudamiento, apostando por tanto con el tiempo. El individuo constriñe sus márgenes de maniobra para el futuro, opera como si tuviera certezas sobre lo que la lógica productiva ha transformado en incierto. Para calmar su ansiedad consumatoria hipoteca el futuro y debe pagar el costo de su audacia, multiplicando su disciplina, sus méritos de trabajador, su respeto de los órdenes. Ese tipo de consumo tiene múltiples significaciones, relacionadas con el confort, con el prestigio, con la autoestima. Pero no serán tomadas en cuenta, puesto que lo que más interesa es este juego con el salario futuro, por parte de quienes carecen de casi toda capacidad para controlarlo.

Habitualmente el «consumismo» genera un abierto rechazo y toda clase de prédicas morales, no sólo por parte de eclesiásticos.

La literatura crítica de una cierta época, desde Fromm hasta Marcuse, veía en el «consumismo» una señal de la banalidad de la sociedad de masas y una pérdida de la conciencia y de la energía en la exterioridad. ¿Tiene sentido considerar el «consumismo» como una alienación, como el atrapamiento del espíritu humano en el desierto del sinsentido, o de un sentido que es llenado por la futilidad de los objetos o la banalidad de la entretención?

En realidad, es mucho más interesante percibir su doble faz. Una cara: como mecanismo de domesticación, como destacado y sutil dispositivo de dominación. La otra: su conexión con el placer. Es decir, es importante analizarlo en la doble dimensión de negatividad y de positividad ⁽⁹¹⁾.

En el Chile Actual se combinan un mercado laboral flexible, con poderes sumamente acotados del sindicato enclaustrado en el ámbito de la empresa, y una masificación crediticia, que opera como la forma más eficiente de acercamiento al sueño del confort. El crédito, mucho más que el sindicato, aparece como el instrumento del progreso. La estrategia individual de la pureza financiera es considerada mucho más rentable que la estrategia asociativa. En el Chile Actual el individuo está por encima del grupo.

El crédito es tanto un recurso como una seña de identidad. La tarjeta de crédito (Visa o Falabella, lo mismo da) nos hace individuos «habilitados» para realizar nuestros deseos, sin el ascetismo puritano de la espera. La posesión de estos recursos demuestra que somos dignos, refleja la solidez de nuestros ingresos y la solvencia de nuestro comportamiento económico. El «íntocable», el equivalente metafórico de los «parias», es aquel cuya «pureza» es negada por todas las instancias verificadoras. Es aquel cuyo comportamiento pasado y cuyo salario presente no lo hace

91 En un contexto teórico quizás diferente ver GARCIA CANCLINI, Nestor: CIUDADANIA Y CONSUMIDORES, Editorial Grijalbo, Ciudad de México, México, 1995. En Chile, ver SANTA CRUZ, Eduardo: «Consumo, sociabilidad y vida cotidiana. Hacia un programa de investigación», Universidad Arcis, Centro de Investigaciones Sociales, Mimeo, Santiago, Chile, 1996.

acreedor a la confianza financiera. No es nadie, es nada, tiene vedado el camino del progreso. Será alguien que chapoteará en el pantano de la mediocridad, lejos de los objetos deseados. Al contrario, la solvencia financiera permite el hedonismo, esa forma imitativa de la felicidad.

El ciudadano crediticio no es alguien que se sienta encadenado al disciplinamiento del pago mensual, más bien lo cumple para conservar su poder, sus credenciales de ciudadano «real». Conservarlas es mantenerse en el mundo de la gratificación instantánea, en el universo del placer, compensado por el consumo de la ascética disciplinaria del trabajo asalariado.

Como mecanismo de la dominación ese disciplinamiento está ligado a la satisfacción, a la expectativa de la realización del deseo. Esa es su enorme fuerza, tan distinta del disciplinamiento «normal» del trabajo. Llamo «disciplinamiento normal» al sometimiento normativo sin otro horizonte que la finalidad de reproducción material, o sea aquel disciplinamiento que no responde a un «proyecto-para-sí» del individuo, a alguna estrategia de potenciación.

La cultura cotidiana del Chile Actual está penetrada por la simbólica del consumo. Desde el nivel de la subjetividad esto significa que en gran medida la identidad del Yo se construye a través de los objetos, que se ha perdido la distinción entre «imagen» y ser. El decorado del Yo, los objetos que dan cuenta del status, del nivel de confort, se confunden con los atributos del Yo. No solamente la estratificación del individuo se realiza a través de la exterioridad, por su consumo. También se constituye en ese plano la imagen de sí mismo, su «self-estimate», su relación con la sociedad o su conciencia social. El decorado o la fachada pasa a ser parte del Yo, núcleo íntimo de ese Yo. Este se ha vuelto imagen en un espejo, atrapado en la cultura de la exterioridad. Soy el auto que tengo frente a la puerta o las mejoras realizadas en la casa que la diferencian de otras en una misma población, soy el colegio en que los niños estudian.

Conviene insistir: esta exacerbación del consumo a través de la masificación crediticia es al mismo tiempo disciplinamiento y placer. No es nunca pura negatividad. Es el purgatorio de la explotación acrecentada, junto con el cielo de la amplificación de las posibilidades consumatorias. Lo más importante es que una cosa y otra no se producen nunca separadas. Si se separaran se destrozaría el encanto y no funcionaría la mecánica de la dominación.

El énfasis en el consumo como realización humana contradice los enfoques tradicionales. Estos, desde Saint Simon y especialmente desde Marx, ponen énfasis en el trabajo como espacio de realización de las potencialidades humanas. Para esa perspectiva, si bien el trabajo está capturado por la alienación⁽⁹²⁾, el camino de superación será el cambio de las relaciones productivas. Nunca será el consumo, el cual es considerado como una variable instrumental de la reproducción material o como la no realización, en cuanto es uso, o sea mera utilización-digestión-contemplación de lo creado por otros.

Sin embargo, ciertas perspectivas contemporáneas en el análisis del consumo permiten captar dos dimensiones ocultas por la perspectiva tradicional, el consumo como deseo-placer y como construcción de sí mismo. En verdad, el ignorar esas dimensiones constituye una negación de aspectos importantes. Aprisionados por ciertas ideologías críticas tradicionales intentamos negar la importancia adquirida por ciertas formas del consumo o leerlas como pura enajenación.

Por ejemplo eso ocurre, de una manera especial, en el análisis del consumo televisivo, que constituye una importante adición contemporánea. En el Chile Actual el 92% de los hogares tienen televisión⁽⁹³⁾. Evidentemente se trata del bien de consumo durable más masivo, aquel que figura en la primera prioridad de las

92 Ver MARX, Karl: MANUSCRITOS ECONOMICO-FILOSOFICOS DE 1844. Editorial Grijalbo, Ciudad de México, México, 1968.

93 INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICAS: COMPENDIO DE ESTADISTICAS CULTURALES, Santiago, Chile, 1995.

estrategias de consumo de los hogares pobres, antes que la compra de otra cama que evitaría la promiscuidad y el hacinamiento. ¿Irracionalidad? Esa mirada deja en las sombras lo más importante, justamente lo que hay que explicar: la fascinación.

Hay que tratar de entender esa seducción, esa capacidad adictiva. Ella no proviene por entero de su papel como resorte evasivo o de la capacidad de hacer digerible una vida agobiante. También la televisión realiza y potencia, no sólo permite descarga. Ella abre horizontes y capacidad discriminadora. Cumple un papel de ampliación del campo limitado de la representación realista, produce una apertura del horizonte de lo imaginario. Cumple un papel importante en la internalización de los papeles sociales y en la construcción del «personaje» que uno va siendo.

El problema que puede generar es el moldeamiento de una forma pasiva de relación con el mundo y la vida, cuyo desideratum sería el ser espectador y no actor de acontecimientos. Así, puede reforzar el encierro en el mundo privado. Eso es evidentemente peligroso en una sociedad donde lo público no sólo no atrae sino repele, o donde el compromiso pone en peligro las estrategias de movilidad.

En el Chile Actual, donde la economía genera formas postizas y simuladas de proteger al individuo de la inequidad distributiva, dotándolo del crédito que proporciona una esperanza concreta, factible, que no pueden otorgar las grandes narraciones etéreas, es fácil caer en la tentación de una vida que transcurre entre el agobio del trabajo y el descanso del mall o la televisión. En ese marco ¿para qué podría servir la política, la participación, la actividad pública? Ella no puede competir como recurso de placer hedonista, no es capaz de hacer lo que hace el consumo: proporcionar a los buenos clientes, a los fieles, la esperanza de un confort creciente, por tanto de una perpetua renovación de los placeres pasivos de la entretención y de un futuro más poblado de objetos.

El placer ya no radica en esas fiestas comunitarias de antaño,

las grandes concentraciones de masas donde afluía el sentimiento de comunión, de compañerismo, sentido como una emoción viva e inolvidable. Esos eran, evidentemente, momentos excepcionales. Pero el placer actual no es ni siquiera el dominguero paseo por el parque o por el Cerro San Cristóbal o Santa Lucía. El placer actual es el paseo por el mall, donde muchas familias viven la emoción de poder realizar voyeurísticamente, sin consumarlos, sus deseos mercantiles. La aspiración de un microondas, o de una mejor estufa, se consume, se realiza por la vista. Pero para muchas otras familias la felicidad consiste en constatar que no es necesaria la postergación de sus deseos. Pese a la medianía del salario, la fiesta de los objetos está al alcance de la mano, incluso para quien es un ciudadano D⁽⁹⁴⁾. Esa es la capacidad integradora del dispositivo crediticio.

Pero, además, están los consumidores del décimo quintil, los consumidores suntuosos que acaparan, entre un poco más de un millón de personas, el 40.8% de los ingresos⁽⁹⁵⁾. Antes de 1973 el consumo conspicuo era casi imposible por los controles a las importaciones, pero también por las condenas morales que suscitaba. En una atmósfera de rechazo al despilfarro o a la suntuosidad era muy frecuente que los ricos llevaran una vida formalmente austera. Que sus casas fueran poco ostentosas, que sus automóviles fueran discretos. El rico se ocultaba, su felicidad consistía en que lo creyeran de clase media. A mediados de los sesenta se consideró pecaminosa la casa construida en un terreno muy grande por un importante industrial y banquero⁽⁹⁶⁾. El lujo era rechazado, como acto innecesario de ostentación, incluso por aquellos que podían practicarlo. Ostentar era considerado

94 Para las tipologías de las empresas de publicidad y las divisiones de marketing de las empresas constituye aquel grupo que en el ítem «las personas», uno de los doce ítems descriptivos utilizados, corresponde a la siguiente descripción: «Apariencia muy modesta. Vestuario de mala calidad, barato. Poco gusto, mezclan diferentes colores. Cabellos, manos, piel limpios, pero dañados. Modales, lenguaje, muy sencillos... Poco vocabulario, más bien popular.»

95 La cifra exacta es 1.080.180 la que resulta de multiplicar las 353.000 del decil por el tamaño promedio del hogar, que es 3.06 para ese decil.

96 No referimos a la casa de Jorge Yarur en plena Avenida Vitacura.

peligroso, suscitaba la envidia. Los ricos se sentían vigilados. Por ello se mostraban como tales solamente en sus enclaves, las grandes mansiones de sus haciendas, el balneario de Zapallar o los clubes de polo o de golf.

El quid del asunto residía en esa sensación de vigilancia, reveladora de un sentimiento de culpa. No es que existiera un natural ascetismo de las clases dominantes chilenas. En el período del auge salitrero se pudo ver que ese era otro mito. Lo que existía era temor a mostrarse como rico frente a la condena social, ante el peso de una cultura igualitarista, alimentada por la prédica socialcristiana de la Iglesia y la existencia de partidos clasistas.

Al contrario, hoy día vivir lujosamente constituye una señal de prestigio. El automóvil de cincuenta mil dólares se exhibe como una condecoración al heroísmo mercantil, a la lucha sagaz en un mercado competitivo. Es necesario tener una gran casa si se quiere ser alguien en el escalafón del éxito. Resulta conveniente cubrir las paredes con pintores famosos de modo que la cultura se alíe con la riqueza. Es indispensable vestirse con ropa a la moda. Para ser rico es necesario verse con otros ricos, hay que estar en los lugares adecuados. La riqueza no es privada, se exhibe. Es de mal gusto ocultarla. Es como recordar que, en otro tiempo, era menester disfrazarse de clase media.

En realidad, las amenazas reseñadas desaparecieron. Más aún, ahora la atmósfera cultural ha pendulado al lado contrario. Parece creerse que los pobres son felices ante la exhibición del lujo de los ricos. Las teleseries o parte de la publicidad del Chile Actual suponen que los espectadores comunes se identifican con la riqueza de los otros.

7. El mall o el consumo como pasión

El mall es el lugar preferido del ciudadano mercantilizado. Es su territorio de caza y su Museo del Prado.

Por varias razones resulta su lugar preferido. Primero, porque él no es ese consumidor puntilloso y ahorrativo que recorre liquidaciones y depósitos de fábrica buscando un descuento en los precios. Ese era el consumidor tradicional, que pagaba al contado, que juntaba peso a peso hasta que la mercancía soñada estuviera a su alcance y que, por ende, exigía rebajas. Su triunfo era ganar en el regateo. En eso consistía el rito.

Pero el tipo de consumo en auge en el Chile Actual es la participación en otro tipo de rito, menos austero y más festivo. Por eso que el mall adquiere tanta importancia. En primer lugar por su polivalencia: hay restaurantes, tiendas individuales, «tiendas anclas», cines, boutiques exclusivas, salas de juegos electrónicos, una curiosa escenografía de aire tropical. Se puede comprar, pasear, «taquillar» o exhibirse, comer o solamente mirar.

En segundo lugar, el mall es transclase. Un principio básico de este tipo de dispositivo es su ubicuidad, uno del barrio alto debe parecerse a otro ubicado en La Florida o en el sector Lo Espejo. Esa es una clave del éxito, porque entonces el mall puede atraer toda clase de público. No debe ser ni exclusivo ni popular, porque dejaría de ser un espacio «intercomunal», un lugar de peregrinaje.

El mall consiste en un conjunto de tiendas segmentadas, con sus vitrinas cuidadosamente decoradas, combinadas con grandes tiendas heterogéneas, todas formando parte de un laberinto bullanguero. El conjunto crea una atmósfera kitsch, de imitación del lujo pero sin el carácter intimidatorio de lo exclusivo y con precios al alcance de la clase media. Así el mall triunfa donde el «caracol» de fines de los 70 fracasó, porque estaba constituido por una serie de bazares sin estilo.

Las «tiendas anclas» del mall, su columna vertebral desde la experiencia exitosa del Parque Arauco, expanden su consumo a través del crédito masivo. Variedad de oportunidades y créditos accesibles hasta por cuatro años; el ideal de la variada «clase media» de los consumidores: todos los objetos, aún los más sofisticados,

al alcance del hombre común, del ciudadano cotidiano. La utopía a cuarenta y ocho meses, para satisfacción del obrero calificado, del empleado, de la dependienta y también de la señora C1, descrita así en el manual de cortapalos del marketing: «De aspecto distinguido... combinaciones de colores en el vestir, son de buen gusto, con estilo y elegancia, lo que refleja aunque vistan sport»⁽⁹⁷⁾.

En el mall, especialmente en sus grandes tiendas, se vive la vertiginosidad del consumo. La multiplicidad aparentemente infinita de modelos, marcas, la cantidad agobiante de objetos distintos. Una especie de avalancha de alternativas, que suspende la racionalidad de la elección. El mall actúa por sobresaturación⁽⁹⁸⁾.

El mall es un espacio multifuncional, diferente de la plaza pública que fue y es un lugar de funciones reducidas: paseo, exhibición, descanso en algún banco sombreado, en ocasiones la música del orfeón. El mall es una especie de «ciudad sintética», la acumulación de todas las opciones en un espacio refrigerado, vigilado, limpio, techado.

Las «grandes tiendas» (sean mall, supermercados, tiendas múltiples o especializadas) se convierten en lugares cruciales de la ciudad actual porque en ellas existen las mejores condiciones para desarrollar el aspecto más placentero del acto de consumir, la lenta deliberación antes de la consumación del deseo, el gozo de uno de los pocos lapsos de tiempo sin ataduras de nuestra vida contemporánea, el tiempo de la elección de los objetos. Los mall, sus tiendas y «grandes tiendas» proporcionan las condiciones ideales para el rito del «vitrianeo», acoplado necesario del consumo. Por ello el mall tiene una dimensión «museológica»: pasillos rebosantes de gente y cada cierto espacio un gran «cuadro», una vitrina donde los objetos forman parte de un decorado. Exhibidos para complacer la vista y despertar el deseo.

97 Ver ICCOM LTDA.: INFORMACION... OPCIT. Cita extractada del ítem «Las personas» de la descripción del grupo socioeconómico C1.

98 Estas nociones son fruto del trabajo realizado por el Programa de Consumo Cultural, del Centro de Investigaciones de la Universidad ARCIS.

El mall es el mejor espacio para esa deleitosa observación, para el juego previo a la compra: multiplicidad de oportunidades, protección del frío y del calor, vigilancia. Esto último es muy importante porque satisface la neurosis paranoica del Chile Actual, representa la garantía de estar siempre observados por un Gran Ojo.

Estos grandes templos del consumo son, más aún que la plaza del mercado en las ciudades antiguas, los lugares de condensación de la ciudad contemporánea. La diferencia entre una y otra hablan por sí mismas. En los mall o en las «grandes tiendas» la imagen, el escenario y la envoltura están por encima del producto mismo. En ellos el consumo se constituye por la ritualidad del adorno, de la multiplicidad variada de lo mismo, por el valor de la escenografía, mientras que en el viejo mercado el producto está desnudo, sin mediaciones espectaculares, mejor cuanto más despojado y «fresco».

En el consumo pseudocosmopolita de este Chile Actual el valor de uso está básicamente inserto en las envolturas, los envases, las decoraciones del producto.

En las modalidades y formalidades del consumir se expresa uno de los rasgos salientes del Chile Actual: la artificialidad. El mall es el equivalente arquitectural de la teleserie, producto contemporáneo ubicuo pero desarrollado en nuestras tierras con especial voluntad mítico-fantásica. La teleserie está marcada, como el mall, por la voluntad de artificio y su resultante, el espíritu kitsch. El kitsch, definido magistralmente por Kundera⁽⁹⁹⁾, es el adorno retórico de la vida, de los acontecimientos o de los sentimientos. El mall representa el kitsch en el terreno del consumo, la retorificación de los intercambios. Siempre es necesario sospechar que tras el adorno retórico existe una función ideológica. El kitsch, en cuanto sentimentalización de las cosas, busca el

99 KUNDERA, Milan: LA INSOPORTABLE LEVEDAD DEL SER. Editorial Tusquets, Barcelona, España, 1986.

ocultamiento de algo que es duro o brutal y que es necesario adornar. El kitsch es siempre una decoración de la «realidad».

En el mall lo kitsch cumple la función de hacer creer en la igualdad transclase del consumo. Opera a través de la creación de un espacio cuya artificialidad arquitectural y decorativa hace que nadie se sienta identificado y simultáneamente todos se sientan atraídos. Nadie se siente identificado por su planeada artificialidad, pero todos se sienten atraídos porque lo perciben como un escenario. Esta cualidad simulada de ser un espacio de todos, esta capacidad de acogida, es una gran ventaja del mall.

Este genera la impresión de que pobres y ricos pueden pasearse con igual derecho. En ese sentido produce la apariencia de ser más libre que la plaza pública, porque en ésta los vecinos principales tenían un derecho tradicional de uso que no se le negaba al «bajo pueblo». No se capta que en el mall cada individuo, cada grupo está sometido a la estrecha vigilancia de múltiples ojos, que evidentemente ponderan la apariencia, discriminan. Pero como esto no se ve, la libertad del consumidor alcanza en el mall su máximo carácter idealizado. Todos se sienten con el derecho a pasear libremente para elegir, pero están bajo una observación discriminatoria. El ocultamiento de esta realidad es una de las funciones kitsch del mall.

El mall es, pues, un gran escenario de sublimación, de idealización del consumo. Allí se despliegan las mejores condiciones para que consumir pueda convertirse —como el juego— en una pasión. Los objetos alcanzan su punto máximo de fetichización⁽¹⁰⁰⁾, por tanto despliegan todo su devastador encanto.

100 HELLER, Agnes: *LA REVOLUCION DE LA VIDA COTIDIANA*. Ediciones Península, Barcelona, España, 1994, p. 24.

8. El avance de la mercantilización

El Chile Actual, producto de la «gran transformación» dictatorial, es una sociedad plenamente mercantilizada, por tanto plenamente penetrada por el «espíritu mercantil», al que se refiere Simmel. ¿Cómo llegó a serlo, cuando hasta el golpe militar no lo era plenamente?

Ese proceso de generalización de la forma básica del intercambio capitalista ha ocurrido a través de cuatro procesos: a) mediante la asalarización total de una parte importante de la fuerza de trabajo semiasalariada del campo, b) mediante la eliminación de subsidios a los precios de productos llamados de «primera necesidad», c) mediante la eliminación de la gratuidad de algunos servicios públicos y d) mediante un funcionamiento más pleno del mercado laboral.

La «revolución» que representó el régimen militar produjo, entre otros cambios estructurales, una expansión del desarrollo capitalista del campo. Esto ha significado la casi total desaparición de la forma del «inquilinato» y su reemplazo por el asalariado pleno o, en ocasiones, por el pequeño campesino asalariado y ha significado también una fuerte atenuación del intercambio mediante la modalidad del trueque.

También provocó el desarrollo de otros procesos de mercantilización, entre los cuales los más importantes son la eliminación de la gratuidad de ciertos servicios públicos, como la educación y la salud y, especialmente, el desarrollo más pleno del mercado laboral.

Esto último significó un cambio en el eje de las relaciones sociales, ya que plena la mercantilización de la fuerza de trabajo está acompañada de la fragmentación de los procesos productivos. Las relaciones sociales de trabajo pasaron de ser asociativas, a ser mucho más individuales. La libertad sindical hace que el sindicato pierda fuerza, las negociaciones colectivas se debilitan puesto que pasan del ámbito sectorial al ámbito de las empresas. Las

restricciones que afectaban a la mercancía fuerza de trabajo empiezan a ser similares a las de otras mercancías, más basadas en las leyes del «libre mercado» que en la normatividad, en las disposiciones del derecho laboral.

Este cambio de las relaciones sociales de trabajo, ha significado un cambio de la forma del Estado. Se trata de un pasaje del Estado-bienestar que aseguraba prestaciones por «derecho de ciudadanía» a un Estado plenamente liberal, que ha mercantilizado la salud y la educación, con excepción de los indigentes en los hospitales o de los estudiantes municipalizados. Es decir el anterior era un Estado que, respecto de las formas de intercambio, reconocía además del trueque y el intercambio por dinero, el intercambio por un «derecho» emanado de la ciudadanía ⁽¹⁰¹⁾.

En Chile desde el golpe se ha registrado un dramático pasaje del Estado-protector, encargado de defender al eslabón más débil de la cadena social (los asalariados), a un Estado que tiende a desregular el mercado laboral. Se trata de impedir que los empresarios sean afectados en su competitividad por una fuerza de trabajo demasiado «consentida», o sea estable y protegida. La regla o principio de valor de las antiguas relaciones sociales se ha modificado. La defensa del débil, está subordinada a la protección de la inserción de nuestros productos en un mercado globalizado. Se trata de un «Estado mercantil», cuyo objetivo central es librar de intromisiones a los mercados, garantizar que el papel de cada factor de producción sea el que le fija la competencia y asegurar que las mercancías realicen su ciclo. Para ello opera como regulador de esa libertad y como guardián de los que la afectan.

Esta dinámica es exactamente la contraria de la que operaba en el Estado-bienestar ⁽¹⁰²⁾. Este buscaba coartar, en algunas áreas,

101 Esta forma por «derecho» no es registrada por APPADURIAN, Arjun: *LA VIDA SOCIAL DE LAS COSAS. Perspectiva cultural de las mercancías*, Editorial Grijalbo, Ciudad de México, México 1991. El libro contiene un relevante «state of arts» de las últimas discusiones respecto a la noción marxista de las mercancías.

102 Ver OFFE, Claus: *CONTRADICCIONES... OP. CIT.*, 1988.

los efectos de la mercantilización, haciendo del «intercambio por derecho» una forma muy significativa e importante. Aseguraba la disponibilidad gratuita de algunos bienes sociales básicos, como efecto derivado de la ciudadanía.

En el Estado-bienestar ese era un mecanismo básico de la integración por la vía de la economía, sostenida en la acción de los partidos socialdemócratas de masas, los que buscaban negociar mayores y mejores «derechos». Al eliminarse ese mecanismo y simultáneamente, al debilitarse el movimiento obrero y reducirse su fuerza para negociar salarios (no ya siquiera «derechos»), la integración por la vía de la economía debe sostenerse de manera importante en la masificación crediticia.

La individualización de las relaciones sociales, es el sello de identidad de las instituciones neoliberales del neocapitalismo del Chile Actual. Se ha hecho realidad lo que ya plantearon los ideólogos liberales de la Revolución Francesa: que la asociatividad era una traba a la competencia libre, un residuo medieval-corporativista. Las relaciones debían establecerse entre individuos y tomar la forma de una competencia perfecta, donde miríadas de átomos intercambiando, se interconectan de manera autorregulada. Ese ideal aplicado al mercado de trabajo, significa la reducción de las imperfecciones que introducía el sindicato fuerte, para alcanzar la elasticidad máxima y con ella los menores salarios y la mayor ocupación.

En ese contexto la fuerza de trabajo pasó a operar como «verdadera mercancía», sometida a las reglas y mecanismos de la competencia. Indefensa, sin otra protección que la de ser un valor en perpetuo ajuste. He aquí, en gloria y majestad el concepto-límite, la idea utópica del pensamiento neoliberal: la destrucción de toda forma asociativa, en cuanto ella representa una alteración de la perfecta autorregulación. Esa utopía implica relaciones atomísticas, entre mercancías individuales. El grupo interrumpe el flujo elástico del intercambio perfecto. Realizar el destino auténtico de la fuerza

de trabajo en cuanto mercancía, significa prescindir del sindicato. El sueño de Friedman: ¡si fuera posible eliminar esa traba histórica que no ha permitido la «existencia real» de la fuerza de trabajo como mercancía verdadera!

En este punto es menester mostrar el círculo vicioso. La mercantilización trae consigo el «espíritu mercantil» y este se ajusta, como la mejor estrategia, al individualismo total.

¿Qué es el «espíritu mercantil»? No es la fetichización de las cosas en sí, sino la fetichización del dinero que es su «medio abstracto» de adquisición. En ese sentido el «espíritu mercantil» no consiste en un esteticismo, en un amor apasionado por los objetos. Consiste en un utilitarismo, en un amor apasionado al dinero. En esta transmutación entre objeto y dinero, en este volcamiento del deseo particular del valor de uso hacia el deseo abstracto del valor de cambio, es donde se realiza la fetichización y se distorsiona la conexión entre deseo y placer. El deseo ya no se conecta con el placer, se mistifica, ya no tiene relación con fines sino con medios. El placer se hace formalista, se vuelca hacia la posesión del dinero.

La única mercancía que puede ser susceptible al «espíritu mercantil», es la fuerza de trabajo. Las otras mercancías se combinan con mercancías, pero no las consumen. El deseo de las cosas, de los objetos, solamente existe para esa mercancía específica que es la fuerza de trabajo. Es más, solamente ella puede realizar estrategias respecto a su valor, a su valorización. Y una de esas estrategias consiste justamente en renunciar a ser nada más que mercancía, a ser nada más que un átomo y en evitar valorizarse por el sometimiento como cosa a la ley del mercado. Eso ha sido la estrategia tradicional del movimiento obrero, la cual está en jaque en las sociedades neoliberales.

La lógica que quiere imponer el neocapitalismo que se vive en el Chile Actual, más allá de las máscaras ideológicas, es la de debilitar al movimiento obrero. Se busca hacerle entender al

trabajador que es fuerte sólo en cuanto actúa como individuo, a través de una estrategia de movilidad, y que es débil en cuanto opera como grupo, a través de una defensa corporativa. Se trata de disuadir las formas organizadas, para incentivar el mérito individual.

Los asalariados que postulan a ser ciudadanos crediticios, son impulsados a sacrificar la grupalidad para preferir la posesividad individualista. Se ven exigidos, en pos de la aceptación por el sistema, a cumplir la regla de actuar como mercancías que se devoran entre sí.

9. El conformismo, la otra cara del consumismo

Parafraseando a Hanna Arendt puede afirmarse que el Chile Actual es una sociedad donde el sometimiento a la «labor» consume la energía de los individuos, dejándolos sin aire para otras formas de la vida activa, sea esta la acción (histórica) o la mera contemplación, la vida interior⁽¹⁰³⁾. El consumo pasa a ser la única «consumación». A menudo suplanta a todas las otras formas de vida activa, puesto que toma el papel de centro vital, como si fuese una actividad a la cual pudieran adjudicársele sentidos trascendentales. Aparece como compensación de una vida dedicada a la «labor», o sea, a una actividad instrumental de sobrevivencia, a un gasto de energía sin retorno vivificador.

Una sociedad donde el consumo da sentido al existir y donde —simultáneamente— hay una distribución del ingreso extraordinariamente desigual, se convierte por necesidad en meritocrática y especialmente, en «trabajólica». El consumo con endeudamiento exige intensificar el trabajo, aumentando el rendimiento para evitar el riesgo de pérdida del empleo o para conseguir ascensos, alargando la jornada o buscando fuentes adicionales de ingresos.

103 Ver ARENDT, Hanna: LA CONDICION HUMANA, Editorial Paidós-Ibérica, Barcelona, España, 1993.

La liberación por el consumo del peso de la «labor» es paradójica. El consumo excedentario se convierte en un placer asociado a un costo ascético, al uso intensificado de sí mismo, a una autoexplotación en aras de las demandas de consumo exigidas por el núcleo familiar y teledirigidas por la sociedad.

Esta pasión actual del consumismo, o sea del consumo excedentario que se financia sobre una sobreexplotación consentida, es placer-alienación. El placer existe, es el gozo del microondas largamente deseado, pero a costa de una mayor mercantilización de sí mismo. Es un placer que termina rápidamente, se «consume», quedando de él la otra cara, la deuda, el sacrificio. El hedonismo acarrea, de vuelta, el ascetismo.

No es extraño que de esta matriz de relaciones sociales emane una visión pesimista pero conformista. La idea de un mundo agobiante, al cual hay que, sin embargo, adaptarse si se quiere extraer de él siquiera algún goce mundano.

El conformismo es hijo putativo de la «naturalización» del mundo actual que realizan las ideologías dominantes, declarándolo protegido de la historicidad. Ese conformismo toma numerosas formas. ¿Para qué criticar un mundo que no se puede cambiar? preguntan los conformistas-fatalistas. ¿Desde dónde criticarlo, con qué fundamento si se han derrumbado los grandes relatos y no existe una ética universal? plantean los conformistas-relativistas. Unos y otros, por motivos diferentes, se parapetan en la impotencia.

¿Por qué no vivir lo posible? se interroga la creciente falange de conformistas-pragmáticos. Muchos, entre éstos, tienen un pesimismo trascendental. Afirman, de acuerdo, el mundo es una porquería y no se puede cambiar. Pero, acto seguido se preguntan, ¿por qué no defenderse de la vida disciplinaria y ascética del trabajo y del estrés urbano, con el hedonismo, aunque sólo sea el del placer que provocan los objetos del confort doméstico o el placer de vacaciones a crédito?

No tiene sentido realizar una crítica moralizante del hedonismo, incluso de éste que bordea o que cae en la pulsión adquisitiva, en el fetichismo de los objetos. En relación con el agobio de la «labor», aún el consumo excedentario representa un principio erótico, de gozo. Un momento de placer que se desvanece para devenir disciplina. Pero, al fin y al cabo, todo placer es momentáneo, su naturaleza es la contingencia.

La crítica moralizante es limitada y ciega porque no comprende el deseo, la voluntad de placer que acompaña el consumo. Pero, pese al interés de evitar la predicación, es inevitable una crítica del fenómeno. La ampliación de las posibilidades de consumo, a través del cepo disciplinario del crédito, pertenece al dispositivo global de la dominación, no sólo al dispositivo de la reproducción del ciclo económico. El endeudamiento masivo opera como una manera de asegurar la velocidad de circulación de las mercancías, pero especialmente opera como dispositivo de integración social.

Esta sociedad, el Chile Actual, se concibe como un gigantesco mercado donde la integración social se realiza en el nivel de los intercambios más que en el nivel de lo político. Esto es, no se realiza a través de la ciudadanía convencional, de la participación, de la adhesión a ideologías. La figura del hombre político, orientado hacia la vida pública, es reemplazada por la figura predominante del individuo burgués, atomizado, que ya no vive en la comunidad de la civitas, ya no vive por la causa (el sindicato, la «población», el partido). Vive para sí y para sus metas. Para el trabajo, tratando de superar la dureza de la «labor», especialmente la incertidumbre del empleo flexibilizado, a través de méritos que permitan realizar las «oportunidades» laborales, por ejemplo un ascenso. Y con esa herramienta abrirse paso hacia nuevas oportunidades de consumo: cambiar el living, conseguir la casa propia, el automóvil, la educación de los hijos («para que ellos sean otra cosa»), ir de vacaciones con la familia.

Esta sociedad genera dos formas de conformismo. Uno revela una visión optimista del Chile Actual. Para esta imagen los problemas se irán resolviendo a través de procesos que culminan lo actual: la mayor modernización acarreará mayor democracia. Pero hay otro conformismo, que es profundamente pesimista, que conduce al fatalismo, o sea, a consagrar la omnipotencia de la dominación, a través de teorías críticas, cuya negatividad alcanza al presente y al futuro y alimenta la impotencia.

Efectivamente, la catástrofe del socialismo nos ha dejado desarmados. Ya no es posible (comunicacionalmente) hablar del socialismo como superación del capitalismo, en el campo del desarrollo de las fuerzas productivas o en la posibilidad de la desestatización, de una democracia radical.

Más importante me parece mostrar el conformismo derivado del funcionamiento de la propia organización del neocapitalismo, instalado en nuestro Chile Actual. Se puede decir que ese conformismo invade la acción y el pensamiento, porque el sistema ha llevado la mercantilización a un punto donde sólo el individuo se mueve como pez en el agua. Para el capitalismo del Estado bienestar, la asociatividad del trabajador formaba parte de su propia reproducción. Este neocapitalismo requiere del individualismo del trabajador.

Por la atomización general producida por las relaciones sociales de producción vigentes, del debilitamiento del Estado, no ha surgido una sociedad civil más fuerte. Tres tipos de presiones privilegian las estrategias individuales en contra de las asociativas: a) la flexibilización de las relaciones contractuales de trabajo, obligan a los trabajadores a disminuir los riesgos de conflictividad por miedo a la incertidumbre del empleo, favoreciendo estrategias de acomodo en contra de estrategias colectivas de lucha, b) la expansión del consumo-a-crédito se consolida como una forma individual y no conflictiva (no distributiva) de acceso a «oportunidades», con tal que el trabajador sea un «trabajador

decente», c) las empresas incentivan el mito de la capacitación como forma de ascenso ligada al mérito individual.

Este modelo de relaciones sociales sería agobiante si, al mismo tiempo, no ofreciera las oportunidades del consumo que ofrece, con doce, veinticuatro o cuarenta y ocho cuotas. Este sistema compensa / aligera con el consumo. Una compensación que posee fuerza seductora, puesto que aparece como materialización de la libertad de elegir, que está al alcance de todo poseedor de dinero o al alcance de todo trabajador provisto de una garantía de buen pagador, de una promesa de ascetismo futuro.

Por eso mismo, cada acto de consumo en el cual se pone a funcionar la maquinaria del crédito, representa un reconocimiento de este Chile Actual, una aceptación tácita de sus lógicas de compensación. ¿Y cómo vivir sin esa salida? ¿quién quiere vivir sin ella, sin esa reconfortante evasión, cuando se ha perdido la esperanza en otro mundo mejor?

Capítulo Cuarto

La violencia de la ciudad

1. El desorden de la ciudad

En todos los sentidos, Santiago ha dejado de ser una ciudad pueblerina, como lo era todavía hasta 1973. Entonces aparecía como una urbe políticamente bullente pero sin sofisticación, sin complejidad en su trama urbana. Era una extensa aldea, con una extraña mezcla de intensidad y bucolismo. Era simultáneamente una ciudad con un espacio público invadido por la iconografía política, pero también reservada, hacia dentro, con una gran timidez formal. Era una ciudad de calmados barrios residenciales, modestos pero confortables. Una ciudad todavía «tranquila» y también segura, donde era posible desplazarse sin peligro.

Hoy día Santiago es una ciudad violenta, desordenada, descontrolada. Apaciguado el terrorismo de Estado, la violencia se ha desplazado hacia el ámbito de la vida urbana. Allí se expresa en diversas formas: sutiles, brutales, estridentes.

Vivimos en una ciudad modernizada, con edificios inteligentes, algunos de ellos verdaderas esculturas de vidrio. Una ciudad con un Metro limpio, no muy extenso pero amigable, casi un «enclave», un lugar donde se puede caminar sin miedo. Un espacio subterráneo, pero luminoso, ordenado, valorizado por el gran fresco de Toral en la estación de la Universidad de Chile.

Pero esos son residuos del Santiago de los años sesenta. Esta metrópoli del Chile Actual, agitada por la continua transformación

de sus barrios, no es más amable ni más confortable que la de antes. Es una ciudad hostil, insegura, estresante.

Ni siquiera los ricos viven con mejor calidad de vida que antes del empujón modernizador. Por supuesto que han podido satisfacer su sed de apropiación, su fetichismo de las cosas. Pueden elegir entre numerosos tipos de muebles de cocina, de grifos, de lámparas, de microondas, de refrigeradores, pueden tener varios automóviles último modelo, la piscina soñada, el césped regado por sistemas computarizados, la calefacción más sofisticada, relajantes jacuzzis y saunas. Han superado su confort, ¿pero han mejorado su calidad de vida? No, también ellos han perdido en este aspecto. Están asediados por la inseguridad de la delincuencia, agobiados por el desorden urbano y la lentitud del tráfico, sumergidos en el esmog, asustados por las nuevas formas turbulentas en que sus hijos viven sus adolescencias.

Pero los sectores acomodados se aíslan en sus barrios cómodos, lujosos, dotados de todos los servicios y oportunidades urbanas. Calman la paranoia generalizada con sus policías privadas, el caos del tráfico con sus automóviles con aire acondicionado. El tedio de sus adolescentes con fines de semana en las discotecas de moda o con viajes a Miami, a algún resort del Caribe. Por último, tienen la posibilidad de soportar sus angustias de padres con una sofisticada oferta psiquiátrica. Viven al pie de la Cordillera, a pocos minutos de Valle Nevado, donde seguramente todo se olvida. Tienen casa en Cachagua o un departamento en Las Tacas, alguna casita en el sur, junto a un lago. Con dos, o cinco u ocho millones de pesos de ingreso mensual se puede satisfacer cualquier necesidad, aunque no se obtenga la paz o la felicidad. Y aunque, efectivamente, la calidad de vida se haya deteriorado por la contaminación, el desorden, la inseguridad de la megalópolis.

El deterioro de la calidad de vida para los sectores populares es evidentemente mucho mayor. Están asediados por la delincuencia, con la cual deben convivir, y son las principales

víctimas de las consecuencias no deseadas de la bárbara modernización de Santiago. Entre ellas se cuentan el crecimiento desorbitado de la ciudad, el desorden y lentitud del transporte público, la invasión del polvo proveniente de las calles sin pavimentar, por la omnipresencia de restos, de «déchets», una inextinguible basura acumulada por la ingobernabilidad de los municipios, por la contaminación de los residuos industriales expelidos por las industrias insertadas en sus propios barrios.

La modernización de la metrópoli es una consecuencia, al mismo tiempo que un proceso independiente, de la modernización capitalista. Ella hubiese ocurrido igual en otro sistema social, pero seguramente adoptando otras formas, con otra velocidad. Quizás hubiese sido más planificada, menos irracional, menos librada al arbitrio del mercado inmobiliario.

Este desorden y esta irracionalidad del desarrollo urbano, que acentúa la decadencia de la calidad de vida más allá del nivel normal de las megalópolis, es la combinación de ciertas pautas culturales atávicas en relación con la vivienda y de la falta de planificación del crecimiento urbano.

El sueño chileno de la casa con jardín y si es posible con patio, refleja un tradicional ethos individualista-hedonista, una obsesión por no compartir espacios comunes, una idea pequeño burguesa de la vivienda como propiedad de libre disposición, que quizás refleja una reminiscencia rural, un culto al patio o al jardín. Existe una noción privatista del uso del espacio, que no se hace cargo del problema de la escasez del suelo.

En parte esta obsesión revela exhibicionismo y arribismo, se relaciona con la importancia de la fachada como lugar de representación de la identidad. La fachada es un medio para mostrarse, al mismo tiempo que para individualizarse, distinguirse. La casa, por muy pequeña que sea, permite esta exhibición y este marcaje de la diferencia con los vecinos. El edificio iguala, las diferencias entre cada familia no tienen una

representación individual hacia afuera. Hay que entrar al espacio privado para captar lo que distingue al inquilino del 506 del inquilino del 205. Mientras que la casa permite que el habitante genere una apariencia pública de sí, la cual (incluso) puede ser reelaborada hacia adentro, en el espacio privado. La fachada puede ocultar, tras un hermoso jardín, espacios desnudos, pobres o sucios. Su papel es la exhibición de una apariencia. Es un despliegue para el público, un lenguaje destinado a los otros, a los vecinos.

Es relevador que esta necesidad de exhibición pública sea hoy más importante entre sectores populares y medios que entre los sectores de más altos ingresos. Muchas grandes casas de San Damián, de Lo Curro, de La Dehesa no tienen fachada. Los jardines son interiores, grandes muros tapan el esplendor arquitectónico de las miradas inquietantes. Son como las grandes casas de San Angel en Ciudad de México, invisibles para quien no es aceptado en la intimidad. El exhibicionismo de los ricos está volcado a los automóviles, a los viajes, a la vestimenta, a los restaurantes. La casa permanece protegida, como santuario, alejada de cualquier posibilidad de una mirada envidiosa.

Mientras que en ciertas poblaciones híbridas de La Florida, de Puente Alto o de Maipú, donde sectores populares se mezclan con capas medias bajas o medias medias, se observa el despliegue de la fachada, la cual juega el papel de una imaginativa decoración hecha para distinguir entre viviendas originalmente estandarizadas. La fachada es un sitio donde se marca el status del grupo familiar («nosotros somos distintos») o su progreso, su triunfo en la dura tarea de «salir adelante». O es un lugar donde los segmentos de ingresos más bajos pueden comprobar ante las burocracias municipales su calidad de «pobres habilitados»⁽¹⁰⁴⁾.

104 Esa alambicada perla del vocabulario neoliberal designa la condecoración que se le confiere al pobre con capacidad de organización y empresa, que palia su pobreza con disciplina y «decencia». Ella representa la sofisticación suprema de la noción de focalización, porque permite diferenciar entre pobres recuperables y no recuperables.

En todo caso la compulsiva afición chilena al chalet, al bungalow, a la casa o a la casita ha empujado el irracional y estrafalario crecimiento en extensión y en longitud de la monstruosa ciudad de Santiago.

En este aspecto es reveladora la comparación entre Santiago y Buenos Aires. Santiago con algo más de cinco millones de habitantes en 1994, ocupaba 15.348 kilómetros cuadrados⁽¹⁰⁵⁾, mientras Buenos Aires con más de tres millones en la Capital Federal ocupaba 200 kilómetros cuadrados.

El mercado se ha aprovechado de estas tendencias ancestrales. No es razonable esperar de él que las regule, en función de una ordenación más racional del espacio urbano, ya que no conoce otra lógica que la del lucro.

Ese crecimiento ha contribuido a hacer de Santiago un gran hoyo contaminado, una ciudad asolada por más de 630.000 automóviles particulares, uno por 8.9 habitantes. La tasa no es en sí misma demasiado alta, sí lo es en cuanto a la velocidad de crecimiento. En 1972 existía en Santiago un parque automotor pequeño, de 50.000 unidades⁽¹⁰⁶⁾. El crecimiento explosivo del parque se relaciona con el paso del primer al segundo automóvil en los sectores altos y con la incorporación a ese mercado de una vasta gama de sectores hasta entonces privados del automóvil.

La obsesión de la casita se apareja con la obsesión del automóvil: ambas pertenecen al mismo síndrome individualista y a la preocupación por la fachada. Junto con la apariencia física y con el vestuario, el automóvil pertenece al dispositivo de la presentación del Yo. La extendida relación fetichista con el automóvil es quizás síntoma de una relación narcisista consigo mismo. El automóvil, como el atuendo, son en el Chile Actual

105 INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA: COMPENDIO ESTADÍSTICO, 1995, Santiago, Chile, 1996.

106 BARKIN, David: «El consumo y la vía chilena al socialismo. Reflexiones en torno a la decisión automotriz». En: Mimeo, Santiago, Chile, octubre 1971, p. 6.

nuestros envases, nuestros envoltorios. Son el discurso que hacemos sobre nosotros mismos, revelan nuestra estrategia de posicionamiento, son textos del marketing personal. Como la fachada, hablan de nuestros éxitos en una cultura donde se parte de la base que quien tiene éxito, tiene no solamente prestigio, tiene además dinero. Y el que lo tiene lo exhibe, incluso debe exhibirlo para reproducirlo mejor.

En el Chile Actual las relaciones simbólicas con el automóvil se ven muy claramente en el consumo de ejemplares de lujo por parte de los sectores de ingresos altos, los cuales afrontan la incertidumbre del tráfico santiaguino, manejando especímenes con más valor que una casa de capas medias. Pero también este fenómeno se observa en los sectores populares, no en la forma del consumo de cincuenta mil dólares, pero sí de un consumo más conectado con la «fachada» o el status que con relaciones de utilidad instrumental. Esas relaciones adoptan dos formas posibles: la del sacrificio por el automóvil, que acapara cuarenta y ocho meses de desvelos y la compra de cualquier automóvil, aún aquél cuyo rendimiento se sospecha mínimo antes de comprarlo, automóviles con más de treinta años de vida útil. En ambos casos la operación cultural es la misma, se clasifica al automóvil como un bien consagratorio. Se le tiene por tenerlo, por el «qué dirán», por la importancia simbólica que se le asigna, por la capacidad que tiene de expresar que alguien «es alguien».

Este somero análisis pone en evidencia dos características de la modernización bárbara de Santiago. Una es la pauta individualista de la casa, la cual produce la extensión desmedida de la ciudad. La otra, es el culto al automóvil (fetichizado como objeto más allá de su valor de uso) cuya utilización irracional ha generado el atochamiento de las calles. Esta mezcla genera un efecto: el aumento brutal del tiempo de transporte. Un santiaguino, empleado público o privado, que habita en el paradero 21 de La Florida emplea cerca de cuatro horas en ir y venir de su trabajo en el centro. Otro que mora en Huechuraba emplea cerca de tres horas.

Un habitante del sector oriente de Santiago, en la parte alta, no demora menos de dos horas o dos horas y media, trasladándose en automóvil. El tiempo real de trabajo se amplía de una manera importante. Ese tiempo adicional, ocupado en desplazamientos, se resta de las actividades libres o de la vida familiar.

La alienación en el proceso de trabajo se acumula, en cuanto vivencia, con otra cosificación, la de ser objeto transportado. La clave es la palabra vivencia. No quiero decir, como es obvio, que ha desaparecido o siquiera se ha atenuado la alienación en el proceso de trabajo. Pero como experiencia vital la alienación en el proceso de trabajo es soportada más que vivida.

El lapso asfixiante del autobús repleto o vacío, pero atrapado en un nudo de tráfico, representa un tiempo de impersonalización mucho más vivido, además angustiante por su lentitud. Cuerpos anónimos, que se rozan en la artificialidad de una intimidad pública, a veces semejante al acoso. Una situación sólo superada por algún fugaz encuentro repentino que rompe la monotonía de las relaciones hostiles. El individuo en autobús es un ser extrañado de sí, sometido a la voluntad y a las circunstancias ajenas, privado por horas de la posibilidad de autogobernarse. Un rostro opaco entre rostros opacos. El autobús: un lugar donde se consumen en el tedio parte de las energías vitales de cientos de miles de habitantes del Chile Actual. Unos pocos recuperan para sí este tiempo doblegante, usándolo en oír música, en mirar apasionadamente, en tejer, en leer, usándolo contra el aburrimiento. Un micro esfuerzo de subjetivación en contra de la cosificación impuesta, un acto de autodefensa, laborioso y parco, pero en ocasiones suficiente para extraer al Yo de la tentación de la auto-anulación. Cansancio, agobio: el comienzo y el fin de cada día, un hito que marca la vida cotidiana de miles de personas.

La megalópolis también cansa al rico, pero asfixia a los más vulnerables, o sea, a ciertos sectores de las capas medias y a los pobres. Estos son los más indefensos ante la ordenación que impone

el mercado, ante las desigualdades que genera y reproduce. Las leyes férreas del mercado del suelo los expulsan hacia las afueras y, a su vez, las nuevas reglas del mercado del transporte les impiden muchas veces utilizar diariamente el automóvil recién adquirido. En general lo guardan para el fin de semana, para las compras del supermercado y el paseo dominical. La mercantilización de las calles a través de los «parquímetros» y, en el futuro, a través de la tarificación vial, contribuyen a aumentar el carácter fetiche del automóvil. Se debilita su utilidad, su valor de uso, pero aumenta su carácter consagratorio. En los primeros cinco meses de 1996 la venta de nuevos automóviles aumentaron en 18.9% respecto a los mismos meses de 1995. Se colocaron en el mercado 64.109 unidades nuevas para una población de casi quince millones de habitantes.

En las zonas de mayor escasez del suelo urbano, las nuevas condiciones de funcionamiento del mercado están tendiendo a una mayor densificación. Pero, especialmente en las zonas más pobres, los edificios carecen de condiciones mínimas de habilitación y rápidamente se convierten en tugurios. La vivienda popular, mal fiscalizada y peor pensada desde el punto de vista arquitectónico, se ha convertido en forma de lucro fácil para empresarios inescrupulosos que no cumplen con los mínimos requisitos constructivos.

Incluso los edificios ubicados en las comunas más ricas revelan improvisación, desidia en los detalles y una tendencia a preferir la ostentación en desmedro de la funcionalidad. Carecen de espacios comunes, de jardines, de servicios adecuados, no están pensados para la vida de familias con hijos y con la mujer incorporada al trabajo. Reproducen la típica pauta chilena del lugar de habitación planeado en función de la existencia de servicio doméstico y/o de la madre dueña de casa.

Los edificios para negocios son otra cosa. No es extraño que este modelo de mercantilización vuelque en ellos toda la creatividad y la capacidad planificadora. Son estandartes, son la fachada del

holding o de la gran empresa. Todo grupo, consolidado o emergente, necesita poseer un edificio inteligente o habitar en uno de ellos. Todos son prodigios tecnológicos, especializados en la vigilancia, contra los hombres y los elementos. La idea misma de inteligencia que se maneja tiene, como uno de sus elementos centrales, la seguridad. Sennet estudia el declive de lo público al analizar los edificios estrella de las grandes ciudades. El análisis de La Defense en París, del Lever House en Nueva York o del Brunswick Centre de Londres muestra el estrechamiento de lo público, materializado en la arquitectura de los espacios comunes. Pero los especímenes criollos llevan la tendencia a una situación extrema: son cerrados, herméticos, no crean espacios urbanos de encuentro, ni siquiera —como los que estudia Sennet— espacios privatizados⁽¹⁰⁷⁾.

El desorden urbano va invadiendo el Chile Actual pedazo por pedazo. Santiago es una selva urbana, pero también Concepción, Temuco y en el verano, Viña del Mar y La Serena. Ciudades agresivas, poluidas, ruidosas, extensas, atochadas, peligrosas.

Ese desorden es la resultante de las fuerzas ciegas del mercado del suelo y del mercado del transporte, los dos trabajando en condiciones de alta escasez y oligopolización, en situaciones de competencia imperfecta.

Si existe una esfera o campo donde la existencia de una planificación es evidentemente necesaria, ése es el terreno del desarrollo urbano. Las características oligopólicas del mercado del suelo, donde los grandes grupos de presión desarrollan una enorme capacidad de lobby para desbordar las precarias regulaciones, y las características también oligopólicas del mercado del transporte, donde ha sido imposible luchar contra el poderoso grupo de presión de los microbuseros, exigirían un Estado con fuerte capacidad reguladora. Nadie de buena fe puede suponer que esos mercados funcionan sin graves interferencias, que no

107 SENNETT Richard: *EL DECLIVE DEL HOMBRE PUBLICO*. Editorial Península, Barcelona, España, 1978.

requieren de una fuerte regulación estatal consensuada con las organizaciones cívicas.

Las ciudades bucólicas del Chile tradicional, pueblerinas, cómodas, silenciosas, al borde de una naturaleza impoluta, ya casi no existen. Santiago es una especie de Babel, donde la confusión de los significados es el más inofensivo de los desórdenes. Se trata de una ciudad engullidora, desequilibrada, fuente nutricia del desquiciamiento psíquico. La ciudad como fauce, una enorme mandíbula que devora a los individuos vulnerables.

2. La delincuencia y el mercado

En el Chile Actual la delincuencia ha sido instalada como un problema crucial. En los inicios del gobierno de Aylwin los discursos apocalípticos eran un instrumento en la estrategia de construcción de la imagen de caos, el cual sería la inevitable consecuencia del gobierno débil que se presagiaba.

El tema de la delincuencia venía entonces de perilla. Los gobiernos de la Concertación, aunque protestando porque podía generarse la repetida imagen de la autoridad sobrepasada⁽¹⁰⁸⁾, terminaron por subirse al carro. No tuvieron, sin embargo, la capacidad de resignificar la temática, de manera que ésta no representara un modo velado de castigar a los pobres con el estigma de la delincuencia virtual.

El dispositivo de denuncia orquestada de la delincuencia recrudecida, que intentaba que los chilenos echáramos de menos el gobierno fuerte de Pinochet, libre de esa lacra, funcionó con eficacia en la visibilización del problema. El tema de la delincuencia se ubicó en el primer lugar de las preocupaciones ciudadanas en las encuestas de opinión pública y en la agenda televisiva⁽¹⁰⁹⁾.

108 Imagen que usaba para recordar el período de la Unidad Popular.

109 FUENTES, ALEJANDRA: «El tema de la seguridad ciudadana en la agenda televisiva del año 1991», ILET, Santiago, Chile, 1992.

Pese a que las estadísticas son poco fiables, especialmente las comparadas a nivel internacional, lo importante es que se creó la imagen de un recrudecimiento de la delincuencia. Efectivamente, los medios de comunicación dan cuenta de numerosos asaltos a mano armada, realizados por grupos organizados, que afectaron a bancos o las nóminas de pago de importantes empresas⁽¹¹⁰⁾. En junio de 1996 se publicaron estadísticas comparativas a nivel internacional que mostraban que, aunque Santiago tenía un muy bajo nivel de homicidios, presentaba un alto índice de hurtos y robos. En números absolutos Santiago ~~aparecía bien situada~~. Sus casi sesenta mil delitos de ese tipo lo colocaban en un lugar antepenúltimo, sólo superada por Buenos Aires. Sin embargo, al deflactar los delitos por la cantidad de población, Santiago se reubicaba entre las cinco ciudades más peligrosas entre las diez estudiadas. Sólo la aventajaban Chicago, Los Angeles, Sao Paulo y Caracas⁽¹¹¹⁾. Ingrata compañía.

Pero, ¿eran más o menos los asaltos, hurtos o robos ocurridos en los últimos años de Pinochet? Nadie puede decirlo con pruebas irrefutables⁽¹¹²⁾.

Durante estos seis años de postdictadura, funcionarios, periodistas, políticos y hombres comunes han hecho causa común para defender la «ciudad sitiada». Lo importante no es entonces la probabilidad estadística sino el impacto de una temática en la agenda comunicativa o en los hábitos de las personas. La seguridad

110 Es interesante ver un informe publicado sobre este tema de autor no identificado, pero perteneciente al sistema de ONG. Ver ANONIMO, «Diagnóstico de la violencia política y la respuesta ciudadana: 11 de marzo-11 de noviembre 1990», s.e., diciembre 1990.

111 Ver cuadro presentado en: La Segunda, Santiago, Chile, 20 de junio de 1996. Al calcular el número de homicidios en relación a la población Santiago presenta 3,3 homicidios por cada 100.000 habitantes, pasando a ocupar el último lugar. Mientras que haciendo la misma operación con los hurtos y robos, Santiago descendía de uno de los últimos lugares al quinto lugar, es decir a la mitad de la tabla de ciudades peligrosas en esa materia. Su puntaje era 972.2 por cada cien mil habitantes.

112 Esto por un problema de construcción de los datos. En realidad en las estadísticas en referencia no se conoce la forma de recolección. En principio existen dos formas básicas, según las detenciones de Carabineros o según los partes judiciales. Las dos son muy problemáticas.

contra los «invasores» que vienen de los cordones populares se ha convertido en obsesión de la vida cotidiana.

De alguna manera, esta actitud es una confesión tácita de que el exitismo tiene otra faz, un lado oscuro. Se trata de un reconocimiento culposo y paranoico de la existencia de los desheredados. Pero al carecer este reconocimiento de una adecuada elaboración social, al ser producto de una conciencia no reflexiva, él opera como un boomerang. Apurados los triunfadores por exculparse a sí mismos, cargan los dados a los excluidos. Ya que la delincuencia crecía, tenía que ser obra de individuos pobres, desequilibrados y bárbaros como consecuencia de la falta de educación.

Se ha mirado el fenómeno solamente desde la perspectiva de un tipo de adaptación individual socialmente condicionada, con un enfoque donde ha primado el individualismo metodológico y la perspectiva psicosocial.

En vez de analizar la delincuencia como efecto de una contradicción social, ésta ha sido tratada como si fuese una elección del sujeto, casi consciente y voluntaria, y no un efecto complejo de la emergencia de nuevos patrones culturales que cruzan a la sociedad entera y que generan, en unos sectores una mayor propensión a la delincuencia clásica y en otros una mayor propensión a la corrupción o al «negocio sucio».

En realidad, el verdadero asunto en el estudio de los ciclos de la delincuencia (alza-baja) es conocer las condiciones sociales que los generan. El ladrón, el pillo de poca monta o el estafador de alto coturno han existido siempre. El asesinato, pasional-político-psicótico o el robo por homicidio, también. Como lo muestra *El Decamerón* de Bocaccio o *La Historia de la vida cotidiana* de Duby, la mistificada Edad Media estuvo plagada de pillastres, aunque fue una época cruzada por el miedo al pecado y al castigo eterno.

La inseguridad ciudadana frente a la delincuencia es un fenómeno muy viejo. Sería un grueso error creer que las

«sociedades tradicionales» eran sociedades pacíficas, en todos los sentidos del término. En muchas partes el bandolerismo rural era una plaga, también las rebeliones, consideradas por los propietarios como idénticas al robo armado⁽¹¹³⁾. Con los procesos de urbanización y proletarización que dan lugar a las grandes ciudades, cambian las formas y modalidades de la delincuencia. Las aglomeraciones urbanas facilitan la actividad del pillastre clásico que arrebató la billetera del señor o la cartera de la dama y sale huyendo. Y ocurre lo mismo en todos los grandes procesos de lo que Polanyi llamó «grandes transformaciones»⁽¹¹⁴⁾.

Más tarde, los estudios clásicos de las modernizaciones de Apter y Eysenstadt, entre otros, aclimatados en América Latina por Germani, muestran que los cambios rápidos y acelerados producen turbulencias sociales.

La paradoja consiste en que los artífices de la sociedad neoliberal lanzan gritos de alarma por el aumento de la delincuencia que es una resultante, por supuesto no deseada, de su propia obra. La delincuencia económica, sea de pobres o de «cuello blanco», resulta, como es obvio, de una multiplicidad de factores. Entre los modelos con mayor capacidad interpretativa se encuentra la hipótesis de que son un efecto de procesos de modernización rápidos que no dejan tiempo para la reconversión de individuos «fronterizos», combinada con el desarrollo generalizado de la mercantilización y la hegemonía del «espíritu mercantil» que incitan a ganar dinero por cualquier medio.

Es necesario decir algo sobre estos dos factores. En las coyunturas de modernización rápida se concatenan múltiples factores de inestabilidad e inseguridad. Modificaciones aceleradas de estructuras claves ponen en jaque los valores establecidos,

¹¹³ Es muy interesante el libro clásico de HOBBSBAWN, Eric J. y RUDE, George: *REVOLUCION INDUSTRIAL Y REVUELTA AGRARIA. El CAPITAN SWING*. Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, México, 1985.

¹¹⁴ Ver POLANYI, Karl: *LA GRAN TRANSFORMACION*. Editorial Anteo, Buenos Aires, Argentina, 1949.

produciendo grandes trastornos en la «vieja moral» de masas y élites⁽¹¹⁵⁾; se producen modificaciones de la estructura económica que generan la mudanza de zonas enteras o de sectores económicos amenazados, aparecen nuevas necesidades, grupos pujantes emergen dando codazos y sectores establecidos deterioran sus condiciones de vida. La delincuencia, o lo que la sociedad denomina así, aparece como un camino de autodefensa de los desplazados sin fortuna o como la forma de hacer dinero fácil de emergentes obsesionados por las nuevas pautas de éxito.

La lectura del fenómeno debe hacerse a la luz del movimiento general de la mercantilización. Uno de los efectos de ese proceso es el papel que se le asigna al dinero como constituyente de la sociabilidad, muy superior a la función de un simple equivalente universal del intercambio. Como he argumentado, el dinero en esta mercantilización generalizada se hace un elemento decisivo en la constitución del Yo, porque ha sido convertido, por diferentes discursos sociales (los de la publicidad y los de la caracterización del éxito), en el objeto simbólico-fetiché, en el objeto que ocupa el lugar «genital», porque es la mediación de todos los deseos, su condición de realización.

El delincuente económico, sea éste rico o pobre, realiza un mecanismo desviado de adaptación al mercado. Se trata de un tipo de delincuencia donde se puede reconocer una conducta racional-instrumental, que constituye una forma de adaptación «como sea» a la lógica mercantil, destinada a conquistar a cualquier precio el fetiché dinero. Algunos desheredados, lo ven como su único camino en una sociedad cuyos canales de realización y/o movilidad están obturados para sus débiles estrategias meritocráticas (educación, «emprendimiento»). Es la búsqueda del camino más fácil y más expedito para conseguir los objetos y el

115 Para América Latina ver el clásico libro de GERMANI, GINO: *POLITICA Y SOCIEDAD EN UNA EPOCA DE TRANSICION: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires, Argentina, Editorial Paidós, 1966

reconocimiento asociado a ellos. Se trata, sin duda, de una forma de encontrar sentido a sus vidas, pero a través de una aceptación compulsiva de las pautas de éxito predominantes.

Este Chile Actual es experimentado por algunos como una sociedad en la cual el camino más fácil lo constituye esa «transgresión parcial» que representa el rechazo de los medios institucionalmente aceptados. Ella es sólo parcial, justamente porque es adaptativa, porque no pone en cuestión la mercantilización invasiva sino sólo los medios de acomodarse a ella. Y es parcial porque es individual o cuando más (como en el caso de las bandas) es colectivo instrumental. Evade la acción colectiva con arreglo a valores para refugiarse en una transgresión imitativa.

En todo caso la respuesta transgresora parcial no puede interpretarse en clave «economicista». Es una respuesta a las ilusiones generadas por los discursos de la publicidad cuyo leit motiv son «los objetos al alcance de la mano» y a las presiones sobre la autoestima de los discursos predominantes sobre el éxito asociado al dinero y el consiguiente desprecio de los criterios «morales» de prestigio (conocimiento, honradez, probidad, altruismo)⁽¹¹⁶⁾. Es muy probable que ciertas conductas de delincuencia estén asociadas (hermenéuticamente) con el circuito ilusiones del «imaginario abundancia»-presiones compulsivas al éxito-dinero-escasez de medios⁽¹¹⁷⁾. Es plausible pensar que esos comportamientos de transgresión adaptativa sean incentivados por la escala de valores de esta sociedad donde la principal realización se encuentra en el dinero, medio de construcción del Yo a través

116 MARTINEZ, Javier, y PALACIOS, Margarita: *INFORME SOBRE LA DECENCIA*. Sur Editores, Santiago, Chile, 1996.

117 En el prólogo de la edición francesa de *El Hombre Unidimensional*, Marcuse afirmaba lo siguiente: «Se hace tanto más difícil traspasar esta forma de vida en cuanto que la satisfacción aumenta en función de la masa de mercancías. La satisfacción instintiva en el sistema de la no libertad ayuda al sistema a perpetuarse. Esta es la función del nivel de vida creciente en las formas racionalizadas e interiorizadas de la dominación». MARCUSE, Herbert: *EL HOMBRE UNIDIMENSIONAL. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Ediciones Orbis S.A., Buenos Aires, Argentina, 1984.

de la adquisición, medio para el disfrute obsesivo de objetos y servicios desechables.

«Pobres pero honrados». En el contexto cultural (valórico-normativo) predominante en el Chile Actual, esa frase tan típica de nuestro pasado y vigente aún ahora entre los sectores populares y las clases medias pobres con identidad, se ha transformado en un cliché sentimental. La contrarrespuesta de muchos jóvenes atrapados por el nuevo ethos es «los viejos fueron honrados y no sacaron nada». «La decencia no paga» dicen otros.

La normatividad de parte importante de los sectores populares estaba basada antaño en criterios «morales» de constitución del prestigio (ser buen obrero, ser un compañero confiable, ser un militante, ser honrado, haber educado a los hijos). Recibían el cariño de los otros o la admiración de sus próximos porque habían defendido a sus compañeros en la huelga. Esos criterios han ido quedando caducos. Esa moral ascética de servicio a los compañeros no se compadece con los actuales criterios de éxito.

Pero este esquema global de interpretación no solamente aparece plausible respecto a la delincuencia «económica» de los pobres. También es útil para interpretar, respecto al mismo sub-tipo, la llamada delincuencia «de cuello y corbata». Por de pronto, entre ellos las presiones del circuito prestigio-éxito-dinero- pueden ser más estresantes y afectar mucho más la autoestima. Frecuentemente esa forma de vida exige aparentar: ser vistos en los lugares necesarios, tener automóviles de acuerdo al status, mujeres vestidas a la moda, hijos en los colegios «comme il faut» o sea privados, católicos y/o bilingües, por tanto caros. El mérito balzaciano de la novela «Oír su voz» de Fontaine es hacer una anatomía de ese mundo en uno de sus momentos de crisis, la del '82.

Los empleados o ejecutivos con ansias de figurar, de conquistar raudamente a la diosa huidiza del dinero, caen en la

estafa (como el célebre Ballesteros), en la colusión con funcionarios públicos para pactos de corrupción (como Dávila) o en ese robo prestigioso que constituye la quiebra.

Evidentemente todos esos casos, por supuesto exentos de golpes en la cabeza o intimidación con cortaplumas, tienen mucha mayor significación que los hurtos callejeros o los atracos de bancos, tanto por sus montos como por su contribución al deterioro moral de la sociedad. Esto último ocurre porque existe una doble vara: unos son señalados para siempre como cogoteros y lanzas, yendo a dar con sus huesos a la Penitenciaría donde esperan ser juzgados, a veces meses o años. Los otros son hombres de negocios con mala suerte que, cuando sufren algún percance judicial, caen en Capuchinos. Diez años después es frecuente verlos dirigir algún grupo económico con edificio inteligente.

La identificación de los pobres como la «clase peligrosa», como el principal nido de delincuentes «contra la propiedad» (hurtos, robos, asaltos, estafas, quiebras, corrupción), proviene de un defecto de mirada, de un enfoque que deja fuera de cuadro. El foco o la mirada no debe dirigirse a la pobreza como tal sino a la «escasez», definida como desbalance entre expectativas socialmente internalizadas y logros. Los logros son medidos en dinero y las retribuciones monetarias que logran los individuos son evaluadas por ellos en función de ilusiones socialmente creadas. Por ello hay en el Chile Actual delincuentes económicos pobres y ricos: ambos víctimas de la escasez, de la necesidad de tener, para considerarse alguien.

Pero hay otra forma de la delincuencia que no tiene que ver con presiones sociales hacia el éxito, resueltas mediante «transgresiones parciales» o, dicho positivamente, mediante «integraciones parciales». Ella se conecta, no causalmente pero sí interpretativamente, con lo que genéricamente se denominará «angustia». Esta delincuencia no es una forma de alcanzar las dichas prometidas por la sociedad a través de caminos desviados, sino una

forma absoluta de negación, pero de negación no crítica, no transgresora, sino evasiva. Se trata de la delincuencia de aquellos que viven en la marginalidad, no por un puro gesto estético juvenil sino por una necesidad. La necesidad no es en ellos la indignancia, la necesidad es llenar el vacío del sentido, es ontológica. Se trata de una ética de la desesperación, individuos arrastrados por fuerzas tanáticas. Esa es la raíz, la existencia de una angustia existencial. Ella es la que impulsa a alcohólicos y drogados a robar para las pepas, la coca o la botella de pisco y la caja de vino. Descarriados por la angustia, por la dependencia, capaces de cualquier cosa por la evasión en el nirvana del alcohol o de la droga.

Aquí nos encontramos con un más allá de la alienación, en la medida que el Yo no sólo se abandona a la cosificación. El Yo se despedaza en la angustia, en la dependencia, en el no-ser radical. En la alienación el Yo cosificado perdura, aunque perdido para una elaboración fecunda de su experiencia. Pero en la desesperación se llega más allá, el Yo se aniquila. Es una forma de muerte, la realización de pulsiones tanáticas. Se cae en una destrucción maníaca del cuerpo, sabiendo (o en todo caso sintiendo) que cada gramo absorbido de neoprén, de pasta base, de coca, de fármacos está matando una parte del sí mismo. Es un lento aniquilarse. Esos marginados radicales, que sólo buscan sucumbir, no pueden analizarse con categorías de estratificación.

Una angustia ansiosa los conduce al alcohol o la droga y los aparta de las disciplinas cotidianas. De allí al delito sólo hay un paso. Se trata de un vicio, de una necesidad incrustada en lo biológico, en el soma. Parafraseando a Foucault puede hablarse de individuos que han perdido el gobierno de sí mismos. Pero es posible ver en ese aniquilamiento del Yo una «enfermedad del sistema», en el viejo sentido de Fromm⁽¹¹⁸⁾.

Es ésta una sociedad en que priman las compulsiones

118 FROMM, Erich: *PSICOANÁLISIS DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA*. Editorial Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 1962.

«autoritarias» del acomodo para el logro, asociadas a la figura del Pater, y se pierden las vivencias acogedoras, del placer más allá del logro, asociadas a la figura de la Mater. La comunidad es sólo posible cuando desaparece la ansiedad absorbente del narcisismo. No se trata de descansar sin más de la dureza de lo que Hanna Arendt llama la labor, se trata de buscar la «productividad» de la vida, de potenciar el encanto que en sí misma tiene la vida, en su acá (no en su más allá). Ese más allá no es necesariamente el volcamiento de la esperanza en alguna «otra vida», también es vivirse a sí mismo en la exterioridad de las pautas de éxito impuestas, lo que equivale a vivirse a sí mismo como Otro. El Yo sólo se realiza a través del volcamiento al mundo con sus exigencias, por tanto no en el Nosotros sino en la Norma. Se agota en el ensimismamiento de la «vida exterior». Las sociedades volcadas hacia el par éxito=dinero están volcadas a los objetos y a la exterioridad. En ellas se tienden a debilitar los vínculos primarios de la afectividad, de la amistad, de la convivibilidad social en aras de «ganar», deseo convertido en sustento del Yo.

Esta lógica del «ganar» asociada al «tener» produce resultados conocidos. Es una experiencia de la vida cotidiana que las alegrías épicas de los triunfadores, por necesidad se construyen sobre las tragedias de los perdedores.

Capítulo Quinto

La clave interpretativa del Chile actual: El transformismo

Para comprender el Chile Actual es necesario establecer el lazo, el vínculo histórico, que une a este Chile del post-autoritarismo, con el Chile Pasado, el de la dictadura. El Chile Actual es la culminación exitosa del «transformismo».

Llamo «transformismo» al largo proceso de preparación, durante la dictadura, de una salida de la dictadura, destinada a permitir la continuidad de sus estructuras básicas bajo otros ropajes políticos, las vestimentas democráticas. El objetivo es el «gatopardismo», cambiar para permanecer. Llamo «transformismo» a las operaciones que en el Chile Actual se realizan para asegurar la reproducción de la «infraestructura» creada durante la dictadura, despojada de las molestas formas, de las brutales y de las desnudas «superestructuras» de entonces. El «transformismo» consiste en una alucinante operación de perpetuación que se realizó a través del cambio del Estado. Este se modificó en varios sentidos muy importantes, pero manteniendo inalterado un aspecto sustancial. Cambia el régimen de poder, se pasa de una dictadura a una cierta forma de democracia y cambia el personal político en los puestos de comando del Estado.

Pero no hay un cambio del bloque dominante pese a que sí se modifica el modelo de dominación. Esta ya no se realiza, como

antes, a través de una aleación en la cual el terror o alguna de sus secuelas, como el miedo, la amenaza o la memoria traumática, tenían la mayor valencia.

Desde el punto de vista histórico el «transformismo» es, entonces, el largo proceso que comienza en 1977, se fortalece en 1980 con la aprobación plebiscitaria de la Constitución, y culmina entre 1987 y 1988 con la absorción de la oposición en el juego de alternativas definidas por el propio régimen y legalizadas en la Constitución del '80.

Para entender adecuadamente esta operación transformista que ha culminado en el Chile Actual, hay que extraer las consecuencias analíticas de la existencia de dos etapas en la larga dictadura revolucionaria que se extendió entre 1973 y marzo de 1990, momento en que se produjo la transmisión del mando. La primera fue la etapa terrorista de la dictadura revolucionaria, la cual se prolongó entre 1973 y 1980. La segunda fue la etapa constitucional de la dictadura revolucionaria, la cual cubrió desde el plebiscito constitucional de septiembre de 1980 hasta el término del gobierno de Pinochet.

Es necesario resaltar que una y otra fase constituyeron momentos de una dictadura revolucionaria. Permaneció constante la misma aleación de poder, la mezcla entre monopolio jurídico, monopolio del saber y despliegue del terror.

La dictadura constitucional no representó una fase de ablandamiento o menos aún de liberalización jurídica. Tuvo lugar una descompresión política pero sólo de facto, por tanto manejada desde arriba en función de una estrategia básica, que era obtener la legitimación de la Constitución por parte de los opositores.

El objetivo principal, el eje articulador de la operación transformista, fue obligar a la oposición a ese reconocimiento, como una manera de asegurar el éxito del diseño de transición. Aunque —como se verá mas adelante— el gobierno militar guardó hasta

el final una serie de cartas, su diseño estratégico fue claro desde 1980: instituir un sistema político que permitiera la continuidad de un liderazgo neoliberal o, de fracasar esa opción, asegurar que cualquier gobierno garantizaría la reproductibilidad, la continuidad del modelo socioeconómico creado durante la dictadura revolucionaria.

Entonces el Chile Actual debe verse como la resultante de una dictadura revolucionaria que fue capaz de cambiar de fase, en función de un proyecto de reproducción. En esta nueva etapa una cierta apertura de facto se combinó con la coerción y el terror de manera de ir obligando a la oposición, que hasta 1986 negaba la legitimidad de la Constitución, a canalizar sus energías en la lucha intrasistémica.

Seguiremos paso a paso, mezclando la pincelada gruesa con el trazo puntillista, la compleja trayectoria de ese «transformismo» preparatorio, intradictadura revolucionaria.

Sin esa compleja, conflictiva, pero también acuciosa preparación, la perennidad del tipo de capitalismo instalado desde el golpe en adelante hubiese quedado entregado a la suerte de la dictadura militar. El transformismo preparatorio consiguió que el modelo de relaciones sociales y productivas fuera «naturalizado», se consensuara entre la clase dirigente del post-autoritarismo.

Por eso antes de analizar la genealogía del transformismo durante la dictadura, se hace necesario realizar una descripción, primero, de los orígenes y comienzos y, segundo, de los principales mecanismos y dispositivos del poder ocupados en el momento terrorista de la dictadura revolucionaria.

SEGUNDA PARTE
MIRANDO HACIA ATRAS I

Capítulo Primero

La Unidad Popular:

Del sueño a la pesadilla

El sangriento parto de este Chile Actual no puede comprenderse o se entiende con dificultad, sin hablar del Chile romántico de 1970-73, con su pathos trágico, sus desaprensiones de adolescente, que culminaron en un doloroso aborto. Momento de los momentos, coyuntura decisiva, instante de interrupción de la existencia vectorial del Chile político; en apariencia, flecha dirigida siempre hacia adelante. Progreso sin pausa desde el reformismo de la «revolución en libertad» hasta la «vía chilena al socialismo».

1. Racconto de la desmemoria

1932-1973, cincuenta años de estabilidad política. En efecto, pero también gran espacio de olvido de la tortuosa historia del primer tercio del siglo XX. Una nueva manifestación de que la desmemoria ha sido una constante de nuestro Chile.

El siglo XX europeo comienza con retardo, en 1917-18⁽¹¹⁹⁾, el siglo XX chileno comienza con anticipación, en 1891. Empieza con una guerra civil, resultante violenta del fracaso de un proyecto de

119 Ver PARKER, R.A.C.: *EL SIGLO XX. I. Europa, 1916-1945*, Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, México, 1993

reformas burguesas, lideradas por Balmaceda y que éste procuró realizar por medios pacíficos⁽¹²⁰⁾. Fueron partes sustanciales de ese proyecto la ampliación de la influencia de los capitales chilenos en el salitre, el reforzamiento del desarrollo capitalista del campo, el estímulo a cierto tipo de industrias, la centralización del poder estatal a través de la restauración, no de un sistema presidencialista, pero sí de un estilo presidencialista⁽¹²¹⁾.

Balmaceda intenta continuar con el modelo «intervencionista» de Santa María, pero desplazándose desde el campo de las reformas secularizadoras, culturales, al campo socio-económico. La guerra civil, desencadenada al final de su mandato, puso en evidencia un tema caro a Góngora, el cambio de mentalidad política de la clase dirigente⁽¹²²⁾. Esta no pudo tolerar más el monopolio «desde arriba» de una sola fracción ideológica, el predominio fáctico del presidente y de la administración, porque presagiaba que en el futuro sería necesario (¿o iba a convenir?) organizar al Estado como un mercado de «libre competencia» entre notables.

El modelo portaliano fue, en su esencia, antiliberal. Concentraba, casi sin contrabalances efectivos, el poder en el Presidente y la administración. Un esquema válido para salida de crisis o para gobernar con una clase dominante homogénea y no competitiva ni por intereses ni por ideologías y sin otras clases con identidades políticas. Pudo perdurar, desde 1850 hasta 1891, con una clase dominante heterogénea, con fuertes divisiones político-ideológicas, porque a) se produjo una cauta parlamentarización y b) porque el Estado tenía poder de orientación

120 Entre la múltiple bibliografía conserva interés el ortodoxo pero clásico RAMÍREZ NECOCHEA, Hernán: *BALMACEDA Y LA CONTRARREVOLUCION DE 1891*. Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1992.

121 MOULIAN, Tomás: *LA FORJA DE... OP. CIT.*, 1993.

122 Ver GONGORA, Mario: *ENSAYO HISTORICO SOBRE LA NOCION DE ESTADO EN CHILE EN LOS SIGLOS XIX Y XX*. Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1994.

y regulación económica, pero carecía de peso económico propio, de recursos a distribuir.

Con el auge salitrero esto cambió sustancialmente, lo que llevó a las clases dominantes a desear una más completa parlamentarización⁽¹²³⁾. Por ella estuvieron dispuestos al fanatismo de la guerra, en nombre —por supuesto— de las libertades. El presidencialismo fue visto como una dictadura camuflada pero total, ya que le otorgaba al gobierno, a través de una administración prebendaria del excedente salitrero, la capacidad de reestructurar el poderío entre fracciones de clase o entre clases.

Esa guerra civil puso de manifiesto que, tras las apariencias corteses y la tolerancia predicada por la ideología liberal, existía ferocidad, maquiavelismo, crueldad. Crueldad en la guerra misma, crueldad para tratar a los prisioneros o a los vencidos.

Encina habla de flagelaciones y torturas por parte de los balmacedistas, habla de la «sombria voluntad de la venganza» de los antibalmacedistas después del fusilamiento de Cumming y de la matanza de Lo Cañas. Recuerda con mesura, partidario acérrimo de los ganadores, las venganzas y crueles desquites después del triunfo⁽¹²⁴⁾. En general, el silencio ha caído sobre la violencia de esa guerra entre fracciones oligárquicas.

A su vez, la fase del pseudoparlamentarismo (1891-1924), fue una época de gobiernos débiles que repartían prebendas entre los grupos oligárquicos y de sangrientas masacres obreras. Las fluctuaciones cíclicas de la coyuntura salitrera caían como un látigo sobre las espaldas de un movimiento obrero emergente pero débil. Era una economía desregulada, que transfería a los obreros, sin defensa, las pérdidas de la coyuntura exportadora. El Estado

123 Los datos sobre el crecimiento de los ingresos del Estado se encuentran en CARIOLA, Carmen y SUNKEL, Osvaldo: «La expansión salitrera y sus repercusiones sobre la economía agraria en el período 1880-1930». En: ICIS-FLACSO, Santiago, Chile, 1974.

124 Ver ENCINA, Francisco A. y CASTEDO, Leopoldo: *RESUMEN DE LA HISTORIA DE CHILE*. Editorial Zig Zag, Santiago, Chile, tomo III, 1954.

funcionaba como un instrumento, un aparato que regulaba la repartición del excedente salitrero entre las fracciones dirigentes, que cooptaba a los partidos populares con vocación integrativa (como los demócratas) y que realizaba el papel de Estado-guardián, asegurando el orden en las crisis.

En 1920, Alessandri, en un momento de crisis de la economía primario-exportadora sostenida en el salitre, repuso el tema del presidencialismo vinculándolo con el tema de la «cuestión social». Le otorgó a estos problemas una solución de transformismo burgués⁽¹²⁵⁾, pero expresada en un estilo populista.

La aparición de ese estilo, entre cuyos adornos figuraba la retórica mediterránea heredada de antepasados italianos, exacerbó la mentalidad conservadora de las clases dirigentes. Vieron en las apelaciones populistas, cargadas de tintes antioligárquicos, una verdadera amenaza a la política de notables, por ende a las bases de sustentación del dispositivo estatal de dominación.

En 1924 las tendencias conservadoras apelaron a los militares ante la amenaza del populismo burgués. Esta modalidad bonapartista tuvo dos significados. Representó una adaptación, un esfuerzo de cooptar a la clase obrera en formación, integrándola a través del funcionamiento de instituciones reguladoras de las relaciones capital-trabajo que los militares fueron capaces de imponer. Pero también representó la primera renuncia, un turbio desprendimiento de la capacidad de gobierno, una búsqueda de mediación.

Las intervenciones militares, suscitadas —como en 1891— por los sectores conservadores, desestabilizaron el sistema político, abriendo paso a un ciclo de desorden e ingobernabilidad que duró entre 1924 y 1932, y cuya expresión más rocambolesca fue la denominada «República Socialista» de 1932. Al contrario de lo que

125 Como se sabe, asimilamos transformismo a un cambio puramente adaptativo, una forma de la reproductibilidad que anula el surgimiento de la historicidad.

dice Marx en su paráfrasis de Hegel, aquí primero los «grandes acontecimientos» se presentaron como farsa para luego, entre 1970 y 1973, presentarse como tragedia⁽¹²⁶⁾.

Las tres primeras décadas del siglo XX estuvieron mucho más marcadas por la racionalidad no universalizable de los intereses económicos de los grupos de intereses, o por el vigor pasional de caudillos populistas (como Alessandri o Ibáñez) que por la racionalidad consensual.

Esas tres décadas fueron la continuación pacífica de una guerra civil que enfrentó a dos proyectos. Uno contenía los gérmenes de un proyecto liberal burgués y otro representaba la vieja tradición del liberalismo conservador. Años de paz pero también años de voracidad oligárquica, de ferocidad en la represión de los intentos de resistencia obrera, de intervenciones militares pedidas por conservadores temerosos y transfiguradas en intentos populistas. Fueron años de desorden y violencia. Fue una época de conflictos, de enfrentamientos abiertos que no eran canalizables a través de un sistema eficiente de negociaciones⁽¹²⁷⁾.

Chile vivió esas tres primeras décadas del siglo en consonancia con el mundo entero, sacudido por la vertiginosa sucesión de la Primera Guerra Mundial, de la revolución bolchevique, del avance fascista en Italia y luego Alemania, de la «gran crisis»⁽¹²⁸⁾

A partir de la estabilidad política que se fue asentando desde fines de 1932, el Chile político olvidó este comienzo de violencia y desorden o lo recordó sólo como el doloroso origen de una corriente de progreso. Mientras América Latina se debatía en la barbarie política de los dictadores, la lista inacabable de los Odría, Pérez Jiménez, Strossner, Rojas Pinilla, Batista, Trujillo, Somoza y

126 MARX, Karl: EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE: IBID, p. 250.

127 Ver el lúcido libro de JOBET, JULIO CESAR: ENSAYO CRITICO DEL DESARROLLO ECONOMICO SOCIAL DE CHILE. Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1955.

128 HOBBSBAWN, Eric: HISTORIA... OP, CIT., 1995.

Duvalier o en los populismos al estilo Vargas o Perón, Chile presentaba un sistema de partidos estables, una sucesión ordenada en el poder, una cierta capacidad de negociación de sectores mesocráticos y populares.

Iba cultivando su orgullo de ser distinto, para empinarse en la década del sesenta a la estatura de un modelo de desarrollo progresivo y pacífico, la antítesis de la violencia y el autoritarismo de la Revolución Cubana y del neomilitarismo.

En realidad, esa ejemplaridad de Chile estaba construida sobre la mezcla peligrosa del olvido y de la mistificación. Olvido de los comienzos de furia, de la ineficacia de los tiempos de prebendas, desorden e inestabilidad que se vivieron entre 1891 y 1932. Olvido de las leyes de proscripción de los comunistas entre 1948 y 1958, del campo de concentración de Pisagua. Mistificación sobre la profundidad de la democracia chilena. Este era sobre todo un barniz político, que nunca llegó a destruir el sello oligárquico y «pituco» de la sociedad chilena. Sociedad estamental, de rotos, siúticos y pijes. Democracia de las élites y de los partidos, que permeó menos a la sociedad de lo que se creyó, que permitía que algunos siguieran pensando a los asalariados como rotos, subhombres, mientras estos mismos, estigmatizados por la soberbia pseudoaristocrática, eran incitados por otros a pensarse como clase-sujeto, encarnación de la emancipación. País de identidad contradictoria.

Barniz y apariencia. Puede decirse con rigor, que la estabilidad de la democracia chilena hasta la década del sesenta se debió más a sus imperfecciones que a sus perfecciones. La gran fuerza estabilizadora era la sofisticación del sistema de contrabalances, algunos de carácter espurio, como la poca representatividad y transparencia del sistema electoral. No se basaba esa estabilidad, como eran nuestras ilusiones, en la raigambre de la democracia en la cultura, en valores incorporados a ella con fuerza casi atávica.

La ilusión de una sólida tradición democrática nos impidió ver que lo realmente existente era un corporativismo político, un consolidado sistema de negociaciones de grupos organizados. Había un pacto implícito de intereses que regulaba los intercambios políticos, en una sociedad con fuerte percepción clasista. Ese era el verdadero factor ordenador, más fuerte que un sistema de valores, que una presunta religión republicana de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Pinto había advertido, al tratar el tema del desarrollo desigual entre economía y política, lo frágil que tenía que ser una democracia con un sistema de agricultura latifundiaría y un empresariado industrial mercado internista, que vivía de la protección del Estado⁽¹²⁹⁾.

Pero la profundidad del Chile mítico, que compensaba su pequeñez y su aislamiento con constantes sueños de grandeza, nos empujaron hacia las grandes aventuras políticas de la segunda mitad de la década del sesenta. Esas empresas en sí mismas valieron la pena, pese a los dolores del aborto de 1973. En todo caso, nada se saca con desear que no hubiesen existido, porque forman parte de nuestra experiencia histórica.

Pero es la forma de vivir esas empresas lo que revela el desenfreno de nuestras élites. La mistificación, que es la cuna de todo sueño de grandeza, reemplazó a una minuciosa historia de nuestra vida política que hubiera permitido conocer los claros-oscuros, los límites, las reales potencialidades. Pero la desmemoria había escondido las huellas, los recuerdos de los comienzos; había ocultado las bases desde donde construir un realismo auténtico, ni conformista ni ilusorio.

Una visión menos mistificada de lo que era esa democracia, hubiese permitido abordar con menos ilusiones la década del sesenta, década crucial y crítica en el desarrollo político y cultural

129 PINTO, *Antibal*: CHILE: UN CASO... OP. CIT., 1958.

del mundo occidental. Pero para eso se necesitaba una sociedad memoriosa y no desmemoriada, un país que preservara sus recuerdos, con las múltiples voces y diferentes discursos que los componen.

2. «En el erial iban a nacer las flores»: el síndrome humanista-romántico de la UP

El aborto de la «vía pacífica» fue un momento culminante de la historia de Chile y de la historia mundial del marxismo y de las experiencias socialistas. Fracasó una experiencia inédita, que había suscitado múltiples esperanzas. En la Italia de Gramsci y del PCI, Berlinguer escribió sus célebres Lecciones sobre Chile, donde lanzó las ideas fuerzas del eurocomunismo. Se trató de una experiencia que efectivamente tuvo una repercusión internacional.

¿Cómo se llegó a ese aborto? Para «comprender» es indispensable recrear las condiciones en que fue forjando el estallido de la crueldad y la capacidad de vivir en la crueldad. También es necesario preguntarse de qué modo la Unidad Popular hizo posible esa mutación de una cultura política, sacando a flote los instintos de muerte.

Los militantes de la izquierda, una importante parte de ellos sumidos en el romanticismo político, soñaban en que estaban dando a luz algo parecido a una luna llena, la plenitud sin los dolores del parto: «la vía chilena al socialismo», la liberación igualitaria, conseguida sin matanzas ni dictaduras. Pero presenciaron con espanto el alumbramiento del leviatán.

Nacerían las flores en el erial, dice el verso de Alberti, pero habría que haberlas regado con disciplina, estrategia, con la dureza de hombres acostumbrados a las derrotas, portadores de una «cabeza fría y un corazón caliente». Pero muchos de los dirigentes principales eran políticos de la época del compromiso,

de la palabra-partera-de-la-historia, del milagrero humanismo liberador. Los mejores provenían de la mezcla de realismo e ilusión, provista por su socialización en el mundo contradictorio de la política chilena. No pocos estaban atrapados en el dualismo de la necesidad de optar entre utopía o realismo.

¿Qué ocurrió para que se produjera esa metamorfosis de príncipe encantado en el monstruo? La Unidad Popular desencadenó prácticas revolucionarias y retóricas revolucionarias sin movilizar los medios indispensables para que se produjera ese alumbramiento, el acontecimiento primordial y constitutivo

3. Los medios y su contradicción con el síndrome humanista

Una revolución es siempre un ejercicio de violencia pero no es cualquier ejercicio de violencia. Tiene esa marca, no es una alegre caminata dominguera, se produce con ella y en ella el dolor es un enfrentamiento de fuerzas enemigas. Nadie sale con las manos limpias, se enfrentan dilemas éticos. Esto es consustancial a sus objetivos: la eliminación de la capacidad de mantener o reimponer su dominación por parte de los grupos enemigos y la destrucción de los aparatos de Estado, a través de los cuales establecían su ley, su orden, su coerción. Sólo cumpliendo esa condición previa, el acontecimiento originario puede dar paso a una dictadura revolucionaria estable, en condiciones de realizar la difícil creación de lo nuevo minimizando los riesgos de regresión.

Esta definición es empírica y no normativa. Se refiere a juicios de hecho y no de valor. No tiene importancia si a usted o a mí nos gusta la violencia. Las revoluciones la usan. La mayor parte de las revoluciones burguesas del siglo XIX, como la rusa de 1905-1907, fracasaron porque las relaciones instrumentales entre fines-medios fueron inadecuadas. Marx, Engels y Lenin lo muestran en sus estudios de esos eventos, como lo hacen

también autores tan distintos como Hobsbawm o Crane Brinton⁽¹³⁰⁾.

Los estudios comparados de casos, magistralmente realizados por Moore y Skocpol⁽¹³¹⁾, proveen múltiples matices que contrarrestan algunas generalizaciones simples, perfeccionan muchas de las formulaciones de Marx y su escuela historiográfica respecto a aspectos centrales de la revolución considerada como proceso. Pero la relación violencia-revolución se aplica a todos los casos conocidos y la relación terror-revolución estabilizada a la mayoría de ellas. En realidad a todas las que intentan pasar del capitalismo al socialismo y a todas las revoluciones capitalistas que necesitan castrar a un movimiento popular activo.

La Unidad Popular quiso escapar a esa regla y, por eso mismo, no debió autoconcebirse como revolución, porque no podía realizarla. Al hacerlo y negarse a los medios o al estar imposibilitada de obtenerlos, se convirtió en una ilusión retórica, el sueño romántico de «profetas desarmados»⁽¹³²⁾. Los sujetos no tenían los medios para realizar los fines que anunciaban, pero creían que los conseguirían automáticamente a través del desarrollo de su práctica, es decir por algún milagro dialéctico.

No logran percibir que sus discursos desencadenan pánicos y odios tan reales como si la revolución hubiese sido plenamente

130 Ver de MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: LAS LUCHAS DE CLASES EN FRANCIA 1848-1850, EL 18 DE BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE, LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA. En: OBRAS ESCOGIDAS, Ediciones de Lenguas Extranjeras, Moscú, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, dos tomos, 1955. Ver HOBBSBAWN, Eric J.: LAS REVOLUCIONES BURGUESAS, Editorial Anagrama, Barcelona, España, 1975 y de BRINTON, Crane: ANATOMIA DE LA REVOLUCION, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 1942.

131 Ver MOORE, Barrington: THE SOCIAL ORIGINS OF DICTATORSHIP AND DEMOCRACY, Beacon Press, Illinois, Estados Unidos, 1973; SKOCPOL, Theda: LOS ESTADOS Y LAS REVOLUCIONES SOCIALES, Editorial Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 1984.

132 El tema del «profeta desarmado» o de la «profecía desarmada» lo introdujo Maquiavelo en El Príncipe en el capítulo que trata de la revuelta moralista de Savoranola. Ver MAQUIAVELO, Nicolás: EL PRINCIPE, Editorial Centro Gráfico, Santiago, Chile, 1993. Lo recogió después Isaac Deutscher para titular su gran biografía de Trotski.

efectiva. Los políticos de izquierda tenían poca sensibilidad respecto al lenguaje o a la discursividad. Para ellos el hablar funcionaba como el anuncio de verdades o el anuncio de acciones, tenían un acercamiento pragmático al lenguaje como si éste operara en la pura línea instrumental y no en la línea de la simbolización o en la línea del inconsciente.

La Unidad Popular generaba discursos que reforzaban su identidad negativa, por oposición. Su propio ser político estaba constituido y se constituía por el antagonismo con la burguesía, poniendo muy poco énfasis en las zonas de consenso con otros o de neutralidad con otros, las zonas de construcción conflictiva pero dialógica. Ello era así en parte por una flaqueza teórica que le impedía discernir que el enfrentamiento clasista no era universal, que no se extendía, por ejemplo, al campo estético o a importantes zonas del campo ético.

En parte también practicaban una desaprensión lingüística por oposición, en contra de enemigos que sabían usar el lenguaje estratégicamente. Ellos despertaban en la Unidad Popular el deseo de ser su antítesis, su negación: una especie de síndrome de autenticidad discursiva. «El pueblo no engaña ni miente». Esa necesidad también correspondía a la intensidad de los debates internos de la Unidad Popular que obligaban a ventear ante el público los secretos de las estrategias. De hecho la Unidad Popular operaba con una ilusión de transparencia comunicativa que formaba parte del síndrome más global del idealismo humanista.

El síndrome del idealismo humanista se revela en la ilusión del hablar transparente, reflejado en el anuncio, más profético que político, de la hegemonía de la clase obrera, de la dictadura del proletariado, de la expropiación de los expropiadores. Lo hacían sin hacerse cargo de que se estaban lanzando «bombas de racimo» discursivas sobre el sólido y pragmático sentido común de las clases medias y de una parte no desdeñable del mundo popular.

Pero ese humanismo, forma sofisticada del romanticismo, también se reveló en la estrategia práctica. Se puede suponer con verosimilitud que la patente ingenuidad respecto del discurso y del quehacer que mostró la Unidad Popular se basó en uno de nuestros mitos políticos identitarios, la creencia en la excepcionalidad de la experiencia política chilena.

Las medidas de expropiaciones masivas de fundos, industrias, comercios y la apropiación estatal de los bancos a través de la compra de acciones, justificadas por endebles formas legales, se sostenían sobre un supuesto no dicho, pero sin cuya existencia inconsciente las acciones realizadas tomarían la forma de juegos de niños, eran incomprensibles. Es posible imputarle a la acción de la Unidad Popular el siguiente supuesto ingenuo: que los empresarios reaccionarían con un respeto filantrópico-patriótico ante las decisiones de la autoridad o se someterían por la fuerza pacífica de las masas movilizadas. Ese optimismo era una ficción, consecuencia de la invención de Chile como una sociedad que aguantaba todos los experimentos políticos, una sociedad que siempre encontraba la forma de regular la conflictividad.

Un pequeño cuento costumbrista: los dirigentes medios contaban en sordina, en los "red-pubs" de la época, un rumor que los enrabiaba y desalentaba, lo que demuestra que entre ellos casi no había cínicos. El chisme era que los de la cúpula habían organizado reuniones de importantes empresarios monopólicos con «teólogos de la liberación», realizadas según las modernísimas técnicas del «coaching ontológico», versión Flores. El resultado era conocido como «el tecno-milagro» del Guatón. El aludido, modestamente, prefería atribuir la gracia a Heidegger. Se decía que casi todos los burgueses se habían convencido de que las ocupaciones, expropiaciones, intervenciones, etc. emanaban de la voluntad de Dios o, por lo menos, del derecho natural, luego eran justas. ¡Gran triunfo de la razón natural, estimulada por la moderna tecnología comunicativa!, decía la cúpula. Pero la base lamentaba el fin de la epopeya, estaba triste porque en sus marchas y sus

cánticos ya no podría putear al burgués y porque ya no existiría el gran momento en el cual soñar. A muy pocos, unos muchachos torvos que usaban en sus solapas insignias rojinegras, se les ocurrió pensar en una conspiración financiada por el Banco Gregoriano para limarle las uñas a la Revolución Chilena y hacerla oler a agua bendita. Pero nadie creyó que aquel rumor era en realidad un cuento humorístico cuyo autor hasta ahora permanece anónimo. Si se reabriera el sumario seguido por la cúpula se descubriría que el embaucador fue algún empedernido escribano pequeño burgués.

Las opiniones de esos teólogos libertadores o de los «cristianos para el socialismo» tenían un fuerte basamento en la ética cristiana, pero ciertamente no influían sobre los empresarios y sus representantes políticos. En realidad éstos pensaban que las decisiones expropiatorias eran inspiradas en Moscú o en La Habana, o sea, en el seno del mal. Como tales no tenían legitimidad alguna aunque hubiesen sido indiscutiblemente legales.

El legítimo deseo de paz consensuada y la soberbia de nuestra pretenciosa originalidad llevaron a olvidar esa famosa ley de perogrullo: que una revolución no empieza «expropiando a los expropiadores» sin antes «arreglar» o «resolver» la capacidad de operación sobre el Estado, a menos que ese Estado estuviera en el hoyo de una crisis y sus aparatos estuvieran neutralizados, carentes de dirección, al gairete.

Con una Unidad Popular lanzada en una revolución pero sin los medios ni los atributos para desencadenar efectos reales, la política estaba destinada a convertirse en una guerra larvada, con antagonismos sinuosos, intensidad no lineal, pero cuya tendencia era el crescendo, hasta llegar a una agonía.

Esta guerra hipócrita, estos enfrentamientos cotidianos de grupos de choque de un lado y otro (con episodios tales como el brutal asesinato de Pérez Zujovic, el paro de octubre y su diseño golpista, torres eléctricas dinamitadas, tomas de fundos y fábricas,

siempre violentas pero a veces sangrientas, el manipulado asesinato del edecán naval de Allende), fueron creando una subjetividad política: un clima de pasión, de odio y especialmente de diabolización recíproca del adversario (totalitario/fascista).

Cualquier análisis funcionalista ⁽¹³³⁾, ni siquiera marxista, de una revolución, aceptaría esta proposición: una revolución que se lanza hacia adelante tiene que estar dispuesta a crear los medios que necesita para avanzar y quebrar los empates catastróficos de fuerzas que pueden paralizarla, y, si esto no es posible, debe estar dispuesta a pactar a tiempo una solución de «mal menor».

La Unidad Popular no hace ni una cosa ni otra, porque el desarrollo del proceso no le permitió ganar fuerzas, más bien la quebró, la desgastó. Tras tres años sin decidir conceptualmente el camino, vacilando entre «avanzar sin transar» o «negociar para alcanzar estabilidad» dejó pasar delante de ella no sólo los últimos carros de la historia, también las diligencias, las carretas, hasta las bicicletas de la historia.

Me dicen que hay juegos electrónicos donde las oportunidades perdidas no pueden recuperarse, porque son oportunidades fugaces que la ley interna del juego cierra para siempre, obligando al jugador desaprensivo a pagar los costos de una decadencia irrecuperable. La historia está plagada de ese tipo de coyunturas decisivas, que al desperdiciarse cierran casilleros.

¿Qué mejor símil de las dificultades de la acción de historicidad que evocar la forma del embudo? El espacio se visualiza ancho al inicio. En el comienzo del proceso la historicidad es mayor, se despliegan ante los actores alternativas diversas, generalmente múltiples. Pero esa pluralidad diversificada, aunque siempre finita, se va estrechando como consecuencia de cada una

133 Pensemos en Parsons, Etzioni o en el mismo Brinton. Ver PARSONS, Talcott: EL SISTEMA DE LAS SOCIEDADES MODERNAS. Editorial Trillas, Ciudad de México, México, 1987; ETZIONI, Amitai: STUDIES IN SOCIAL CHANGE. Holt, Rinehart and Winston, Inc., San Francisco, Estados Unidos, 1966; BRINTON, Crane: ANATOMIA... OP. CIT.

de las opciones adoptadas. Se va estrechando cuando los actores realizan cada uno su juego, despliegan sus estrategias. Estos juegos pueden ser: a) opciones racionalmente calculadas y pensadas como óptimas en el marco de la estrategia, b) decisiones toleradas como mal menor, es decir impuestas por la acción estratégica de otros actores y aceptadas por un cálculo defensivo, c) decisiones aceptadas como contingentes, es decir incalculables dado el horizonte, por ser efecto de la fortuna o de concatenaciones oscuras, indescifrables, que toman de sorpresa al actor afectado, como un juego no previsto, porque nunca emergió en el escenario, nunca fue visto, intuido ni dicho. La historicidad del primer tipo de juego es mayor que la del segundo, mientras que en el tercero, ella es casi nula.

La historia, a su manera, fue benévola con la Unidad Popular. Nunca le ofreció las posibilidades de triunfar, pero le proporcionó múltiples caminos sucesivos de retroceso hacia puntos inciertos de estabilidad, pero mejores que la derrota absoluta y sin honra.

La primera opción descartada fue desear, entre septiembre y noviembre de 1970, la difícil pero aún pensable construcción de un acuerdo programático con la Democracia Cristiana antes de asumir el gobierno. Esto lanzó a la Unidad Popular hacia una posición comprometida, por su situación minoritaria en el Estado y sus pretensiones de cambio radical. Se vio empujada hacia las fronteras que dentro del embudo separan la zona de circulación (amplia, con libertad de movimientos pero cóncava), de la zona de salida, en la cual no hay otra opción que caminar en cuatro patas hacia adelante, que es lo mismo que salir, quedar fuera del campo.

Pero la oportunidad perdida se presentó otras veces: después del resultado electoral de abril de 1971 hasta el inescrupuloso asesinato de Pérez Zujovic, en las negociaciones formales de mayo-junio de 1972, incluso después. Verdad, no era el triunfo lo que la historia ofrecía, era el retroceso pactado. Para preferirlo habría que haberle conocido la cara al fascismo.

La Unidad Popular no tuvo las posibilidades de triunfar porque la «vía institucional», la forma más pacífica del tránsito del capitalismo al socialismo, no era todavía una oportunidad posible, no era una empresa que se pudiera asumir, «que la humanidad pudiera enfrentar». Marx vuelve muchas veces sobre el tema realista de las oportunidades no posibles, no pensables, porque en él la conciencia para sí está firmemente ligada a una materialidad (las condiciones, la situación, las correlaciones de fuerzas).

Hacer la revolución en la forma tradicional era hacer algo para lo cual la Unidad Popular no se había preparado. Se había preparado para negociar. Para eso tenía oficio. Pero no estaba en condiciones de ocupar el camino original, el único que en algunos momentos dio resultados: la revolución como aprovechamiento político-militar de coyunturas estratégicamente seleccionadas, esperando el momento en que el enemigo estuviera más debilitado y las fuerzas propias, subjetiva y objetivamente mejor preparadas.

La Unidad Popular fue la combinación de la voluntad obsesiva de algo imposible, por parte de unos, y del realismo sin fundamento teórico, por parte de otros. En ocasiones he leído casi con admiración las respuestas de Allende a Debray en la entrevista paradigmática de Punto Final. En ella está presente esta voluntad de invención histórica, de recorrer a fuerza de voluntad el camino no realizado, de subir al Aconcagua por la cumbre no recorrida. Pero esa posibilidad plenamente historicista, nunca conceptualizada por la teoría, es presentada como si lo hubiese sido pegando como en un «patchward» párrafos dispersos de las obras clásicas las cuales, además, se referían a los países capitalistas más desarrollados.

No es el momento de indicar todas las causas del fracaso, ni siquiera de mostrar con más minuciosidad los momentos en que las posibilidades de pacto se reavivaron. Lo que se necesita para este texto es señalar lo que sucedió en el sistema y en el mundo de

la vida cotidiana por el uso retórico del concepto y de la voluntad de revolución.

Los juegos políticos dramáticos o límites (proyectos de revolución, crisis profundas, transiciones) ocurren en campos de oportunidades decrecientes donde, dentro de un embudo especialmente inclinado, opera la célebre ley del embudo: una sincopada fuerza de gravedad que atrae a los actores casi siempre acosados, hacia el hoyo negro de la salida. En esas circunstancias el espacio de circulación tiene la máxima concavidad, de modo que las alternativas de juego son limitadas y con pocas variedades. La Unidad Popular, indecisa entre la «toma del poder» y la negociación, vivía en ascuas, cada vez más dividida y cada vez con menos margen real de maniobra. Ya desde la crisis de octubre de 1972 sus estrategias políticas eran ilusiones.

En ese campo de alternativas rápidamente decrecientes la Unidad Popular transfirió hacia el discurso la mágica capacidad de resolución de cuestiones que eran operativamente irrealizables, como si nombrar el deseo bastara para materializarlo. En la Unidad Popular se pueden encontrar todas las virtudes del idealismo, de la voluntad enfervorizada, pero poca capacidad de cálculo estratégico, escasa racionalidad instrumental. Su discurso revolucionario es una retórica, el anuncio verborreico de proyectos y planes que no pueden materializarse, una acumulación delirante de palabras en el vacío.

La Unidad Popular sucumbió asfixiada por el acoso externo, las divisiones intestinas, los círculos viciosos sin solución. No tenía los medios para hacer la revolución que había anunciado. Como la posibilidad de lo prometido se alejaba, compensó la distancia creciente entre la realidad y los deseos con declaraciones de fidelidad a sus utopías. Con ello, hizo cada vez menos posible la negociación que necesitaba.

Por la boca muere el pez, dice el proverbio popular. «Los revolucionarios deben alardear menos y hacer más» dice —con la

gravedad de un sabelotodo— unos de los pedagógicos comisarios de «Años de guerra»⁽¹³⁴⁾.

Pese a que su novela es una de las perlas más kitsch del «realismo socialista», el camarada Grossman tenía la razón. La discursividad debe usarse en la política como un arma, como en el amor.

En el momento del golpe militar la sociedad estaba saturada por expectativas paranoicas, odios profundos, ansiedad compulsiva de una resolución, sin importar demasiado la manera. Se había desarrollado un síndrome maquiavélico.

Analizar la configuración de esas pasiones y su forma de constituirse requiere preguntarse ¿qué significó el tiempo de la Unidad Popular para los propietarios afectados, la «gente de orden»? Para ellos fue un período de caos, donde los perversos comunistas y otros desclasados azuzaron al roto, soliviantándolo, haciéndole creer que ellos (gente sin educación, instintiva, borrachina, sin mundo, sin racionalidad ni conocimiento técnico, con una moral primitiva, etc, etc), podían dirigir las empresas, podían dirigir el país. Para ellos fue una oscura etapa de demagogos irresponsables, que adularon a la rotada para después quedarse ellos con lo expropiado, «con lo que nuestra familia con tanto esfuerzo fue juntando de a poquito, sólo para el bien de Chile... para repartirlo en obras filantrópicas y estimular la religión... El abuelito José, que en paz descanse, fue hasta padrino de comunión del hijo de ese salvaje del Emiliano... ese dirigente de uno de esos partiduchos de mierda... el que dirigió la toma. ¿Cómo uno no va a querer que los castiguen bien castigados, para que nunca más le hagan mal a la gente de bien...?». Este diálogo es imaginado, pero perfectamente verosímil.

En el odio a los desclasados, a esa capa de descendientes de

134 Ver GROSSMAN, Valery: *AÑOS DE GUERRA*. Ediciones de Lenguas Extranjeras, Moscú, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, 1946.

latifundistas, empresarios o «familias bien» que se pasaron a la izquierda, se expresaba el rechazo al traidor, aquel que no había vacilado en quitarle el fundo a su padre o a su querida tía Clarita. También, aunque en forma inconsciente, se expresaba el miedo a una suerte de poder demoníaco. Ese desclasamiento era sentido como la huella del mal actuando en la historia. Lo diabólico del marxismo era esa capacidad de llevar a alguien a actuar contra su sangre, contra los afectos atávicos constituidos en la niñez o en la juventud, contra sus intereses, a nombre de una incomprensible «emancipación».

Otro elemento interviniente en la configuración del saturante clima pasional, en la genealogía de ese deseo-de-término/deponer-término/(de que Allende se fuera sin importar los medios), lo constituye el rechazo visceral de la incertidumbre. Esta incertidumbre reflejaba el miedo a la inestabilidad insegurizante que producen todos los procesos de cambio acelerados. Pero además, reflejaba el miedo límite a una guerra civil, recordado en las referencias sobreexpuestas a esa situación simbólica que fue España. La Unidad Popular se encargó de atizar este temor, primero, denunciando la posibilidad cierta, inevitable, de esa guerra civil y, luego, anunciando la absoluta seguridad del triunfo «patriótico».

A su vez los militantes de izquierda y los sectores populares más politizados, se sentían amenazados por un creciente proceso de fascistización, especialmente por la agudización de la crisis desde el paro de octubre de 1972. En el terreno de la lucha política cotidiana (en las poblaciones, las fábricas, los sindicatos, los «cordones») esto significaba exacerbar la tendencia a clasificar de manera dualista: se estaba «con el pueblo o con el fascismo». Ese era el dilema inevitable. Nadie podía darse el lujo de ser neutral.

Las relaciones en la base se cargaron cada vez de más tensión, de mayor maniqueísmo. El carácter de las relaciones de conflictividad aguda a nivel micro es comparable a los odios de

familia, intensos, corrosivos, asfixiantes, donde el deseo de venganza se alimenta por la proximidad.

Es importante situarse «desde dentro» para entender las justificaciones morales que se fabricaron aquellos actores convertidos, de predicadores libertarios «contra el oscurantismo comunista», en gendarmes, inquisidores, censores, torturadores. Se trata de entender la constitución de un clima de cruzada, de hacer —por lo menos— el esbozo de una genealogía de la crueldad, sin la cual el terror como dispositivo es impensable. Esto significa iluminar, con el discreto apoyo de evidencias débiles, sujetas a interpretaciones diversas, ciertas zonas oscuras de la acción social.

En septiembre de 1973 existía un clima subjetivo de crispación, exasperación, conciencia extendida de situación límite. Existían pues, las condiciones subjetivas de una «contrarrevolución». Pero esta última fue una opción histórica, una elección intencional y planificada de cierto bloque de actores en una situación dada. Ese campo político posgolpe tiene también una fuerte gradiente, es un embudo sometido a las presiones de la gravedad. Pero nada más... ni, tampoco, nada menos.

En la historia, extendida como luchas de sujetos que en ellas se van constituyendo, no existe necesidad. Lo que hay sin opciones u oportunidades situadas y condicionadas, interpretables por los actores. Los militares y sus aliados eligieron la contrarrevolución que los conducía al terror estatal. La Unidad Popular no los empujó a la crueldad, sólo les generó la oportunidad de ejercerlo.

Capítulo Segundo

La fase de la dictadura terrorista

I. Los dispositivos de una dictadura revolucionaria-terrorista

1. La aleación de poder en la etapa terrorista

Las siguientes fueron las principales características de la etapa terrorista: a) el derecho se fundaba en procedimientos absolutamente formales, autonomizados de toda fuente de legitimidad, fuera ésta una relación verosímil con principios de justicia, o la generación representativa de la ley, b) la capacidad de legislar se concentraba en un «aparato» de las FF.AA. y no en un poder estatal diferenciado, c) el saber teórico, orientado a guiar las opciones políticas, no funcionaba como sistema de proposiciones confrontables sino como sistema dogmático, como ortodoxia, d) el terror tuvo una absoluta elasticidad y en él se sostenía básicamente el orden, siendo anulada la posibilidad de movilización política así como la posibilidad de cuestionar los actos del poder.

La etapa terrorista es aquella fase de una dictadura revolucionaria en la que el derecho, que define lo prohibido y lo permitido, y el saber que define el proyecto se imponen privilegiando los castigos. El orden se afirma sobre el terror. Este tiene la principal valencia en la combinación de recursos del poder. Para que ello ocurra, la capacidad del Estado de actuar sobre los cuerpos no puede estar limitada ni por el derecho ni por la moral,

ella debe poseer flexibilidad, elasticidad absoluta. Pero, para que esa total plasticidad sea alcanzable, no basta disponer de toda la capacidad legal. Más importante es que haya emergido una capacidad subjetiva, la de actuar con crueldad, la de sentirse por encima de la moral convencional. Se trata de una disposición interna, del corazón y de la mente: estar preparado para la búsqueda, no sólo la aceptación del mal materializado y concreto (provocar dolor-hacer doler) como condición del bien.

El análisis del terror en el momento de la dictadura terrorista, donde cumplió el papel de fundamento del orden y contexto de la práctica social, constituye la primera tarea analítica.

2. El terror

Dije que una dictadura revolucionaria de corte terrorista es aquella donde el instrumento central es el poder-terror, poder para reprimir y para inmovilizar, pero también poder para conformar las mentes a través del saber, de un saber. De éste fluyen interpretaciones, ideas-fuerzas que explican y orientan la acción, pero también una normatividad, una capacidad creadora de normas, de prescripciones que se transforman en derecho, en poder-derecho, por tanto en «poder para hacer».

Dije que la figura central del dispositivo es el terror, de él dimanan el saber y el derecho. No ocurre lo mismo en una dictadura revolucionaria-constitucional, en la cual la figura central del dispositivo pasa a ser el derecho, apoyado «subsidiariamente» en el terror.

A) Significaciones

En las primeras páginas de «Vigilar y castigar», Foucault describe prolijamente la muerte pública por suplicios del condenado Damiens. El suceso, aunque al autor no le pareció pertinente decirlo, espantó a los duros espectadores de mediados del siglo XVIII, acostumbrados a oler la sangre y la carne

chamuscada en las ceremonias del castigo de los cuerpos. El espanto provino de la combinatoria de los suplicios y del terrible vigor del prisionero. Damiens, parricida, fue castigado a sufrir sucesivamente el derramamiento de plomo sobre ciertas partes previamente atenazadas, a la quema con fuego de azufre, de la mano ejecutora del crimen y finalmente al desmembramiento del cuerpo. El despliegue ritual de la crueldad, usada para edificación del populacho, se prolongó mucho más de lo debido porque los cuatro caballos de rigor no fueron capaces de desgarrar el fuerte cuerpo del prisionero, ni tampoco lo fueron los seis sucesivos. Finalmente debió ser descuartizado con hacha, reduciéndose posteriormente su cuerpo a cenizas⁽¹³⁵⁾.

El autor, experto archivista, muestra que sólo tres cuartos de siglo más tarde, el procedimiento Damiens empezó a ser reemplazado por el procedimiento Faucher, quien publicó un detallado reglamento para la «Casa de jóvenes delincuentes de París». Foucault nos habla de un «nuevo estilo penal» basado en un minucioso empleo del tiempo: «Al primer redoble del tambor, los presos deben levantarse, vestirse en silencio... al segundo redoble deben estar en pie y hacer su cama. Al tercero, se colocan en fila para ir a la capilla...» etc, etc.⁽¹³⁶⁾

Foucault señala las características de los nuevos tiempos: la desaparición de los suplicios, la instauración de unos «castigos menos inmediatamente físicos, cierta discreción en el arte de hacer sufrir, un juego de dolores más sutiles, más silenciosos, y despojados de su fasto visible». Más adelante afirma: «Las disciplinas sustituyen el viejo principio «exacción-violencia» que regía la economía del poder, por el principio «suavidad-producción-provecho»⁽¹³⁷⁾.

135 FOUCAULT, Michel: VIGILAR Y CASTIGAR. Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, México 1976, pp. 11-12

136 IBID., pp. 14-15

137 IBID., p. 15 y p. 222

Sin embargo, no es posible olvidarse de la inhumanidad del siglo XX con los herejes políticos. La «suavidad» a la que alude Foucault no fue el tipo de comportamiento practicado por los llamados totalitarismos ni tampoco por los regímenes que, con exceso de urbanidad, se han denominado autoritarios.

Las dictaduras revolucionarias, que tratan de destruir antiguas formas de vida para imponer un nuevo orden racional, usan simultáneamente el silencio y la economía austera del poder disciplinario combinada con la estridencia y visibilidad del poder represivo. Esto significa que ese tipo de dictaduras une el actuar invisible del poder, del cual sólo se ven sus efectos, con la furia, en apariencia sólo pasional, del castigo⁽¹³⁸⁾.

Es decir el sujeto es disciplinado en el uso del tiempo, en el ejercicio de los placeres, en la posibilidad de autoconciencia por un poder que silenciosamente rige todos sus actos y cuya omnipotencia pasa desapercibida. Pero en las dictaduras del tipo revolucionario es además reprimido en sus actos políticos, en sus ideas cívicas o en la posibilidad de tenerlas por un poder explícito, estridente, que ejerce una multiplicidad de castigos y que genera un ambiente amenazante.

Los castigos incluyen suplicios tan horribles como los que soportó Damiens; muertes con o sin desaparición de los cuerpos, las que a su vez se subdividen en muertes, en torturas, muertes en falsos enfrentamientos, muertes en combate, muertes azarosas; además destierro; cárcel por ideas o actos políticos; amedrentamientos.

La aplicación de esos castigos requieren de la crueldad. En torno a este tópico, trataré dos temas: crueldad y fe religiosa, crueldad y hombres crueles.

Se instaló durante largo tiempo en una sociedad con mayoría

138 *IBID.*, p. 121

de católicos en la población y con mayoría de cristianos en los puestos de comando del Estado, la disponibilidad para intervenir sobre los cuerpos de otros con el objeto de producir dolor, con el objeto de cortar el hilo de la vida, ocupando el sitio que se atribuye a los dioses o al destino, la posibilidad discrecional de encerrar o de perseguir.

No sólo eso, la dictadura chilena adoptó el nombre del cristianismo para justificarse. Identificó la lucha contra el marxismo como un combate a nombre de Cristo y a nombre de la civilización occidental cristiana. Todos esos individuos se suponían orientados por el principio ético del respeto a la vida, y la empresa en su globalidad pretendía inspirarse en el derecho natural de inspiración católica.

Resultó muy importante desde el punto de vista político que la Iglesia chilena se negara a reconocer la legitimidad del recurso discursivo de la dictadura, a diferencia de lo que hizo la Iglesia española durante la guerra civil y gran parte de la larguísima dictadura franquista. Pero eso no modifica un aspecto fundamental. La dictadura necesitó recurrir a un principio trascendental para justificar sus actos y esos actos fueron vividos por quienes invocaban la fe como actos de fe. Para los creyentes involucrados la justificación de la crueldad sólo podía provenir de un bien mayor que el daño, esto es la salvación de la nación y la realización de un acto providencial, por mucho que la ceguera de algunos prelados lo negara.

¿Cómo se instaló esa subjetividad, esa atribución de sentido religioso a actos que exigían la aplicación de la crueldad?, ¿cómo se transformó la crueldad en salvadora?

Lo que le otorgaba ese carácter era la suposición de que era usada en la lucha contra el mal, que era utilizada en una «cruzada». Como se sabe, las Cruzadas introdujeron un principio nuevo en el pensamiento católico, el principio de la «guerra santa». La implantación de ese principio significó otorgarle legitimidad

religiosa a la lucha contra los infieles, a combates amparados en el poder de los príncipes católicos. Las Cruzadas de los siglos XI al XIII transformaron al catolicismo en una religión de perseguidores, cuando había sido una religión de perseguidos. Aquello que desde Constantino estaba en germen, una nueva relación entre el catolicismo y el poder mundano, emergió con increíble fuerza en las insensatas luchas por recobrar el Santo Sepulcro. El «espíritu de cruzada» reapareció en las feroces «guerras religiosas» provocadas por la Reforma (especialmente en la ordalía que fue la Noche de San Bartolomé) y en la época contemporánea en la «cruzada franquista».

Ese principio, al aparecer, mermó la universalidad original del ideal cristiano, debilitó lo que constituyó su fuerza subversiva frente al mundo romano: «todos los hombres son hijos de Dios». Y reemplazó esa fórmula por otra, «son hijos de Dios los que se reconocen en la fe». La noción de infiel es la de un Otro radical, alguien que porta el mal. Se trata de alguien peligroso, contaminador, que se coloca fuera de lo humano ya que realiza un acto de negación de su naturaleza. Aquel que se coloca fuera de lo humano es diabólico.

Estas reconstrucciones del mundo subjetivo en que se forjó la crueldad son muy importantes para comprender la lógica de los creyentes. Una parte importante de los inspiradores y de los ejecutores del terror tenían creencias religiosas, eran individuos a los cuales les importaban los argumentos de la fe y que estaban preocupados por su propia salvación. Pero ellos asumieron que torturar y matar constituía un deber porque era un castigo dirigido a seres que adoptaban indebidamente la forma de lo humano. Seres que merecían los castigos inflingidos, ya que negaban a Dios al negar la estructura natural de lo social.

Ese es el lado místico de la crueldad, su aspecto mesiánico. Este indudablemente se combina con el aspecto racional. Una «renovación social» cuya dirección es asumida por los militares implicaba, por

mentalidad o socialización, el uso de una estrategia de coerción. La lógica era que las finalidades que no se podían obtener persuasivamente se obtuvieran por la violencia o el terror y las que se podían obtener persuasivamente se afirmaran por la amenaza y el temor. Aquí el uso de la crueldad está despojado de los aspectos místicos de la justificación religiosa. Su sentido es asegurar la gobernabilidad absoluta, la que solamente se conseguía anulando todo contrabalance y cualquier movilización social. Esa es la eficacia ideal del Leviatán, ella se realiza en la medida que es total, totalitaria: nadie dispone de medios, de voz para afirmar una diferencia.

Después de lo dicho se puede responder la pregunta respecto a la relación entre crueldad y hombres crueles. Es sabido que la historia está plagada de déspotas afables. Las figuras de los emperadores locos de la decadencia del Imperio Romano, como Nerón o Calígula, para los cuales la crueldad constituía un placer, son arcaicas. Camus ya mostró que Calígula vivió perseguido por los remordimientos⁽¹⁴⁰⁾.

La crueldad de la dictadura militar chilena fue impersonal. No se explica por tanto como psicopatología de los individuos, como propensión sádica de «elementos desquiciados». Ella fue la consecuencia necesaria del funcionamiento de un régimen, de un tipo de dictadura. El terror es una necesidad absoluta del poder total, la crueldad es solamente una subjetividad funcional, sin cuya existencia el terror sería irrealizable. Pero la crueldad es la disposición anímica de un rol, no es una pasión del individuo ejecutante. Este realiza una tarea que se le ordena, cumple las reglas de un oficio al cual fue destinado. Ejecuta su deber, quizás sin aplicar la conciencia reflexiva.

Los ejecutantes no elaboraron los discursos, no crearon las justificaciones, no invocaron ni a los dioses ni a los grandes entes legitimadores. Apenas actuaron. Por eso mismo es sobre ellos

140 CAMUS, Albert: CALIGULA, Editorial Losada. Buenos Aires, Argentina, 1960.

que cae a posteriori el peso de las dudas. También solamente de ellos es el reino de los arrepentidos¹⁴¹. Quizás porque nunca les hicieron pleno sentido los argumentos trascendentes de la fe o de la nación. Actuaron por deber o por necesidad y nunca pudieron metamorfosear esos motivos en justificaciones válidas ante el peso, con el tiempo creciente, de la culpa.

La gran paradoja del terror como dispositivo es que no se alimenta de hombres crueles, más bien se alimenta de hombres débiles o de seres cuyo Yo había sido vaciado por el disciplinamiento o la abyección. Se sirvió de ejecutantes pasivos de deberes o de individuos destruidos en la tortura y el sometimiento.

Estamos hablando, por supuesto, del terror practicado por una dictadura militar. Castigos ejecutados, por tanto, por un organismo burocrático, encargado de una función estatal.

Se trataba de un terror cuya comprensión requiere explorar la lógica de la razón de Estado. Esa exploración nos conduce al corazón de una paradoja y de una tensión que erosionó la relación entre uno de los dispositivos de justificación, el discurso católico, y la práctica del autoritarismo chileno

Por razones estratégicas, pero también por las convicciones de la mayor parte de los dirigentes militares y civiles, la dictadura chilena invocó la orientación cristiana. En la Declaración de Principios, publicada seis meses después del golpe, afirmó realizar un «gobierno cristiano», usando como fundamento de su concepción de lo social, la nomenclatura del derecho natural. Siguiendo la tradición del pensamiento político católico sostuvo la preexistencia de los derechos de las personas respecto al Estado. El Estado debía existir para realizarlos, para posibilitarlos, en ningún caso para negarlos¹⁴². Desde el punto de vista ontológico la persona es considerada superior al Estado.

141 Los grandes arrepentidos son todos ejecutantes: Andrés Valenzuela, Luz Arce, La Flaca Alejandra. Las dos últimas fueron presas obligadas a la traición.
142 REPUBLICA DE CHILE: DECLARACION... OP. CIT., 1974

Pero, al mismo tiempo, la dictadura militar chilena se concibió a sí misma como salvadora de la identidad amenazada de la nación y como caso ejemplarizador, como el primer país que lograba derrotar al mal. Este apareció encarnado por la Unidad Popular, tomando la forma más peligrosa, bajo la vestimenta seductora de un «marxismo de nuevo rostro». Ese mal, cuya reaparición significaría el fin de la vida social ordenada por la ley natural y la desaparición de la propia fe, debía ser extirpado. Comenzada la operación de limpieza moral, ella no debía detenerse. El posible resurgimiento del mal, al ocurrir como consecuencia de la derrota del bien, dejaría a Chile en manos de marxismo. Entonces, nadie podría impedir la pérdida de Chile, su caída en formas antinaturales de vida, donde la esencia de lo humano sería negada.

A la pregunta: ¿la lucha contra el mal estaría regida por un código moral distinto que permite (se agrega: como situación excepcional) violar libertades y derechos sin que el Estado quebrante su propia autoridad?¹⁴³. La respuesta de los ideólogos católicos de la dictadura militar es sí. En su boca la razón de Estado adoptaba la forma de «razón de Dios», de servicio a la fe y a la vida moral de una colectividad.

De esa forma buscan conciliar dos sistemas distintos de discursos, aquél que enuncia que los derechos de los individuos son anteriores al Estado y por ello son, en principio, invulnerables y aquél que tortura, mata, hace desaparecer, aquél que coloca en el centro no a las personas sino al Estado.

Esa tensión permaneció, pese a las estrategias por olvidarla, y va a tener un papel importante, que no ha sido debidamente apreciado, en el despliegue del dispositivo transformista que comienza en 1977, coincidiendo con la derrota política del general Contreras. Aquel hecho provocó una

143 PIO XII, «Crisis de poder y crisis de civismo», citado en HOURTON, Jorge: IGLESIA Y DEMOCRACIA. La enseñanza de Pío XII, Editorial Aconcagua, Santiago, Chile, 1976.

modificación de las formas de ejercicio del terror. Una mutación, no (por supuesto) una desaparición. El catolicismo como régimen de simulación terminó cobrando su presa.

B) Sucesos y acontecimientos

Relatar los actos y acontecimientos del terror es una compleja operación narrativa. Mi intención no es proporcionar un balance estadístico o un relato pormenorizado. Ello fue realizado por la Comisión Rettig, aunque quedaron fuera de su laborioso recuento los miles y miles de torturados que permanecieron con vida, seres que arrastraron o arrastran para siempre las secuelas físicas, psicológicas y espirituales de su experiencia, las pesadillas y los recuerdos⁽¹⁴⁴⁾.

Tampoco es mi interés proporcionar una tipología exhaustiva de los ejercicios del terror. Sólo señalaré algunas pocas situaciones seleccionadas, que uso como base para intentar interpretaciones respecto a las modalidades de la acción del terror. He intentado evitar el énfasis, porque los hechos dramáticos se narran mejor en un lenguaje austero. Usaré múltiples testimonios de víctimas, sacados de fuentes secundarias. Aunque he tratado de ser fiel al principio de la economía del horror no he podido evitar relatos espeluznantes.

Es necesario hacerse la pregunta si como sociedad podemos olvidar. Evidentemente los individuos pueden y quizás algunos deben hacerlo, para recuperar el deseo de vivir. Pero la sociedad, ¿puede tender un manto de olvido?

Es posible entender la guerra y los actos de guerra. Quien muere con las armas en la mano muere en un combate que ha elegido. Así sucumbió Miguel Enríquez, en su ley. Pero, los miles que eran prisioneros y fueron torturados y ejecutados, murieron

144 Bajo ese nombre fue conocido el denominado oficialmente Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación. En adelante me referiré a este documento como el Informe.

sin que se respetaran leyes ni principios. El dispositivo del terror actuó con ellos como si fuesen cosas, objetos, de igual forma que el dispositivo del terror nazista actuó con los judíos, tratándolos como no humanos.

a. Ejecutados con ensañamiento

Evidentemente que este tipo de práctica del terror podría cubrir a un número importante de casos de detenidos-desaparecidos y no sólo aquellos cuyos cuerpos, que por una razón u otra, aparecieron. En efecto, la mayor parte de esos detenidos fueron asesinados después de torturas o, por lo menos, después de interrogatorios crueles. Sin embargo la figura del ensañamiento sólo puede ser aplicada con pruebas a aquellos casos en que existen en los cuerpos huellas de los padecimientos.

El Informe de la Comisión Rettig, en la parte general, menciona especialmente los casos de Eugenio Ruiz Tagle, Víctor Jara y Littré Quiroga. Me referiré a los dos primeros. Víctor Jara era un conocido actor, director de teatro, músico y cantante. Famoso (ya que su música era muy escuchada), pero con una figura que denotaba su origen popular. Eugenio Ruiz Tagle, era un ingeniero civil de la Universidad Católica, dirigente estudiantil durante el proceso de reforma universitaria, rubio, con barba, por tanto con aspecto de provenir de la clase alta (pese a la sencillez de las vestimentas que usaba) y con apellidos de abolengo.

Por motivos diferentes ambos eran personajes simbólicos, seres sobre los cuales podía proyectarse el odio de ejecutantes endoctrinados. Tenían las condiciones para transformarse en personas que «pagaran por los demás»⁽¹⁴⁵⁾. Jara por ser famoso, pese a su figura popular («¿quién te creís que erís, roticuato farsante?, ¡ya no erís nadie!»), el otro por traidor a su clase y porque mantuvo hasta el final su soberbia («pije culiao, te vamos a cagar igual»).

145 GIRARD, René. CHIVO EXPIATORIO. Editorial Anagrama, Barcelona, 1986, p. 150.

En los dos casos el ensañamiento fue evidente. Existe más información sobre Eugenio Ruiz Tagle, puesto que su madre pudo ver un instante el cadáver entregado. De su testimonio, el Informe consigna lo siguiente: «le faltaba un ojo, tenía la nariz arrancada, una oreja se le veía unida y separada abajo, unas huellas de quemaduras muy profundas, como de cautín en el cuello y en la cara, la boca muy hinchada, quemaduras de cigarrillos, por la postura de la cabeza tenía el cuello quebrado, muchos tajos y hematomas»⁽¹⁴⁶⁾. Sobre Jara el Informe consigna que había sido largamente torturado en el Estadio Chile y agrega: «el cadáver de Jara, con manos y rostro muy desfigurados, presentaba 44 orificios de disparos»⁽¹⁴⁷⁾.

Quizás en ambos casos el ensañamiento corresponda a la barbarie de ejecutantes menores o a su necesidad de mostrar ante sus superiores que «estaban dispuestos a todo». Sin embargo, en estas dos ejecuciones «públicas», en el doble sentido que los cadáveres no fueron hechos desaparecer y que afectaban a personas famosas o bien socialmente conectadas, apareció ya una importante dimensión de cálculo estratégico; ambas mostraban que la mano de la represión era larga, que no se detendría ni ante la fama ni ante el poder de nadie. Como no se había detenido ante ninguna consideración para bombardear La Moneda con el Presidente vivo en su interior y para ejecutar posteriormente, sin juicio, a personas del prestigio y valer académico de Enrique París o de Jaime Barrios, capturados en la ocupación de La Moneda.

En el Informe se revela otro caso documentado de ejecución con ensañamiento. Se trata de Marta Ugarte, miembro del Comité Central del Partido Comunista. Con su cadáver los agentes estatales tomaron todas las providencias para asegurar la desaparición: se lanzó su cuerpo al mar desde un helicóptero. Sin

146 INFORME DE LA COMISION NACIONAL DE VERDAD Y RECONCILIACION, (Texto Oficial Completo): En: *Diario la Nación*, Santiago, Chile, 5 marzo 1991, n. 1, p. 25.

147 La aparición del cadáver de Víctor Jara se debió a que estaba casado con una ciudadana británica. La entrega del cuerpo de Ruiz Tagle se debió a gestiones de Jaime Guzmán.

embargo éste apareció, un mes después de su detención, en la playa de Los Molles. La autopsia describe, escuetamente, la brutalidad de las torturas a que fue sometida: «Sufrió en vida una luxa fractura de columna, traumatismo toraxo abdominal con fracturas costales múltiples, ruptura y estallido del hígado y del bazo, luxación de ambos hombros y cadera y una fractura doble en el antebrazo derecho»⁽¹⁴⁸⁾.

Pero el caso simbólicamente más extremo de ejecución con ensañamiento fue el de la dirigente del MIR, Lumi Videla. Sobre su captura el Informe señala: «El 21 de septiembre de 1974 fueron detenidos por agentes de la Dina en Santiago los cónyuges Lumi Videla Moya y Sergio Pérez Molina, ambos militantes del MIR. Numerosos testigos dieron cuenta de su permanencia en el recinto de José Domingo Cañas». Sobre la muerte de ella se señala lo que sigue: «El 3 de noviembre Lumi Videla murió en una sesión de tortura a la que era sometida en el recinto de José Domingo Cañas. Según el informe de autopsia, la causa precisa de su muerte fue la asfixia producto de una obstrucción de la boca y la nariz estando el cuerpo de cubito ventral». Ese daño parece pequeño en comparación con los de Jara, Ruiz Tagle o Marta Ugarte. Pero no hubo descanso para el cadáver. Al día siguiente su cuerpo apareció en el interior de la Embajada de Italia. Como consigna el mismo Informe, la prensa de la época informó «que habría sido víctima de los asilados, en el marco de una orgía»⁽¹⁴⁹⁾.

Lumi Videla permaneció detenida y sometida a torturas durante un mes y medio. Luego de ser asesinada se lanzó su cuerpo en un recinto diplomático y posteriormente se montó el argumento de una orgía. Se trata del suplicio de un muerto. De un acto de profanación material y simbólica de un cadáver.

Ese acto no constituyó una expresión de odio primitivo ni de una pasión. Fue un acto deliberado, calculado, una forma que

148 INFORME...: OP. CIT., p. 126.

149 IBID: p. 117.

adoptó el terror para mostrar su omnipotencia. Se estaba entregando la señal de que el régimen tenía un poder absoluto, sin freno legal ni moral, porque poseía medios y tenía asegurada la impunidad.

b. «Jerarcas» en prisión

En América Latina después de un golpe de Estado era usual el exilio del Presidente y sus ministros. Pero eran poco frecuentes los castigos de prisión para los colaboradores del mandatario saliente. La excepción conspicua la habían constituido en 1955 las torturas, fusilamientos y prisiones de algunos adeptos del general Perón.

En el golpe militar chileno de 1973 se practicaron ejecuciones de importantes colaboradores del Presidente Allende que resistieron junto a él en La Moneda⁽¹⁵⁰⁾. A otros se les sometió a crueles prisiones. Era el dispositivo del terror que hacía sus primeras armas. En efecto, las estrenó al ejecutar sin juicio a prisioneros de guerra, sin aplicárseles los Tratados Internacionales (entre ellos la Convención de Ginebra sobre Tratamiento de Prisioneros Políticos) a las cuales Chile estaba adherido. Ese dispositivo templó sus instrumentos al someter a crueles prisiones, sin ninguna clase de juicio, a importantes personeros de la Unidad Popular.

Para esos efectos se condujo a los ministros y personeros políticos a un inhóspito islote en el Extremo Austral, denominado Isla Dawson, el campo de concentración más cercano al Polo Sur. Cuando llegaron no existía prácticamente ningún tipo de acondicionamiento. Se construyeron a través de trabajos obligatorios de los propios prisioneros.

150 Allí fueron capturados vivos Jorge Klein, Enrique París, Arsenio Poupin, Daniel Escobar, Enrique Huerta, Claudio Jimeno, Eduardo Paredes, Héctor Pincheira, Jaime Barrios, más quince miembros del Dispositivo de Seguridad del Presidente.

Los presos, la mayor parte hombres maduros, incluso algunos enfermos como Edgardo Enríquez y José Tohá, fueron sometidos a un régimen de marchas y de ejercicios bajo la nieve o la lluvia. Lo que deseaban los militares se expresa en esta arenga de un teniente de Infantería de Marina, a cargo de los presos: «Prisioneros: Ustedes tendrán que olvidarse de lo que eran antes. Cualquier conscripto vale cien veces más que ustedes. Chile no necesita intelectuales, vagos, ociosos, como ustedes. Chile necesita soldados y haremos de ustedes soldados, cueste lo que cueste. Oiganlo bien, cueste lo que cueste. El que no quiera entenderlo, se quedará botado en el camino»⁽¹⁵¹⁾. La temática fascista de esta alocución es abrumadora: la crítica a los intelectuales, la sobrevaloración de los soldados, la afirmación de la omnipotencia del poder y de su derecho para mutar a los hombres.

La prensa de la época, demostrando su sometimiento abyecto, comentó, después de una visita al campamento de Dawson, que los prisioneros estaban recuperando su salud. Ejercicios obligatorios les permitían superar su pasado de sedentarismo, alcohol y cigarrillos. Estaban alcanzando una nueva condición física, estaban siendo reeducados. La prisión era presentada como la posibilidad de recuperación, de reencuentro consigo mismos⁽¹⁵²⁾. ¡Deberían dar gracias a Dios por estar presos!, escribieron los periodistas, piadosamente reconfortados al ver la «nueva vida» de esos hombres perdidos.

José Tohá fue incapaz de comprender los bondadosos objetivos de quienes lo obligaban a marchar bajo la lluvia y el barro, a realizar pesados trabajos forzosos. Enflaqueció y perdió fuerzas, hasta llegar al borde de la muerte. Esta lo alcanzó en Santiago, mientras permanecía internado en el Hospital Militar. Su muerte por consunción, provocada por los malos tratos recibidos en Dawson, fue publicitada como suicidio.

151 VUSKOVIC, Sergio: DAWSON, Ediciones Meridión, Santiago, Chile, 1984.

152 En: revista Ercilla, Santiago, Chile, 17-23 octubre 1973.

Una suerte parecida corrió el general Bachelet, prisionero en la Cárcel Pública. Tres días antes de su deceso fue llevado a la Academia de Guerra, sometido a interrogatorios y vejaciones. Antes había sido torturado por sus propios subordinados, una experiencia difícil de soportar para alguien que había vivido y amado la vida militar. Mientras lavaba platos en la Cárcel Pública se sintió mal. Murió entre sus compañeros prisioneros, el 12 de marzo de 1974. El oficial de la Penitenciaría presente no hizo nada por aliviar su suerte ni por trasladarlo a un centro asistencial, donde su vida pudo ser salvada. En febrero de 1974 había escrito este melancólico poema: «Tengo el alma, Señor, adolorida/ por unas penas que no tienen nombre/ y no me culpes, no, porque te pida/ otra patria, otro siglo y otros hombres»⁽¹⁵³⁾.

c. Algunas palabras sobre los detenidos-desaparecidos

Se clasifican en este rubro los detenidos cuya suerte se desconoció por largo tiempo o aún se desconoce, pese a haberse agotado los intentos de sus familiares y amigos por saber noticias suyas. Apresados por agentes del Estado, lo más probable es que hayan muerto en la tortura.

La negativa de la dictadura, y posteriormente de las FF.AA., a entregar ninguna pista sobre su destino constituye también una forma de profanación de cadáveres, de suplicio ejercido sobre los muertos. No es verosímil que en un organismo burocrático, vertical y jerarquizado, no exista huella alguna respecto a esos muertos. El silencio tiene entonces sentido como recurso del terror.

La forma de la desaparición como recurso del dispositivo del terror, jugó un papel importante en la estructuración de la violencia. La desaparición de una persona es un acto que tiene un doble significado, uno respecto a la víctima a la cual se detiene porque se supone que posee información o que está actuando en

la lucha clandestina, la otra frente a la sociedad. La desaparición es un acto distinto de la ejecución o de la muerte en enfrentamientos, muy usada después de 1977. En estas últimas modalidades el carácter de la muerte es público. Después del acto queda el dolor, la ira. Pero se trata de un término, de un final, de un hecho conocido que es necesario asumir.

Mientras que la desaparición sume al entorno de la víctima en la incertidumbre. En ese sentido, el suplicio del muerto se prolonga en el suplicio de sus familiares. Con ello el dispositivo del terror consigue su perpetuación, produce una nueva y más extensa cohorte de víctimas. Sigue, por tanto, estando socialmente presente. Con ello cumple el objetivo de no ser olvidado. El terror necesita que su presencia sea recordada. La represión es puntual, el terror debe ser permanente. Por ello, el terror encuentra en las desapariciones una forma de presencia que se prolonga a través del tiempo.

Las desapariciones cumplen, además, otro papel. No solamente generan una incertidumbre focalizada en torno a la víctima, además generan una incertidumbre global respecto al sistema de derecho. En torno a cada caso de un desaparecido el terror se enfrenta al derecho. El primero busca probar el aserto que lo sostiene: su superioridad frente al derecho. En cada caso el terror pone a prueba el principio de su omnipotencia.

En verdad, hasta 1980 e incluso hasta más tarde, la justicia casi nunca respetó la institución básica del «derecho de gentes», el «habeas corpus». Ese recurso no se pronuncia sobre el delito, sólo exige a la autoridad presentar el cuerpo del acusado, de manera de comprobar que está vivo y que no ha sido flagelado. Es evidente que no se habrían producido las desapariciones, con sus terribles secuelas, si la justicia hubiera jugado su papel. Pero pedir eso es pedir lo imposible. En una dictadura revolucionaria la justicia no es un poder del Estado, ha quedado reducido a un aparato del Estado.

153 VUSKOVIC, Sergio: DAWSON... OP. CIT., p. 45.

Con las desapariciones el terror consigue sumir a la sociedad en la incertidumbre. Primero, muestra la inanidad del derecho. Nadie, por tanto, puede estar tranquilo, aunque nada haya hecho. Además, ata a los familiares al recuerdo, los sume en la angustiosa espera de alguien que salió a realizar sus actividades cotidianas y que no volvió, los arrastra a dolorosas diligencias, a vivir meses guardando la esperanza porque otros volvieron de las profundidades de Cuatro Alamos o Villa Grimaldi, los lleva a veces a desconfiar, ¿no nos habrá abandonado?, ¿qué puede haber más enloquecedor que esa angustia?. ¿Qué puede existir más destructivo que vivir esperando la aparición del cuerpo de un ser querido? La comprobación física de la muerte y especialmente la sepultación de los restos parecen ser necesarias para el duelo.

«Los cuerpos insepultos vagan en las tinieblas frías y no tienen descanso», dice el Dante⁽¹⁵⁴⁾. La idea de que un cuerpo no descansa hasta encontrar su sepultura es común a casi todas las culturas. Por ello mismo, aún en las guerras más crueles las partes involucradas se preocupan de los cadáveres de sus enemigos. En Chile, aún hoy día no se encuentran los restos de muchos desaparecidos. Contrariando toda tradición civilizada, las FF.AA. no han prestado ninguna colaboración en la búsqueda.

¿Esa lenidad refleja el simple rechazo a reconocer cualquier culpa o es un nuevo gesto de omnipotencia, un intento de colocarse más allá de cualquier crítica y juicio mundano, como si solamente respondieran ante Dios o ante la historia? Sin duda, es lo último.

d. Torturas

El terror de la dictadura militar chilena fue privado y clandestino para la comisión de sus delitos, pero fue ostentoso.

154 Ver sobre los detenidos desaparecidos PADILLA BALLESTEROS, Elías: *LA MEMORIA Y EL OLVIDO. Detenidos desaparecidos en Chile*. Ediciones Orígenes, Santiago, Chile, 1995. Sobre el conjunto de la represión y uso del terror ver el gran libro de AHUMADA, Rodrigo y ATRIA: *CHILE: LA MEMORIA PROHIBIDA*, Pehuén Editores, Santiago, Chile, 1990.

Quería ocultar a los ejecutores pero deseaba publicitar los actos. Prefería no salir en los diarios pero aspiraba a que sus prodigios de omnipotencia se transmitieran a viva voz y aumentarán su tenebroso prestigio. Quería que el miedo se esparciera.

Existen muchos testimonios de tortura. He elegido dos porque muestran, mejor que otros, el principio básico del arte de torturar. La tortura opera sobre el cuerpo pero para doblar el Yo, su objetivo es el espíritu, es la destrucción del objeto de castigo en cuanto ser. Por eso que muchas veces la tortura continúa aún si los carceleros tienen certeza de que el torturado no sabe nada.

Primer ejemplo. «El Infierno» de Luz Arce, prisionera política y luego colaboradora de la Dina, es el relato de un descenso al lugar hondo y oscuro, donde la tradición de Occidente coloca al mal. Se trata de una larga y patética confesión, destinada a pedir perdón, un perdón que cree inalcanzable. Todo el libro está traspasado por la culpa. Es el relato de un ser destruido que, quizás, nunca encontrará la paz.

El relato de las prisiones comienza en el cuartel Yucatán. Quizás por ser el primer asomo al infierno la narración alcanza un grado insuperable de patetismo: soy violada por varios hombres con aliento fétido, soy algo tirado allí, soy una sola y gran náusea, vomito pero la venda impide la salida del vómito, oigo un grito espantoso, el primero de los muchos que invadirán para siempre mi mente, oigo a Toño con quien me detuvieron, ese lamento sordo que todo torturado conoce y que no se olvida nunca, sentí que me enloquecería, me emparrillaron, la corriente curvaba mi cuerpo como un arco, tenía la esperanza de que las fallas cardíacas que impidieron que continuara mi carrera deportiva se expresaran y muriera, no morí⁽¹⁵⁵⁾.

Una clase del arte de la tortura. La víctima se siente cosificada, «algo» tirado allí, sólo desea morir. En otra parte del

155 Ver ARCE, Luz: *EL INFIERNO*, Editorial Andante, Santiago, Chile, 1994. El relato citado es un montaje con pedazos de un texto más largo.

texto dice, estando ya en la torre de Villa Grimaldi: «Como si el dolor hubiese excedido ya el umbral que un humano puede soportar... Estaba más allá del dolor». Sin embargo, uno de los momentos en que Luz Arce expresa la compasión de sí misma más intensa, una mayor pena, es cuando la acusan de seducir al soldado González. El oficial que la juzga le dice «cuando una puta marxista defiende a un soldado es porque éste es un traidor». Luz Arce comenta: «me dolió tanto que me dijeran puta». Un poco más adelante agrega, a propósito de lo mismo, «no tenía nada, no era nada». Es decir, había sido desposeída de su femenino, de la imagen de sí como mujer⁽¹⁵⁶⁾.

El otro ejemplo proviene del libro testimonio de Hernán Valdés denominado «Tejas Verdes». Constituye un relato terrible, además literariamente magistral⁽¹⁵⁷⁾.

Rescato de él esta pieza mayor del arte de torturar:

«Otro golpe de corriente. Los tipos se ríen. No es dolor exactamente lo que produce la electricidad: sino como una sacudida interna, brutal, que pone los huesos al desnudo.

— Así que vos soi maricón.

— No, señor.

— Como que no. Aquí está escrito que soi maricón.

Es otra voz. No alcanzo a preguntar dónde está escrito.

Esta vez el golpe de corriente me saca los pies, prácticamente, de su sitio y caigo a un piso de cemento. Me obligan a levantarme al instante, a patadas. No sé cómo lo consigo.

Otra voz, más reposada:

— Así que declaras que eres maricón.

156 *IBID.*, p. 52.

157 VALDES, Hernán: *TEJAS VERDES*. Op. Cit. Este libro ha sido reeditado en Chile por Ediciones Lom, 1996.

— No, he sido casado. Dos veces (...)

— ¿Con quién es que erai casao?

Doy el último nombre. Es tan raro pronunciarlo, aquí, ahora.

— ¿Y te dejó por maricón? (...)

Otra descarga de corriente. Vuelvo a caer, vuelven a levantarme a patadas. No sé cómo debo responder para salvarme. Soy una pura masa que tiembla y que trata todavía de tragar aire.

Es otra voz aún:

— Cuenta la firme, huevón. Te dejó por marica.

— No, señor, vivo con una amiga, señor.

— Ah, ah, ¿así que con una amiguita?, ¿y no te da vergüenza, huevón? (...)

No entiendo por qué me preguntan todo esto, que saben de sobra. Cuando les digo la nacionalidad de Eva, prorrumpen en exclamaciones de concupiscencia. Esta nacionalidad los excita (...)

— ¿Y por qué no hai tenío hijos, huevón. ¿Vis que soy marica?».

Más tarde le preguntan por el trabajo de Eva:

«—¿Y los asilados, huevón?

Uno me ha abierto la camisa y me agarra una parte del pecho, hundiéndome las uñas.

— Sabe que están ahí, señor. Tiene prohibido verlos, señor.

— ¿Cómo que prohibido, desgraciao? ¿Y no sabís que mientras vos está aquí ella está culiando con el huevón de F.? (...).

— ¡Qué le va a importar que la otra esté culiando con F!

— ¡Cornudo!

— ¡Maricón!»⁽¹⁵⁸⁾.

El dolor inflingido al cuerpo es grande, pero tan grande como el dolor inflingido al alma, a la autoestima, a la identidad sexual.

La parte más dramática de este texto, por otra parte extraordinariamente despojada, es aquella donde el torturado dice «no alcancé a preguntarle dónde estaba escrito... cuando vino el otro golpe de corriente». La pregunta que Valdés se hacía era simple, pero terrible: ¿dónde estaba escrito que era maricón? Como si la existencia de una evidencia en manos de sus torturadores lo convirtiera a él, que negaba esa condición, en un maricón real.

Es importante reflexionar sobre este otro elemento del arte/juego de la tortura. Varias veces Valdés se interroga ¿por qué preguntan algo que saben? Como he dicho, a partir de cierto momento es evidente que el ejercicio de la tortura no era para saber. En algunos casos nunca lo es. Se realizaba para quebrar, para inflingir un daño al Yo, al espíritu, para dejar un recuerdo amargo. A los que no estaban destinados a desaparecer, se les tortura para alejarlos de la «vita activa». Para doblarlos, doblegarlos, de manera que nunca más se sientan en condiciones de rebelarse frente al poder.

C) El dispositivo en su globalidad

Puede afirmarse que el terror era como el aceite que lubricaba una de las ruedas y cada uno de los mecanismos del sistema dictatorial. Era lo que permitía que la máquina estuviera en condiciones, que no la trabara el polvo de la negociación: por fin, se podía gobernar sin discutir, sin convencer, sin compartir poder.

En la parte descriptiva he señalado ejemplos de torturas, de presidios, ensañamientos o de muertes con desaparición. Pero esos no fueron los únicos elementos. Existieron otros, que no

158 *IBID*, pp. 165-167.

mencioné en particular, entre los cuales el exilio y el constante amedrentamiento, jugaron un papel decisivo.

El dispositivo del terror, elemento clave del funcionamiento de la dictadura en su primera fase, operaba sobre la base de la total subordinación del derecho. Esa subordinación era lo que permitía la elasticidad, la flexibilidad absoluta. Era la que permitía el ajuste de las medidas represivas a las necesidades políticas.

La subordinación del derecho al poder hacía que no existiera en ese tipo de dictadura, la institución moderna de la justicia, diferenciada y autónoma frente a la autoridad de turno. Una dictadura terrorista es aquella en que la elaboración del derecho se realiza sin que opere el principio de la separación de poderes. En una dictadura terrorista el poder se organiza como en una «monarquía absoluta»⁽¹⁵⁹⁾. Todo derecho y toda justicia emanan del soberano y constituyen recursos en la realización de su voluntad.

El terror es todopoderoso porque no tiene freno, de tal modo que actúa por la doble vía de la acción y de la presencia, de su simple enunciación. Actuaba por acción, a través de mecanismos tan variados como la internación en prisión por tiempo prolongado de personalidades políticas, en Dawson, en la Penitenciaría, en Pisagua etc.; a través del exilio, a través de las torturas (detalles de las cuales corrían de boca en boca); a través de las desapariciones rápidamente publicitadas y sádicamente negadas; a través del funcionamiento de Consejos de Guerra que, como el de la FACH pretendieron constituir (¡oh paradoja!) el Nuremberg chileno; a través de las relegaciones, de las expulsiones del país; a través de las privaciones de la nacionalidad etc., etc. Actuaba por presencia: a través de la corrosiva difusión del miedo. Este surgía de la naturaleza de los actos (algunos de los cuales, como las ejecuciones de Prats o Letelier, nos dejaron anonadados), pero también y

159 Esta idea se encuentra en FOUCAULT, Michel: *LAS REDES DEL PODER*, Editorial Almagesto, Barcelona, España, 1983.

especialmente por la comprobación cotidiana de la impunidad, de la absoluta incapacidad de la justicia para poner freno a los excesos.

Cada día, entre septiembre de 1973 y el momento de la salida del general Contreras y su posterior llamado a retiro, se sentía y se comprobaba que la autoridad no tenía otro límite que su propio cálculo. Pero el terror practicado, por muy sádico que apareciera (como efectivamente lo era, en especial por las torturas abyectas y por el sistema de desapariciones), no tenía nada de gratuito. La crueldad estaba al servicio del proyecto.

Era un terror que actuaba como el partero del saber. Esto significaba que estaba al servicio de un proyecto que se instaló argumentando su carácter de verdadero y necesario. Fue eficaz porque se apoyaba en el arma poderosa del terror, pero también porque respondió a tareas históricas pendientes. Fue eficaz porque planteó nuevos diagnósticos e impulsó un nuevo conocer al que se le asignaba un carácter científico.

3. El dispositivo-saber: el proyecto

A. Características y funciones del dispositivo

La función del dispositivo saber en una dictadura revolucionaria es operar como sistema cognitivo-ideológico que provee las bases o fundamentos para la formulación del «proyecto revolucionario». Se trata de un conjunto de sistemas enunciativos elaborados por equipos de sujetos-productores de discursos y movilizados por una red de aparatos destinados a la producción, distribución e internalización de sistemas discursivos, cuya condensación eran ciertas ideas-fuerzas.

El sistema ideológico comprende tanto una «teoría social», un conjunto de ideas rotundas y apodícticas que operan como filosofía popularizada, como un proyecto propiamente tal. Este último es un plan de acción destinado a modificar las estructuras

socioeconómicas, a cambiar el curso de una sociedad, a dotarla de una nueva historicidad. Se elabora una «teoría social» para que opere como sistema de creencias o filosofía popularizada, para que sirva de instrumento en la construcción del proyecto de acción, del plan de «renovación social».

El particular dispositivo saber en proceso de análisis corresponde al de una dictadura revolucionaria en su fase terrorista. Normalmente esa fase es de instalación y en ella opera, como principio global de funcionamiento del conjunto de dispositivos, la primacía del terror. Esa localización en el tiempo marca al saber en su proceso de instauración. Este recién está emergiendo en la sociedad, está en creación y recién va consiguiendo instalarse como saber-poder. Debe, pues, negar a otros sistemas ideológicos. Este saber en constitución, instrumento de una revolución, se impuso anulando la posibilidad de expresión de otros saberes e instituyendo una ortodoxia, un sistema de protección de su integridad en cuanto saber emergente. En buena medida lo hizo excluyendo a los otros sistemas de pensamientos por constituir no-saberes y, a uno de los más potentes de la etapa anterior —el marxismo—, por constituir anti-saberes.

Para el despliegue del dispositivo saber de la dictadura revolucionaria chilena existieron dos decisiones fundantes de su contenido: la decisión sobre si el nuevo régimen representaba una restauración o, al contrario, una revolución y la decisión, lógicamente posterior, sobre el carácter específico de la revolución. Ellas definieron las tareas que debió enfrentar el nuevo régimen de verdad en proceso de constitución.

La decisión respecto a la naturaleza del régimen fue sencilla o fácil, pese a que implicaba la entrada en operación de un proyecto distinto del que predominó en la lucha contra la Unidad Popular, el cual fue un diseño de «restauración». Algunos grupos, tanto de militares como de militantes de inspiración demócrata cristiana, eran partidarios de una rápida recuperación democrática, con

exclusión sólo de los partidos considerados culpables de la crisis, pero no de los partidos en general. Sin embargo, esa línea fue derrotada con rapidez. Como se dijo, una de las razones de fondo es que vaciaba de sentido a la violencia del golpe. Esa violencia sólo tenía justificación y sólo era explicable si la crisis tenía un carácter muy profundo y las soluciones implicaban una «refundición» o, en otro lenguaje, una «revolución».

La otra decisión, respecto al carácter liberal o nacional-popular de la revolución emprendida, demoró algún tiempo. En la práctica la segunda decisión sólo se materializó en 1975, cuando se consolidó la versión neoliberal de la revolución, al ponerse en práctica el programa económico de shock.

B. La «renovación» del discurso liberal

Los nuevos intelectuales-publicistas hicieron de los medios de comunicación (de El Mercurio, de La Tercera y de los canales televisivos) sus lugares de magisterio. Su diagnóstico social se deslizó, poco tiempo después del golpe, desde la crítica a la Unidad Popular a una crítica global al período de democracia populista. A la luz de la nueva mirada crítica, impuesta por el nuevo saber en boga, ésta abarcaba desde 1938 a 1973, casi cuarenta años considerados vacíos, desperdiciados ⁽¹⁶⁰⁾.

Esa crítica radical del pasado pre-Unidad Popular afirmó la incompatibilidad entre «desarrollo» y democracia populista. ¿Cómo se definió el desarrollo en el nuevo paradigma, en el nuevo saber emergente? Se definió asimilando desarrollo con sistema capitalista. En la base de esa fusión había una afirmación fuerte y —sobre todo— nueva, «renovadora» dentro del campo cultural-ideológico chileno: fuera del capitalismo no podía existir racionalidad del cálculo económico. Todavía no se había producido

160 De la misma forma que historiadores como Gonzalo Vial o Julio César Jobet consideran el período pseudoparlamentario. Ver VIAL, Gonzalo: HISTORIA DE CHILE. Editorial Santillana, Santiago, Chile, 1990; JOBET, Julio César: ENSAYO CRÍTICO... OP. CIT., 1955.

el fracaso del socialismo como alternativa de eficiencia y productividad, de racionalidad económica. Todavía los regímenes socialistas presentaban tasas altas de crecimiento, pese a sus dificultades para satisfacer necesidades de consumo o para competir con las lógicas de producción de los países capitalistas, productores de bienes menos durables y más volcados hacia el diseño o la exterioridad.

Esa asimilación contrariaba un otro saber, instalado hasta 1973 como sentido común extendido y cultivado por importantes revistas de esa época (como Punto Final) y por significativos teóricos del campo cultural, como los de la teoría de la dependencia. Por tanto fue una sorpresa esa manera fuerte de retrucar la tesis, hasta entonces muy aceptada, de que la regulación mercantil producía ineficiencias y despilfarros, mientras que la planificación los evitaba. El nuevo saber instaló una nueva idea fuerza, de que el decisionismo estatal producía asignaciones inadecuadas y generaba irracionalidad. Esto invertía formas de pensar, iba contra una arraigada estadolatría que tenía en Chile viejas raíces históricas, por la indispensabilidad del Estado. Por su carácter necesario tanto en la lucha contra los indígenas, en la cobranza de tributos a los productores salitreros y en la circulación de ese excedente, como en el desarrollo de la industrialización mercado-internista⁽¹⁶¹⁾.

Por primera vez en décadas se oyó decir con convicción comunicativa, sin vacilaciones ni eufemismos, que fuera del capitalismo no había posibilidad de crecimiento. Hasta el golpe éste era un discurso al borde de lo no decible. Las tesis progresistas habían empotrado en el campo discursivo la noción de la inviabilidad del capitalismo como fórmula de desarrollo, por lo menos para el caso de los países atrasados. Los defensores habían sido tibios y titubeantes frente a los ataques desde varios flancos. Ellos mismos, descontentos con el capitalismo existente en Chile, estatista y con rasgos populistas, no se sintieron nunca en

161 GONGORA, Mario: ENSAYO HISTÓRICO... OP. CIT. 1994.

condiciones de afirmar, frente a lo real, el ideal de un capitalismo liberal, con pleno funcionamiento del mercado y amplio espacio a la iniciativa empresarial. A partir del golpe recién se sintieron en condiciones políticas de pensar en esos términos, ya que se vivía la convicción del naufragio del estatismo.

El predominio del mercado frente al decisionismo estatal y la universalización de las formas mercantiles fue una idea central vehiculada por el dispositivo saber emergente. En relación al pasado inmediato esa idea era revolucionaria, subvertía la estructuración tradicional del capitalismo chileno. Por ello, la operación inicial de despegue ideológico realizada por el dispositivo saber monitoreado por el poder político revolucionario, fue la liquidación de las bases de sustentación intelectual del estatismo y fue la liquidación de las bases de sustentación político-simbólico de la «estadolatría».

Paradójicamente, ayudó a esta empresa de liquidación de la idea del Estado como espacio de autoconciencia del todo social, la crítica filosófica-sociológica de los sujetos y de las pretensiones racionalistas del pensamiento iluminista. El culto al Estado pertenecía a ese linaje intelectual. Ese había sido el verdadero «sujeto» del marxismo criollo, ya que realizaba la «gran ilusión» del siglo XX, la posibilidad de planificar la acción social, en especial los intercambios económicos.

A mediados de los setenta volvió a sentirse el temblor que, desde hacía tiempo, azotaba las bases mismas de la cultura del progreso. Un punto central del ethos progresista era la idea que las formas racional-intencionales de ordenación eran preferibles a las formas automáticas. En los setenta, se entró en la crisis temprana del marxismo, una de cuyas manifestaciones fue el eurocomunismo. Este trajo agua a ese molino, no sólo con su crítica a la dictadura del proletariado, la cual era muy alentadora, sino también con sus dudas sobre la eficacia y la denuncia de la intención «orweliana» de la planificación centralizada.

En aquella época, el liberalismo extremo que desde temprano promovió el dispositivo saber de la dictadura militar chilena, no había llegado a las alturas de fines de los setenta y comienzos de los ochenta. En esos momentos históricos se elevó a la categoría de dogma sagrado, por la fuerza carismática y peso político de figuras como la Thatcher y Reagan. Pero en la época señalada esa modalidad del pensar ya iba en alza. Los ideólogos neoliberales chilenos, si bien representaron una apuesta original en un momento incierto de la correlación de fuerzas a nivel ideológico-cultural, no fueron profetas aislados que clamaban en un desierto. Ello hubiera ocurrido antes del gran viraje de la sensibilidad cultural producido el '68.

Antes el tipo de pensamiento que ese neoliberalismo representaba hubiese caído en tierras mucho más yermas. Una de las condiciones de posibilidad de su auge fueron los efectos inesperados y no queridos del gran remezón epistemológico que representó el '68. Fue la resultante indirecta de la afirmación de la crisis de los «grandes relatos» que pertenecían todos a un episteme historicista, que privilegiaba la intervención humana del curso histórico. El remezón produjo muchos efectos, pero entre ellos una crítica de la «racionalidad racionalista» que sostenía el sueño planificador. Nadie sabe para quién trabaja, dice el refrán popular. El socavamiento de esa razón historicista abrió espacios para el tipo de razonamiento que implica el pensar neoliberal, con su crítica al Estado y su desconfianza de la razón y de la praxis humana interviniente en lo histórico, su descarte de la «razón reguladora».

En el caso chileno la experiencia de la Unidad Popular produjo las condiciones inmediatas para la eficacia de la crítica del estatismo. Cuando el liberalismo, después de un largo silencio en la historia ideológica chilena, volvió a sacar el habla lo hizo ante una sociedad dividida entre los aterrados y perseguidos, que habían perdido su discursividad, y los que sintonizaban con la prédica antiestatista, los que deseaban aniquilar la posibilidad

futura de resurrección del Leviatán que amenazó sus bienes y sus almas.

El ambiente estaba preparado para oír lo que el pensamiento neoliberal pregonaba. Se deseaba escuchar que cuanto más débil fuera el Estado (no como aparato sino en relación al mercado) «existiría menos peligro de demagogia, de populismo, de dictadura económica».

El golpe sacó al pensamiento político de la derecha de su larga mudez, de su incapacidad comunicativa, de su invalidez hegemónica. Esta había sido el producto de las circunstancias estables de la correlación de fuerzas, las cuales produjeron el arrinconamiento político e ideológico del pensamiento liberal-conservador entre medio del marxismo y del socialcristianismo.

Parece paradójico que la derecha no tuviera voz audible hasta el golpe, cuando contaba desde mucho antes con esa formidable arma de comunicación y creación de opinión pública que era y es El Mercurio. Lo que en realidad no tenía era convicción discursiva o, más matizadamente aún, no poseía un discurso capaz de alcanzar su propia radicalidad. Ese freno a la radicalidad provenía de la situación del capitalismo existente. Las metas ideales de la derecha siempre fueron liberal-conservadoras. Ella deseaba disminuir la capacidad interventora del Estado, para eliminar su arbitrariedad decisional, especialmente su tendencia a forzar la conciliación de intereses. Pero eso chocaba contra el capitalismo real, cuya industrialización se sostenía sobre una matriz de compromisos interclasistas. A esa realidad se adaptó desde fines de la década del treinta. La derecha cultivó el pragmatismo en vez de construir ideologías que permitieran universalizar la defensa de sus intereses o de su moral. Por ello solamente con el golpe estuvo en condiciones de construir un discurso que sacara todas las consecuencias de sus premisas. Por ello sólo desde el golpe se sintió libre para hablar, para colocar en el tapete su discurso radical, subordinado hasta entonces a las condiciones del campo de fuerzas.

Antes su concepción plena de la sociedad, la confesión de su sueño de la regulación mercantil sólo pudo manifestarse en el alessandrismo del '70. Este líder, cuya eventual capacidad carismática entusiasmó hasta la ceguera a la derecha, representaba la reivindicación de la política tecnocrática contra la política de compromisos. Alessandri siempre deseó nuevos partidos, capaces de eludir las presiones demagógicas y actuar según criterios de óptimo técnico. Esa política sólo podía realizarse plenamente en un régimen autoritario, donde se neutralizaran las presiones sociales. Se trataba de un sueño cargado de contenido simbólico, representaba el deseo inconfeso del dictador sabio, iluminado por intelectuales esclarecidos. La Unidad Popular fue el pretexto para que este sueño se hiciera realidad.

C. El movimiento ideológico global

Entre 1973 y 1983 se estructuró el dispositivo saber de la dictadura chilena. Entre esas fechas ocurrió el primer movimiento, el de constituirse como un saber ortodoxo y el de definir sus «políticas» como verdades científicas deducibles. Alcanzada esa hegemonía interna y esta forma asertiva de presentación ante la sociedad, se sintió en condiciones de realizar un segundo movimiento, prepararse para competir en la pluralidad discursiva.

Eso último fue lo que hizo desde 1980-83 para adelante. Mantuvo en sus manos el control sin contrapesos del dispositivo derecho, con el que administró el acceso restringido a la palabra y empezó a ensayar la competencia, manejando la carta de ajuste de su hegemonía, de su dominio transversal del campo ideológico intrasistema.

a. El primer movimiento: 1973-77

El primer movimiento fue la constitución del dispositivo saber, en yunta con el terror y el derecho; esto es auxiliado por el

miedo que paralizaba la capacidad de hablar del otro o auxiliado por el derecho que impedía la posibilidad de hablar del otro. Esa fase cubrió entre 1973-77. Su misión básica fue socavar la creencia en las decisiones planificadas desde arriba para instalar la idea de la regulación automática como forma natural de los intercambios.

El acto fundante fue la puesta en circulación de la idea de una ciencia cuyas leyes suponían la existencia del mercado, un lugar social que la mano humana desordena y caotiza. La astronomía describe y mide un orden natural sobre el cual no puede intervenir, el economista describe y mide flujos automáticos, compuestos por miles de decisiones individuales, sobre los cuales puede pero no debe intervenir, aunque la suya sea una ciencia de lo social. Justamente los precios, que son la principal propiedad mercantil de los objetos, no provienen ni de la esencia de las cosas ni siquiera de los costos de producción. Proviene del cruce, en un espacio metafórico, de las curvas donde se expresan las decisiones agregadas de venta y compra de múltiples individuos. El misterioso fetichismo de esas decisiones sociales es que ellas deben ser procesadas en el misterioso interior de una «caja negra» sin que convenga que la mente humana ordene globalmente los procesos. Ellos deben permanecer en la desagregación, para conservar su carácter natural.

La idea fuerza que instaló el dispositivo saber de la dictadura es que el mecanismo automático del mercado representaba la única forma eficiente de asignar recursos, una forma que evitaba la intervención burocrática y prebendaria del Estado. Como dije, en el ambiente cultural chileno se trataba de hacer un gesto clave, de desarmar la antigua superstición del Estado.

Pero para que las ideas fuerzas del nuevo régimen de saber pudieran afincarse y adquirir el estatuto de verdades, fue necesario enfrentar el dilema de 1975 y conseguir éxito en la «demostración empírica». Con esa pseudodemostración la nueva teoría social, todavía encapsulada en el campo de la economía, adquirió

prestigio y verosimilitud. Los ideólogos en boga lograron imponer la tesis de que en economía, cualesquiera fuesen los fines propuestos, sólo podía existir un paradigma científico, el enfoque monetarista creado en Chicago. Friedman y Harberger se convirtieron en los Marx y Engels de los agentes que controlaban el dispositivo saber y que administraban el régimen de verdad.

En abril de 1975 la ideología neoliberal se enfrentó con un enorme desafío. Sus políticas, realizadas hasta entonces combinando una modalidad de liberalismo ideológico radical con medidas de ajuste moderado, no habían producido los resultados esperados. Las ideas fuerza del neoliberalismo eran pregonadas como axiomas, pero no habían sido capaces de resolver los problemas económicos heredados de la Unidad Popular.

Pese a la liberalización generalizada de precios, no se había logrado contener la inflación ni el déficit de la balanza comercial, esto es el pronunciado desajuste entre exportaciones e importaciones. Desde el comienzo de la dictadura revolucionaria se impusieron políticas de contención del gasto público, pero la tasa de inflación continuaba muy alta. Ya habían pasado veinte meses de política antiinflacionaria gradualista y las tasas mensuales se ubicaban por encima del 15%. En marzo de 1975 subieron por sobre esa cifra crítica. Se estaba produciendo una fuerte crisis de la credibilidad política de las políticas económicas¹⁶².

Casi coincidiendo con la visita a Chile de Friedman y Harberger se lanzó el «programa de recuperación económica», caracterizado por su drasticidad y característica de shock. El programa fue planeado como un gran remezón, como un «giro decisivo» que buscaba cambiar los comportamientos activadores de la inflación producidos por los agentes económicos. Ese programa implicó aumentar el disciplinamiento de los trabajadores pero también —lo que representaba un cambio decisivo— el

162 Ver MOULIAN Tomás y VERGARA, Pilar: «Estado, ideología y política económica en Chile 1973-1978». En: *Estudios Cieplan, Santiago, Chile, N°3, junio 1980.*

disciplinamiento de los empresarios, que debieron prepararse para enfrentar una competencia externa creciente.

En materia inflacionaria se intensificó el manejo a través de variables monetarias. En este programa la intención explícita fue producir efectos recesivos: se bajaron los salarios reales, se intensificó la disminución del gasto público, en especial el aporte a las empresas públicas o el sistema de préstamos hipotecarios para la vivienda y se elevó la tasa de interés. Todo esto buscaba comprimir la demanda y aliviar las presiones sobre los precios. Con los efectos depresivos y la devaluación del peso se buscó la otra compresión necesaria, la de las importaciones.

Pero, además de este programa de corto plazo que buscaba el «enfriamiento» de la actividad económica, se implementó un programa de reestructuración económica de largo plazo. Sus medidas principales fueron:

- a) aceleración de la privatización de la economía,
- b) estructuración de un sector financiero más moderno, con participación tanto de financieras como de bancos,
- c) apertura externa mediante una baja de aranceles mucho más drástica que la fijada anteriormente,
- d) apertura a la inversión extranjera, la cual llevó incluso al posterior retiro de Chile del Pacto Andino, que imponía disposiciones restrictivas en esa materia,
- e) política de diversificación de exportaciones,
- f) política industrial «negativa», que se limitaba a dejar que funcionara la selección natural, o sea la capacidad de enfrentar la competencia externa, acrecentada por la apertura arancelaria.

Los resultados inmediatos tuvieron efectivamente el efecto de un tratamiento de shock. En su conjunto la economía experimentó una violenta caída del PGB de -12.9% en 1975. Dentro

de ella lideraron las pérdidas el sector industrial junto con el de la construcción, con -25.5% y -26% respectivamente⁽¹⁶³⁾. Es útil comparar esa caída del PGB con las de 1972-73. En ese bienio, que la memoria histórica dominante ha consagrado como años azotados por una crisis sin igual, se observan caídas mucho menores del PGB. La de 1972 llegó a -1.2% y la de 1973 a -5.6%⁽¹⁶⁴⁾.

Pero el interés básico de la comparación no está en lo cuantitativo. La importancia es otra. En 1975 no se produjeron rebotes de la crisis económica en el terreno político. Ello podría indicar que existe un comportamiento distinto de la crisis económica en un régimen autoritario. Esa hipótesis general parece lógica y plausible, pero deja muchos casos sin explicar. Entre ello deja sin explicar lo ocurrido en el propio Chile en 1982, ocasión en que la crisis económica sí produjo efectos políticos. También deja sin explicar lo ocurrido en Argentina durante la «primera revolución nacional», cuando la crisis económica derivó en el «cordobazo»⁽¹⁶⁵⁾.

En realidad, en este caso la ausencia de efectos políticos se relaciona con el momento de la dictadura revolucionaria. Los dispositivos de la fase terrorista aislaron con facilidad la posibilidad de efectos políticos. La oposición había sido hecha desaparecer del escenario o destruida. Además las características recesivas de la propia política económica hicieron que los trabajadores, no sólo cargaran sobre sus hombros la caída de los salarios, sino también la saturación del mercado laboral. Este fenómeno los transformaba —por el debilitamiento de los sindicatos— en moléculas reemplazables. A su vez, los mismos empresarios no pudieron ensayar ninguna defensa corporativa. Se vieron enfrentados a la disyuntiva de ajustarse o perecer.

163 BANCO CENTRAL: INDICADORES... Op. Cit., p.26.

164 El último trienio de 1973 el gobierno militar efectuó medidas de reordenamiento, las cuales pueden haber frenado la caída del PGB. Pero ni aún en la peor hipótesis, la Unidad Popular hubiese superado el resultado de 1975.

165 Ver el libro de O'DONNELL, Guillermo: ESTADO... OP. CIT.

El dispositivo saber operó como régimen ortodoxo de verdad y aplicó toda su capacidad estigmatizadora. Aquellos que se atrevieron a criticar fueron colocados «fuera de la razón». Se les clasificó como estatistas o socializantes, se les motejó como ignorantes, desconocedores de la ciencia económica. O bien se les clasificó como «particularistas», incapaces de mirar las medidas aplicadas con espíritu nacional, atrapados en sus intereses parciales. Cayó sobre ellos el estigma de ser capaces de sacrificar el «esplendor nacional futuro» a la defensa de sus intereses de corto plazo.

El viraje de 1975 fue revelador del peso adquirido por los tecnócratas neoliberales y significó la instalación de los postulados de la Escuela de Chicago como «la ciencia económica oficial». Ello significó la marginación de muchos técnicos demócrata cristianos que no comulgaban con esas teorías económicas⁽¹⁶⁶⁾ y el comienzo del lento alejamiento del régimen de una serie de dirigentes sindicales que originalmente lo apoyaron, algunos porque participaron de la inicial táctica demócrata cristiana del «entrismo»⁽¹⁶⁷⁾, otros porque fueron atraídos por los postulados de la despolitización gremial⁽¹⁶⁸⁾ y otros como efecto de las secuelas de las traumáticas luchas gremiales contra la Unidad Popular⁽¹⁶⁹⁾.

La aplicación de un programa tan duro con los trabajadores y tan amenazante para los sectores mercado-internistas de la propia burguesía, tuvo como consecuencia la aparición de una especie de «oposición parcial». La formaron los sectores nacionalistas ortodoxos, cuyo líder principal fue Pablo Rodríguez Grez. Estos grupos, aunque partidarios de una economía capitalista, no eran

166 Algunos demócrata cristianos dejaron el partido y se convirtieron en técnicos de confianza de los nuevos equipos. Entre ellos sobresalen Jorge Cauas y Alvaro Bardón. Juan Villarzá siguió colaborando un tiempo para después volver al redil.

167 Entre ellos se contaron Eduardo Ríos y Ernesto Vogel.

168 Un ejemplo fue Federico Mujica.

169 Entre estos últimos se contaron Tucapel Jiménez y Hernol Flores.

liberales y creían que el Estado debía conservar roles decisivos de regulación, control y protección del mercado interno. Ellos también fueron víctimas del «terror ideológico» aplicado por los administradores del régimen de verdad. Cuando El Mercurio, portavoz de la ortodoxia, restringía los límites de la discusión económica a un debate entre «los que saben», estaba descartando a ese tipo de críticos aficionados⁽¹⁷⁰⁾.

La frecuencia y, en ocasiones, la acritud de la crítica de estos «oposidores parciales», estuvo inicialmente justificada por los resultados de la política económica. Estos no fueron positivos de una manera inmediata: los años 1975-76 fueron de penuria. En 1975 además de la caída del PGB del orden del 12%, se disparó la desocupación, que ya era bastante alta. Creció entre 1974 y 1975 del 9.7% al 16.2%, subiendo aún más al año siguiente (16.8%). El principal efecto esperado, la caída de la inflación, fue más bien modesta entre 1974-75: sólo descendió del 375.9% al 340.7% y recién en 1976 bajó al 174.3%, de todos modos una tasa de tres dígitos⁽¹⁷¹⁾.

La inflexión buscada recién se produjo en 1977: el PGB subió a 9.9%, la desocupación cayó al 13.2% (de todos modos alta) y la inflación se redujo a más de la mitad, 63.5%. Comenzaba el boom 1977-82.

Pero aún en los años duros, la concepción de inspiración neo-liberal se instaló y fue afirmando su hegemonía. Ese proceso de hegemonización tomó dos formas: la de integración y la de neutralización⁽¹⁷²⁾.

La forma de integración operó por absorción dentro del corpus neoliberal de otras familias ideológicas o modalidades

170 Ver «Semana Económica». En: El Mercurio, 17 de julio de 1976. Además El Mercurio estaba diciendo que la discusión sólo podía hacerse en el interior del paradigma neoclásico.

171 BANCO CENTRAL: INDICADORES... OP. CIT., p.2

172 ANDERSON, Perry: «The Autonomies of Antonio Gramsci». En: New Left Review, Londres, Gran Bretaña, N°200, noviembre 1976 enero 1977.

discursivas que apoyaban a la dictadura militar, entre ellas el enfoque gremialista de Jaime Guzmán⁽¹⁷³⁾.

Al neoliberalizarse el enfoque gremialista dejó de lado algunas de las categorías con que había plasmado la Declaración de Principios de marzo de 1974, «carta fundacional» de la dictadura revolucionaria. Una de esas nociones fue la de bien común, cuya determinación, según la doctrina, era atribuible a la autoridad. La capacidad de la autoridad política para determinar ese bien, por mucho que debiera atenerse a las «leyes naturales», fue en adelante criticada como una forma de «decisionismo». No había compatibilidad entre esa noción que le atribuía a la autoridad una capacidad de discernimiento e interpretación y el privilegio asignado a la autorregulación, a la determinación mecánica de lo racional que realizaría el mercado.

La neoliberalización del discurso gremialista eliminó esa noción de bien común que, en la concepción cristiana tradicional, siempre estuvo conectada con las nociones de justicia social y de precio justo. Poniendo en el centro al mercado como determinante racional del precio, especialmente del precio de la fuerza de trabajo, se desintegraba la noción de precio justo. En el terreno de los intercambios económicos debía ser el mercado el que determinara el «bien común». Al neoliberalizarse el pensamiento gremialista abandonó una serie de premisas conservadoras, entre ellas su teoría «extensiva» de la autoridad. Además los gremialistas se fueron separando de la concepción corporativista del Estado para adoptar una concepción «reformista» respecto a la democracia liberal⁽¹⁷⁴⁾.

173 Este punto está tratado en MOULIAN, Tomás: «Fases del desarrollo político entre 1973-1978». En: Flacso, Documento de trabajo N° 155, septiembre 1982; MOULIAN, Tomás y VERGARA, Pilar: ESTADO... OP. CIT.; VERGARA, Pilar: AUGE Y CAIDA DEL NEOLIBERALISMO EN CHILE: Ediciones Flacso, Santiago, Chile, 1985.

174 Al contrario de lo que se cree, el corporativismo inicial de los gremialistas (expresado en la Declaración de Principios en la noción de «poder social») no tiene conexión con el corporativismo fascista. Si estuvo influido por el corporativismo de Vásquez de Mella que los gremialistas conocen a través de Osvaldo Lira. Ver LIRA, Osvaldo: NOSTALGIA DE VAZQUEZ DE MELLA, Editorial Difusión, Santiago, Chile, 1942.

Esta neoliberalización de los gremialistas fue esencial. Sin ella las operaciones de institucionalización política no hubiesen contado con operadores adecuados.

La hegemonía por neutralización corresponde al silenciamiento que se impuso a los otros discursos y a la estigmatización con que se les restó eficacia cultural. El silenciamiento se realizó a través de prohibiciones para que ciertos pensamientos circularan o se efectuó a través de la monopolización de los circuitos y medios de comunicación, los cuales administraban la difusión de ideas en función de preservar el dominio del nuevo poder-saber. El único pensamiento que no podía ser silenciado era el de la Iglesia, aunque sus planteamientos fueron sometidos a la crítica, especialmente de El Mercurio, el más importante aparato de creación de opinión pública. A menudo la crítica tomó la forma de una negación de la competencia discursiva. La Iglesia fue acusada de tratar en forma normativa temas que deberían ser abordados de manera científica y que, por ende, escaparían de su campo propio.

Ya a partir de 1977 el discurso neoliberal pudo dejar de ser apodíptico y se empirizó, empezó a hablar desde los resultados. La verdad no necesitaba ser demostrada ya que la «práctica», el crecimiento de la economía hablaba por sí misma. El quinquenio 1977-1982 fue vivido como confirmación de la cientificidad de la teoría económica con la cual se había formulado el proyecto.

Esta ciencia se constituyó como un saber absoluto y no como un saber histórico-relativo, lo que significa, entre otras cosas, que quien pretendiera operar en economía sin reconocer las leyes únicas que rigen su movimiento no podría conseguir resultados, sólo produciría pobreza en vez de bienestar. Desconocer esas leyes sería el equivalente de construir un artefacto mecánico sin tomar en cuenta las leyes físicas o intentar curar un cuerpo sin considerar las condiciones del funcionamiento biológico. Se postula que en economía existen leyes y principios de racionalidad universal, que

corresponden a la economía en sí misma. La existencia fáctica de sistemas económicos, diferenciados según finalidades, no significa que su eficacia sea equivalente. La ciencia provee criterios internos para demostrar la racionalidad de uno y la irracionalidad del otro, en cuanto inadecuado en relación a la naturaleza humana.

El dispositivo saber necesitaba construirse como un sistema ortodoxo, para preservar a la sociedad del caos, de cometer un error comparable a construir un avión sin respetar las leyes de la aerodinámica. El dogmatismo, la afirmación rotunda de la verdad frente al error, es indispensable para evitarle a la sociedad el peligro de experimentos que conducirían a su desgracia.

Por tanto era considerado una exigencia, el ejercicio de una virtud, hacer lo que El Mercurio realizaba en forma permanente, denunciar los errores de juicio respecto a la economía. Su objetivo explícito era impedir que el error tuviera la misma difusión que la verdad, que el error fuera confundido con la verdad.

El éxito económico del quinquenio 1977-82 permitió que los economistas argumentaran basando en resultados lo que en definitiva era un postulado, el de la científicidad radical del proyecto en aplicación. Esto proporcionó la ventaja de poder sostener políticas duraderas y coherentes, aduciendo que el éxito era la prueba de su verdad. Pero, como contrapartida, cegó la mirada. El éxito hizo que se perdiera de vista la noción de medidas alternativas derivables de una misma teoría. De tal modo que no solamente la teoría económica fue argumentada como científica sino también las políticas económicas aplicadas. Esta dogmatización tiene estrecha relación con la crisis económica de 1982.

b. El segundo movimiento

El segundo movimiento tuvo lugar desde el momento que se hizo patente el éxito económico y duró hasta el '80. El dispositivo

saber se abocó a la construcción de un discurso político, una teoría sobre la forma de Estado adecuada al nuevo proyecto de revolución capitalista. Fue un período donde el esfuerzo ideológico estuvo colocado en cuatro metas concatenadas: a) cerrar la brecha entre libertad económica y despotismo político ya que, al superarse la situación de emergencia, la incongruencia resaltaba demasiado, b) producir —primero en forma discursiva y luego en forma práctica— un Estado donde la libertad política no fuera el verdugo de la libertad económica, c) elaborar para ello modelos institucionales aptos y persuadir sobre la necesidad de adaptar esos modelos, elaborados con visión estratégica de largo plazo y d) realizar operaciones para abrir paso a una democracia que fuera compatible, en diferentes escenarios, con el neoliberalismo.

El principal producto teórico del dispositivo saber en esta fase fue la noción de «democracia protegida». La operación ideológica realizada fue doble: a) rescatar para el proyecto transformista la palabra mítica del siglo XX, democracia, realizando una conciliación discursiva de ella con el neocapitalismo y b) para esos efectos, producir una democracia considerada segura contra los potenciales «demagogos populistas» pero también contra los peligros de la personalización del carisma en la propia fase de la dictadura, contra los peligros de la autonomización del líder o riesgo «bonapartista».

Ésa «democracia protegida» era considerada como superior a la liberal, porque no había en ella neutralidad valorativa ni tampoco funcionamiento irrestricto del principio de mayoría, puesto que ese principio debía subordinarse a las exigencias del «orden natural». La volubilidad de las mayorías, su manejo demagógico, su posible pérdida de una visión estratégica, hacían necesario que la voluntad popular estuviera limitada. Para ello debían existir instituciones de contrapeso, de manera que los grandes «objetivos nacionales» pudieran preservarse.

Desde el punto de vista discursivo el dispositivo saber se

cierra, se totaliza en esta etapa. Por la recuperación dictatorial de la palabra democracia, a través de un concepto que la metamorfosea, los agentes del dispositivo saber —sus intelectuales— completan la identificación de las instituciones del orden social equilibrado del futuro, finalizan la elaboración del «proyecto de Chile». Estas instituciones serían el mercado como mecanismo de asignación de recursos y la democracia como procedimiento parcial de selección de líderes. Esto último significa que la democracia fue redefinida, negándosele la posibilidad de decidir sobre finalidades y asignándole un rol sólo en la decisión sobre ofertas respecto a las modalidades de realización de los fines.

El dispositivo saber realiza sobre la democracia una gran operación de travestismo. La desplaza de los fines a los medios, de la «producción» de lo social, al «consumo» de lo social. Los fines, en cuanto naturales, no pueden ser discutidos en sí, solamente en cuanto a la mejor forma de su realización. Así concebida la política democrática no produce fines solamente, por así decirlo, realiza o «consume» esos fines. Esa es la validez de la metáfora: se trata de una democracia que «cambia de sexo», travestida, por cuanto lo propio de la voluntad popular debería ser la selección de los fines y no la pura realización (o consumo) de ellos.

A fines de 1977, cuando recién se comenzaba el proceso de completar las «instituciones económicas de la libertad» con el diseño de las «instituciones políticas de la libertad», el profeta Hayek en persona visitó Chile. Una y otra vez recaló estas dos ideas fuerza: «la libre empresa es el único camino para el bienestar» y «la democracia no puede ser ilimitada»⁽¹⁷⁵⁾. Esta última afirmación, en realidad muy antigua en su pensamiento⁽¹⁷⁶⁾, fue

175 Ver Diario La Tercera, 16 y 17 de noviembre 1977.

176 HAYEK, Friedrich A.: CAMINO DE SERVIDUMBRE. Alianza Editorial, Madrid, España, 1990. Este libro fue editado por primera vez en inglés en 1944. De una manera irónica está dedicado «A los socialistas de todos los partidos». Ganas dan de hacer el mismo guiño, pero al revés.

pronunciada poco tiempo después del discurso presidencial de Chacarillas, en el cual se anunció un itinerario de transición. En la tesis de Hayek se vio un espaldarazo teórico a las propuestas del Ejecutivo en materia de orden democrático. En realidad, más de algún testaferrero consideró a Hayek un imitador de Pinochet, en vez de ver en Pinochet a un glosador de Hayek⁽¹⁷⁷⁾.

Con este «completamiento», con este cierre de la brecha entre libertad económica y libertad política, se preparaba el camino, al nivel del dispositivo saber, para las operaciones políticas que comenzaron en 1977 y que culminaron en el plebiscito constitucional de 1980.

4. El dispositivo derecho en la fase terrorista

En la fase terrorista un elemento central definió las características del dispositivo derecho: se trata de la ausencia de una real división de poderes. Este efecto era la consecuencia de tres cuestiones: a) el origen militar de la cabeza del Ejecutivo y la composición castrense del Legislativo o Junta de Gobierno, integrada por los comandantes en Jefe de las cuatro ramas de las FF.AA., b) la ausencia de una justicia independiente, efectiva y no sólo formalmente y c) la localización de la facultad de cambio constitucional en la Junta de Gobierno o poder legislativo.

La otra característica del dispositivo derecho en la fase terrorista fue cumplir la función de anulación total de los derechos políticos y de las libertades civiles, legalizando el despotismo.

El dispositivo derecho definió un monopolio y construyó un cepo. Monopolio del poder y cepo inmovilizador, castrador, desactivador, aunque no despolitizador.

177 El análisis del discurso de Chacarillas se hace en el acápite «Las operaciones políticas de 1977», ubicado más adelante.

A. La monopolización del poder

La monopolización del poder requiere la destrucción de instituciones tradicionales, como el Parlamento y los partidos, así como la construcción de un simulacro de diferenciación del poder.

En el Acta de Constitución de la Junta de Gobierno, elaborada el mismo 11 de septiembre de 1973⁽¹⁷⁸⁾, se señalaron los principios que definían la potestad jurídica de la nueva institución. Ella acumulaba inicialmente todos los poderes, menos el judicial. El poder ejecutivo, por una decisión de la misma Junta, quedaba en manos, no de un Presidente de la República especialmente seleccionado, sino del militar que ejercía la presidencia de ella, en su calidad de tal. Solamente en diciembre de 1974 se designó expresamente un Presidente de la República, entendiéndose que si el origen del poder residía en la Junta, la revocación también, debiéndose seguir para ello la declaración de inhabilidad, por ser ilógica la regla expresa de unanimidad que funcionaba para todos los otros asuntos⁽¹⁷⁹⁾. Pero, en la práctica, el cargo de Jefe de la Junta y, en razón de ello el de Presidente, correspondía, por un consenso nunca discutido, a quien ostentaba el cargo de Comandante en Jefe del Ejército. Eso significaba que si bien el poder formal de nominación emanaba de la Junta, el poder real residía en el cuerpo de generales del Ejército. Ese principio, muy usado en el caso argentino, no tuvo aplicación en el caso chileno. Como es sabido el liderazgo institucional de Pinochet soportó intacto los largos años de dictadura, para luego prolongarse varios años más por mandato constitucional.

El Acta de Constitución de la Junta de Gobierno representó el primer acto jurídico del nuevo poder político, aquél que lo fundaba

178 Ver Diario Oficial. «Decreto-ley N°1», 18 de septiembre de 1973.

179 En junio de 1974 se dictó el Estatuto de la Junta de Gobierno. Allí recién se le asignó al Presidente de la Junta el cargo de Jefe Supremo de la Nación, asimilándose sus prerrogativas a las del Presidente de la República. En ese Estatuto se consagró la norma de la unanimidad, pero también allí se decretó la posibilidad de declarar la incapacidad de un miembro de la Junta para seguir ejerciendo su cargo, lo cual implicaba una excepción del principio general de unanimidad.

en derecho, puesto que la violencia lo fundaba en el terreno político. El Acta, sustituida desde junio de 1974 por el Estatuto de la Junta de Gobierno, viene, pues, a consagrar la fuerza en el terreno normativo y a crearle su primer espacio jurídico, un campo de delimitación de facultades, procedimientos, derechos y obligaciones. Como en todo derecho revolucionario sobresale la maleabilidad o la plasticidad, la subordinación de las normas al ejercicio práctico de un poder recién estrenado. El derecho era dependiente de necesidades políticas todavía no claramente perfiladas ni conocidas.

Fue interesante, de todos modos, el recurso de construcción jurídica. Los nuevos gobernantes se declararon sometidos a la Constitución precedente, aunque en ellos residía el poder constituyente. La estabilidad de la normativa fundamental dependía exclusivamente del acuerdo unánime de los miembros de la Junta. Esta poseía la facultad de cambiar la Constitución, la cual al inicio ejercieron sin siquiera hacer explícita la voluntad de cambio⁽¹⁸⁰⁾. En la práctica el único contrabalance claramente existente en el terreno constitucional (y también en el legislativo) fue la regla de unanimidad al interior de la Junta.

El proceso de monopolización se inició con la elaboración del Acta de Constitución de la Junta de Gobierno que concentraba en ésta el poder ejecutivo, legislativo y constituyente. Continuó con la puesta en práctica de una serie de medidas que reestructuraban totalmente el régimen político. Primero, se clausuró el Congreso y se declaró la vacancia de los cargos de senadores y diputados electos en marzo de 1973⁽¹⁸¹⁾. Luego se declaró la ilegalidad de los partidos de izquierda y el receso forzoso de todos los otros. Más tarde, se prohibieron las elecciones en sindicatos y organizaciones sociales. Finalmente se declararon caducados los registros electorales, procediéndose a la destrucción física de ellos⁽¹⁸²⁾.

180 Este aspecto fundamental recién fue especificado con claridad el 4 de diciembre de 1974.

181 La medida fue hecha pública el 14 de septiembre de 1973.

182 Esta medida tuvo lugar el 20 de noviembre de 1973.

Todo este conjunto de decisiones demostraban claramente el carácter duradero que se había autoasignado el gobierno militar. Las promesas de rápida «restauración democrática» fueron rápidamente olvidadas. Se estaba desplegando el proyecto de una «revolución capitalista».

La monopolización del poder le permitía al Ejecutivo gobernar sin estar sometido al control político del Parlamento, y a la Junta legislar, sin otro contrabalance que la voluntad unánime de sus miembros, uno de los cuales era el propio Presidente o, más tarde, un representante suyo. Creado el consenso interno no existía ningún freno para la toma de decisiones, con lo cual la única oposición eficiente era aquella que pudiera surgir desde las ramas y ser canalizada por el respectivo Comandante en Jefe.

Esto entrañaba un peligro de parlamentarización de las diferentes fuerzas militares con la consiguiente tendencia a la división, fenómeno bien conocido en la experiencia gubernamental de los militares argentinos⁽¹⁸³⁾. En el caso chileno esto no ocurrió quizás por la separación practicada por los mandos entre tareas militares y tareas de gobierno, por la fuerza del ethos jerárquico y por el efecto unificador de las amenazas externas, fueran éstas generadas por motivos limítrofes o políticos.

El hecho es que en el caso chileno la monopolización fue efectiva, ya que el poder decisorio residió en el Presidente y en la Junta. En toda la larga duración de la dictadura no se produjo una rebelión del alto mando contra algún Comandante en Jefe. La única división ocurrió en la cúpula y afectó a la Junta. Aún en aquella crisis la casi totalidad del alto mando respaldó al Comandante removido por decisión de los otros componentes de la Junta⁽¹⁸⁴⁾. No hubo una crisis militar, una falla en el gobierno

183 ROUQUIEU, Alain: *PODER MILITAR Y SOCIEDAD POLITICA EN LA ARGENTINA*, Emecé Editores, Buenos Aires, Argentina, dos tomos, 1982. También O'DONNELL, Guillermo: *ESTADO... OP. CIT.*

184 La referencia es a la inhabilitación del Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, el General Gustavo Leigh. Ella ocurrió a principios de 1978.

interno de la rama por violación del principio de verticalidad del mando o por una falla en el funcionamiento de los canales jerárquicos. Hubo una crisis política, en la cúpula del Estado. La disciplina interna de la rama no se vio debilitada, de manera que el nuevo mando no enfrentó una situación de ilegitimidad grave.

Esta monopolización del poder duró toda la fase de la dictadura revolucionaria de carácter terrorista. Pero, como veremos más adelante, tampoco se modificó de manera sustancial durante la fase constitucional.

B. El cepo represivo

La construcción de un cepo fue la segunda tarea cumplida por el dispositivo derecho. Junto con reacomodar el sistema político se procedió a legalizar la represión.

Como casi todas las constituciones, la de 1925 le otorgaba atribuciones especiales al Ejecutivo para restringir, en situaciones calificadas, las libertades civiles y políticas. Para hacerlo debía contar con la aprobación del Congreso, el cual determinaba el plazo y la proporcionalidad entre los poderes excepcionales conferidos y la naturaleza de la situación que los ameritaba.

El dispositivo derecho montado por la dictadura revolucionaria perfeccionó la capacidad represiva del Estado, mediante dos mecanismos: a) el de «subjetivizar» las razones para dictar estados de excepción constitucional y b) el de poder renovarlos indefinidamente, por decisión de un órgano no representativo. Dejó de ser jurídicamente necesaria la existencia organizada de grupos que pusieran en jaque la seguridad pública, bastaba que existieran sectores que hubiesen expresado la voluntad de organizarse. Se pasó del criterio del acto al de la potencia. Por tanto la autoridad tenía siempre a la mano argumentación jurídica para interpretar una situación como amenazante. Además, al eliminarse cualquier límite jurídico-político a la renovación, los estados de excepción

duraron casi todo el tiempo de funcionamiento de la dictadura. La renovación pasó a ser un acto puramente formal, puesto que la Junta siempre estuvo dispuesta a invocar motivos de perturbación activa o potencial del orden público.

Mientras en el campo de la propiedad, de los contratos y del derecho civil o comercial se tendió a fortalecer la certidumbre jurídica, en el campo político se instaló una incertidumbre total. El derecho se subordinó al terror, a las exigencias de la represión. Por tanto dejó de regirse por principios internos de índole jurídica, para pasar a regirse por necesidades externas. A su vez el derecho y el terror se autojustificaron en función de las necesidades del proyecto. Se pusieron al servicio del despliegue del dispositivo saber, el cual tenía la función de definir los fines sociales y de proporcionar sus legitimidades discursivas.

Con el argumento de que era necesario impedir que Chile-Nación perdiera la oportunidad de encaminarse por la «senda del progreso»; con el argumento de impedir que alguien (maléfico) le impidiera ser una «sociedad ordenada según la naturaleza», se construyó el cepto jurídico que silenció e inmovilizó a Chile.

A principios de 1976 la Junta, aparentemente contra la opinión de la Comisión de Estudios Constitucionales⁽¹⁸⁵⁾, adoptó la decisión de formalizar un conjunto de principios jurídicos que, bajo el nombre de Actas Constitucionales, reemplazarían algunas secciones de la Constitución del 25. Ese acto político podía tener dos significados: uno era seguir subordinando los plazos al cumplimiento de las metas, ya que las actas eludían ese tema; el otro era cancelar el tantas veces anunciado intento de crear una nueva Constitución. En realidad, colocada la operación en perspectiva, parece constituir un episodio de la lucha interna por el poder dentro de la Junta. Las actas aparentemente constituyeron

185 CAVALLO, Ascanio et al.: *LA HISTORIA OCULTA DEL REGIMEN MILITAR*, 1973-1988. Editorial Antártica, Santiago, 1989, pp. 165-66. Los autores afirman que hubo molestia en la Comisión por la elaboración de las actas y por la petición de preocuparse de su redacción.

una transacción momentánea, superada por las circunstancias posteriores que obligarían a ahondar en el proceso de institucionalización. Es posible que algunos sectores hayan creído que las actas bastarían para aplacar la presión internacional, en vista de que fueron decisiones adoptadas antes del asesinato de Letelier-Moffit. Pero los nuevos hechos políticos se encargaron de demostrar que el simulacro era muy insuficiente.

Entre principios de enero de 1976 y el 13 de septiembre del mismo año se promulgaron cuatro Actas Constitucionales. La N° 1 tuvo como objetivo crear un Consejo de Estado, órgano consultivo del Presidente de la República, el cual no tenía capacidad decisoria y se pronunciaba a petición de la autoridad. Estaba integrado por dieciséis miembros designados por la máxima autoridad y, por derecho propio, por los ex Presidentes. El hecho de que esta acta fuese publicada por adelantado y por separado revela que buscaba aparentar un gesto de apertura. Incluso quiso dársele el carácter de ensayo para un futuro órgano representativo. Pero la validez de la institución fue cuestionada por el ex presidente Frei, quien se negó a participar, a diferencia de los ex presidentes Alessandri y González Videla. El primero dijo muy claramente que no estaba dispuesto a legitimar una dictadura que se perpetuaba en el poder.

El 11 de septiembre de 1976 se dieron a conocer las Actas Constitucionales N° 2, N° 3 y N° 4⁽¹⁸⁶⁾. Desde el punto de vista doctrinal el acta más importante era la N° 2, denominada las «Bases esenciales de la institucionalidad chilena». El acta estaba precedida de un largo considerando normativo donde se reafirmaban algunos de los aspectos principales de la Declaración de Principios. Entre ellos se afirmó el carácter cristiano de la dictadura y se reivindicó la noción de «nueva democracia», atribuyéndole el carácter de una construcción política de validez universal.

Esta invocación de lo cristiano puede interpretarse como un

186 Ver en: *Diario Oficial*, 13 de septiembre de 1976. También VALENCIA AVARIA, Luis: *ANALES DE LA REPUBLICA*. Ediciones de la Biblioteca Nacional, Santiago, Chile, 1990.

capricho semántico, un juego lingüístico, cuando —en realidad— constituyó un recurso de la lucha por la legitimación. Igual papel cumplía el rescate autoritario de la democracia. El Acta N° 2 repitió el tema invariante del análisis normativo de la democracia realizado por la dictadura militar chilena: la «nueva», que intentaba crear la Junta, era postulada como más auténtica y representativa que la democracia liberal. La razón era que no estaba contaminada por el «pluralismo malsano». Por tanto estaba autodefendida contra los enemigos de la libertad, que luchaban por instalar instituciones contrarias a la naturaleza. Esa argumentación que, como un eco se repetía a través de toda la argumentación discursiva de la dictadura militar, constituía —de hecho— su principio de identidad original. La historia jurídica de esa dictadura se condensa en la historia de las transformaciones de esa creación originaria.

El Acta N°3 definía los derechos y obligaciones de los ciudadanos. La arquitectura de esa pieza jurídica se afirmaba en el principio jusnaturalista de la preeminencia de los derechos individuales, derivados del hecho de ser persona, respecto de los derechos políticos, definidos y resguardados por el Estado. Además se incorporaban al corpus constitucional, otorgándoseles —por tanto— el carácter de derechos fundamentales una serie de importantes reivindicaciones sociales, como la salud, la educación, el vivir en un ambiente sano, el trabajo. ¿Cómo es posible que la propia dictadura mutilara la flexibilidad de su capacidad coactiva, que renunciara a la posibilidad de usar, en el logro de sus metas, los recursos de su poder sin contrapesos? No, no se está en presencia de una especie de autonomización esquizofrénica del dispositivo derecho, cuyo extraño despliegue podría revelar fisuras profundas en el bloque en el poder. Se trata más bien de un «juego normativo», creado con fines de justificación discursiva, para consumo de una sociedad donde los simulacros jurídicos eran muy importantes. El juego es un juego con la temporalidad. El Acta N°3 no prometía sólo palabras. Su interés era que prometía un futuro. Lo real de esa construcción jurídica era su carácter «virtual».

Anunciaba derechos que regirían algún día, cuando hubiesen cesado los efectos de los «estados de excepción» que legalizaba el Acta N°4. Esta última redefinía esos instrumentos jurídicos, creando una nueva nomenclatura. Definía cuatro situaciones de emergencia durante las cuales se podían restringir los derechos civiles y políticos en virtud de la obligación que tenía el Estado de preservar posibilidades de realización de los «objetivos nacionales» y de los «derechos naturales». Las referidas situaciones eran las de guerra interna o externa, de conmoción interior, de subversión latente y de calamidad pública.

A cada una de esas situaciones jurídicas de excepción correspondía un «estado», esto es, un conjunto de restricciones posibles. En el caso de una situación de guerra externa se podía dictar el Estado denominado de asamblea, para el cual no era necesario siquiera contar con la aprobación de la Junta. Para el caso de una situación de guerra interna o de conmoción interna se podía decretar el estado de sitio. Para el caso de una situación de subversión latente se podía dictar el estado de defensa contra la subversión. Para el caso de un estado de calamidad pública se podía dictar el estado de catástrofe.

La dictación, con acuerdo de la Junta, de los estados de sitio o de defensa contra la subversión derogaba todos los derechos civiles y políticos reconocidos en el Acta N°3, incluida la posibilidad de los individuos de residir en su país o de obtener amparo jurídico.

El simulacro jurídico no consistía en la falsedad de los derechos prometidos sino en la suspensión de sus efectos. La promesa no consistía en señalar plazos para el término del gobierno militar, consistía en declarar derechos que eran momentáneamente suspendidos, que sólo serían válidos desde el momento indeterminado en que se declarasen finalizados los estados de excepción.

El dispositivo derecho no podía dejar de funcionar como un cepo. Pero, por un lapsus, al elaborarse el Acta N°3 se introdujo

una ambigüedad interpretativa respecto al recurso de protección que amenazaba la subordinación del derecho al terror. La figura del recurso de protección permitía al afectado recurrir a los tribunales para paralizar los efectos de una resolución mientras se tratare el fondo. El acta respectiva no cancelaba la aplicabilidad de ese derecho a los derechos civiles y políticos en los estados de excepción. Por tanto empezó a ser esgrimida para los casos de privaciones de libertad, del derecho a vivir en Chile y de privaciones de nacionalidad.

Sin vergüenza se deshizo el «acto fallido». Al poco tiempo de haberse dictado lo que se suponía constituía un sistema orgánico de leyes políticas, se procedió a reformar las actas. A fines de enero de 1977 se aclaró explícitamente la ambigüedad, declarándose improcedente el recurso de protección durante el estado de sitio (luego estado de emergencia) para los casos de libertades civiles y políticas.

Una nueva demostración de que en la fase terrorista primaba la plasticidad del derecho, que éste debía ajustarse a las necesidades políticas. Pero de todos modos importa saber ¿en qué dirección política apuntaban las actas? Al buscarse la concordancia entre los enunciados doctrinarios del Acta N°2 y la legislación positiva promulgada un tiempo después de ella se llega a la conclusión de que la noción vigente de «nueva democracia» no era aún compatible con la existencia de partidos. Estos eran considerados incompatibles con la «unidad nacional», eran considerados como factores de disociación.

No es de extrañar, por tanto, que poco tiempo después de la promulgación de las actas se rigidizara el dispositivo derecho, se le agregaran piezas que perfeccionaban su arquitectura de cepo inmovilizador. En efecto, a principios de marzo de 1977 se dictó un decreto que aduciendo la «necesidad de propender a la integración armónica de todos los sectores de la nación» ilegalizó todos los partidos políticos y declaró prohibida y sancionada la actividad

pública⁽¹⁸⁷⁾. En febrero del mismo año se había potenciado la panoplia represiva con un decreto que exigía la autorización previa para la publicación de revistas, periódicos y libros⁽¹⁸⁸⁾. Cinco años después del golpe todavía se hacía necesario castigar la palabra, la intervención ciudadana, recurriendo a los «valores permanentes de la chilenidad». ¿Por qué ese pánico frente a organizaciones que se habían demostrado impotentes, que no habían sido capaces de generar una oposición significativa, aún en los momentos más débiles y vacilantes de la gestación del proyecto?

Todos esos actos jurídicos (los del simulacro o los de la transparencia) revelaban la subordinación del derecho al terror, subordinación necesaria para que el proyecto sacralizado y trascendentalizado pudiera realizarse sin obstáculos.

Como se ha dicho, no se reprimía por placer ni por ceguera. El terror estaba al servicio del proyecto, al servicio del régimen de verdad. Las normas jurídicas eran un instrumento para el afincamiento interno de las nuevas creencias, para su introyección. Deberes que se intentaba penetraran la mente.

II. La dinámica política: el comienzo de la operación transformista

1. El diseño estratégico global

Como se ha dicho, a principios de 1977 se reforzaron los mecanismos del cepo jurídico, haciéndolo aún más inmovilizador. Las razones que podrían explicar este endurecimiento legal son complejas.

Una de ellas se relacionaba con el éxito económico en despliegue. El comienzo de lo que se creyó era un despegue estable, condujo al régimen militar a multiplicar las precauciones. El endurecimiento legal permitía prevenir la posibilidad que la

187 Diario Oficial, Decreto-Ley N° 1967, 12 de marzo de 1977.

188 Se trataba del Bando N°107.

relativa mejoría del mercado laboral airearía nuevas demandas salariales. Ante ese peligro el régimen reforzó sus defensas jurídicas. Se preparó para castigar cualquier eventual reactivación sindical, tanto como política o partidista.

Otro de los factores en juego fue un efecto paradójico de la dureza de las reacciones internacionales frente a la violación de los derechos humanos. Estas se agravaron en forma extrema por el asesinato Letelier-Moffit. No es conveniente, sin embargo, hipertrofiar la importancia de ese único incidente aislado. Antes de esos asesinatos y en pleno gobierno de Nixon, Estados Unidos ya había realizado algunos gestos políticos decisivos. En mayo de 1976, durante la esperada visita del Secretario del Tesoro, el gobierno norteamericano indicó, sin demasiados eufemismos, el mejoramiento de las condiciones de los derechos humanos como requisito para recibir ayuda internacional. En junio de ese mismo año Kissinger criticó la situación política ante la Asamblea de la OEA realizada en la misma capital chilena. En julio de 1976 fue aprobada por el Congreso la «Enmienda Kennedy», después que una comisión parlamentaria se declarara «espantada» por las repetidas violaciones de derechos humanos. La importancia que tenía para la Administración Nixon el éxito de la política de distensión le restaba posibilidades de apoyar públicamente a una dictadura de derecha que, a nombre de la lucha anticomunista, realizaba una «guerra santa».

Con el crimen de Letelier-Moffit la situación adquirió, para Estados Unidos, una gran importancia doméstica. Pero la incomodidad gubernamental por las violaciones de los derechos humanos, agravada por el vanguardismo fundamentalista de Chile en política internacional, se había hecho sentir antes. En noviembre de 1976 el triunfo de Carter, quien había convertido el tema de Chile en un «issue» de su campaña, generó miedos catastróficos en los círculos gubernamentales chilenos.

El grupo de tecnócratas que dirigían la política económica era sensible tanto a la vulnerabilidad de la economía como a la

necesidad de acceder a préstamos internacionales. Estos percibían, mejor que otros dirigentes políticos o militares, que la inserción plena de Chile en los mercados internacionales no podría hacerse con el único apoyo del capital financiero internacional y a contrapelo de los gobiernos de los países desarrollados.

En todo caso no debe extrañar que los militares chilenos, propensos como todos los de su especie a jugar la carta patriótica, reaccionaran ante el asedio externo al revés de lo esperado. Sin embargo el endurecimiento legal formaba parte de una operación muy compleja, cuyo diseño y aplicación estaba aún en sus comienzos.

El factor que mejor explica los draconianos decretos contra los partidos y la libertad de opinión de los primeros meses de 1977, es que ellos constituyeron el prelude necesario de un cambio político. No revelan el triunfo de la tendencia más dura, más bien forman parte de la preparación de una fase institucionalizadora. En vista de que se preparaba un giro político importante, el cual desembocaría en la Constitución de 1980, se decidió reforzar el cepo jurídico protector. Debía otorgársele una señal apaciguadora a los grupos duros y también debía quedar claro para los opositores que no serían permitidas sus actividades políticas y que la futura institucionalización sería dirigida desde arriba. Era necesario mostrar que no se tenía planeado negociar o pactarla.

Desde el asesinato Letelier-Moffit y desde la indisimulable y escandalosa desaparición de la dirección interior del Partido Comunista, ejecutada por la DINA a fines de diciembre de 1976¹⁸⁹, se había desencadenado una lucha interna dentro de los grupos de apoyo al régimen. Había tomado cuerpo una tendencia conocida como «blanda», uno de cuyos principales objetivos era la reformulación de la política represiva y la salida de Contreras

189 Ver VICARIA DE LA SOLIDARIDAD: ¿DONDE ESTAN?, Talleres Gráficos Corporación, Santiago, Chile, tomo II, 1979; INFORME DE LA COMISION VERDAD Y RECONCILIACION: OP. CIT.

de la jefatura de la DINA. Es evidente que el triunfo de Carter dio alas a esa tendencia.

Pero ella no hubiera tenido éxito sin contar con otras capacidades: concitar apoyo entre influyentes militares, contar con el beneplácito de los tecnócratas a cargo de la política económica y, sobre todo, insertar la medida dentro de un plan global cuyo eje era la duración del régimen militar.

Este plan no estaba totalmente claro ni acordado a mediados de 1977. De hecho sufrió múltiples alteraciones en el curso del recorrido. Lo que sí estaba claro era la meta estratégica. Esta era institucionalizar, pero para durar sin tropiezos, no para preparar un retiro honroso al estilo de Lanusse. Esa nunca fue la perspectiva política de los «blandos». Ellos no estaban trabajando para formar una coalición liberalizante, como las que plantea O'Donnell⁽¹⁹⁰⁾. Buscaban las mejores condiciones para ganar tiempo político e intentaban ampliar el espacio de maniobra para llevar adelante, sin concesiones, las tareas pendientes de la modernización capitalista.

Con otras metas estratégicas los «blandos» no hubieran conseguido nada de lo que obtuvieron. Ellos no estaban en colusión con los sectores moderados de la oposición para liberalizar el régimen y preparar una alternancia. No. Ellos buscaban profundizar la revolución capitalista, deseaban que ella fuera más allá de las metas alcanzadas hasta 1977-80. Para ello deseaban que se mantuviera por el mayor tiempo posible la dictadura revolucionaria y, por eso, buscaban nuevas condiciones de legitimidad.

La dirección estratégica estuvo clara, en sus líneas generales, en 1977. No podían estarlo las modalidades. Ellas se fueron afiando entre junio de 1977 y septiembre de 1980, durante toda la fase de dictadura constitucional. Por supuesto que muchos detalles del plan inicial cambiaron, que se enfrentaron numerosos

190 O'DONNELL, Guillermo: «Tensiones en el Estado burocrático autoritario y la cuestión de la democracia». En: *Estudios Cedes*, Buenos Aires, Argentina, N° 4, 1978.

obstáculos, algunos inesperados. Es obvio que el diseño estuvo numerosas veces en peligro. Pero finalmente se cumplieron los trazos básicos de la estrategia institucionalizadora. Se impusieron, por supuesto, en una lucha política con las corrientes discrepantes intrarrégimen, pero también en lucha con los intentos de la oposición para hacer abortar la institucionalidad que se empezó a forjar desde 1977.

2. Las operaciones políticas de 1977

Dos importantes operaciones políticas tuvieron lugar en 1977, ambas inspiradas por la tendencia «blanda-institucionalizadora». Antes de avanzar es necesario definir lo que significaron las tendencias dentro del régimen militar chileno.

La información que arrojan los pocos estudios existentes obliga a distinguir el tipo de tendencias existentes aquí de sus similares argentinas⁽¹⁹¹⁾. Estas últimas eran públicas, tenían liderazgos reconocidos y cierto grado de organización. En Chile las tendencias intrarrégimen tenían más fluidez y fronteras más abiertas, eran sólo semi públicas, casi carecían de organización, operaban como un grupo de opinión.

La primera operación, realizada bajo la influencia de la tendencia «blanda», fue la enunciación por parte de Pinochet del primer programa de cambio político del régimen militar. Hablando a la juventud en el Cerro Chacarillas el 11 de julio de 1977, Pinochet se ubicó en el campo estratégico de los «blandos»⁽¹⁹²⁾. La ocasión fue muy importante porque, por primera vez, se fijaron plazos de duración de la dictadura militar, se definió una transición por etapas

191 HUNNEUS, Carlos: «Inauguración de la democracia en Chile. ¿Reforma en el procedimiento y ruptura en el contenido democrático?». S./E., 1986. Este artículo plantea hipótesis en algunos aspectos discrepantes de las de este libro, pero constituye un análisis original y con mucha información trabajada en una lógica empírica.

192 Ver el libro de CAVALLO, Ascanio et al.: *HISTORIA y... OP. CIT.* Este proporciona informaciones que confirman el papel de Jaime Guzmán en la elaboración de ese discurso.

y un sistema institucional para cada una de ellas. También se ofreció una caracterización más concreta de la «nueva democracia».

Esta fue definida con los adjetivos de «autoritaria, tecnificada, integradora y de participación social». Con estos nombres seguirá asociada en el discurso oficialista hasta la pérdida del plebiscito sucesorio en 1988. En el discurso de Chacarillas casi no se mencionó la existencia de los partidos. Sin embargo la referencia al adjetivo integrador de la «nueva democracia» sirve de indicador del clima que se vivía. A principios de 1977 habían sido ilegalizados todos los partidos y penada la actividad política. Se adujo entonces el carácter disociador de los partidos.

La definición sobre el tema estaba todavía en suspenso. Los «blandos» se acercaban cada día más a homologar la «nueva democracia» a una forma protegida de la democracia liberal. Fueron «ablandando» su crítica de los partidos en la medida que se alejaron de las tentaciones corporativistas.

Su creciente cercanía con los tecnócratas neoliberales los habían convertido en «realistas», mellando su interés original por la superación de la democracia liberal. De lo que trataba era de crear un sistema político que combinara elecciones con designación, de modo que hubiera instituciones donde no se corriera el albur de la ley de la mayoría. Pero, en los mismos «blandos» no estaba totalmente realizado el periplo para la aceptación plena de los partidos. En ese tema los blandos estaban inspirados por el pensamiento de su principal mentor político, Jorge Alessandri. Este fue siempre muy crítico del sistema de partidos chileno. Su sueño político era que los partidos estuvieran al servicio de «grandes personalidades», capaces de la ascesis heroica de posponer sus intereses particulares. De modo que no es raro que el discurso de Chacarillas fuera silencioso respecto al papel de los partidos en la institucionalidad futura

En el discurso de Chacarillas se anunció el primer itinerario de la futura transición. Se distinguieron tres etapas y cada una de

ellas fue fechada. La primera, en curso desde 1973, se denominó de recuperación. El discurso anunciaba que esa etapa de saneamiento y recuperación estaría terminada «a más tardar», según palabras textuales, a fines de 1980.

Desde entonces hasta fines de 1985 se extendería la etapa de transición. La presidencia permanecería en manos de los militares, también seguiría en funciones una Junta formada por los cuatro Comandantes en Jefe. A esas dos instituciones de continuidad se les agregaría una Cámara Legislativa. Los dos tercios de los miembros de ella serían designados por la Junta, el otro tercio correspondería a personalidades que accederían por derecho propio. Ese órgano pseudorepresentativo tendría funciones legislativas, o bien compartidas con la Junta o sometidas al veto de ésta.

A fines de 1985 comenzaría una etapa de normalidad. La Cámara Legislativa sería, a partir de entonces, electa los dos tercios y a ella le correspondería la elección del Presidente.

El diseño propuesto en Chacarillas fue elaborado básicamente por Guzmán y su equipo político. Su publicidad y resonancia fueron acicateadas por el triunfo de Carter, los temores del equipo económico y el elemento de ambigüedad introducido por las medidas duras de comienzos de año.

Los sectores nacionalistas reaccionaron con suspicacias frente a los anuncios de Chacarillas. Entre los «blandos-institucionalizadores» y los nacionalistas existían diferencias radicales de proyecto. Como se ha dicho, los primeros venían de vuelta: ya eran partidarios de una definición «moderada», no corporativista, de la nueva democracia y eran firmes partidarios de la política económica en aplicación.

Al revés, los nacionalistas pensaban que era necesario organizar de inmediato instituciones representativas de los grupos intermedios de la sociedad, para ir ensayando una «nueva democracia» de carácter corporativo o por lo menos mixto.

Además rechazaban la política económica del gobierno. Creían que le enajenaba al gobierno el apoyo de los verdaderos «hombres de trabajo» (los asalariados y los empresarios).

Ambas tendencias concordaban en la necesidad de prolongar la duración del régimen militar. Pero mientras los nacionalistas seguían creyendo en la necesidad de un «Estado nuevo», los «blandos» se habían ajustado al predominio del paradigma neoliberal y pensaban la política con sus categorías. El nuevo régimen político debía ser una reforma del modelo liberal.

El año 1977 fue decisivo para la elaboración de la futura institucionalidad del régimen militar. Además del discurso de Chacarillas es indispensable examinar la carta de Pinochet a la Comisión de Estudios Constitucionales de noviembre del mismo año⁽¹⁹³⁾. En la misiva, Pinochet definió los grandes lineamientos de la futura Constitución. A diferencia de otros, insistió en la necesidad de una nueva Carta Fundamental y señaló su eje estructurante, la noción de «democracia protegida». Las orientaciones pueden resumirse en los siguientes puntos principales: a) afianzamiento del sistema presidencial, de manera de preservar el principio de la autoridad ejecutiva fuerte, b) constitución de un nuevo tipo de Parlamento con composición mixta (electos-designados) e incorporación obligatoria a las comisiones legislativas de personalidades con conocimientos técnicos o versación jurídica, c) creación de un «poder de seguridad», a través del cual la participación de las FF.AA. en la preservación de los «objetivos permanentes» de la nación adquiriría un rango constitucional, d) existencia de partidos de «nuevo tipo» que actuaran como corrientes de opinión, e) la proscripción definitiva de los grupos totalitarios y la prohibición de divulgar sus doctrinas.

193 Los diferentes proyectos preparados por las diferentes instancias están recopilados en *Revista Chilena de Derecho*, Universidad Católica, Santiago, Chile, vol. 8, 1981. Se incluye también la mencionada carta. Para un estudio sobre el papel de la constitución en un régimen autoritario ver UGGLA, Fredrik: *PRIDE, PREJUDICE AND PRAGMATISM. Negotiating Constitutional Changes during Chile's Transition to Democracy*, Department of Government, University of Uppsala, Uppsala, 1994.

En el instructivo de Pinochet a la Comisión se rechazaba, asimismo, el sistema corporativo, propiciado por los grupos nacionalistas. Ese fue el signo de una profunda derrota política de éstos. Se perfeccionaba el viraje neoliberal del régimen. Se había abandonado la tentativa de reemplazar la democracia liberal por un «Estado nuevo» y se afianzaba el modelo económico de apertura al capitalismo mundial y con predominio del gran capital financiero internacional.

La segunda operación, cuyos entretelones permanecen en el secreto, tuvo como objetivo el alejamiento de Contreras de la dirección de la Dina⁽¹⁹⁴⁾. Se trató del primer paso hacia la personalización de la culpa, hacia la identificación de un «chivo expiatorio», cuyo actuar irracional y desmedido explicaba el salvajismo del terror. Esa personalización es el comienzo del blanqueo del régimen y de las instituciones castrenses. Contreras, por estar a la cabeza de la DINA, se había convertido en el personaje simbólico de la represión. Su nombre estaba asociado a las muertes de Prats, de Soria, de Letelier, al atentado contra Leighon, también se le vinculaba a los asesinatos de múltiples desaparecidos.

Los blandos-institucionalizadores, en particular Guzmán, convencidos de que el maquiavelismo de Contreras constituía un peligro para la preservación del régimen militar, lanzaron contra él todos sus recursos de poder, contando para ello con el apoyo de sectores militares. Su salida fue vista como una condición de la institucionalización de la dictadura. El 13 de agosto de 1977 se publicó el decreto-ley que disolvió la DINA y creó en su reemplazo la Central Nacional de Informaciones, la cual tenía formalmente menos atribuciones operativas. Contreras fue suplantado en la dirección del nuevo organismo tres meses después de su formación. Pese a eso, en noviembre de 1977 Contreras fue ascendido a general y destinado al Comando de Ingenieros. Fue

194 No pretendemos colmar esa ausencia de datos fidedignos. Este libro no pretende develar secretos. Su intención es interpretar coyunturas y procesos, en la óptica de una ensayística histórica. Para los entretelones de esta salida ver CAVALLLO, Ascanio et al.: *LA HISTORIA... OP. CIT.*, pp.190-200.

llamado a retiro en 1978, como consecuencia del comienzo de la tramitación del exhorto de la justicia americana en el caso Letelier-Moffit.

III. La elaboración de la nueva constitución

Después de los anuncios de Chacarillas de julio de 1977 y de la carta de Pinochet a la Comisión de Estudios Constitucionales se aceleró el proceso, largamente estancado, de elaboración de la nueva Constitución. El 18 de octubre de 1978 se hizo público el Anteproyecto de Nueva Constitución. Pero el Consejo de Estado se tomó su tiempo para evacuar su informe, el cual recién fue hecho público el 1 de julio de 1980. El 11 de agosto la Junta aprobó el Proyecto de Constitución definitivo, el cual sería plebiscitado el 11 de septiembre de 1980.

1. El contexto

Esta última fase del proceso de elaboración de la nueva Constitución se realizó en un marco de progreso económico, de graves problemas de política internacional y de un cierto deterioro de la legitimidad política interna. Estos últimos problemas revelan que la estrategia del cambio de fase tenía plena justificación. Se había debilitado la capacidad de gobernabilidad de la fase terrorista. Era necesario buscar nuevas fórmulas de reproducibilidad.

A. Progreso económico

Entre 1977 y 1980, los años de la definición del marco constitucional, la economía chilena presentó claros síntomas de avance en los indicadores macroeconómicos, con excepción de la tasa de desocupación y la balanza comercial. Entre 1973 y 1976 los remedios monetaristas parecían incapaces de sofocar la alta inflación heredada de la Unidad Popular, el bajo crecimiento del

PGB, el déficit de la balanza comercial y la alta desocupación. Puede aplicarse al compartimiento de esos años la categoría de "estanflación". Pero desde 1977 la situación empezó a variar. El auge alcanzó a durar hasta 1980, el año en que se plebiscitó la Constitución, para colapsar en 1982.

Como se observa, el plebiscito estuvo ubicado en un momento excepcional desde el punto de vista de los resultados macroeconómicos. El promedio del crecimiento del PGB entre 1977 y 1980 fue de 8.2, en contraste con el crecimiento negativo de -8.4% entre el 74-76; la inflación promedio fue de 40.1%, en vez del 264% del período 74-76. En el rendimiento macroeconómico existían dos puntos negros, uno de gran incidencia social, la tasa de desocupación. La tasa promedio 77-80 fue de 13.1%, muy alta para los niveles históricos. El otro era el déficit comercial, el cual alcanzó un nivel acumulado de -330.4 millones de dólares, en circunstancias que entre el 74-76 el nivel acumulado había sido positivo, de + 40.8 millones de dólares. Lo más importante desde el punto de vista político no fueron tanto los resultados como la atmósfera triunfalista.

El quiebre, a partir de 1976, de la hiperinflación y el salto en el crecimiento del PGB, a partir de 1977, aparecían confirmando la pretensión de cientificidad del discurso. Hacia los '80 ya se empezó a hablar de «milagro chileno», después de cuatro años de crecimiento por encima del 7%.

Esa misma circunstancia hacía indispensable el maquillaje político de Chile, de manera que la mala imagen internacional por cuestiones de derechos humanos no fuera un freno ni para la inserción de Chile en los mercados ni para la obtención de créditos internacionales. La esperada salida de la economía del pozo negro de la "estanflación" debería complementarse con medidas políticas, que sin provocar incertidumbre respecto de la continuidad y de la profundización de las políticas «modernizadoras», crearan condiciones de una nueva legitimidad.

Los resultados exitosos acentuaron el dogmatismo cientificista del discurso de los tecnócratas. Al asociarse con el grupo de Guzmán en la empresa institucionalizadora estuvieron en condiciones de «totalizar» su discurso. Pudieron ir más allá de la pura arrogancia. Empezaron a decir que la transformación de la economía, en la medida que continuara en la dirección emprendida, abriría el camino a la verdadera democracia⁽¹⁹⁵⁾. La nueva Constitución apareció como una condición de esa misma «modernización».

B. Problemas internacionales

En el estudio del contexto en que se elaboró la nueva Constitución no es posible perder de vista el carácter crítico en el frente externo de los años 1977-80, por la combinación de problemas con los países vecinos con problemas creados, por la violación sistemática de los derechos humanos, estos últimos especialmente con EE.UU.

A fines de enero de 1978, cuando la Comisión de Estudios Constitucionales estaba comenzando a intensificar su trabajo de redacción del Anteproyecto de la nueva Carta, se desencadenó el delicado conflicto con Argentina, que duró todo el año. El primer episodio público tuvo lugar el 25 de enero de 1978 cuando Argentina declaró la nulidad de la decisión arbitral británica. El conflicto, que pudo conducir a la declaración de guerra por parte de Argentina, tuvo los momentos más delicados en los meses de octubre a diciembre, cuando se hizo evidente el fracaso de los intentos de arreglo bilateral. La gravedad de la situación está resaltada en el Mensaje de Paz emitido conjuntamente por Obispos de ambos países, en ese mes de octubre. El peligro solamente amainó a fines de diciembre de ese mismo año cuando Argentina aceptó la mediación papal.

Pero ése no fue el único conflicto con un país vecino ocurrido

195 MOULLIAN, Tomás y VERGARA, Pilar: *ESTADO... OP. CIT. VERGARA, Pilar: OP. CIT.*

entre 1977-80. El otro fue la ruptura de relaciones con Bolivia, ocurrida en marzo de 1978, por decisión unilateral del país vecino⁽¹⁹⁶⁾. La cercanía de la ocasión, elegida por el Presidente boliviano, de la fecha de la decisión argentina, hicieron pensar en un frente unido contra Chile, al cual no tardaría en sumarse Perú.

Esta tensión en las relaciones con dos países limítrofes no fue el único problema externo que el gobierno militar debió enfrentar en esos años claves. El otro fue el deterioro de las relaciones con EE.UU. producidas por las investigaciones del asesinato de Letelier-Moffit. Desde que las fotos e identidades de Townley y Fernández Larios se hicieron públicas, en los primeros días de marzo de 1978, hasta la expulsión del país del primero, el 18 de abril del mismo año, parece que la ruptura de relaciones con EE.UU. estuvo en el tapete⁽¹⁹⁷⁾.

El gobierno logró amainar la tormenta con la medida señalada y, más tarde, con la exclusión expresa del caso Letelier de la Ley de Amnistía. El gobierno militar logró derivar el problema hacia la esfera judicial, confiando en la adhesión política e ideológica de la mayoría de los jueces. Durante mucho tiempo esa estrategia surtió efecto, para revertirse durante el gobierno de Aylwin.

Es así como en octubre de 1979 la Corte Suprema rechazó las extradiciones pedidas por la justicia de EE.UU. Pero el deterioro de las relaciones con el país del Norte no estuvo confinado al caso Letelier-Moffit. En noviembre de 1978 la AFL-CIO decidió el boicot a Chile, argumentando violaciones de la libertad sindical, especialmente de las posibilidades de libre asociación, derecho a huelga y negociación colectiva. Aunque el gobierno militar logró neutralizar esa amenaza, el incidente muestra el alto grado de aislamiento de la administración del momento.

196 Ver CAVALLIO, Ascanio et al.: *LA HISTORIA... OP. CIT.*, pp. 202-210.

197 Eso afirma, por lo menos en AUGE... *IBID.*, p. 197.

Embarcado en una cruzada antimarxista y de defensa del capitalismo recibía el rechazo de parte del paladín de ambas causas. La intensidad de ese aislamiento quedó demostrado en dos hechos: en el nombramiento de un relator especial de Naciones Unidas sobre la situación chilena, a principios de 1979 y en el rocambolesco viaje a Filipinas, que tuvo lugar en marzo de 1980. Ferdinand Marcos (de tal palo tal astilla), argumentando presuntos problemas de seguridad, humilló a Pinochet, suspendiendo su viaje cuando éste ya iba en vuelo.

C. El brote de división política de las FF.AA.

Ese es otro de los elementos claves del contexto. Un factor que, sin duda, contribuyó a reforzar las tendencias institucionalizadoras.

Desde el viraje neoliberal de 1975 se habían multiplicado las desavenencias entre Pinochet y Leigh. Este, que en la división del trabajo legislativo de la Junta, aparecía encargado del tema social, incentivó una línea que (usando la nomenclatura argentina) se podría denominar «paternalista». Una forma suave de populismo, caracterizada por la preocupación por el «costo social» de los programas de ajuste y, en especial, por defender la capacidad de organización y negociación de los trabajadores. El Ministro del Trabajo, el general de aeronáutica Nicanor Díaz Estrada, impulsó una ley de participación de los trabajadores en la gestión de las empresas (Estatuto Social de la Empresa), se opuso al total desmantelamiento sindical y a la caducidad del antiguo Código del Trabajo.

A comienzos de 1977, cuando Pinochet decidió realizar la ~~consulta plebiscitaria para rechazar la condena de Naciones Unidas~~
~~de la Ley de Amnistía y el Estatuto de la Empresa~~
~~de la Ley de Participación de los Trabajadores en la Gestión de las Empresas~~
~~de la Ley de Participación de los Trabajadores en la Gestión de las Empresas~~

un liberalizador. A fines de mayo de 1978 en un discurso realizado en el Liceo Lastarria habló a favor de la clásica separación de poderes y sobre el rol de los partidos. En la entrevista crucial, aparecida en el Corriere della Sera, el 18 de julio, esbozó un plan político en el cual colocaba el término de la transición en 1985⁽¹⁹⁸⁾. Además planteó la necesidad de definir el estatuto de los partidos, de reabrir los registros electorales y de generar una ley electoral. Por si fuera poco se declaró partidario de la existencia de una izquierda socialdemócrata (a la escandinava) y puso en duda la eficacia de «prohibir las ideologías totalitarias».

Leigh se autoasignaba el rol de democratizador, en un momento en que estaba en elaboración la nueva Constitución, cuyo objetivo era legalizar la larga duración. En una coyuntura de presión externa y de amenaza de los países limítrofes, las disidencias de Leigh fueron consideradas no sólo perturbadoras sino inadmisibles. La opinión unánime de los otros miembros de la Junta permitió que fuera declarado «incapaz de seguir gobernando.» Con él se alejaron casi todos los generales de la FACH, en un momento de grave amenaza externa.

Leigh, al irse, estaba intentando arreglar cuentas con la historia, no estaba encabezando una alternativa contra Pinochet. No buscó ni contó con el apoyo de la oposición, no intentó usar la capacidad militar de su rama. Su acto tuvo el carácter de un testimonio político.

D. Visibilidad de crímenes contra los derechos humanos

El descubrimiento de restos de detenidos-desaparecidos en un horno abandonado de la localidad de Lonquén constituyó un elemento importante del contexto del proceso de institucionalización.

El 19 de abril de 1978 el gobierno había decretado la Ley de

~~no se recomendará el plazo y el mismo prometido por Pinochet en el discurso de Chacarillas~~

Amnistía, en medio de las protestas de los familiares de detenidos-desaparecidos. Aunque fue presentado como un gesto de reconciliación, porque perdonaba a los transgresores o victimarios de los dos lados, recibió el rechazo de todas las organizaciones de derechos humanos y de la totalidad de los partidos opositores. No solamente dejaba sin castigo atroces crímenes ejercidos por agentes del Estado, además intentaba generar una falsa equivalencia. Por un lado perdonaba acusaciones que no se apoyaban sobre probanzas jurídicas reales, por el otro declaraba impunes las torturas y los crímenes por efecto de las torturas, de los que fueron víctimas prisioneros en manos de organismos estatales.

El descubrimiento de los cadáveres de Lonquén fue la primera prueba palpable del genocidio. Muchos que no habían querido creer, se enfrentaron con los restos mutilados, donde sobrevivían las huellas de los vejámenes.

El ministro de la Corte de Apelaciones Adolfo Bañados, encargado del sumario, hizo identificar los restos e individualizó a los autores materiales. Se trataba de carabineros, acogidos más tarde a la Ley de Amnistía. Una trizadura, pequeña pero trizadura al fin, en la férrea armadura de la impunidad. Desde entonces ya no fue tan fácil construir la suposición de que los desaparecidos eran simples simuladores.

E. Reactivación del movimiento sindical y de las movilizaciones

En julio de 1978 los mineros de Chuquicamata, curtidos en la lucha sindical bajo condiciones de legalidad, se atrevieron —con prudencia— a desafiar el cepo inmovilizador. Organizaron las «protestas de las viandas», una manera suave, puesto que no comprometía el proceso de producción, de hacer saber su descontento.

El gobierno respondió con la brutalidad que requería la

reproducción de la atmósfera de miedo, complemento indispensable del cepo jurídico. El 31 de agosto decretó «estado de sitio» en la provincia de El Loa. Pero no se conformó con esa sola advertencia. El 19 de octubre disolvió siete confederaciones, que agrupaban a más de quinientos sindicatos. Un poco antes había convocado intempestivamente a elecciones sindicales, en un acto que el ex ministro Díaz Estrada⁽¹⁹⁹⁾ calificó como «una agresión al movimiento sindical».

Esta ofensiva represiva contra el movimiento sindical solo pudo ser paralizada por el boicot declarado por la AFL-CIO y la OIT en noviembre de 1978.

A principios de 1980 se observó un aumento de la capacidad de movilización. En las manifestaciones del 8 de marzo, Día de la Mujer y en las del 1 de mayo, Día del Trabajo, hubo un claro aumento de la participación y de la combatividad. De nuevo el gobierno respondió como correspondía. Puso en funcionamiento el cepo represivo. Ocho manifestantes fueron relegados por su participación en el Día de la Mujer, treinta y siete por el Día del Trabajo.

F. Visión de conjunto

Esta coyuntura de institucionalización tuvo lugar en un momento en que las profecías del éxito se cumplían. La economía crecía, domesticada por la aplicación obstinada de las «políticas correctas». Pero ese vigor de las fuerzas productivas, liberadas de las cadenas del estatismo, no podría desplegarse en plenitud sin un maquillaje del tipo de Estado: esa fue la apuesta de los institucionalizadores.

En la coyuntura 1977-80 la aparición de una serie de signos

¹⁹⁹ Llamado a retiro junto con G. Leigh y uno de los principales organizadores del golpe del 11 de septiembre.

parecen confirmar la certeza de sus análisis estratégicos. Uno es la pequeña reactivación del movimiento sindical y de la capacidad movilizadora; reactivación infinitesimal si se la mira con los ojos del pasado y con los ojos de la necesidad, pero algo, al fin. El otro signo era mucho más alarmante, además porque funcionaba como expectativa. El fin de la escasez absoluta, de la dura travesía del desierto de los primeros años, ¿no provocaría una reaparición de tendencias vaga o claramente populistas, nostálgicas del Estado interventor, críticas de la internacionalización de la economía, dispuestas a concesiones al movimiento sindical? Leigh había sido apartado del camino, pero después de él ¿vendrían otros?

La trayectoria más segura era la de «institucionalizar», la de dotar al régimen de un sistema político constitucional, la de asegurar plazos, la de proporcionar un lejano «porvenir democrático». El camino más seguro era dotar a los propietarios y a los capitalistas de garantías de sólidas certidumbres jurídicas que no dependían ni de la vida del líder ni de los acomodos y virajes del líder. Institucionalizar era también someter al líder a un proyecto «votado por el pueblo», era crear un límite para el «bonapartismo».

2. La preparación de la nueva Constitución

A. El Anteproyecto de la Comisión de Estudios Constitucionales

El 18 de octubre de 1978 la Comisión de Estudios Constitucionales hizo público el Anteproyecto de Nueva Constitución. Se entraba en la recta final. El montaje del gran simulacro jurídico-electoral estaba casi listo. Para tener el proyecto definitivo faltaba el análisis del Consejo de Estado y la decisión de la Junta. Terminada la discusión interna quedaba por organizar el rito consagradorio, la gran liturgia donde culminaba la etapa primera del transformismo: el plebiscito, la fiesta de las urnas.

Los puntos centrales de la teoría constitucional del régimen

y de su teoría sociopolítica, están presentes en el Anteproyecto. Este contenía: a) un sistema político de «democracia protegida», materializada a través de un Ejecutivo fuerte, de un Parlamento con composición mixta, de la tutela de las FF.AA. sobre el orden constitucional y sobre los «objetivos permanentes de la nación», de la autonomía de funcionamiento de las FF.AA., de la exclusión de los grupos y doctrinas totalitarias, b) una estructura socio-económica con protección constitucional, realizada a través del reforzamiento del derecho de propiedad, la restricción de los derechos laborales y la autonomía del Banco Central y c) un sistema constitucional muy difícil de modificar legalmente.

El Anteproyecto incorporaba también algunos mecanismos e instituciones interesantes, entre ellos la elección nacional de senadores y el recurso de protección; además le otorgaba rango constitucional al derecho a la salud, la educación, la calidad del medio ambiente, etc.⁽²⁰⁰⁾.

Lo más importante desde el punto de vista de las luchas y pugnas internas es detectar los puntos en que el Anteproyecto se separó del instructivo enviado por Pinochet a la Comisión a fines de noviembre de 1977. Es evidente que ese instructivo recogía los propios consensos que la Comisión había ido alcanzando, de modo tal que las diferencias entre uno y otro reflejan los cambios de perspectiva y de enfoque producidos entre fines de 1977 y el momento de la publicación del Anteproyecto.

Las diferencias principales radican en tres puntos centrales: a) la elección del Presidente, b) las instituciones de la transición y c) el papel de los partidos.

La discrepancia respecto a la elección del Presidente es central. Pinochet, tanto en Chacarillas como en el instructivo de fines de 1977, se había inclinado por crear un mecanismo estable de elección indirecta. Había optado por una selección del candidato por un

200 Estas últimas instituciones jurídicas ya habían sido incorporadas a las Aclas Constitucionales.

Parlamento con composición mixta. Esta era una opción extrema. Ella podía garantizar seguridad, certidumbre respecto a la reproductibilidad del «modelo», pero sacrificando legitimidad. Una razón muy importante en contra era que ese tipo de elección no correspondía a la tradición de los sistemas presidencialistas, cuya regla invariante ha sido siempre la elección popular del jefe del Ejecutivo.

La posición de la Comisión discrepó de la de Pinochet: propuso una fórmula política de protección, materializada a través del sistema de elección por sufragio universal con segunda vuelta («ballotage»)⁽²⁰¹⁾. Una diferencia importante, que facilitaba la legitimación de la propuesta, mas allá de la etapa del simulacro electoral, esto es en la «hora de la verdad» de las elecciones posteriores al plebiscito.

La otra diferencia fue respecto a la transición. Los autores del Ante proyecto argumentaron con vigor la necesidad de un período de aclimatación y gradual incorporación de las nuevas instituciones. Pero no definieron las instituciones de la transición, ni siquiera aquellas que Pinochet había planteado. Consideraron que era a la Junta a quien correspondía definir las características del proceso evolutivo⁽²⁰²⁾.

La tercera discrepancia se refirió al papel de los partidos. Las recomendaciones de Pinochet conferían un rol limitado a los partidos, como meras corrientes de opinión. El Anteproyecto les devolvió su papel clásico de organización y movilización política, exigiéndoles la norma de la democracia interna.

Este fue uno de los temas más agitados de debate. Aquí se produjo una conversión de los gremialistas en «partidistas». Esto fue ocurriendo a medida que avanzaba el proceso de institucionalización. Los gremialistas fueron percibiendo que para

201 Esta fórmula, usada por la V República francesa, implicaba una nueva elección popular entre las dos primeras mayorías relativas.

202 Ver REVISTA CHILENA DE DERECHO: "Antecedentes de la Constitución de 1980", Vol. 8, 1981.

asegurar el éxito del transformismo era necesaria la mimesis, la imitación de la democracia liberal, corregida en algunos aspectos que eliminaran incertidumbre. Esta tesis se impuso, descartando la de los corporativistas, contrarios a los partidos y a la representación política. Sin embargo, Pinochet y la Junta intentarían hasta el final maniobras legislativas para afectar la configuración del sistema de partidos⁽²⁰³⁾. El Anteproyecto, realizado en un activo intercambio de opiniones públicas y privadas entre la Comisión, Pinochet y la Junta, rayó la cancha. En él estaban presentes las ideas matrices sobre la «nueva democracia», tal como éstas se habían ido consensuando.

Después de hacerse público el Anteproyecto fue derivado al Consejo de Estado, un órgano no involucrado previamente en el intercambio de planteamientos e instrucciones. Este demoró su análisis del Anteproyecto hasta el 1 de julio de 1980.

B. El Informe del Consejo de Estado

Uno de los aspectos más interesantes del Informe es el diagnóstico que elaboró sobre la crisis de la democracia chilena. En la estructuración de esta parte, las obsesiones políticas de Jorge Alessandri constituyeron el marco teórico principal: allí se habla de la pérdida de atribuciones del Presidente a manos del Congreso, se critica el populismo y la demagogia, la politización gremial, el papel desquiciador de los medios de comunicación. Ese análisis revela los ribetes antiliberales (en lo político) que siempre tuvo el pensamiento del principal líder de la derecha chilena en la década del sesenta. Ellos se manifestaban claramente en el cuestionamiento a los partidos, en las limitaciones a la libertad de opinión, en el acuerdo fervoroso sobre la exclusión de las ideologías y organizaciones motejadas de «totalitarias».

203 Por ejemplo, al elaborar el Estatuto de los partidos políticos se intentó prohibir el funcionamiento de todos los antiguos partidos. El mismo papel de «intervención» sobre el sistema de partidos tiene la imposición del sistema binominal. La situación se analiza con más detalles en el capítulo «La instalación».

Las principales modificaciones introducidas por el Consejo se refirieron a los siguientes aspectos: a) se reforzaron las atribuciones del Presidente en relación a las FF.AA., tanto respecto al nombramiento de los Comandantes en Jefe, los ascensos y llamados a retiro⁽²⁰⁴⁾, como respecto a la «organización de las fuerzas»⁽²⁰⁵⁾; b) se rechazó la transformación del Banco Central en un «superpoder» que pudiera limitar la capacidad del Presidente y sus ministros para decidir la política económica; c) se reforzó aún más el derecho de propiedad, eliminando la posibilidad de pagar a crédito las expropiaciones; d) se disminuyó la edad para ser ciudadano de 21 a 18 años; e) se impuso responsabilidad penal a los medios de comunicación por violaciones a la honra y al honor de las personas; e) se bajó el número de diputados de 150 a 120⁽²⁰⁶⁾ y se definió un sistema uninominal con segunda vuelta, además se eliminaron los senadores nacionales propuestos en el Anteproyecto; f) se mantuvo la institución de los senadores designados, además de aumentar el número de ellos y la duración de su mandato; g) se cambió la composición del Consejo Nacional de Seguridad, agregándole nuevos miembros civiles con derecho tanto a voz como a voto; h) se simplificaron las condiciones de la reforma constitucional, añadiendo la posibilidad de cambiar, con quorum calificado, la exclusión legal de los comunistas; e) se creó un período de transición, con funcionamiento de un Congreso enteramente designado.

La dirección de los cambios era bastante clara: se reforzó el presidencialismo y la propiedad, se reforzaron las limitaciones de la soberanía popular, pero se restringieron las atribuciones políticas especiales de las FF.AA.

204 Esta cuestión también figuraba en el Anteproyecto. Sólo fue modificada en el proyecto definitivo.
205 En este aspecto el Anteproyecto decía que las decisiones correspondían al Presidente a proposición de los Comandantes en Jefe. Esta limitación es eliminada por el informe.
206 La primera cifra estaba planteada en el Anteproyecto.

C. El Proyecto final

El 11 de agosto de 1980 la Junta definió el proyecto que iba a ser plebiscitado el 11 de septiembre, la fecha simbólica del régimen militar.

Las modificaciones centrales que el Proyecto incorporó a la proposición del Consejo de Estado fueron las siguientes: a) reforzamiento del «poder militar», ampliando la autonomía de las FF.AA. respecto al Presidente y «militarizando» el Consejo Nacional de Seguridad; b) aumento de las dificultades de reforma constitucional; c) ampliación del mandato presidencial de seis a ocho años; d) restauración del poder autónomo del Banco Central y e) alargue del período de transición de cinco a ocho años, eliminando la institución del Congreso designado propuesta por el Consejo de Estado y creando la figura de un plebiscito sucesorio⁽²⁰⁷⁾. Esto significaba que en 1988 no habría una elección presidencial competitiva. Se plebiscitaría un candidato nominado por la unanimidad de la Junta, y en diciembre de 1989 se elegiría el Parlamento y eventualmente al nuevo Presidente⁽²⁰⁸⁾.

En el proyecto se señaló de manera explícita que el Tribunal Calificador de Elecciones, el cual tenía la función de garantizar el control público de los comicios, sólo entraría en funciones para las elecciones que tendrían lugar después del plebiscito sucesorio. Este último se realizaría en las mismas condiciones de precariedad jurídica y alta certidumbre que el de 1980. Esto demuestra que la Constitución del '80 buscaba asegurar un gobierno de continuidad y que pensaba en el plebiscito de 1988 como un acto formal, un mero simulacro jurídico.

207 Esta era una institución que no había estado presente en ninguna de las dos proposiciones anteriores, la de la Comisión y la del Consejo de Estado.
208 Esto ocurriría en el caso que se denegara la aprobación al candidato propuesto por la Junta en el plebiscito sucesorio de octubre de 1988. Como se sabe, esto fue lo que efectivamente ocurrió.

D. El plebiscito

El plebiscito de 1980 constituyó una coyuntura muy importante. Convocado con un mes de anticipación generó un espacio de discusión, produjo posibilidades de movilización pero también representó para la dictadura la oportunidad de conseguir, por parte de la oposición, un acto de acatamiento práctico de las reglas del juego.

Esta aceptó el acto electoral como un desafío y no simplemente como un simulacro, donde se disimulaba y se simulaba simultáneamente.

¿Por qué una oposición que había elaborado otro proyecto constitucional, que criticaba el mecanismo de discusión seguido por el régimen militar, que estaba convencida que no habían reglas del juego limpias decidió, después de algunas vacilaciones, participar en esta elección? No hay ninguna duda de que ese plebiscito careció de los más mínimos resguardos y controles públicos. Su pureza estuvo entregada «al honor de las FF.AA.». Pero ese valor, por mucho que siempre se le hubiera asignado enorme importancia en el código cultural castrense y fuera un elemento central de su despliegue retórico, no podía competir con el proyecto. La propia identidad de las FF.AA. estaba vinculada a él y ya se había demostrado que las FF.AA. habían sido capaces para llevarlo adelante, haciéndose ejecutores de la crueldad y de la mentira.

Ellas se habían repositionado en la sociedad chilena, abandonando la práctica de «neutralidad» que las había caracterizado entre la «vuelta a los cuarteles»⁽²⁰⁹⁾ y 1973. Habían conseguido una nueva imagen y con ella una «legitimidad segmentada», como promotoras de una modernización que era la modernización capitalista. Una «legitimidad segmentada» es aquella que proviene de una identificación institucional profunda con intereses o visiones de sociedad que no sólo están en oposición

209 Esta vuelta a los cuarteles ocurrió con las elecciones presidenciales de Alessandri en 1932.

con otras, sino que además exigen el uso de métodos que se hace muy difícil argumentar en un código universalista. La segmentación siempre implica enfrentar una relación amor-odio, amigo-enemigo.

Dentro de la lógica de actuación se pensaba que esa imagen de particularidad se iría disolviendo en la medida que el proyecto madurara, porque la universalidad se realizaba a través de él. A la larga la imagen excluyente se transmutaría, arrasada por la ola del progreso. ¿Quién se acordaría de los desaparecidos («unos poquitos») cuando el bienestar de Chile fuera una realidad, cuando hubiésemos abandonado el «tercer mundo»?

Las FF.AA. necesitaban del éxito de ese proyecto para poder de nuevo adquirir una dimensión «nacional» plausible y convincente. Debían pasar a la historia como los sujetos creadores de un «nuevo Chile».

Esa posibilidad se basaba en la capacidad para continuar poniendo en movimiento una verdadera «revolución capitalista». Esa fue una tarea que las FF.AA. de Brasil o Argentina no fueron capaces de llevar adelante, legando los problemas del ajuste a sus sucesores civiles. En esa empresa las FF.AA. chilenas habían utilizado la crueldad. ¿Qué les podía impedir usar la simulación menor del fraude electoral?

El fenómeno del plebiscito se inscribió en esa lógica. El plebiscito era básico como mecanismo de legitimación de la Constitución. La aprobación popular de ésta era entendida por la dictadura como una entrada a una etapa distinta, puesto que abría las puertas a un tipo distinto de legitimidad, la necesaria para la nueva fase de la dictadura. Con el plebiscito se buscó argumentar una legitimidad que ya no sería autorreferente, ya no reposaría en el proyecto mismo sino en el pueblo, en la voluntad de los ciudadanos. Pero, cuando se recurre a un mecanismo electoral sin desacralizar, secularizar o «desnaturalizar» el proyecto, sin renunciar a pensar que éste expresa la verdad de la historia, el destino inexorable de la nación (esto es, sin «hacerlo relativo»), no podrá

evitarse el montaje, a menos que la correlación de fuerzas lo impida. O sea, lo impida la existencia de algún órgano autónomo de poder, de algún contrabalance que operaba en el sistema político.

Se recurrió a una elección para refrendar la Constitución pero manteniendo la lógica de que el proyecto representaba la verdad y el bien. Entonces la elección solamente podía ser instrumental. La elección no era concebida como una «medición», era un mero recurso, estaba inscrita dentro de un pensamiento que no operaba con la noción de legitimación ciudadana, sino con la noción de una legitimidad «trascendental» más allá de las decisiones ciudadanas.

La dictadura decidió usar el plebiscito pero sin aceptar, en realidad, someterse a sus resultados. Por ello se montó la consulta popular en condiciones tales que se hacía imposible cualquier control efectivo de ella por parte de los opositores, rompiendo así una tradición electoral chilena. No hubo registros electorales, por tanto fue imposible controlar el voto múltiple, ni se permitió el sistema clásico de los apoderados de mesa ni el funcionamiento de un Tribunal Calificador de Elecciones. El acto se realizó bajo las condiciones de un «estado de excepción constitucional».

Así y todo, la oposición se metió en la competencia, reclamando en vano condiciones equitativas. Fue acompañada en este clamor por el Cardenal Silva Henríquez⁽²¹⁰⁾ y el Grupo de los 24⁽²¹¹⁾. Los partidos opositores se preocuparon de hacer un gesto ritual: que algunos de sus voceros llamaran a no votar. Pero en realidad entraron de lleno en la dinámica electoral. El 27 de agosto de 1980, a quince días del plebiscito, se realizó en el Caupolicán un acto convocado por los partidarios del No, con un discurso central de Eduardo Frei M.

210 Ver en: *Diario El Mercurio y Diario La Tercera*, Santiago, Chile, 5 septiembre 1980.

211 Ese Grupo de Estudios Constitucionales (llamado Grupo de los 24) se formó en julio de 1978, con representación de la totalidad del arco político, incluidos juristas ligados al Partido Comunista como Laureano León y Sergio Teitelboim, ambos miembros de la Comisión Permanente del Grupo. Ver CHAPARRO, Patricio (editor): *LAS PROPUUESTAS DEMOCRATICAS DEL GRUPO DE LOS 24. Grupo de Estudios Constitucionales*, Santiago, Chile 1992.

La razón principal esgrimida por casi todos los líderes y partidos era la oportunidad de desarrollar la capacidad movilizadora. Si bien es cierto ésta había subido levemente en 1980, se suponía que las elecciones despertarían muchas energías dormidas⁽²¹²⁾. Tanto la movilización electoral y la participación entusiasta en marchas o concentraciones como las actividades de fiscalización del día mismo de las elecciones, formaban parte de los ritos nacionales. Se creyó que el plebiscito permitiría recuperar esos hábitos, se cayó en la ilusión electoralista. Pese a que se preveía un fraude y, sobre todo, a que no existía ninguna forma viable de evitarlo, se actuó movido por una secreta esperanza. Esta era que el rechazo a Pinochet se expresaría con una fuerza tan incontenible que todas las artimañas y simulaciones quedarían en evidencia.

En la estrategia seguida para el plebiscito por las fuerzas opositoras se mezclaron de una manera compleja tacticismo y optimismo histórico. La dimensión tacticista era aquella que justificaba la participación electoral como un espacio que era necesario llenar. El análisis se basaba en la inviabilidad de una táctica de abstención activa o pasiva. El diagnóstico que se hizo fue que los ritos electorales ejercían una atracción tan fuerte que sería imposible generar una no participación masiva.

En verdad, el montaje estaba organizado de tal manera que fue imposible verificar ni la participación ni la distribución de los votos. La abstención podría ser alta, pero se sabía que las cifras oficiales dirían otra cosa. Además, era verdad que en las zonas rurales o en las ciudades pequeñas, incluso en las medianas, el miedo al control estatal forzaba al voto. Se creó la imagen que era

212 Leyendo hoy día la declaración del Partido Comunista de Chile de octubre de 1978 sorprende el obstinado optimismo histórico de esa organización. En ella se dice: «En el curso del año se ha producido una importante intensificación de las acciones de masas contra la política de la dictadura, encabezada por la clase obrera, fuerza principal en la lucha contra la tiranía. Sin temor el pueblo acentúa la movilización de sus más diversos sectores en defensa de su derechos esenciales. Se extiende y profundiza el descontento. El sentimiento mayoritario de la gente es que Pinochet debe irse. Y pronto». Ver PARTIDO COMUNISTA DE CHILE: «La lucha de masas derribará a la dictadura», Santiago, Chile, octubre 1978, Colección Documentos del Partido Comunista de Chile, N°2, marzo 1976-diciembre 1978, Biblioteca Flaco.

inútil llamar a la abstención. El único camino posible era, entonces, participar y aprovechar las oportunidades de movilización y agitación.

Pero esa visión realista, cargada de fatalismo, estuvo mezclada con su opuesto, la irrefrenable tendencia al optimismo histórico, uno de cuyos portavoces principales fue el Partido Comunista. Ese tipo de mentalidad política fue la que impulsó las esperanzas ocultas o inconscientes focalizadas en esta experiencia política fracasada. Para ese tipo de mentalidad (esto es, para esa manera no razonada de enfocar, para ese tipo de mirada) la existencia de la dictadura reaccionaria constituía una irracionalidad histórica. Por ello se suponía que debía existir, en estado de disponibilidad, una energía movilizadora a flor de piel, contenida por las medidas terroristas del régimen.

Por eso el plebiscito constitucional podía ser la oportunidad de cazar al ladrón en su propia trampa. De este enfoque no se derivaban esperanzas en el triunfo, pero sí esperanzas de que se conquistarían espacios perdurables de movilización. La lógica profunda de participar, en vez de realizar la otra «opción inútil», fue la creencia de que esa experiencia permitiría avanzar.

Pero el funcionamiento del cepo represivo y la realidad del miedo y sus fantasmagorías no permitieron a la oposición ni copar la calle, ni generar una atmósfera de desbordamiento popular. La oposición tuvo oportunidades limitadas de acción: fue encerrada en el escenario claustrofóbico del Caupolicán.

Los resultados fueron los previstos. Se habló de un 67% a favor de sí y de un 30% a favor del no, con el resto de los votos distribuidos entre votos blancos y nulos. En cifras absolutas se contabilizaron más de seis millones de votantes de más de 18 años. Como bien se sabe, todo montaje deja siempre cabos sueltos y múltiples evidencias. Hay numerosos detalles que no pueden ser maquiados. Como no hubo un control público, ni ningún tribunal electoral autónomo, el dispositivo funcionó bien en un nivel macro.

Pero en las cifras por localidades aparecieron múltiples indicios del fraude, especialmente porque en la fecha del plebiscito no existían datos censales actualizados para poder «armar» los resultados. Además tampoco existía aún un desarrollo computacional comparable al de hoy.

Es así como en una serie de localidades el número de votantes superó cualquier previsión. En el libro de Maira sobre la Constitución del '80 se muestra un cuadro por provincias que, con información que supera el 10% del total nacional, muestra resultados donde el porcentaje de votantes de 18 años en relación al total registrado en el Censo de 1982 al 101.6%⁽²¹³⁾.

Pero, ni los resultados ni la comparación de éstos con otros datos a la búsqueda de las evidencias de fraude, tuvieron importancia. El silencio y el olvido cayó sobre esas denuncias. El simulacro fue eficiente, aunque la oposición nunca aceptó, en el nivel discursivo, la legitimidad de la Constitución.

La primera operación del transformismo proporcionó o, si se quiere, produjo un signo clave: aún a regañadientes, aún sin contar con garantías la oposición participó en el plebiscito. Ese indicio fue para el poder una clave de su política. Un dato crucial que la orientó a persistir en la obstinación, en el forzamiento, sabiendo que, dijera lo que dijera, la oposición terminaría por subirse al carro del plebiscito del '88, como se había subido al carro del plebiscito del '80.

Lo más coherente con la situación y sus restricciones hubiese sido una movilización negativa. Movilizarse no para ganar, para entrar en la liza como si el simulacro permitiera vencer. Movilizarse para denunciar. ¿Qué impidió que se desarrollara esa táctica? La combinación entre el fatalismo, que conducía a pensar que las masas se sentirían de todos modos obligadas a votar y el optimismo histórico,

213 MAIRA, Luis: *LA CONSTITUCION DE 1980 Y LA RUPTURA DEMOCRATICA*. Editorial Emisión, Santiago, Chile, 1988, p. 33.

representado por la secreta esperanza de que la elección gatillaría la energía dormida. Una energía dentro del orden, una negación, pero en el marco de las «preguntas» del régimen, en su cancha.

En realidad, si algo pudo gatillar la movilización, despertar al león dormido, hubiese sido la negación total, la «resistencia», la negativa a jugar el papel de la marioneta del espectáculo. Pero existía un gran obstáculo para desarrollar esa línea: el miedo a ser mostrados o significados como productores de caos, el temor a reflatar la legitimación primitiva y pasional de la dictadura. Como en todos los momentos de esta lucha política, la oposición jugaba en un espacio de pocas oportunidades y plagado de restricciones.

IV. Las oposiciones durante la fase terrorista

El plural oposiciones pone énfasis en la diversidad, en la heterogeneidad. No obstante, no se puede en un libro de esta naturaleza dar cuenta de todas las particularidades. Hay que agregar, agrupar. Se habla, simplificando, de tres oposiciones: la derecha democrática, la Democracia Cristiana y la izquierda, ésta última la más múltiple y polifacética.

1. Las oposiciones moderadas

Las oposiciones moderadas fueron dos, una débil derecha democrática y una Democracia Cristiana con una cierta capacidad de movimiento y una diversificada élite política (cupular, mezzo y local), distribuida en casi todos los puntos críticos del tejido social.

Lo más interesante respecto a la derecha democrática es su cuasi inexistencia como actor político, no solamente durante la fase terrorista sino durante toda la etapa de la dictadura revolucionaria. Este hecho contradice algunas creencias y mitos. Algunos supusieron que la extrema radicalidad del régimen generaría condiciones para que se formara una derecha democrática o, por lo menos, una derecha no fascista. Esas condiciones facilitadoras o de apoyo eran

básicamente dos: una cultura política democrática, expandida entre los líderes y las bases políticas de la derecha histórica y una dictadura, que por su brutalidad y su carácter terrorista, iría apartando de sí a los «hombres de orden», asqueados o asustados por la falta de un auténtico «Estado de derecho».

El arraigo de la cultura política democrática entre las bases electorales de la derecha chilena era, en parte, un mito. Esto era así no solamente porque los liberales de 1947-48 habían apoyado sin vacilar la exclusión legal de los comunistas. Además lo era porque en toda la década del sesenta la derecha chilena estuvo apegada a los faldones de Alessandri. Ya se ha dicho que ese liderazgo, por ser tecnocrático y por criticar a los partidos, tenía connotaciones autoritarias. Sí existió la cultura democrática, por lo menos en la forma de un humanismo moral, entre los sectores de la derecha más influidos por el catolicismo. Pero la amenaza de la Unidad Popular había pulverizado esos valores viejo-católicos, sustituyéndolos por la mentalidad de «cruzada» o la mentalidad del «costo inevitable».

En todo el período la derecha democrática estuvo formada por un pequeño grupo de personalidades con coraje pero sin arraigo entre los grupos empresariales, por tanto poco representativas.

La Democracia Cristiana fue cazada durante el período de la Unidad Popular por la dinámica centrífuga, desplazándose hacia la derecha. Su directiva oficial y parte de sus bases de apoyo aceptaron el golpe militar con la perspectiva de una «restauración democrática» cuasi inmediata. A esa estrategia, y no a un apoyo derivado de la convicción, correspondieron las declaraciones del presidente del PDC unos días después del golpe, confirmando la aseveración de la Junta Militar de que los partidos de izquierda preparaban una «dictadura comunista». También se ubicaba dentro de ese juego la carta de Frei Montalva al político italiano Mariano Rumor.

Pero la separación de esa pareja dispareja empezó muy pronto. A principios de febrero de 1974 el PDC acusó a la Junta de

violaciones reiteradas a los derechos humanos. En junio de 1974 el gobierno militar censuró a la Radio Balmaceda y el 4 de octubre de 1974 realizó un acto definitivo: impidió la entrada al país de Bernardo Leighton, ex vicepresidente de la República y una figura símbolo del partido y de la política chilena.

La Democracia Cristiana alimentó al principio la ilusión más fácil, la de unos militares que harían el trabajo sucio y luego entregarían la casa en orden. No captó lo que estaba en juego. Un golpe contra lo que fue la Unidad Popular, que había capturado el ansia de un «socialismo de nuevo tipo», no podía ser una excursión de fin de semana. Interrumpir el curso de un intento tan transcendental exigía justificarse ante el culpabilizador tribunal de la historia. «Su revolución contra nuestra revolución», la verdadera contra la falsa. Nada menos. Solamente así sería posible salvar el honor, justificar la sangre.

Pese a que el apoyo inicial de la Democracia Cristiana a la Junta pronto se diluyó, en paralelo con las crecientes discrepancias del Episcopado, el partido conservó una estrategia de «puente de plata», buscando el diálogo con eventuales sectores democráticos de las FF.AA. Cayó de una ilusión en otra, oyendo los cantos de sirena que le facilitaban la vida en ese tiempo proceloso, en esa navegación entre arrecifes.

Durante toda la fase terrorista de la dictadura, la Democracia Cristiana no aceptó ninguna de las ofertas de «frente amplio» realizadas por la Unidad Popular en la clandestinidad. Los dos grandes sectores de la oposición no se pudieron concertar durante esa fase brutal, en la cual el poder «estaba en la punta de las bayonetas», pero con la debilidad que el proyecto estaba recién en gestación y que el porvenir era incierto. La Democracia Cristiana fue sorda a los llamados para una alianza con la izquierda, por el efecto que eso provocaba entre los administradores monopólicos del poder y también por la imagen de caos asociada a la Unidad Popular. Mantuvo lazos y contactos con ella, pero evitó verse

arrastrada a un pacto. Además, privilegió el diálogo con los nacientes sectores renovadores, señalando con ello que sólo podría entenderse a fondo con una izquierda distinta de la histórica, con una izquierda que ya no aspiraba ni a realizar el socialismo de inmediato ni a pensarlo como «dictadura del proletariado»⁽²¹⁴⁾.

2. La izquierda: «el nombre y la cosa»

Hablar de izquierda implica aceptar un reduccionismo. No hubo una, sino varias. Para la época de la dictadura terrorista puede hablarse, con esfuerzo y perdiendo variedad analítica, de dos izquierdas, la agrupada en la Unidad Popular y otra, muy distinta, el MIR.

Esta última, que nunca participó de la Unidad Popular porque tenía otra postura estratégica, fue diezmada entre 1973 y 1980. La organización trató de resistir el día del golpe y los posteriores, fiel a su línea de defensa armada del poder. Sin embargo, al poco tiempo tuvo que reconocer que el heroísmo individual de algunos francotiradores se había convertido en resistencia suicida, entre medio de una izquierda en retroceso, de masas atemorizadas y de una sociedad sorprendida y anonadada.

Entre 1973 y 1980 intentó el renucleamiento de sus cuadros, pero fue alcanzada en el plexo dos veces por los organismos de inteligencia de la dictadura. En octubre de 1974 murió en combate Miguel Enríquez, su secretario general, y un año más tarde los dos miembros más relevantes de la dirección de reemplazo fueron cercados en una parcela en Malloco, debiendo recurrir al expediente del asilo y del exilio. Después de esto el

214 Sobre la producción «interna» inicial de la renovación socialista ver ARISTO, Rodolfo et al: FUTURA INSTITUCIONALIDAD DE LA PAZ EN CHILE, Editorial CISEC, Santiago, Chile, 1977. Especialmente, FAHÉN, Renzo: «Los problemas de la democracia y los sectores populares» y MOULETTO, Tomás: «Democracia, socialismo y proyecto nacional-popular». Casi no es necesario aclarar que se trata de seudónimos de Enzo Faletto y Tomás Moulian. En defensa de los autores involucrados en ese quimérico ocultamiento debe decirse que las «chapas» fueron invención de los editores.

MIR se hundió un largo tiempo en la clandestinidad, reorganizando sus cuadros y tratando de crear aparatos para la acción militar. Entre 1973 y 1980 perdió, por la acción de los organismos represivos, más de 250 militantes, mientras miles fueron presos o torturados.

A su vez la izquierda oficial, la de la Unidad Popular, vivió durante ese tiempo un doble proceso: el de armar en la clandestinidad estructuras organizativas y socializar nuevos modos de vida y de acción política; el de reconstruir su discurso teórico y político. La «renovación socialista», en germen hasta 1979, representó la tentativa del *aggiornamento* teórico.

Puede decirse que hasta la ruptura del Partido Socialista, la renovación estuvo concentrada en esa pura dimensión y tuvo significación sólo entre ciertos grupos de intelectuales-políticos del interior y del exterior. Ese pensamiento, marcado por la derrota, intentó reconstruir desde el marxismo un discurso que reconciliaba el socialismo y la democracia. Desde la ruptura del Partido Socialista en adelante se desplazó el centro de gravedad de los intelectuales-políticos a los políticos, pasando a estar mucho más influido por los cambios en la coyuntura nacional (efectos paulatinos de la operación transformista) e internacional (debilitamiento de la influencia eurocomunista, triunfo de los partidos socialistas en Francia y España, crisis en los países del Este) que por los debates teóricos en torno a la posibilidad de reconstruir la teoría marxista⁽²¹⁵⁾.

215 Este proceso está a la espera de un juicio crítico respecto, no de sus intenciones, sino de sus efectos políticos. Evidentemente, no soy el más indicado para realizarlo. Para información del lector debo indicar que participé activamente con Manuel A. Carretón, José J. Brunner y Eugenio Tironi, entre otros, en las primeras etapas de ese proceso. Ver BARROS, Robert: «Izquierda y democracia: debates recientes en América Latina». En: *Zona Abierta*, Madrid, España, N° 39/40, abril-septiembre 1986; ROBERTS, Kenneth: «Renovation in the Revolution? Dictatorship, Democracy and the Evolution of the Left in Chile», artículo preparado para ser presentado al XVI International Congress of the Latin American Studies Association (LASA), Washington, Estados Unidos, 4-6 abril 1991; DAVILA AVENDAÑO, Mireya: «Historia de las ideas de la renovación socialista. 1974-1989». Tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, mayo 1994.

La reconstrucción del discurso propiamente político de la izquierda está mucho más representada por la caracterización de la dictadura como fascismo y por la propuesta de un «frente antifascista».

La coalición Unidad Popular, al hacer esa caracterización, al nombrar de ese modo la realidad, realizó una operación de continuidad y otra de ruptura. De continuidad, porque durante el período 70-73 había clasificado a los enemigos como fascistas y los intentos de derribar al «gobierno popular» como «asonadas fascistas». De ruptura, porque de esa caracterización se concluyó la urgente necesidad de un «frente amplio», cuestión que no estuvo en condiciones de formar durante el período del gobierno.

Al formular la Unidad Popular a la Democracia Cristiana y a otras fuerzas el llamado a un «frente antifascista» estaba definiendo una nueva política de alianzas, pero con un discurso antiguo, que no mostraba signos de haber superado el reduccionismo analítico de la Tercera Internacional, ni de haber digerido a Trotski, a Gramsci o, al menos, a Poulantzas. Estaba superando, de manera práctica pero sin ser capaz aún de elaborar una teoría, el sectarismo y el dogmatismo que caracterizó al período 70-73, la desbocada pretensión de realizar una «revolución desde arriba», desde el aparato de Estado, sin más apoyo que el de los partidos de izquierda.

La Unidad Popular utilizó su autocrítica para construir una nueva política hacia el centro. Ese avance estaba presente en la línea del «frente antifascista». Al poco tiempo del golpe, la Unidad Popular superó la herida narcisista y dejó de lado el resentimiento contra el centro. En virtud de las tareas de «actualidad» fue capaz de plantear un frente contra el enemigo común, por encima de las diferencias del pasado y las del momento.

Sin embargo, la clasificación de fascismo, destinada a producir un concepto y permitir la comprensión teórica del

proceso, sirvió más como velo que como develador. Fueron más los aspectos que ocultó que aquellos que permitió ver. Sus virtudes políticas fueron preferidas a sus debilidades analíticas. El concepto remitía a un imaginario instalado en la conciencia progresista de Occidente, el de la guerra civil española, el de la gran lucha común contra Mussolini y Hitler. Su mención permitió asimilar Chacabuco o Villa Grimaldi a Buchenwald o a Auschwitz, la «resistencia chilena» a la épica del Madrid sitiado.

Hay que decir, primero, que la construcción de un concepto teórico constituía una exigencia del propio dispositivo saber de la izquierda. «Sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria» afirmaba el célebre aforismo. La teoría de la dependencia, que fue una importante reconceptualización sobre la naturaleza y carácter de los capitalismos subdesarrollados, sirvió como fundamento deductivo de la «inmediatez» del socialismo. La caracterización como fascismo fue creada inicialmente como fundamento de un «pacto nacional», de una gran coalición que debía permitir agrupar desde liberales hasta progresistas en la lucha común contra la «dictadura terrorista del gran capital».

Pero, sólo de una manera abstracta y simbólica podía hablarse de la dictadura militar chilena como fascismo, como el fascismo de la tradición dimitroviana. Esto no sólo por la ausencia de movilización política o de un partido que canalizara la energía de los sectores pequeñoburgueses o populares hastiados de la «dominación marxista» o hastiados del Estado liberal, con su aparente neutralidad y su política de compromisos con los «poderes fácticos» sino, en especial, por el tipo de revolución capitalista puesta en práctica.

El fascismo encarnó, como tipo de Estado capitalista de excepción, la reacción nacionalista del gran capital interno, su defensa «chauvinista» del mercado nacional y de las posibilidades

de monopolizar otros mercados⁽²¹⁶⁾. La aspiración a insertarse en la corriente de la globalización, la aspiración al libre comercio universal en un mercado-mundo representa la antítesis de la teoría fascista del desarrollo, con sus políticas económicas intervencionistas. El fascismo histórico confiaba poco en el mercado, confiaba mucho más en el poder de la fuerza, materializada por el aparato estatal. A falta de capacidad para conquistar el mercado, puesto que el fascismo tuvo su sitio en Estados naciones tardíamente constituidas, debió acudir al recurso de la anexión territorial.

La dictadura revolucionaria chilena dio vueltas de carnero al capitalismo Estado dependiente para abrir la economía al exterior y para permitir la libre circulación de las mercancías y de los capitales. Estos fueron buscados y recibidos como si no tuvieran nacionalidad ni intereses ligados a un Estado nación particular. Combatió la «estadolatría», usó al Estado como instrumento de su proyecto, pero cultivando un pánico al Estado⁽²¹⁷⁾. Fue, sin duda, una dictadura terrorista. Pero no fue fascista, porque la inserción en el mercado mundial tenía prioridad sobre la defensa del capitalismo «nacional». Ella fue profundamente apátrida frente al gran signo universal de la época, el dinero. La divisa fue que los capitales tenían nombre, y éste era sagrado, pero no tenían patria.

216 El mejor ataque contra el uso extensivo del término fascismo, clásico en la tradición del marxismo soviético, es el de POULANTZAS, Nicos: *FASCISMO Y DICTADURA*. Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, México, 1971. Una importante polémica académica se desarrolló en 1977 entre científicos sociales latinoamericanos en torno al tema de la propiedad del uso del término fascismo para caracterizar las dictaduras militares del Cono Sur. Ver *Revista Mexicana de Sociología*, Ciudad de México, México, N°2, abril-junio 1977, especialmente el notable artículo de BORON, Atilio A.: «El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina». En: *IBID*. Se trataba de una forma particular de realización de una «revolución capitalista», la cual aspiraba a transformar una parte importante de Europa en el mercado cautivo de una sola nación. La particularidad consistió, justamente en su antiliberalismo general, en su «estadolatría» y en su culto de la nación. En su modalidad alemana constituyó la manera de asentar la superioridad de la gran burguesía teutona sobre las otras burguesías, otorgándole el hábito mágico de una superioridad étnica.

217 Esto último parece paradójico, pero no lo es. Una revolución capitalista que se está asentando es natural que desee limitar al Estado interventor, para evitar la contrarrréplica. En todo caso, el recurso ideológico se encuentra en contradicción con la práctica del Estado. Se trata del Estado más «total» de toda la historia de Chile.

La denominación usada, fascismo, tenía virtudes mágicas en lo político. Abría puertas, concitaba voluntades. Recordemos ese gran film de Ettore Scola, «Nos habíamos amado tanto». Es la historia, sonriente pero cruda, de una generación de luchadores, cuyas vidas habían estado marcadas por su experiencia de «partisanos» y que mantenían viva (como motivación, nostalgia o remordimiento) esa memoria generatriz. Para esos sobrevivientes, deseosos de grandes causas en un mundo desbarajustado, la mención de Pinochet como fascista los hacía mirar Chile como un lugar lejano donde otra vez la historia era clara y transparente y se enfrentaban el bien contra el mal. Chile les permitía recuperar la inocencia.

Este recurso le permitió a la oposición chilena movilizar a la opinión pública internacional, pero a costa de limitar el entendimiento de los procesos que se desplegaban. El nombre usado favoreció la creación de dos fantasías políticas: que el régimen se basaba sólo en el terror (y se basaría siempre en él) y que era frágil, tras su apariencia pétrea y omnipotente, porque era irracional. Allí estuvo el error básico.

Usando la nomenclatura dimitroviana no era posible ver en lo nombrado más que lo abyecto. Sin embargo, la dictadura militar chilena no se afirmaba sólo en el terror sino en una aleación compleja, que no podía ni puede entenderse de una manera reductiva. El papel decisivo del terror era inmovilizar a la sociedad para el que el proyecto pudiera ejecutarse. Pero, a su vez, la dictadura chilena tenía la fuerza de un proyecto ejecutado con obstinación y sin contrapesos y que, además, era «progresivo». Esta es la parte de la píldora más amarga de tragar para nuestra conciencia progresista, aunque quizás no lo hubiese sido para el propio Marx ⁽²¹⁸⁾.

La revolución capitalista materializada por los militares era compatible con la época histórica y representaba un avance dentro

218 Ver ARICO, José: *MARX Y AMERICA LATINA*, Alianza Editorial Mejicana, Ciudad de México, México, 1982.

del desarrollo capitalista. Esto significa que ella generó posibilidades de romper el estancamiento precedente, de desarrollar las fuerzas productivas y de impulsar nuevas energías de creatividad, todo esto en un marco dado de relaciones sociales, las del mercado de trabajo flexibilizado y del posfordismo. En un mundo caminando a la globalización, la dictadura militar chilena aprovechó la pendiente, aunque los primeros años estuvo remando contra el curso de las aguas

Su lucidez estratégica básica consistió en percibir que había terminado la hora del «capitalismo social» establecido por el Estado. Por supuesto, que los intelectuales orgánicos del proyecto hicieron una lectura más dura, no sólo empírica sino normativa. Ella estuvo fundada en una «nueva Revelación», que —en realidad— era tan vieja como un Evangelio apócrifo. Ese discurso volvió a proclamar que la libertad política debía considerarse un efecto de la libertad económica. Se reciclaron para tiempos nuevos las grandes intuiciones de Adam Smith o Stuart Mill, que —en su tiempo— casi nadie quiso oír de la boca de Hayek: la necesidad de que el Estado se restringiera a canalizar la cooperación voluntaria y la idea de que una cooperación socialmente fecunda era aquella que se sostenía en individuos que buscaban solamente su propio beneficio ⁽²¹⁹⁾.

¿Y por qué la oposición de izquierda no pudo percibir las potencialidades de crecimiento del nuevo capitalismo? En realidad, esa izquierda era en el terreno económico una hija de su pasado. Eso significa que entre sus residuos teóricos había tanto una visión catastrofista del futuro del capitalismo como una nostalgia del capitalismo de Estado. Esa izquierda creía firmemente en el Estado de bienestar, por un problema de fondo. Este consistía en que su visión del socialismo como alternativa estaba impregnada de burocratismo. En verdad, su sueño era más el de un Estado de bienestar generalizado que el de una democracia socialista.

219 FRIEDMAN, Milton y FRIEDMAN Rose: *LIBERTAD DE ELEGIR. Hacia un nuevo liberalismo económico*. Planeta-Agostín, Barcelona, España, 1993

No hay que descartar tampoco el catastrofismo, ya que en él se fundamentó durante mucho tiempo el irrefrenable optimismo histórico de viejos y nuevos bolcheviques. La idea en cuestión estuvo conectada con la de «necesidad histórica». Expresado en su forma más simple el catastrofismo consistía en suponer que operaban en el capitalismo principios de autodestrucción, los cuales no se moderaban ni regulaban con el desarrollo del modo de producción sino, al contrario, tendían a exacerbarse. No importa mucho determinar si esto se puede deducir de la propia obra de Marx o consiste en una lectura desviada. Lo que sí importa es que esta idea desteorizada, convertida en lugar común, impregnó la política de cierta izquierda, no sólo comunista.

Se puede decir, en defensa de la teoría de la dependencia, que ella no derivaba lo político de lo económico. Pero en algunos de sus autores estaba claramente presente la idea matriz de que el subdesarrollo no constituía una fase sino un estado del capitalismo dependiente⁽²²⁰⁾. En esa teoría no sólo estaba presente la idea que el capitalismo tenía, como todo modo de producción, límites estructurales. Había algo más. Ese excedente discursivo era la suposición de que esos límites ya estaban alcanzados⁽²²¹⁾.

Al pensarse el proceso chileno con la noción dimitroviana de fascismo no se pudo captar que el régimen militar realizaba tareas históricas pendientes en el desarrollo del capitalismo chileno. La dictadura fue subvalorada, no se percibió su naturaleza de clases y su papel —por así llamarlo— orgánico. Al contrario, se clasificó a la dictadura militar bajo la categoría de irracional, como si el terror fuese el objetivo y no el instrumento.

220 Ver DOS SANTOS, Theotonio: *SOCIALISMO O FASCISMO. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*. Ediciones Prensa Latinoamericana, Santiago, Chile, 1972. También ver KAY, Cristobal: *LATIN AMERICAN THEORIES OF DEVELOPMENT AND UNDER DEVELOPMENT*. Routledge, Londres, Gran Bretaña, 1989.

221 Ver KAY, Cristobal: *LATIN AMERICAN...* IBID., especialmente el capítulo 5.

3. Movilizaciones «públicas» en la fase terrorista

Es necesario hacerse otra pregunta, probablemente sin respuesta categórica. ¿En qué medida el nombre asignado al proceso, la caracterización, con un dejo rutinario, de fascismo no estuvo relacionada con la desmovilización pública del período 1973-1983?

En verdad, la política que requiere heroísmo es elitaria. No es sensato pedirle a los hombres comunes, con responsabilidades hogareñas, que no han asumido la política como compromiso trascendental, una actitud constante de inmolación. La represión y el atemorizamiento suelen ser magníficos antídotos contra la rebelión. Ese remedio falla, pero sólo cuando la acción política está conectada con motivaciones y valores trascendentales: la defensa de la patria, por lo tanto de modos de vida y de expresión identitarios que despiertan una alta adhesión, la salvación del alma y, por tanto, con los méritos para algún tipo de «otra vida» o la idea de emancipación, que es una forma intramundana de la salvación.

Pero hay que preguntarse también si la inadecuada caracterización de la dictadura no contribuyó, por caminos rectos o enredados, a esa desmovilización. Parece plausible pensar que fue así. Y ello porque engendró dos actitudes opuestas pero ambas esterilizadoras.

Al motejarse al régimen militar de fascista algunos entendieron que se trataba de una dictadura omnipotente, contra cuyo diabólico poderío era imposible luchar. Pero otros entendían que se trataba de un régimen condenado, que perecería víctima de su propia abyección, de su carácter antinatural. Había nacido y permanecería en una crisis orgánica, sólo era necesario tener cuidado con sus coletazos, los estertores de su naufragio. Además, el momento culminante aparecería claramente señalado, los vaivenes y crujidos de la agonía serían como los clarines que llamarían a la acción. Había que estar preparados.

En cualquier caso, esta inmovilidad de la superficie ocultaba como un velo la existencia de redes activas que actuaban en las sombras o que se refugiaban en la relativa oscuridad de la vida local. En las poblaciones y los barrios, en torno a las parroquias y a diversos organismos creados por iniciativa popular, se había ido anudando un tejido, una experiencia solidaria, embriones de una nueva política de resistencia⁽²²²⁾.

En esa resistencia (todavía una lucha sin visibilidad nacional, sin "espectáculo") actuaban los partidos de la alianza Unidad Popular y también el MIR. Este tuvo, desde antes del golpe, más bien desde su origen mismo, otra mirada y otro discurso, menos volcado hacia las "condiciones objetivas". Allí había otra práctica "en gestación".

Pero, pese a la existencia de esos gérmenes, faltó una presión popular abierta en esos momentos de gestación, donde se combinaba la extrema dureza represiva con la inmadurez del proyecto. Esa carencia le otorgó a la dictadura revolucionaria un largo tiempo de respiro y un amplio margen de maniobra. Los únicos contrapesos reales que enfrentó el poder absoluto fueron la necesidad de concitar adhesión para sus medidas en las cúpulas militares y entre los factores de poder que las influían y, por otro lado, las presiones eclesiásticas e internacionales, en especial la de Estados Unidos y Europa.

4. La política del Partido Comunista entre 1977-80

Un tratamiento aparte merece la política del Partido Comunista en el momento de institucionalización de la fase terrorista. No he realizado una investigación de fuentes que me permita revelar entretelones desconocidos. Sólo realizaré una lectura atenta de algunos documentos de la última etapa del período terrorista.

222 Ver SALAZAR, Gabriel: *VIOLENCIA POLITICA POPULAR EN LAS «GRANDES ALAMEDAS»*. Editorial Sur, Santiago, Chile, 1990.

La hipótesis que formulo es que ese partido intentó, antes de pasar a la política de la «rebelión popular», agotar las posibilidades de la política tradicional de las «alianzas amplias». Para ello llevó la fórmula hasta sus consecuencias más extremas. En su plataforma incluyó dos temas: propuso la participación de las FF.AA. en el «gobierno provisional» que debería suceder a Pinochet e incorporó entre los elegidos de la alianza no sólo a los sectores antifascistas sino también a los no fascistas, entre los cuales incluyó al general Leigh⁽²²³⁾.

Durante el año 1979 el tono de las declaraciones fue el mismo. Estaban escritas con el verbo de la retórica antifascista, por lo que estaban plagadas de un optimismo coyuntural e histórico desaforado. Pero en materia de alianzas eran moderadas, se expresaban en términos que nada tenían que envidiar, en énfasis integrador, a las consignas de la «unidad nacional». Por ejemplo, en «Nuestro Proyecto Democrático» se dijo: «No queremos una nación dividida en tres porciones —izquierda, derecha y centro— ni en dos mitades. La anhelamos unida en torno a los valores de una democracia política y social»⁽²²⁴⁾. En otra parte se señaló, aludiendo al mismo tema: «Pensamos que parte importante de este recencuentro es y debe ser la reconciliación (sic) de las Fuerzas Armadas con el pueblo de Chile... Nosotros les tendemos la mano».

Hablando del futuro, el texto multiplicaba las palabras apaciguadoras: la principal de ellas era consenso. En una parte se afirmó, enfáticamente: «Teniendo, pues, en cuenta toda la situación no se podrá retornar a lo mismo de ayer. Sin mengua de la grandeza del período de la Unidad Popular, no se trata de volver a ese tiempo, como tampoco al que le antecedió»⁽²²⁵⁾. Y prometía, con la solemnidad y gravedad característica del clásico estilo comunista, que ellos (quienes desearían llevar «las cosas tan lejos

223 Ver PARTIDO COMUNISTA DE CHILE: «La lucha de las masas derribará a la dictadura», octubre 1978, *Archivo documental Flaco Santiago P.C.Ch. N°2*.

224 CORVALAN, Luis: «Nuestro proyecto democrático». En *IBID.*, N°3., 1977, s. p.

225 *IBID.*, s. p.

como fuera posible»⁽²²⁶⁾ estaban —no obstante— por propiciar un «claro y franco entendimiento con las demás fuerzas democráticas, en primer término con la Democracia Cristiana» y por «buscar un consenso para construir mañana un nuevo régimen institucional»⁽²²⁷⁾.

El artículo de Corvalán, no obstante ser el más rico y complejo elaborado por el Partido Comunista entre 1973-80, presentaba los ripsos e incoherencias que, en forma constante, habían caracterizado la analítica sociopolítica de esta organización, cuya teoría y reflexión práctica se nutría de la apropiación del marxismo soviético.

Dos eran las principales fracturas internas: considerar la revolución en curso como pura contrarrevolución y no captar el deslizamiento hacia la derecha de la totalidad del espectro.

Reducir la dictadura revolucionaria a simple dictadura contrarrevolucionaria era, a esa altura de los acontecimientos, un acto de pereza, un tributo al convencionalismo progresista. Constituía un análisis atrapado en la lógica de la dirección única de la historia y en el culto a la palabra revolución. Esa pereza estaba inspirada en una superstición, la creencia de que sólo eran revoluciones aquellas que tenían como protagonistas a los sectores populares. Las otras no lo eran, sólo eran regímenes de terror. Por ello, nunca alcanzarían a amalgamar terror-derecho-proyecto, para adoptar por ese acto la dignidad de una revolución. La etapa de las revoluciones capitalistas fecundas se había agotado con la entrada a la fase imperialista.

El deslizamiento no advertido de todo el espectro hacia la derecha, fue el efecto combinado de grandes cambios ideológicos universales, de la imposición de una memoria traumática respecto a la Unidad Popular y sus protagonistas y de los cambios

226 Usando un recurso habitual, he sustituido en el original el enunciado «sea posible» por «fuera posible».

227 IBID. s.p.

estructurales que estaba generando (e iba a continuar produciendo) la dictadura revolucionaria.

La ceguera frente a este efecto llevó a los comunistas, y tras ellos a la coalición Unidad Popular, a creer que se podía seguir planteando un frente amplio con una política de profundización democrática, que aspiraba a ir más allá de la mera restauración política. Es verdad que entre 1977-80 todavía no estaba terminado el ciclo de cambios estructurales y aún la dirigencia demócrata-cristiana criticaba la nueva sociedad en gestación desde las categorías social cristianas. Pero, la miopía provenía de un error tanto teórico como histórico: no captar que la dictadura representaba un experimento de «modernización capitalista» muy distinto del capitalismo del Estado-bienestar, y que —por tanto— era factible como modelo de acumulación en las nuevas condiciones del capitalismo en proceso de globalización.

Por eso, ya entre 1977-80, estaba destinado al fracaso proponer políticas de alianzas amplias con un programa que, envuelto en alusiones moderadas y promesas consensualistas, aspiraba a reconstruir el viejo capitalismo social de Estado: una economía con propiedad mixta (mezcla de propiedad privada regulada con propiedad social, esto es estatal, cooperativa, de autogestión), la reedición de la política de fronteras económicas cerradas («término de las importaciones suntuarias y de los artículos manufacturados susceptibles de ser producidos en el país»), la detención del proceso de desarrollo capitalista del campo, proponiendo «devolver la tierra usurpada a los campesinos y mapuches»⁽²²⁸⁾.

Puede decirse que los comunistas no lograron percatarse de la existencia de cambios muy profundos que afectaron las percepciones de lo posible y que habían reorientado la estructura de los deseos colectivos.

Por ejemplo, no captaron que la idea de modernidad

228 PARTIDO COMUNISTA DE CHILE. OP. CIT., N°2

producía enganche porque reproponía un gran destino. Ante el colapso del Chile del progreso impulsado por el Estado, planteaba un progreso construido sobre la energía de los individuos emprendedores, sobre la presunta igualdad de todos para competir, sobre el supuesto de un bien general construido a través de la búsqueda de la máxima utilidad individual de cada uno.

Estos importantes textos de carácter programático del Partido Comunista, escritos entre 1977 y 1979, representaron el «canto del cisne» del aperturismo. En las sombras, en las penumbras de la vida clandestina del partido, se estaba fraguando el gran cambio, el viraje hecho público en 1980. Demás está decir que, como todo parto de algo nuevo, se realizó entre luchas, contorsiones, dudas, conflictos. Representaba no sólo un cambio de línea. Sobre todo representaba un cambio de la identidad, de la imagen del partido, del modo de realizar la militancia.

El Partido Comunista había conseguido que la militancia se viviera como apostolado, como sacrificio que era recompensado con el reconocimiento, con el cariño del partido. Esta mentalidad incluía la exigencia del disciplinamiento del yo, de la subordinación del individuo al colectivo, cuya expresión era la dirección. Incluía también la idea que fuera del partido no había destino, sentido, de igual manera que el católico era impulsado a pensar que fuera de la Iglesia no había salvación.

Por ello mismo no perdió mucha militancia con el cambio de línea política, aunque ella implicaba un cambio de las exigencias, compromisos y habilidades requeridas. Un partido que había estado volcado hacia la negociación política y el trabajo de masas debió reciclar a sus militantes para la realización de la nueva línea. Los militantes activos y en cargos de responsabilidad estaban formados para enfrentar el riesgo y el temor, el peligro. Pero igual debieron resocializarse para adquirir nuevas capacidades.

Desde el punto de vista analítico lo más interesante es el desfase histórico que se observa. En la fase terrorista el Partido

Comunista y junto a él la coalición Unidad Popular plantearon una línea de acuerdos que privilegiaba la unión de todas las «fuerzas democráticas». Cuando comenzó la fase constitucional de la dictadura, el Partido Comunista cambió de línea. ¿Qué lo movió en esa dirección «maximalista», en esta aventura de enfrentar a los militares en el terreno en que eran más fuertes?

Lo impulsaba una intuición básicamente correcta que vino a interrumpir la inveterada tendencia al optimismo triunfalista. Era una intuición más bien pesimista, la certeza de que la dictadura había conseguido crear su propio «régimen de transición», el cual al imponerse permitiría la reproductibilidad de largo plazo de la sociedad neoliberal. Las consecuencias que se sacó de esa constatación van a marcar, en el terreno estratégico de la política de alianzas, el período posterior.

TERCERA PARTE
MIRANDO HACIA ATRAS II
LA DICTADURA CONSTITUCIONAL

Capítulo Primero

La caracterización de la etapa

¿En qué sentido el período que comenzó después del plebiscito constitucional de 1980 y que en la práctica terminó con el plebiscito sucesorio de 1988, correspondió a una dictadura constitucional? La pregunta es pertinente por cuanto existía una doble Constitución. Una que garantizaba derechos, como el habeas corpus y el recurso de protección o los derechos sociales, que definía un régimen político semirrepresentativo pero con participación de los partidos y con elecciones. Y la otra, que bajo el título «Período de transición», anulaba todos esos derechos y paralizaba las instituciones hasta el segundo plebiscito, el de 1988. Como ya he dicho: una Constitución real y una virtual.

Esto significaba que la dictadura constitucional no funcionaba como un «Estado de derecho», a menos que a la noción se le asignara un sentido positivista, contrariando con ello la tradición del constitucionalismo clásico. Para que exista «Estado de derecho» no basta que exista legislación política, porque de ser así casi todos los regímenes políticos modernos clasificarían dentro del tipo. Se necesita además que se cumplan requisitos normativos de representación, de poder compartido y contralanceado, de respeto a los derechos de las minorías, de consenso constitucional.

La dictadura tuvo un período constitucional, pero entendido el término en los siguientes sentidos: a) contó con un cuerpo de

leyes políticas que no generaban obligaciones inmediatas, pero sí operaban como recurso de legitimación, en especial para soportar el período de crisis económica con efectos políticos, cuyos momentos cruciales fueron 1983-84; b) debió someterse a un calendario de transición que fijaba plazos máximos para aprobar las leyes orgánicas constitucionales y realizar el plebiscito sucesorio y c) debió poner en funcionamiento un Tribunal Constitucional que actuó con cierta autonomía y en ocasiones generó contrapesos jurídicos a las decisiones de la Junta.

Este último aspecto fue importante. Durante la fase terrorista la dictadura revolucionaria no tuvo otro límite que su autoevaluación de las necesidades políticas. Sólo a ellas estuvo subordinado el uso del terror y la elaboración del derecho como «cepo represivo». El objetivo era alcanzar la gobernabilidad total. El proyecto no debía tropezar con ningún obstáculo político, no podía sucumbir ante ningún grupo de presión porque sólo así realizaría la universalidad de su saber. En síntesis, debía tener todas las condiciones para vivir su ilusión «bonapartista».

En la fase «constitucional» las pretensiones continuaron siendo las mismas pero la disposición del instrumental fue distinta. El uso del terror continuó «libre», no estuvo subordinado a un estricto «Estado de derecho». Más bien lo que ocurrió fue que se produjo una «descompresión política». Esta no fue una liberalización ⁽²²⁹⁾, ya que ésta supone pactos entre moderados del régimen y moderados de la oposición y alguna forma de «legalización» de los derechos readquiridos. Lo que ocurrió fue que el aparato de poder estatal se vio enfrentado a la modificación de las condiciones de evaluación de las necesidades políticas. Ya no había condiciones para que esas necesidades fueran analizadas desde la omnipotencia o el autismo, sin tomar en cuenta la correlación de fuerzas o, por lo menos, la existencia de una institución del régimen político recién creado, el Tribunal

229 Las razones de ese efecto serán analizadas más adelante.

Constitucional. Esta fue la única que no tenía un carácter virtual, ya que debió entrar en funciones antes de marzo de 1981.

Esta nueva fase estuvo marcada por la lucha entre las fuerzas que pugnaban por la reproducción y las que se pugnaban por el cambio o la transformación del sistema. El análisis estará centrado en la descripción del campo en el que tuvo lugar el combate y de las estrategias de las fuerzas y actores en pugna.

Capítulo Segundo

El Acoso: Movilizaciones sociales y lucha política entre mayo 1983 - noviembre 1994

He denominado este capítulo *El Acoso*. Con ello no quiero señalar un efectivo peligro de derrumbe sino una transformación de la subjetividad de la élite dominante. Por vez primera desde que se instaló en el poder-Estado se enfrentó al olfateo del peligro y a la pérdida de la omnipotencia. Una dictadura que había inmovilizado una sociedad antaño bullente, que fue capaz de maniatar a la multitud que salió a la calle el 4 de septiembre anterior al golpe, se encontró por más de un año desbordada, esto es incapaz de reproducir la situación de los diez años previos, el espacio público en orden y en silencio. Desbordada no significa al borde de un derrumbe, sólo significa que el Estado debió repensar sus controles para ajustarlos a un más complejo contexto histórico.

Esta situación nueva estuvo caracterizada por una triple cuestión: a) carácter de dictadura constitucional del Estado reformado y reforzado por el plebiscito de 1980; b) sociedad en crisis como consecuencia de la «mezzo depresión» de comienzos de los ochenta y c) despertar de la multitud, primero a la catarsis, para luego instalarse en una forma móvil de copamiento de ciertos espacios públicos.

1. La crisis económica como facilitador

El tratamiento de la crisis económica se hará en términos de la política y de la subjetividad. Para mi relato no tiene sentido producir un nuevo análisis en términos económicos o incluso en términos de «economía política», aún si estuviera preparado para hacerlo.

Para mi tipo de interpretación, la crisis constituyó un elemento activo en el despertar de la multitud, sin el cual éste no hubiese ocurrido bajo la misma forma. Por tanto ese despertar no es comprensible sin instalar la crisis como acontecimiento.

En toda crisis hay una realidad que se escapa a las pautas de dirección hasta entonces establecidas. La gobernabilidad o eficacia funcional de las autoridades públicas o la «gobernanza», la capacidad de un orden de producir legitimidad, están empobrecidos. Entonces, toda crisis, debe interpretarse como hecho político y no en cuanto desajuste sectorial. Siempre una crisis pone en jaque las pretensiones de universalidad del poder-Estado, deteriora sus discursos justificatorios, pone al desnudo los límites de un régimen de verdad.

Una crisis generada en la economía que se extiende desde allí hacia la sociedad en su conjunto, presenta la particularidad de colocar en evidencia los límites de la capacidad de reproducción material de una estructura de relaciones de producción. Por ello mismo puede actuar como facilitador de un despertar de energías sociales dormidas.

Esa crisis facilitó la transformación de la subjetividad, pero no por una reacción de autodefensa de la masa, sino por algo más complejo. Porque la ingobernabilidad generada por la crisis, en este caso ingobernabilidad de lo económico, procedió a desmontar los discursos normativos que se habían apoderado de la historicidad y desmoronó la arrogancia eficientista del discurso tecnocrático. Este había conseguido la intimidación de los opositores. Lo que ocurrió fue que las políticas económicas ya no

pudieron más seguir presentándose como dogmas. Se tornaron discutibles, relativas, dudosas.

La fase expansiva de una crisis económica es aquella en la cual los sostenedores de las promesas contenidas en la matriz de políticas tienen que rendirse a las evidencias. En el caso comentado las cifras macroeconómicas, instaladas por la analítica ortodoxa en un sitial privilegiado, hablaron por sí mismas, con crudeza descalificadora. No hubo más remedio que aceptar que se habían revertido los parámetros del éxito: se pasó de la euforia a la duda, a la polémica, a la incertidumbre. Parafraseando la frase tantas veces parafraseada: lo que se creía sólido se empezó a desvanecer en el aire.

El período del «pequeño auge» 76-82 había quedado atrás. Una somera presentación de los datos revela la magnitud de la caída e ilustra sobre sus efectos dinámicos, del paso de un desajuste sectorial a un deterioro político. Entre 1981-82 el PGB cayó abruptamente en -14.1% y entre 1982-83 en -0.7⁽²³⁰⁾. La caída del primer año de la crisis económica abierta, incubada entre 1980-81, representó la fluctuación más importante experimentada por el PGB desde 1940⁽²³¹⁾.

Junto con la caída del producto se disparó la desocupación, la cual subió en el Gran Santiago del 11.1% al 22.1% en 1981 y al 22.2% en 1982. En 1983, año en que comienzan las «protestas», la referida tasa de desocupación llegó al 19.2%, bajando al 16.4% en 1984. El alivio de 1984 debe considerarse relativo, ya que la cifra seguía siendo extremadamente alta. Sólo había habido otra de esa magnitud en la anterior crisis del período neoliberal⁽²³²⁾, mientras que entre 1960-76 la desocupación en el Gran Santiago nunca había alcanzado esas cifras⁽²³³⁾.

230 BANCO CENTRAL: INDICADORES... OP. CIT., p.2

231 UNIVERSIDAD DE CHILE, INSTITUTO DE ECONOMIA: LA ECONOMIA CHILENA EN EL PERIODO 1950-63, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1963, tomo II-Cuadros Estadísticos, p.2 e IBID., p.2.

232 En 1975 la desocupación alcanzó al 16.8%. Ver BANCO CENTRAL: INDICADORES... IBID., p.2

La inflación también escapó de control, subiendo entre 1981-82 de un atípico 9.5% al 20.7%. En 1983 subió al 23.1% y en 1984% se estabilizó en el 23%. Según algunos análisis la brusca desaceleración inflacionaria de 1981, debe ubicarse entre las causas más importantes de la crisis, visible desde el '82⁽²³⁴⁾.

El interés de estas cifras es que ellas tienen que ver con «efectos» y no con «causas». En cuanto efectos ellas dan pistas sobre modificaciones de la subjetividad socialmente determinada que se tradujeron entre 1983-84 en una ampliación del espacio político. Obviamente no quiero decir que el análisis de las causas no tenga importancia⁽²³⁵⁾. No la tiene para una mirada como ésta, preocupada de la crisis económica como facilitador del «despertar de la multitud».

¿Qué cambios en la subjetividad social ocurrieron como «efectos» mediados de la crisis económica? Hay que distinguir entre efectos en las élites gobernantes y efectos en la «multitud», efectos que permiten que ésta se transformara en «masa».

En la primera serie de efectos el principal fue la pérdida de confianza en el saber presuntamente científico, que inspiraba al proyecto. Este había sido presentado como absoluto y, como siempre ocurre en estos casos, se había instalado un dispositivo de protección de la ortodoxia. Los malos resultados iniciales habían sido tratados como momentáneos, como el efecto de rezagos. Desde la óptica del progreso, concomitante con el cientificismo, el ciclo de crecimiento comenzado el '76 no podía ser relativizado como recuperación de los niveles de 1970, sino debía ser visto como el despliegue de un crecimiento sostenido, con bases sólidas. El triunfalismo, voceado por los publicistas internos y externos, no

234 ARELLANO, Juan Pablo y CORTAZAR, René: «Del milagro a la crisis: algunas reflexiones sobre el momento económico». En: *Estudios CIEPLAN*, Santiago, Chile, N°31, mayo de 1982, pp. 31-32.

235 Respecto a las causas ver IBID. y PINTO, Aníbal: «Razones y sinrazones de la recesión». En: *Chile-América*, Roma Italia, N° 78-79, 1982, pp.43-48. En ambos artículos se exploran las razones externas tanto como las internas.

permitió captar las múltiples evidencias de una recesión internacional⁽²³⁶⁾ ni los síntomas internos de fragilidad⁽²³⁷⁾.

El triunfalismo no es accidental en un sistema de ortodoxia. Surge de la convicción de que la teoría ha capturado la realidad haciéndola inteligible y, por ello, manejable por la razón tecnocrática. La «realidad» necesariamente deberá responder a la teoría. Pero, además, el triunfalismo tiene un papel funcional en el terreno de la economía, en cuanto se usa para incidir sobre los comportamientos. La retórica del éxito influye positivamente, generando expectativas que favorecen las acciones de los agentes económicos.

Como botones, dos pequeñas muestras del triunfalismo previo al reconocimiento de la crisis. En julio de 1981, Milton Friedman declaró, cumpliendo su papel de faro iluminador: «El país está en pleno boom. Lo que se observa allí es comparable al milagro económico de la Alemania de postguerra»⁽²³⁸⁾. Un poco antes el presidente del Banco Central, Alvaro Bardón, había oficializado las optimistas expectativas del régimen para el año económico: «la economía debería crecer entre un 6 y 8 por ciento anual sin ningún problema»⁽²³⁹⁾. La de Friedman era la voz del padre alabancioso del hijo que había adoptado sus enseñanzas. Un padre benevolente, orgulloso de su vástago, pero cuyo narcisismo le impide ver las sombras. Ver las sombras equivale a dudar de sí mismo, del saber científico que había transmitido y que ellos asimilaron. En verdad, en julio de 1981 ya había ocurrido la quiebra de CRAV y se había producido la elevación de las tasas de interés a más de un 2.5% mensual, lo que proyectado representaba un 40% real anual⁽²⁴⁰⁾.

236 PINTO, Aníbal: IBID., hizo énfasis en la elevación de la tasa Libor del 8.7% en 1978 al 16.4% en 1981. Esa elevación encareció el crédito externo: «Así se clausuró un período de crédito abundante y barato, que permitió operar con fluidez y alta rentabilidad a quienes tenían acceso a fuentes exteriores...», p. 46.

237 En ARELLANO, Juan Pablo y CORTAZAR, René: *DEL MILAGRO...* OP. CIT. p.3, se señala que la inversión total fue del 15.6% del PGB entre 1974-80 mientras en la década 1960-70 alcanzó 18.5% del PGB.

238 En: *Revista Hoy*, Santiago, Chile, semana 1-7 julio 1981, p. 20.

239 Entrevista en *Qué Pasa*, Santiago, Chile, n° 505, diciembre 1980, pp.22-23.

240 ARELLANO, Juan Pablo y CORTAZAR, René: *DEL MILAGRO...* OP. CIT., p. 6.

Esta incapacidad de apreciar síntomas es propia de una mirada ideologizada, que razona en términos de un discurso cerrado, impermeable a la crítica externa. Es efectivo, como señala con agudeza Pinto, que la ideologización neoliberal provocaba cortocircuitos con las exigencias de la propia razón tecnocrática⁽²⁴¹⁾. Ella oscurecía la mirada, impedía darse cuenta de las señales, incluso de las propias señales del mercado.

El dispositivo de saber neoliberal se legitimaba básicamente como la teoría científica de la economía y afirmaba sus tecnologías sectoriales como opciones únicas. Por ejemplo, los intelectuales-publicistas que oficiaban desde la página editorial de *El Mercurio*, se encargaron de dotar a la modalidad del tipo fijo de cambio del carácter de una medida necesaria, como si tuviera el estatuto de ley científica.

Con ello se consiguió neutralizar los ataques contra esa medida pero también, al postergar la solución, se autoalimentó la crisis. Según múltiples análisis, el atraso cambiario, tardíamente reconocido, fue una de sus causas internas más significativas. Ese atraso recién se afrontó en junio de 1982, cerca de un año más tarde de la aparición de factores externos recesivos y cerca de seis meses después de que se comprobó que el año 1981 había cerrado con un importante déficit externo.

El 14 de junio de 1982, día en que se anunció una devaluación inmediata del 18% y una devaluación mensual programada del 0.8%, la crisis se hizo pública como hecho indiscutible. Dejó de ser un rumor de los opositores o un tema controvertible para transformarse en la evidencia de un fracaso. La fe ciega fue reemplazada por el desconcierto y las certidumbres debilitadas, por la desconfianza en los mesías tecnocráticos, hasta entonces venerados.

Esta estigmatización cobró más fuerza en la medida que se desarrolló la interpretación de que la crisis había sido mal

241 PINTO, *Anibal: RAZONES... OP. CIT.*, p. 43.

manejada. La ceguera dogmática que motivó la tardanza habría agrandado los efectos, de manera tal que las soluciones adoptadas con retraso tuvieron el efecto de una bola de nieve. La devaluación aumentó significativamente las deudas de quienes, creyendo las promesas del gobierno, habían contraído créditos en dólares para comprar bienes de consumo o medios de transporte (camiones, automóviles de alquiler). Pero sobre todo aumentó las deudas de los grandes grupos económicos, que habían aprovechado los créditos baratos para financiar una expansión desmesurada.

Algunas de las versiones en circulación enfatizaron la idea que la tardanza en afrontar el atraso cambiario obligó a tomar medidas drásticas, las cuales contribuyeron a desmoronar a los propios grupos económicos que se habían organizado al amparo de la dictadura. La decisión del shock cambiario debió tomarse a fines del primer semestre de 1982, cuando pudo haberse evitado adoptando medidas preventivas.

El hecho es que la medida tomada debilitó tanto el presunto fundamento científico de las medidas tomadas (lo cual era importante porque formaba parte del discurso legitimador), como la credibilidad de las promesas gubernamentales. Pocos días antes de la medida, Pinochet había señalado, en una importante reunión de empresarios, que la política cambiaria constituía una de las bases de su programa económico⁽²⁴²⁾.

Después de la decisión de junio, el tipo de discurso circulante sobre la culpabilidad de la crisis fue movido tanto por los críticos de la política económica como por los defensores de la devaluación. Esa medida había sido aplicada después de la salida de Sergio De Castro, el arquitecto de la política económica del monetarismo ortodoxo. Este defendió entonces una política alternativa de ajuste automático, la cual funcionaría produciendo una baja de las importaciones, una importante caída de salarios y una

242 Ver en: *El Mercurio*, Santiago, Chile, 6 de junio de 1982.

recuperación de la competitividad. Según él, de ese modo se habría evitado la devaluación y sus efectos bola de nieve.

La crisis llegó a su situación más extrema en el primer semestre de 1983: el alud arrasó con los grupos económicos, los principales protagonistas de lo que Pinto sardónicamente llamó «nuestro ficticio milagrito»⁽²⁴³⁾. En enero de 1983 el Estado intervino los principales bancos y tuvo que hacerse cargo de los activos de importantes grupos, para evitar la morosidad externa.

Se produjo entonces una irónica paradoja. Como señala Oscar Muñoz, bajo la dirección neoliberal, la economía chilena alcanzó un grado de socialización que hubiese deseado Allende⁽²⁴⁴⁾.

La opción de combatir la crisis por la vía de las devaluaciones sucesivas, es decir no adoptando el camino del mercado sino de la intervención estatal, fue decisiva. ¿Por qué la dictadura militar optó por la intervención del Estado y no por el ajuste automático, el cual quizás hubiese evitado el colapso de grupos económicos sobreendeudados en el exterior o, por lo menos, les hubiese permitido un margen de maniobra?

La respuesta es compleja. La devaluación representó la derrota de una política global. El gobierno se decidió por una opción de shock, por una cirugía mayor, tanto porque había perdido la confianza en los equipos económicos ortodoxos como porque necesitaba reunificar las fuerzas internas con un gesto bonapartista. La lógica del «caiga quien caiga» era la única con capacidad re-legitimante en ese nivel de catástrofe. Por ella el biministro Lüders, vinculado antes al grupo Vial, pasó del Palacio a la cárcel.

La noción de gesto bonapartista deriva, por supuesto, del célebre análisis de Marx en el 18 de Brumario⁽²⁴⁵⁾. Como se sabe,

243 PINTO, Pinto: RAZONES... OP. CIT, p. 46.

244 Ver MUÑOZ, Oscar: «El colapso de una experiencia económica y sus efectos políticos». En: Estudios Cieplan N°16, junio de 1985.

245 Ver MARX, Karl: EL 18 DE BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE. OP. CIT.

la pretensión bonapartista de «estar por encima de las clases» o, como lo señala la gráfica expresión francesa «au dessus de la mêlée», constituye una instalación discursiva más que un «hecho objetivo». Pero esa instalación se hace eficiente y verosímil porque instaura un «gobierno fuerte» cuya función es imponer el interés universal del sistema y evitar la subordinación a intereses parciales o a «políticas de compromiso» entre las fracciones dominantes. Como dice Marx, el bonapartismo representa la automatización alcanzada por el Estado, la consolidación de la máquina del Estado frente a la «sociedad burguesa»⁽²⁴⁶⁾.

En la atmósfera de frustración, incertidumbre y desconcierto por el derrumbe del sistema de prácticas (políticas económicas) instalado como verdades dogmáticas (ciencia económica única), el gesto bonapartista se hizo indispensable. Representaba tanto la voluntad de corrección como la voluntad de punición. Se necesitaba exhibir el castigo a quienes se habían extralimitado, a quienes habían actuado dolosamente. La punición aparecía como la condición para preservar el «modelo». Pero, por lo mismo, ella debía ser acompañada de la «corrección».

Realizar el salvataje masivo de los bancos a través de la generación de la «deuda subordinada», requirió hacer gestos que «demostraran» que el interés general del sistema era la única guía de las opciones del régimen. Cuando digo «requerir» estoy señalando, no una condición objetiva que se impone por sí misma⁽²⁴⁷⁾, sino una que se impone por una evaluación de las necesidades políticas por parte de la fracción dirigente. Si bien la unidad de las FF.AA. estaba reforzada por la existencia de una Constitución que comprometía su «honor» y por tanto limitaba el margen de maniobra de quienes quisieran afectar a los líderes reinantes, se necesitaba reponer la legitimidad deteriorada de ese liderazgo.

246 *IBID*, p. 132.

247 En verdad es bien difícil precisar qué puede significar una «condición objetiva» evidente. Su evidencia no es la de un hecho físico. En política una necesidad siempre constituye un enunciado discursivo que se formula como diagnóstico de la realidad.

Además, en la atmósfera del fracaso, los críticos nacional-populistas estaban haciendo su agosto. Por mucho que los intelectuales-publicistas traspasaron las culpabilidades a la recesión externa, un fracaso es siempre el de una política. Esto es así, aunque los monetaristas ortodoxos argumentaron siempre, en el discurso público, como si no hubiera opciones, como si una «política» se derivara sin mediación de una ciencia. Con la crisis reapareció como «decible» y como «convinciente», no la crítica de la oposición, pero sí la de aquellos que acusaban a los monetaristas ortodoxos de fanatismo, extremismo, de forzar el ritmo o de menospreciar los intereses del «capitalismo nacional» etc⁽²⁴⁸⁾.

La cúpula gobernante se enfrentó entonces a un hecho inédito: una inesperada ruptura en la línea del progreso, una situación no calculada. La «ciencia de la sociedad», que para ellos constituía la teoría económica monetarista, no había proporcionado instrumental para preverla. Esa ciencia, con su discurso «forzado» por las necesidades del trabajo político-cultural, se había instalado también como una teoría del progreso ininterrumpido, olvidando toda prudencia teórica y empírica. Cuando el voceado «milagro» se desmoronó, la sorpresa fue mayúscula. Una vez más se comprobaba que la «realidad» no es ni evidente ni transparente.

El otro cambio de la subjetividad «facilitado» por la crisis económica fue el que afectó a la «multitud». Dije más arriba que ella pudo convertirse en «masa», o sea se generaron en ella disposiciones a la acción-en-el-espacio-público. La «multitud» es un estado agregativo, por tanto de irrealización como grupo, red o masa. El grupo o la red⁽²⁴⁹⁾ se ubican en el espacio político-local (que es un espacio público «íntimo») o en el espacio secreto de lo político (la acción clandestina), la masa se ubica en el espacio

248 En el terreno político esta crítica estaba encabezada por Pablo Rodríguez y en el económico por Orlando Sáenz, ex presidente de la SOFOFA en tiempo de Allende. Ambos eran columnistas del diario *La Tercera*.

249 Ver SALAZAR, Gabriel: «Las avenidas del espacio público y el avance de la educación ciudadana». En: *Centro de Investigaciones Sociales, Universidad Arcis, Documento de Trabajo n.8, 1996.*

público de lo político y representa la forma en que los grupos o las redes «publicitan» o «hacen pública» su acción. En las situaciones de dictadura terrorista una parte del «pueblo» permanece siempre en estado de multitud, pero otra accede a la vida política «privada», sea local o clandestina. Una ínfima porción del «pueblo» puede vivir como masa que hace públicas sus pasiones y convicciones políticas. La crisis creó las condiciones para que una parte del pueblo derivara de multitud en masa o para que los grupos o redes asumieran el riesgo de expresarse como masa.

La acción facilitadora de la crisis en la cúpula y la expansión concomitante de la idea de fracaso tuvieron relación con ese tránsito. El desenfrenado optimismo de las declaraciones de la Unidad Popular y de cada uno de sus partidos por fin aparecían acordes con el sentido común y la percepción generalizada.

La elaborada parafernalia de la omnipotencia se desmoronó. «La flecha lanzada en vertiginoso sueño vio interrumpido su ascendente vuelo», dice un poema de Cavafis. Como cualquier objeto prosaico, la flecha depende del arquero y de la trayectoria. A veces choca, tropieza, cae. Por el visible fracaso muchos se sintieron liberados del miedo a criticar la revelación que nos habían impuesto. Entre los intelectuales se hizo común la observación irónica («nuestro ficticio milagrito», «la modernización de escaparate») y también la burla plebeya sobre las pretensiones retóricas del «Chile, proyecto de futuro», del «Chile en camino hacia el progreso», del Chile del boom, del Chile alemán, que el pope Friedman pronosticaba a pocos meses de la hecatombe.

Muchos sintieron que el miedo, por lo menos el miedo cerval y paralizante, se desvanecía porque se dieron cuenta que la combinación entre terror/proyecto/poder total no era infalible. La dictadura cometía errores, podía enfrentarse a situaciones no previstas, a la mala fortuna, al accidente histórico. La crisis destruyó la idea de la omnipotencia del poder, que en parte era la reacción defensiva de la «multitud» ante el repetitivo optimismo

de los discursos opositores, optimismo sin frutos. El temor no se eliminó totalmente, pero la crisis facilitó la percepción de fisuras, de pliegues, de huecos donde colarse. El emperador no había quedado desnudo, porque conservaba intactos sus arsenales, pero se le habían formado hoyos en los calcetines y en los codos del chaleco. El sistema se había agrietado.

Antes de 1983 algunos grupos trataron (en vano respecto a la multitud) de quebrar esa impotencia que conducía a la naturalización de hecho de la dictadura. Pese a sus esfuerzos sólo lograron movilizaciones parciales, de efecto simbólico. La primera protesta fue preparada por la lucha de las fuerzas opositoras, por el trabajo silencioso y subterráneo de diez años. Pero, pese a eso, la primera protesta representó un acontecimiento, un hecho originario y originante.

2. Las movilizaciones en la fase de ebullición

Planteó una hipótesis doble: a) existieron dos etapas en la historia de las protestas, una fase de ebullición y una fase de repetición. La primera abarcó entre mayo de 1983 y octubre de 1974 y la segunda entre el 5 de septiembre de 1985, fecha en que se reiniciaron las protestas ⁽²⁵⁰⁾, y el 2-3 de julio de 1986, fecha en que tuvo lugar la última ⁽²⁵¹⁾ y b) la determinación de quienes fueron los impulsores o las fuerzas dirigentes de las protestas requiere un análisis complejo por niveles y no resiste un análisis general que resalte a las organizaciones sociales por encima de los partidos o viceversa.

Intentaré un somero análisis coyuntural de las «protestas», por lo menos de algunas de ellas, como trabajo previo a la determinación de su sentido.

250 Entre la dictación del «estado de sitio» y el recomienzo de las protestas hay cerca de once meses. Denomino a ese ciclo como período del repliegue.

251 Por lo menos la última que corresponde al tipo de la «protesta».

La primera protesta tuvo lugar el 11 de mayo de 1983, convocada por la Coordinadora Nacional Sindical y la Confederación de Trabajadores del Cobre. La identidad de los convocantes oculta tanto como informa. Esas organizaciones operacionalizaban el consenso político alcanzado por los partidos. Como es bien sabido, existía un control político-partidario de las cúpulas de las organizaciones sindicales. De modo tal que la convocatoria de esta protesta fue primero decidida en el nivel partidario y después implementada en el nivel sindical. Lo que aportó el movimiento sindical, en este caso la Confederación de Trabajadores del Cobre, fue un liderazgo apropiado, con carisma, fuerza, capacidad de convocatoria y también con coraje para asumir el rol protagónico. El papel de Rodolfo Seguel, presidente demócrata cristiano de la Confederación de Trabajadores del Cobre y de otros dirigentes sindicales, fue muy importante en el desbloqueo inicial, en la ruptura del pánico escénico. Ellos asumieron la responsabilidad de llamar a un paro nacional, fueron los rostros y las voces de la desobediencia. La designación de los convocantes tuvo que ver con cuestiones tácticas, relacionadas con la mayor protección relativa de los dirigentes sindicales y con su capacidad de convocatoria más amplia.

No se comprende el significado liberador de la primera protesta si no se considera el clima de la época. La crisis económica abrió ventanas, operó como «facilitador». Pero no podía ella sola cambiar el miedo internalizado, el temor introyectado, que no era externo sino que formaba parte de uno mismo. Se estaba inmerso en el cálculo prevaleciente en las situaciones de terror. La violación de los límites impuestos por el dispositivo tenía costos: podía significar cárcel, torturas, riesgos límites o, en su defecto, podía representar pérdida del trabajo, colocación en listas negras, o sea riesgos decisivos. Si por casualidad lo anterior llegaba a faltar, la desobediencia desataba, de todos modos, el imaginario de la persecución.

En ese marco la primera protesta hay que verla como un acto originario, realizado entre brumas, sin tener mapas cognitivos ⁽²⁵²⁾ ni brújulas, tampoco una experiencia anterior. En esa ocasión fundante la «masa» irrumpió en el escenario callejero viviendo una doble incertidumbre. Desconocía su potencia, su poderío y desconocía la reacción del poder y de sus aparatos. Por tanto actuaba en la ambivalencia, vacilando entre el deseo de ser, de expresarse, que la impulsaba hacia adelante y la represión que, desde dentro de cada manifestante, incitaba a la responsabilidad y al realismo.

Por el peso de esta atmósfera, esta primera protesta, en especial, requirió de una «integración vertical» de los liderazgos. No bastaba lo que Salazar ha denominado acertadamente «lateralización», la transmisión fundamentalmente oral de las experiencias de base que se socializan hacia los lados, en el mismo nivel, armando un tejido ⁽²⁵³⁾. Para vencer el miedo paralizante de una masa que todavía no había vivido el bautismo de fuego de la práctica, no bastaba tampoco la palabra del «líder de las alturas». Se necesitaba que funcionara una cadena de liderazgos, que al nivel medio y de base los «personajes segurizantes» (curas, líderes de opinión, «personalidades») cumplieran su papel de movilizadores. Su ejemplo era clave, en él debió mezclarse, sobre todo esta primera vez ⁽²⁵⁴⁾, convicción con prudencia.

El análisis del desarrollo de la protesta en el curso del día arroja datos significativos. Hasta el crepúsculo del primer día daba la impresión que se cumplirían los peores augurios. La primera protesta, como casi todas, fue un fracaso en la paralización del trabajo. La ciudad en la mañana no parecía muy distinta de otros

252 *Recogí esta bella expresión de un trabajo de Norbert Lechner. Ver LECHNER, Norbert: ¿Por qué la política ya no es lo que fue?. En: Nexos, Ciudad de Méjico, Méjico, n. 216, diciembre 1995.*

253 SALAZAR, Gabriel: «Tendencias transliberales del movimiento ciudadano en Chile (1973-1996). Apuntes para una teoría del cambio histórico», Mimeo, Santiago, Chile, 1996.

254 *Para muchos manifestantes comunes no era la primera vez que salían a la calle. Pero sí la primera en que se realizaba un desafío a gran escala, en que se buscaba realizar, no una pequeña manifestación en el Paseo Ahumada, sino un evento nacional.*

días. La diferencia más visible fue que al mediodía se realizaron manifestaciones estudiantiles, en mayor número que otras veces. Hasta ese momento habían salido a la calle los sectores activos pero no la masa, ésta parecía haberse quedado aletargada en el estado de multitud. Pero con la caída de la noche la situación cambió cualitativamente.

Desde las sombras emergió el ruido ensordecedor de las cacerolas. Cubrió la ciudad, envolvente como música de Mahler. Las sombras cumplieron el papel de permitir la fusión, en el espacio íntimo del barrio, entre seres próximos, que confiaban unos en otros porque no eran anónimos, porque poseían un aire de familia, porque tenían lazos de red ⁽²⁵⁵⁾; las sombras protegían, cubrían la retirada, dificultaban la operación de las fuerzas represivas. Conocidos para los participantes, anónimos para los perseguidores.

Además en esta protesta, más que en otras posteriores, la ciudad se llenó de caravanas de automóviles y de bocinazos. Esto era tanto una expresión del nivel alcanzado por la catarsis, como del carácter multclasista de la protesta. La participación de las capas medias-medias y medias-altas fue significativa en esta protesta y también en otras. Ella empezó a descender por la apertura de negociaciones a fines de agosto de 1983 pero sobre todo por el aumento del grado de violencia.

He usado la expresión catarsis. Ese término tiene dos definiciones. Uno se refiere a la «depuración de los sentimientos por medio del arte» ⁽²⁵⁶⁾. La otra, ligada al psicoanálisis, se refiere a la liberación en forma de emoción de una representación reprimida en el inconsciente. Esos dos significados son apropiados a la primera protesta como signifiante. En ella se produjo una depuración de sentimientos y de represiones a través de prácticas (terapéuticas) que combinaron el «caceroleo», el grito, el bocinazo, los cánticos, la barricada, el meeting relámpago, la huida, el

255 SALAZAR, Gabriel: TENDENCIAS... IBID., 1996.

256 DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO CASTELL. Editorial Hachette, Madrid, España, 1988, p. 299.

enfrentamiento controlado con las fuerzas represivas, los «velatorios». Acciones de preferencia realizadas al amparo de la «masa íntima» del espacio local, masa que permitía vivir el vértigo de la fusión con los otros sin los riesgos del anonimato absoluto, de la agorafobia que crean las dictaduras.

El poder/Estado no supo cómo reaccionar frente a la originalidad de la situación. Ni en esta primera protesta ni en la segunda. Sólo a partir de la tercera protesta, en la cual se ejecutó una matanza⁽²⁵⁷⁾, apareció perfilada una estrategia de contención. En las cuatro primeras incursiones de la masa, el poder/Estado repitió su viejo tic, la represión. La ejecutó bajo dos formas. La tradicional, consistente en requerimientos judiciales, allanamientos a las poblaciones con redadas masivas, restricciones a la libertad de prensa⁽²⁵⁸⁾. Pero además creó una nueva forma adicional, la del «baleo». En la primera protesta esa forma quizás surgió de manera espontánea. Pero en la cuarta protesta se transformó en un procedimiento. Ya en esa ocasión, antes de que se hubiesen decidido los otros elementos de la estrategia de contención, esta originalidad represiva había sido ensayada. Su brutal eficacia residía en el azar. No estaba dirigida a los líderes de las cúpulas. Su objetivo era sembrar temor entre la masa. Lo hizo transformando la fiesta catártica en un riesgo, en la posibilidad de la muerte probabilística. Con excepción del sacerdote André Jarlan nunca murieron «personalidades» sino hombres comunes, miembros desconocidos de la masa o (incluso) paseantes, peatones. El carácter anónimo de los muertos acentuaba la universalidad del riesgo, como si efectivamente las balas tuvieran una dirección premeditada y ella fuera asesinar desconocidos o inocentes.

La primera protesta tuvo lugar en un momento crucial, entre

257 Ese día se registraron cerca de veintinueve muertos oficiales y cien heridos por «baleos». Además se practicaron mil detenciones.

258 Después de la primera protesta fue suspendido el noticiario de Radio Cooperativa. De este modo se imitaba el viejo cuento del rey que al conocer la noticia de la derrota de sus ejércitos hizo ajusticiar al mensajero. Manía repetitiva.

la intervención bancaria y el comienzo del reordenamiento de la política económica. El primer acontecimiento ocurrió al comienzo de enero de 1983 y el segundo se empezó a perfilar con el nombramiento de Carlos Cáceres como ministro de Hacienda el 14 de febrero de 1983. El 22 de marzo de ese año el nuevo ministro anunció un Plan Económico de Emergencia, el cual incluía una nueva devaluación y profundizaba el ajuste recesivo. El nuevo Ministro pretendía encarnar la seriedad. Daba el personaje, porque poseía la austera gravedad de los discípulos de J. Alessandri. Aparecía como un hombre independiente, sin las graves culpabilidades de su antecesor, el bi ministro Lüders, quien había sido uno de los principales ejecutivos del grupo Vial⁽²⁵⁹⁾, y que —por tanto— sumaba la incompetencia a la traición. Incompetente en cuanto había sido responsable de la política de sobreendeudamiento de su grupo, traidor en cuanto utilizó sus privilegiados conocimientos para la desarticulación del holding en que había participado, dejando a sus componentes sin capacidad de negociación.

En ese interregno tuvo lugar la primera protesta. Ella ocurrió antes que las gestiones de Cáceres en materia de renegociación de la deuda externa tuvieran éxito. Sólo a fines de julio de 1983 el ministro Cáceres logró cumplir la condición política para la obtención de un importante crédito externo. Esta consistía en asegurar por ley el aval estatal para los créditos externos de bancos y empresas. En contrapartida pudo negociar un empréstito de salvataje por U\$1300 millones⁽²⁶⁰⁾.

Las protestas también tuvieron el comportamiento de una bola de nieve. El éxito de la primera potenció la energía de la masa. Otros sectores de la multitud sintieron el deseo de fusionarse, de adquirir sentimientos de pertenencia, de vivir por vez primera o de renovar, la experiencia comunitaria del riesgo compartido.

259 Ese grupo entró en falencia después de las intervenciones bancarias de enero de 1983.

260 La ley respectiva fue aprobada el 21 de julio de 1983 y el crédito fue concedido el 28 del mismo mes.

El 14 de julio de 1983 se convocó a la segunda protesta. El llamamiento fue realizado por la Coordinadora Nacional de Trabajadores, que representaba a los núcleos opositores más vinculados a las orgánicas partidarias de la Alianza Democrática⁽²⁶¹⁾. La dirigencia había adquirido experiencia respecto a la dinámica de la protesta: ya se sabía que había una fase matinal, con desfiles de manifestantes «duros», de estudiantes en las cercanías de sus campus y en el centro de sectores políticos activos, encabezados por personalidades políticas conocidas. Se sabía también que a la caída del crepúsculo en los barrios y poblaciones se iba a desarrollar lo que aún era vivido como fiesta catártica.

Nocturnidad y carácter barrial. El barrio, donde se movían como peces en el agua los dirigentes locales, se convirtió en un espacio de creatividad. Efectivamente los líderes locales generaron en cada barrio o población formas particulares de aplicación de las consignas centrales, adecuándolas al ethos local. Formas particulares de unidad, iniciativas específicas, experiencias de acción diversificadas. La primera protesta dejó esas enseñanzas. Las características se repitieron en la segunda, para adoptar en la cuarta una importante variación.

En la segunda protesta ya no se convocó a la paralización del trabajo. El disciplinamiento en la «labor», que impedía a los trabajadores ir al paro, operaba por la doble tenaza del control patronal y del mercado laboral. En el taller, la fábrica, la empresa, se vivía la sensación de panóptico, la cual incluso impedía que pudiera realizarse trabajo político. Esta atmósfera no se sentía en el barrio, pese a que en éstos la dictadura había montado sistemas de control y soplaje.

Tomando en cuenta esa vivencia diferencial, comprobada por los resultados de la primera protesta, se llamó a la calle y al «caceroleo», al «bocineo» nocturno en las poblaciones y barrios.

261 Más adelante analizaré la configuración del campo de alianzas en la oposición.

Cuatro personas murieron baleadas, setenta y cinco fueron heridas. Más de mil trescientos manifestantes cayeron detenidos. En los diarios las protestas se empezaron a semantizar como vandalismo. La masa era pintada como caotizadora, bárbara. Una cortina de humo frente a la reiteración de las muertes por baleo, todavía realizadas en pequeña escala (si se puede hablar así de la muerte).

La tercera protesta tuvo lugar el 12 de julio. Sus características no fueron muy distintas de las anteriores: la dinámica fue la misma y los modos de expresión también, aunque con cambios que después se acentuarían. Se empezó a notar una cierta acentuación de la violencia, empezaron a actuar con más intensidad grupos que colocaban bombas incendiarias en algunos lugares simbólicos.

Dos personas murieron por el procedimiento del baleo. Más de mil manifestantes fueron detenidos. Desde las 20 a las 24 horas se impuso el toque de queda. El gobierno intentó aumentar la presión del miedo, sólo consiguió vaciar la ciudad y hacer más intenso el ruido de los manifestantes, más visible el ajeteo barrial de quienes desobedecían. Algunas poblaciones se convirtieron en una especie de ciudades amuralladas, donde las fuerzas represivas luchaban contra sombras.

La convocatoria de esta tercera protesta fue realizada en conjunto por organizaciones sindicales, de pobladores y por las alianzas partidarias. Los partidos salieron a la luz, haciendo visible un protagonismo que habían tenido desde el principio. Sus dirigentes habían consensuado las diferentes convocatorias, en una división del trabajo concertada con las organizaciones sindicales; sus activistas habían sido centrales en la agitación barrial, en conjunto con otros líderes. En la tercera protesta aparecieron en el escenario, quizás porque se preparaban cambios importantes.

Ellos se hicieron visibles en la cuarta protesta. La unidad de acción conseguida en las tres primeras protestas se destruyó parcialmente, ya que no se logró una convocatoria consensuada.

La Alianza Democrática convocó para el 11 de agosto, mientras el Movimiento Democrático Popular (en adelante MDP) organizó una protesta de dos días, para el 11 y 12 de agosto. La coalición izquierdista empezó en esta protesta a poner en práctica una estrategia de escalamiento, consistente en ir aumentando la duración de las protestas e intensificando los niveles de violencia.

Es importante anotar que esta división política de los convocantes, reveladora de una diferencia de estrategias, ocurrió antes del nombramiento de Onofre Jarpa como Ministro del Interior y, por tanto, antes de la invitación a negociar⁽²⁶²⁾. Ese dato histórico debe tomarse en consideración. Muestra que las discrepancias estratégicas no fueron el efecto de la «carnada» lanzada al agua por Jarpa y mordida por la Alianza Democrática. Existían de antes y tenían que ver con el papel asignado a la violencia, en sus múltiples formas.

Para enfrentar la ocasión el gobierno volvió a dictar toque de queda, alargando su duración respecto a la tercera protesta⁽²⁶³⁾. «En las tinieblas/ la guadaña fue cegando las vidas de los inocentes/cuanto más limpia el alma/ más feroz el deseo de abatirla»⁽²⁶⁴⁾. La noche se llenó de sangre: veintinueve personas cayeron víctimas de las balas azarosas, más de mil manifestantes fueron detenidos. El día anterior Jarpa había jurado como ministro del Interior, anunciando aperturas. Muertos contra promesas.

A pocos días de esta protesta mortífera comenzaron los diálogos entre Jarpa y la oposición. Entre fines de agosto y principios de octubre las protestas estuvieron interferidas por la negociación con Jarpa.

Entre el 8 y el 11 de septiembre el MDP convocó, en solitario, a la quinta protesta. El día simbólico, décimo aniversario del golpe,

²⁶² Es importante subrayar este aspecto. Las diferencias de las oposiciones no eran coyunturales.

²⁶³ En aquella ocasión había terminado a las 24 horas, en ésta fue prolongado hasta las 5.30 del día siguiente.

²⁶⁴ BLAKE, William: POESIA COMPLETA, Colección Visor de Poesía, Madrid, 1990.

arreciaron los enfrentamientos a nivel poblacional. Quince muertos, seiscientos heridos. Las cifras hablan por sí solas. Ya era normal que cada manifestante estuviera enfrentado a la incertidumbre probabilística.

El asunto volvió a repetirse entre el 11 y 13 de octubre, de nuevo una protesta convocada sólo por el MDP. La situación era de medición de fuerzas. La negociación concreta con Jarpa había fracasado, pero para la Alianza Democrática, la opción negociadora no estaba cerrada.

Esto se demostró claramente en la convocatoria de noviembre. La Alianza Democrática, quizás arrepentida de su anterior maximalismo y a la espera de una nueva oportunidad, decidió trasladarse de la calle al recinto cerrado del Parque O'Higgins. Allí convocó a una concentración. Ella fue multitudinaria: las agencias extranjeras hablaron de 500.000 manifestantes, la policía detectó a 100.000 vociferantes.

A partir de esa concentración, de ese sintomático traslado desde la calle peligrosa y bullanguera al recinto enmarcado del Parque, comenzó la discontinuidad, expresión de las diferencias de objetivos entre la Alianza y el MDP. La siguiente protesta debió esperar cuatro meses, hasta el 27 de marzo de 1984. Pinochet sobrevoló la ciudad y pudo darse cuenta de la topografía y de la acústica del descontento. Hubo seis muertos... casi nada en la ascendente mortalidad de las protestas.

Desde aquella protesta transcurrieron otros cuatro meses de silencio. El 9 de agosto de 1984 la protesta, cada vez más violenta en los sectores poblacionales, fue reemplazada por una pacífica Jornada por la Vida. La convocante fue la Iglesia, alguien por encima de los partidos, dotada de una indiscutible autoridad moral. Pacifista pero clara en su permanente condena del «espíritu de cruzada» de la dictadura.

Un mes después, las protestas parecieron recuperar su ritmo, esto es la cadencia mensual de 1983, perdida en 1984. Fue en la

noche del 4 de septiembre de 1984 que una bala alcanzó al padre André Jarlan, mientras rezaba. Ese proyectil errático no le iba dirigido. Por ello mismo era una pieza maestra del dispositivo del terror. Podía haber penetrado en el cráneo de cualquiera. Por eso su poderío era insidioso, porque no iba destinado a nadie en particular. En la protesta anterior otra bala sin rumbo había tropezado con un cantautor peruano, alcanzado en la confusión de una rotonda. Diez muertos sellaron la jornada.

Al mes siguiente se volvió a intentar lo que hasta entonces había fracasado. Se convocó a un paro nacional para el 30 de octubre de 1984. La adhesión de los microbuseros lo transformó en un éxito, por lo menos en Santiago. Este gremio no combatía por derrocar a Pinochet ni por terminar con la dictadura. Lo movían intereses corporativos, su paralización tenía por objetivo conseguir la renegociación de las deudas en dólares. Por esta circunstancia y no por otra, por primera vez un llamamiento de paralización del trabajo tuvo éxito. Lo que efectivamente ocurrió fue que los trabajadores no pudieron llegar a sus lugares de trabajo. Pero el análisis de la oposición sobrevaloró el éxito, como si el resultado fuese la expresión de la combatividad desatada de las masas. Como si éstas hubiesen hecho saltar todos los diques de contención, el del miedo al castigo físico y el del temor a perder los puestos de trabajo, en manos de algún otro componente del vasto ejército de desocupados.

Se alcanzó a vivir la euforia, la sensación de que se había recuperado el ritmo de asedio. El optimismo triunfalista hizo acariciar la ilusión de que se estaba al comienzo de una escalada progresiva. El gobierno respondió, el 6 de noviembre, con la dictación de «estado de sitio» y la suspensión o el sometimiento a censura previa de todas las revistas opositoras⁽²⁶⁵⁾.

265 Las publicaciones afectadas por suspensión fueron *Cauce*, *Apsi*, *Análisis*, *Pluma y Pincel* y *La Bicicleta*. La revista *demócrata cristiana* *Hoy* fue sometida a censura previa.

Esa medida legislativa brutal, que ensanchaba las capacidades represivas de la dictadura, fue sumamente efectiva. Puso término al primer ciclo de las protestas. Lo que no había podido la negociación con Jarpa, lo consiguió la pírrica victoria del paro.

¿Por qué este repliegue de la masa, esta involución hacia el estado de multitud? Las razones de detalle son muchas, pero la principal tiene que ver con el uso estratégico de la amenaza. El régimen escenificó la dureza y consiguió poner a la oposición a la defensiva.

Pinochet maniobró como si lo inspirara la célebre observación de Tocqueville sobre el peligro de sucumbir de un absolutismo que renuncia a seguir actuando como tal. Hizo un gesto de autoridad porque vivía una situación delicada, especialmente por las ambivalencias y conflictos en la dirección de la política económica. El fracaso del diseño aperturista había dejado a Jarpa con toda la energía colocada en el combate contra los economistas neoliberales. En abril de 1984 había logrado desplazar a Cáceres, que era un neoliberal pragmático, para colocar a un economista nacional-desarrollista⁽²⁶⁶⁾. En la coyuntura abierta por el paro, Pinochet demostró su intuición de animal de presa. Justamente porque enfrentaba una situación confusa tenía que reaccionar con dureza. Adivinó que los dirigentes opositores reaccionarían con cautela por temor de un endurecimiento generalizado.

La masa se frenó, sin el impulso de una dirección política donde también participaran los moderados, no fue capaz de seguir actuando, porque las protestas no eran la expresión espontánea de una combatividad incontenible. Eran animadas, estimuladas por los partidos, cuya labor de movilización gatillaba energías. Su éxito dependía de un hilo, de una pequeña trizadura en la subjetividad, generada —por ejemplo— por un rebrote de la

266 Ubicó en el Ministerio de Hacienda a Luis Escobar, ex ministro de J. Alessandri, en esa época militante del Partido Radical y ex funcionario del BID.

sensación de aplastamiento y de impotencia. Eso lo consiguió el gobierno con la imposición del estado de sitio.

Por último es importante recalcar que el repliegue de la masa, la suspensión de las protestas por más de diez meses, hasta septiembre de 1985, no produjo el recrudescimiento de la actividad de grupos armados, ni en la forma de acciones comando ni en la forma de acciones masivas. En realidad, la trayectoria fue la inversa. La cancelación de las protestas abrió paso a la segunda negociación, aquella que tuvo lugar entre el sector moderado de la oposición y el partido moderado de la derecha⁽²⁶⁷⁾.

3. Las estrategias dictatoriales durante el acoso y el repliegue

La superación de la crisis económica y de la crisis de dirección se debió a la aplicación de una doble estrategia: una estrategia de contención y una estrategia de rearticulación, ambas complejas y múltiples.

La hipótesis central es que durante el período del acoso el régimen militar no enfrentó el peligro de la caída, del derrumbe. Una dictadura revolucionaria como la que existió en Chile solamente cae si se neutraliza su capacidad de uso de la fuerza. Esto significa que ella hubiera enfrentado el peligro de caer sólo en caso de enfrentarse a un poder militar superior. Esta situación requería la creación de una fuerza armada distinta o la división interna «catastrófica», por autonomización de una rama de las FF.AA. o de una fracción que pusiera en peligro la correlación de fuerzas o que anulara la capacidad de actuar de los defensores militares del régimen en el poder.

La situación de acoso que hemos descrito no alcanzó nunca

267 Me refiero al Movimiento de Unidad Nacional (MUN) cuyo líder era Andrés Allamand. Más adelante trataré el tema de la reconstrucción de los partidos, así como el tema de la «segunda negociación».

este nivel. Las movilizaciones de masas con violencia focalizada sólo hubieran generado condiciones de desgobierno, potencialmente gatilladoras de divisiones internas de las FF.AA., en caso de producirse paralizaciones muy prolongadas de la actividad laboral, no necesariamente en todo el país pero sí en sectores claves. Pero para que ello ocurriera, se requería que la crisis económica escapara de control, se transformara en colapso. Si ello hubiese sucedido, otra habría sido la situación. Pero el éxito del gobierno para remontar, para convertir el escenario de crisis en escenario de rearticulación, pulverizó esa posibilidad.

Pese al tono de los discursos triunfalistas de las oposiciones, que hablaban de derrocamiento o de «ruptura democrática», lo que en verdad estuvo en juego no fue la caída del régimen sino el forzamiento de la negociación. Pese a la magnitud inicial de la crisis económica y de dirección⁽²⁶⁸⁾, pese al acoso de las movilizaciones de masas, el «pinochetismo» (o sea el núcleo duro de dirección de la dictadura revolucionaria) logró sortear los escollos.

A. Las estrategias de contención

Analizaré en primer lugar las estrategias de contención. Ellas fueron de dos tipos. El primero comprende las modalidades de aplicación del terror. Ellas fueron especialmente pensadas para enfrentar a una masa en ebullición regulada. Esto significa una masa activa pero que calculaba sus maniobras, que las había calendarizado y transformado en un ritual.

Como ya se ha dicho, el principal procedimiento usado fue el de la muerte probabilística. En la fase del acoso el disparo al aire,

268 Esta crisis de dirección tiene lugar básicamente durante el período en que Onofre Jarpa fue ministro del Interior. Esto porque él intentó practicar en el terreno político una cierta apertura y, en especial, porque quiso cambiar el rumbo neoliberal de la política económica.

especialmente usado contra las manifestaciones estudiantiles y los enfrentamientos barriales, cobró más de ochenta víctimas fatales y más de mil heridos⁽²⁶⁹⁾. Especialmente después de las matanzas aleccionadoras de la cuarta y quinta protesta⁽²⁷⁰⁾, los manifestantes ya no podían concurrir como quien iba a una fiesta o a un rito catártico. Iban a enfrentar, si no un combate, por los menos a una escaramuza. Miles de padres, de hijos, de compañeros vivieron esos días con el alma en un hilo. No era necesario ser un combatiente para caer en el combate. Las balas elegían a sus víctimas caprichosamente. Ya se ha dicho que se trataba de un procedimiento calculado, de una manera de emparejar el miedo. Se buscaba que quienes salían a agitar banderas, a gritar, máximo a tirar piedras, sintieran tanto pánico como quienes organizaban las barricadas, tiraban bombas molotov o cortaban la electricidad; sintieran tanto pánico como quienes dirigían los enfrentamientos en las poblaciones más combativas.

Los planificadores de esta forma de contención represiva sabían bien que el método no servía para arredrar a los cuadros con formación militar o paramilitar. Servía para debilitar la participación de los manifestantes comunes, aquellos que desfilaban para vocear consignas o para lanzar piedras. Ese procedimiento funcionó como un mecanismo objetivo de polarización de la lucha, puesto que tendía a vaciar las calles de manifestantes. Dejaba en ellas sólo a los combatientes.

La otra forma de contención represiva tuvo el mismo efecto. A partir de la cuarta protesta el gobierno utilizó en varias oportunidades el recurso de imponer toque de queda. La prohibición de tránsito aumentaba también el riesgo de las protestas, puesto que convertía la sola presencia en la calle, en un delito. Es evidente que se buscaba aumentar el grado de violencia de las protestas, haciendo desertar a quienes no deseaban correr riesgos o sólo toleraban un riesgo muy bajo.

269 Hablo de las víctimas registradas en la prensa. Estas estadísticas subvalúan los efectos, en especial el número de heridos.

270 Las estadísticas registran la muerte de 44 personas.

Con esas modalidades se intentaba tanto aumentar las contradicciones entre moderados y radicales, como deslegitimar las protestas entre los habitantes de las poblaciones. La brutalidad de los métodos de respuesta y su carácter indiscriminado pretendían que todos los pobladores se sintieran amenazados, víctimas potenciales de los actos de los sectores más radicales, de manera de aislarlos entre los propios pobladores. El régimen jugaba a desgastar, a hacer pagar un alto costo por las protestas.

Los allanamientos masivos a algunas poblaciones, usando el sistema vejatorio de trasladar a todos los hombres a un recinto bajo control, de tratarlos a todos como delincuentes, buscaban generar reacciones internas de fatiga, de cansancio, de «arrepentimiento» entre los pobladores. Había que reimponer la sensación de que con el poder no se juega. Por eso los métodos de persecución generalizada sólo se usaron entre los sectores considerados más vulnerables.

En la cuarta protesta el gobierno intentó una «política de shock», destinada a producir un efecto de quiebre fulminante. Sin sigilo, más bien con aparatosa publicidad, fueron trasladadas a Santiago tropas de refuerzo. Los dos días y noches de la protesta, Santiago fue ocupado militarmente por 18.000 efectivos. La medida no impidió el carácter multitudinario del «caceroleo» nocturno ni la multiplicación de las manifestaciones barriales ni los enfrentamientos violentos en sectores populares.

El despliegue, realizado el mismo día que asumió el nuevo ministro del Interior, generó un cierto distanciamiento de algunos miembros de la Junta respecto de las medidas gubernamentales. El jefe de la FACH, general Matthei declaró: «Ya es tiempo de que nosotros podamos entendernos con los partidos políticos, de que vuelva a haber debate político»⁽²⁷¹⁾. Con estas palabras se quería

271 Ver en: *Revista Hoy*, Santiago, Chile, 17-23 de agosto 1983.

dejar bien en claro que era el Ejecutivo el que manejaba la política represiva.

Con ocasión del paro de fines de octubre de 1984 el gobierno volvió a utilizar una «política de shock». En este caso fue la dictación del estado de sitio. La medida cumplió el efecto buscado. Por un largo tiempo no hubo manifestaciones de alcance metropolitano o nacional. De la ebullición al repliegue.

Las estrategias de contención (aunque no por supuesto ellas solas) consiguieron la polarización deseada, la pérdida de la universalidad de las protestas como mecanismo de expresión opositora. Aumentó el grado de violencia de las manifestaciones, poco a poco se fue mellando su carácter interclasista. Los moderados (que aspiraban a un utópico e imposible pacifismo total, sin piedras ni destrozos) y los que no estaban dispuestos a correr riesgos fueron ahuyentados. Es evidente que en esto también jugaron un papel central las líneas políticas de cada grupo opositor y las otras estrategias de contención instaladas por el régimen.

Entre estas últimas tuvo un papel destacado lo que denominaré la estrategia de la «forja de ilusiones». Este nombre permite interpretar cómo funcionó el plan de apertura de Jarpa. Por un problema metodológico uso el verbo funcionar en vez del verbo ser. Las acciones racionales orientadas hacia fines no tienen una esencia, en ese sentido un ser. Tienen significados asignados por los actores y tienen una modalidad que puede ser descrita desde afuera, una manera de operar que genera efectos. No son, no tienen una realidad que se sostenga en una esencia. Producen una modalidad de operación, se pueden identificar por efectos más que por una identidad.

El plan de apertura de Jarpa operó como «forja de ilusiones» y no como una simulación. Ello fue así porque el deseo y la intencionalidad de cambio estaba presente en el emisor de las señales tanto como en los receptores de ellas. Jarpa creyó posible

cumplir las promesas de apertura, tanto como los negociadores opositores creyeron que podrían sobrepasar esas promesas y crear el aluvión a partir de una bola de nieve. Se trata de la proyección ilusoria de un deseo recíproco más que de un engaño deliberado.

Jarpa fue una pieza de un juego que lo sobrepasaba. También Gabriel Valdés. Detrás de ellos actuaba una constelación de poderes. ¿Por qué actores tan experimentados no percibieron el juego tras las bambalinas y confundieron espectáculo con realidad posible?, ¿por qué no captaron que la voluntad de un actor no puede confundirse con el destino de un proceso? En política la buena fe es simple materia prima. La pregunta principal no es si un actor miente sino, más bien es si un actor puede. El sujeto mismo, esto muchas veces no lo sabe, a veces por un defecto del cálculo, otras veces por una ilusión del cálculo.

El análisis político funciona con modelos de expectativas racionales, en el sentido que cada actor realiza apuestas basadas en diagnósticos que dan lugar a previsiones sobre el comportamiento de aliados y adversarios. Diagnósticos y previsiones que son construcciones plausibles sobre las conductas de otras fuerzas, realizadas desde algún modelo de racionalidad. El componente central de la construcción de esos modelos no es sólo la estimación adecuada de los fines y de las estrategias, es básicamente la estimación del poder que el actor puede desplegar.

La referencia a un modelo de racionalidad no implica suponer que el actor opera con una modalidad de acción instrumental, siempre correcta y efectivamente aplicada. Pero implica suponer que un actor trata de fijar sus fines adecuándolos a un cálculo sobre el poder propio y el de los aliados y adversarios. Pero en el cálculo puede entrar, y se sabe que en muchas ocasiones entra el deseo, la pasión, ambos facilitadores de la ilusión política.

Esto no es accidental, corresponde al carácter de la política en nuestras sociedades. Esta está volcada hacia la normatividad, hacia la definición de «políticas». La política, en cuanto tipo de

acción, hace discursos factuales para proponer tanto un «deber ser» como una trayectoria. De allí la importancia de la distinción existente en inglés entre «polity» (lo político) y «policy» (la política).

La definición equivocada de las propias posibilidades de poder o de las finalidades de otros actores puede dar lugar a la ilusión o al derrotismo. En el primer caso, el actor sobrevalora sus oportunidades históricas. Con frecuencia lo hace impulsado por un ethos «ilustrado», esto es, imbuido de optimismo racional y confianza en el progreso con el cual se autoidentifica. En el otro las subvalora, víctima del pesimismo cuestionador o invadido por la imagen de omnipotencia que proyectan los «poderes de Estado totales», los que a menudo logran establecerse en la conciencia de los oprimidos como poderes absolutos.

El plan de Jarpa, en apariencia elaborado en contacto con el «estado mayor presidencial» desde febrero o marzo de 1983⁽²⁷²⁾, generó, especialmente entre la oposición moderada, la ilusión de un momento crucial. El aperturismo ofrecido fue analizado como debilidad generalizada del régimen. No se alcanzó a percibir que constituía el proyecto de un grupo emergente, nucleado en torno a Jarpa, entonces apoyado por Allamand⁽²⁷³⁾. Este grupo había aprovechado la crisis de dirección, en especial la desconfianza hacia los economistas neoliberales entre los propios empresarios⁽²⁷⁴⁾, para desplazar a los gremialistas. Era por tanto una de las cartas en el juego de la rearticulación, pero no la única carta.

Las ofertas de Jarpa, envueltas en un discurso de liberalización y consenso, apuntaban a hacer operativas, antes del fin del período llamado de «transición», algunas instituciones de la Constitución del '80. El plan concreto consistía en adelantar la

272 En : *Revista Hoy*, Santiago, Chile, agosto 1983. Ese «estado mayor» estaba entonces a cargo del G. Sinclair.

273 De hecho Andrés Allamand estuvo a la cabeza del MUN, inicialmente un partido de apoyo a la gestión del ministro del Interior. Fue fundado el 27 de noviembre de 1983.

274 Ver, por ejemplo, en la prensa de la época las protestas de la Confederación de la Producción y del Comercio y de la Sociedad de Fomento Fabril ante la política económica postcrisis.

aprobación de la ley de partidos políticos y en acelerar el estudio de la legislación sobre registros electorales y elecciones como bases para la suspensión del receso político y para una elección anticipada del Parlamento. A ello se agregaba una promesa sobre el término paulatino del exilio.

La negociación, realizada al alero de la Iglesia Católica, tuvo los siguientes hitos principales: a) a mediados de agosto de 1983 la Alianza Democrática (en adelante AD) dio a conocer el documento titulado «Bases del diálogo para un gran acuerdo nacional», en la cual se coloca como condición de un eventual consenso el término de la dictadura y su reemplazo por un «gobierno provisional» junto con la convocatoria de una Asamblea Constituyente, destinada a redactar una nueva Carta Fundamental⁽²⁷⁵⁾; b) el 25 de agosto se reunieron en casa del Cardenal Fresno los dirigentes de la AD, sin la asistencia de los representantes socialistas; allí plantearon que la permanencia de Pinochet imposibilitaba los acuerdos; c) el 5 de septiembre se volvió a realizar una reunión entre ambas partes bajo la misma mediación; en ella la AD insistió en la cuestión de principios pero planteó como puntos realizables el acortamiento de la etapa de «transición» y la realización de elecciones presidenciales competitivas y directas; d) después de la protesta del 8-11 de septiembre la AD declaró suspendidas las conversaciones mientras el gobierno no propusiera un plan de transición; e) el 29 de septiembre se reanudaron las discusiones y la AD volvió a proponer una Asamblea Constituyente más una Comisión que en el plazo de 120 días propusiera leyes políticas de carácter constitucional; f) el 2 de octubre Pinochet descartó en un discurso público cualquier cambio constitucional; esto llevó a la AD a finalizar las negociaciones con el gobierno.

La coyuntura de finalización fue demostrativa del carácter de la situación. La intervención de Pinochet que clausuró las conversaciones era reveladora de la complejidad de la arena en la

275 CHAPARRO, Patricio (editor): *LAS PROPUESTAS ... OPCIT*.

cual se desarrollaba un juego múltiple, de —por lo menos— cuatro fuerzas.

En las oposiciones había dos posturas. Por un lado estaba la AD, que representaba el ala más moderada. Pero se trataba de un ala moderada cazada en una posición anticonstitucional de principios. Por tanto esos moderados actuaban como maximalistas, no podían negociar dentro del sistema. Estaban impedidos de operar como fuerza «liberalizante», porque para negociar exigían desconocer la base de la operación «transformista», la legitimidad de la Constitución del '80.

Además esa oposición moderada estaba presionada desde su izquierda. Ese tirón o esa fuerza centrífuga limitaba los márgenes de maniobra del ala moderada. La presencia de un ala de izquierda de la oposición representaba una competencia cuyo efecto inicial principal fue bloquear durante un tiempo la posibilidad de que esa fuerza moderada actuara como tal. De hecho en esta fase de acoso, la oposición moderada no estuvo dispuesta a discutir en un marco que de manera explícita o tácita aceptara la Constitución. Vino a aceptarlo cuando su capacidad movilizadora se había mellado.

La oposición de izquierda, organizada desde fines de septiembre de 1983 en el MDP, preconizaba el derrocamiento y propiciaba una estrategia de hostigamiento (en ese momento denominada «violencia aguda»). Ella no participó en las conversaciones con Jarpa, no sólo porque no fue invitada a la negociación. Además porque se oponía por principio a toda negociación que no fuera para discutir las condiciones del retiro.

Manejando las presiones culpabilizadoras lograron imponer una mentalidad que transformaba un problema político en un problema moral. Quienes cedían frente al déspota o incluso quienes participaban en conversaciones con sus emisarios caían en el pecado de reconocer la legitimidad de un gobierno moralmente condenable, de una tiranía. Hasta agosto de 1985, esto es durante toda la fase del

acoso y durante casi todo el repliegue⁽²⁷⁶⁾, el MDP contribuyó a reforzar el rechazo principista de la negociación, como si representara ceder ante el mal, ante lo diabólico. Una perspectiva situada en las antípodas del realismo que había caracterizado hasta 1980 la política del PC.

Esta mentalidad, que privilegiaba los principios por sobre el cálculo realista de la correlación de fuerzas, también influyó sobre los moderados. Esta influencia reforzó la ambigüedad de su política. Los moderados aceptaron negociar pero plantearon demandas imposibles de aceptar, con lo que convirtieron las discusiones en inútiles. Actuaron de una manera ambivalente, como si no pudieran negarse a conversar, pero también como si prefirieran que las promesas no fueran verdaderas.

A su vez, desde el lado del gobierno, el panorama también era complejo. Jarpa había desplazado a los gremialistas y era enemigo de la política económica ortodoxa. El triunfo de su línea de apertura no solamente adelantaba los plazos de la disputa política. Además hubiera significado la consolidación de un liderazgo que no tenía afinidad con la política de rearticulación del proyecto neoliberal, limpiado de sus excrescencias dogmáticas. Este seguía siendo, pese a los problemas, el proyecto de los apoyos civiles más lúcidos del régimen y también del núcleo de conducción militar. Ellos estaban convencidos de que las bases de sustentación del modelo eran sólidas, que sólo se requería un período de convalecencia para volver a tomar la senda, profundizando aún más los rasgos centrales del esquema neoliberal, privatizador y concentrador pero capaz de aumentar la competitividad.

Jarpa quería la apertura. Pero para él ese paso no era el decisivo. Lo buscaba como una base de sustentación para una redefinición del modelo de desarrollo capitalista, hacia otro con mayor injerencia del Estado, con mayor protección al capital productivo nacional, con un aperturismo mercantil discriminatorio,

276 Se debe recordar que denomino repliegue al período transcurrido entre la dictación del estado de sitio (6 de noviembre de 1984) y la primera protesta de la nueva fase (4 de septiembre de 1985).

con mayor énfasis en la integración social. Por estas razones, los tradicionales blandos del régimen, los gremialistas, se mantuvieron aparte de la política de apertura de Jarpa. En ese cuadro el ministro del Interior fue presa fácil de una combinación mortífera: el juego de Pinochet, destinado a defender su poder y a proteger la rearticulación neoliberal del modelo, y las ambigüedades de la AD.

No es descartable el papel de la ilusión rupturista en la política de la AD. Obnubilada por la vitalidad de la masa, confundida por la hondura de la crisis y por sus errores de diagnóstico sobre la profundidad de la «revolución capitalista»⁽²⁷⁷⁾, llegaron a creer que la multiplicación de las protestas tendría capacidad desestabilizadora. No habían percibido aún que la crisis económica, si era bien manejada (esto es si triunfaban las políticas de rearticulación), iba a producir una profundización de las transformaciones, especialmente una intensificación de la inversión extranjera y una mayor internacionalización de la propiedad.

No es nada de raro que al ver los efectos de la «política represiva de shock» de fines de 1984, la AD se volcara hacia el realismo y se incorporara a un proceso de negociación indirecta.

B.- Las estrategias de rearticulación

El combate principal no fue aquél que apareció ante el público, el enfrentamiento entre apertura o inmovilismo político. En realidad fue aquél que enfrentó a los continuadores de la política neoliberal y sus adversarios.

Quizás el resultado de esa lucha de posiciones pudo ser otro si, antes de la crisis, no se hubiesen realizado dos importantes

²⁷⁷ Un comotado economista socialista afirmaba, criticando la tesis de Manuel A. Garretón, pero en especial de Pilar Vergara y más, que no podía atribuirse a las transformaciones el carácter de una «revolución capitalista». Entre las razones señala que para que exista una revolución tiene que haber «un aumento en importancia de las fuerzas productivas del sistema». Según él la crisis económica había desnudado el carácter aparente de esos aumentos. GUARDIA, Alexis: «Las nuevas modalidades del desarrollo capitalista chileno». En: Chile-América, Roma, Italia, N° 78-79, 1982, pp.54-55.

reformas con las cuales se completaban las condiciones para un funcionamiento óptimo del modelo: la privatización de la seguridad social y la eliminación de las trabas para el manejo flexible de la fuerza de trabajo⁽²⁷⁸⁾.

Una de las particularidades del caso chileno fue la adecuación temporal de las «grandes reformas». En realidad, si no hubiese existido flexibilidad para el ajuste de la cantidad de fuerza de trabajo a las condiciones del mercado, el efecto de la crisis sobre las empresas hubiese sido mayor. Si la reforma previsional no se hubiese decidido en noviembre de 1980, los obstáculos políticos hubiesen sido mucho mayores, puesto que la crisis de 1982 puso en evidencia una gran irresponsabilidad de parte de los privados en el manejo de los depósitos bancarios y de fondos mutuos confiados a su cuidado.

Ambas reformas fueron claves. La flexibilización laboral constituye no sólo una condición sino el sello distintivo del modelo neoliberal, pues sin ella el principio de los ajustes micro-económicos de mercado se hace casi imposible. En la falta de esa reforma está topando en estos momentos la reestructuración capitalista en la Argentina de Menem. Es la misma piedra de tope en la cual chocaron todos los intentos anteriores, deshechos frente a la hostilidad de los sindicatos. El poderío del movimiento obrero neutraliza el carácter mercantil puro de la relación capital-trabajo.

También la privatización de la seguridad social fue fundamental, ya que llenó dos condiciones: debilitó la capacidad financiera directa del Estado, transfiriendo al sector privado el manejo de los fondos previsionales y liberó al sector privado de la participación obligatoria en el ahorro previsional que tenía en la legislación anterior.

²⁷⁸ Para un análisis, aunque muy sesgado, de los procesos de decisión sobre estas reformas ver los libros escritos por José Piñera, impulsor de ambas: PIÑERA, José: EL CASCABEL AL GATO. La batalla por la reforma previsional. Editorial Zig Zag, Santiago, Chile, 1991; LA REVOLUCION LABORAL EN CHILE. Editorial Zig Zag, Santiago, Chile, 1990. El tono de ambos libros es autocomplaciente y soberbio. Más que investigaciones son libros apologéticos.

Por eso tenían razón aquellos que decían que la crisis era devastadora en sus efectos coyunturales, pero que era de corto plazo y superable. El modelo no estaba sumido en un tipo de crisis estructural, producto de su inviabilidad o de su ineficiencia por carencia de algunas de sus condiciones de funcionamiento. El haber ya realizado las reformas más importantes, entre ellas las rebajas arancelarias, la privatización de los servicios sociales, la flexibilización laboral, le dio una gran ventaja a los neoliberales. Retroceder tenía costos muy altos.

Además la crisis creaba la oportunidad de profundizar algunos de los rasgos esenciales del sistema, entre ellos la internacionalización de la propiedad de las empresas. El Estado, a quien la crisis había colocado de nuevo a cargo de una reprivatización, se puso como meta crear —¡ahora sí!— un sujeto empresarial apto para la gestión eficiente y competitiva. Los grupos que cayeron víctimas de la crisis del '82 tenían integración vertical y diversificación, pero propiedad nacional y endeudamiento con el sistema financiero internacional. Los nuevos grupos conservaron las características «positivas» de los anteriores, pero agregando una que faltaba: propiedad también diversificada, donde el gran capital nacional se combinó con el gran capital extranjero.

La verdad es que la decisión de intervenir la crisis desde el Estado mediante la revalorización del dólar tuvo consecuencias concomitantes. La devaluación de junio de 1982 contribuyó a la insolvencia del sector financiero, hecha pública en enero de 1983 y, además, la primera devaluación debió ser completada con otra, realizada en febrero del mismo año⁽²⁷⁹⁾.

Como se ha dicho, uno de los problemas principales del período consistió en la sorda lucha de posiciones entre Jarpa y Cáceres. Este último representaba la defensa del modelo neo-

279 Lo cual hace pensar que la fluctuación mensual programada de 0.8% fue insuficiente.

liberal y la política monetarista ortodoxa, mientras que el primero, junto con su ministro Escobar, representaban la reactivación y el reformismo económico. Esa situación se extendió por poco menos de un año, entre el 2 de abril de 1984 y el 3 de marzo de 1985. Desde entonces hasta 1989 el Ministerio de Hacienda estuvo en manos de Hernán Büchi quien avanzó resueltamente en la profundización del diseño neoliberal.

Es muy importante señalar que el Ministro Escobar fue sacado de la dirección económica poco después que se anunciaran las esperanzadoras cifras de crecimiento de 1984⁽²⁸⁰⁾. Incluso la gestión Büchi soportó un primer año con un crecimiento mucho menor del PGB, de apenas el 2.4%. Su tarea principal fue conducir la reprivatización y con ello incidir de una manera central en la constitución de los nuevos grupos económicos. Además tuvo a su cargo garantizar un manejo macroeconómico que asegurara un crecimiento sostenido y ubicado en la perspectiva del plebiscito de 1988.

Este relato muestra que la estrategia de rearticulación no pudo consolidarse totalmente ni en la fase del acoso ni en la del repliegue. Ella sólo se afirmó un poco antes de la reactivación de las protestas.

No obstante, esto no significa que entre 1983 y 1985 no se haya avanzado o que existiera una permanente crisis de dirección macroeconómica. Efectivamente hubo bandazos y períodos de desconcierto. Incluso hubo momentos de intensas luchas de poder, especialmente entre Cáceres y Jarpa. Pero, el intento reformista más importante, el del Ministro Escobar, no pudo modificar ninguna cuestión sustancial. Su esfuerzo estuvo volcado a la reactivación más que al cambio de la organización económica.

El aspecto principal de la estrategia de rearticulación en esta

280 El PGB creció en 1984 un 6.5%. La Revista Hoy comentó que los más sorprendidos con los cambios fueron Escobar y los voceros empresariales. Ver en: Revista Hoy, Santiago, Chile, marzo 1985.

etapa de *El Acoso* fue la utilización del aparato estatal en el salvataje del modelo. Más allá de sus diferencias en materia de ideología económica o de políticas macro económicas, la gran mayoría de los decisores estuvieron de acuerdo en que el rol del Estado debía ser transitorio, pero también en que un papel activo del Estado era básico para evitar que la crisis se convirtiera en desastre. Así el Estado salvó del colapso al sistema financiero, otorgando su aval para los depósitos en cuentas corrientes, a plazos o en fondos mutuos hasta cierta cantidad, para los fondos de previsión y para la deuda externa contraída por las entidades financieras. A su vez el Estado se hizo cargo de los procesos de reordenamiento y reprivatización de los activos de los holdings declarados en quiebra.

El mercado salvado por el Estado. Un Estado que argumentó sus maniobras invocando el interés general, que las dramatizó desarticulando a los grandes grupos en falencia, enviando a la cárcel a sus ejecutivos o a los propios funcionarios públicos encargados de la fiscalización. Un Estado que recubrió la protección de los intereses del gran capital internacional como «deber de Estado» y que practicó la severidad con quienes se habían excedido, para mantener su apariencia de autonomía. Pese a la magnitud del desastre logró mantener su imagen e impedir el surgimiento entre los cuadros militares de una generalizada desconfianza hacia los empresarios ⁽²⁸¹⁾. El «gesto bonapartista» del cual hablé se sostuvo sobre un conjunto de actos retóricos, por ejemplo la capacidad de elaborar y argumentar la defensa de intereses particulares como decisiones autónomas, totalmente al margen de cualquier presión, sólo conducidas por el interés general

El fundamento de esa capacidad residió en un hecho efectivo, la separación que se realizó entre el interés individual y las necesidades del sistema. Los individuos eran beneficiados como consecuencia de la realización de esas exigencias generales. En

281 Quizás lo único rescatable del libro de José Piñera sobre la gestación de la reforma previsional son sus anotaciones sobre el «populismo» militar. En : EL CASCABEL OP. CIT.: pp. 101-105.

ese sentido, la perspectiva global y la resistencia a transar con fracciones, como los manufactureros o los productores agrícolas tradicionales, constituyó una «cualidad» de la dictadura revolucionaria chilena. En la superficie no aparecía ningún rasgo de patrimonialismo, ni siquiera ningún rasgo de corporativismo. Actuaba la lógica implacable del sistema, presentada como la inevitable marcha hacia adelante de la historia. Como el ingreso a la «modernización», al mañana.

No es posible subvalorar la eficacia de esa práctica discursiva, obstinada, constante, diversificada, realizada a través de un poderoso dispositivo comunicacional, casi monopolístico. Pero también realizada con la mística de los predicadores y con la capacidad educativa de quienes saben que deben modificar la estructuración del sentido común. De quienes, basándose en la experiencia de las grandes ideologías de los sesenta (marxismo y socialcristianismo), aprendieron que para imponerse debían modelar razón y subjetividad. No es posible subvalorarla porque todavía impregna a la sociedad chilena.

Capítulo tercero

De las protestas como repetición al “año decisivo”

1. Las protestas rutinizadas

El «estado de sitio» melló el impulso de la masa. Las protestas no volvieron a ser lo mismo. No lo fueron en cuanto a continuidad ni en cuanto a amplitud ni en cuanto a la dimensión festivo-catártica. Se elitizaron, se hicieron cada vez más movilizaciones de combatientes.

Por lo mismo perdieron espontaneidad, carácter múltiple e incluso carácter multitudinario. Se transformaron en previsibles, por tanto en extenuantes para la masa. Sólo tenían significado vital para los cuadros.

Para la masa las protestas se rutinizaron, en la medida que devinieron ritos y a que se demostraron ilusorias las exorbitantes expectativas asociadas a su éxito. En el año '85 e incluso en el '86 ya se sabía que las protestas en sí mismas no eran decisivas. Se pasó de la esperanza distorsionada al pesimismo fatalista. Como se vio que no serían las movilizaciones las que decidirían el problema de la permanencia de la dictadura, empezó a decirse que movilizarse no era importante.

Entre 1985-86 la continuidad y el carácter multitudinario de las protestas estuvo afectado por las negociaciones emprendidas por la AD. En verdad, la primera negociación, aquella que tuvo

como protagonistas a Jarpa y la AD, no afectó demasiado el vigor de las protestas. Ellas se sostenían en una masa en ebullición. Aunque los partidos jugaban un rol importante en algunos niveles de dirección, no podían frenarlas con facilidad. Distinta fue la situación desde el término del repliegue, esto es desde la protesta del 4 de septiembre de 1985. Entonces la división estratégica de la oposición y el involucramiento de la AD en la negociación del Acuerdo Nacional, asociadas con la desesperanza, le quitaron fuerza a las protestas.

Las soluciones parecían caminar por otro lado. Por el lado de la negociación con la derecha o por el lado de la rebelión. Si era así ¿para qué movilizarse, con los riesgos que esto implicaba? Algunos empezaron a decir juiciosamente ¿para qué fortalecer la imagen caotizante de la oposición, correr el riesgo de ser asociados con el desorden, con la negatividad pura? Empezó a decirse ¿por qué mejor no abandonar el fundamentalismo?

Esta solapada atmósfera acompañó las dos protestas del año '85, la de septiembre y la de los primeros días de noviembre. Protestas que trataron en vano de crear el clima de efervescencia del período de ebullición. Protestas inerciales, repetitivas, rutinarias.

Este clima fangoso de divisionismo y pesimismo pareció superarse con la gran concentración de fines de noviembre de 1985 y con la creación de la Asamblea de la Civilidad, órgano colectivo y unitario de dirección de las futuras movilizaciones. Esta organización hizo su estreno en sociedad con la movilización del 2-3 de julio de 1986, en la cual murió quemado Rodrigo Rojas Denegri y quedó gravemente herida Carmen Gloria Quintana.

Pero el descubrimiento de los arsenales del FPMR, a principios de agosto de 1986, le permitió a la AD salir de la encrucijada y empezar a prepararse subjetivamente para la instalación en el sistema. Entender el proceso requiere analizar la fracasada negociación del Acuerdo Nacional.

2. La negociación fallida

En los primeros meses de 1985 el Cardenal Fresno encargó a tres «hombres de buena voluntad» la obtención de un acuerdo político consensuado entre partidos de la oposición y partidos regimentales. Entender el proceso y la noción misma de partido regimental requiere un pequeño racconto histórico ⁽²⁸²⁾.

El resultado inesperado de la estrategia de apertura de Jarpa fue la constitución de una arena política de facto. El gesto que la constituyó fue la formación de un partido regimental, la Unión Demócrata Independiente (UDI), acto realizado el 25 de octubre de 1983. Desde ese momento puede hablarse de una arena política. Hasta entonces existían partidos opositores pero no había un espacio de confrontación.

La arena se constituyó porque se formó un partido regimental. El acto de fundación no tiene relación con las dinámicas de la oposición sino con la lucha de poder dentro del bloque gubernamental. La UDI se constituyó para incidir desde afuera en el proceso impulsado por Jarpa. En realidad se formó porque había sido apartada de la cúpula como consecuencia de la crisis de la política impulsada por los tecnócratas neoliberales.

La creación de la UDI precipitó la creación del partido de la apertura y de la reforma económica, la base de sustentación política del «plan Jarpa». Esto fue inicialmente el MUN, la organización creada por Allamand el 27 de noviembre, un poco más de un mes después de la formación de la UDI.

Sin embargo, el fracaso de la operación Jarpa hizo que el Movimiento de Unidad Nacional se definiera desde 1985 como un partido regimental liberalizador, esto es como una organización que estaba dispuesta a buscar acercar posiciones con la oposición,

282 Ella fue usada por BERRIER, Karina: «Derecha regimental y coyuntura plebiscitaria. Los casos de Renovación Nacional y la UDI». Programa de Jóvenes Investigadores, World University Service, Santiago, Chile, 1989.

para armar un consenso de reforma constitucional. Se convirtió en una fuerza cuyo objetivo político era hacer confluir a una parte de la oposición hacia el centro, ofreciendo una interlocución dentro del sistema.

Cuando se armó la negociación que dio lugar al Acuerdo Nacional ya Jarpa había salido del gobierno. Esto le restó al Acuerdo posibilidades de diálogo con el poder, por lo menos con el núcleo cercano a Pinochet. Pero el proceso sirvió para que la oposición superara su fundamentalismo antinegociación y para que concibiera esperanzas sobre el papel futuro de una derecha democrática. El éxito en la negociación del Acuerdo facilitó la operación posterior de instalación de la oposición dentro del sistema. El MUN jugó el papel de un socio confiable.

La firma el 25 de agosto de 1985 del Acuerdo Nacional significó la formación de un bloque favorable al cambio gradual y moderado del régimen; una alianza que con su acto formativo afirmaba la posibilidad de una reforma de la dictadura, que generaba condiciones razonables de una negociación en el marco del sistema. Se trató de una especie de preámbulo para la instalación futura de la oposición en la lucha política dentro del marco de la Constitución del '80. Fue un acto (quizás no deseado) de esperanza en las posibilidades de la moderación y del realismo en un momento aciago, en que en las calles pululaban las bandas de degolladores ⁽²⁸³⁾.

Este bloque amplio, que iba desde la Izquierda Cristiana hasta el MUN y el Partido Nacional, que sólo excluía al MDP, planteó un triple consenso: constitucional, sobre medidas inmediatas y sobre medidas económico sociales.

El programa de reforma constitucional incluía la elección popular de la totalidad del Congreso; la elección directa y con

283 El 25 de febrero de 1985 murió en la tortura el militante socialista Carlos Godoy, el 29 de marzo fueron degollados los tres militantes comunistas y asesinados los hermanos Toledo.

segunda vuelta del Presidente tanto en el futuro mediato como en la elección programada para 1988; la simplificación de los mecanismos de reforma constitucional y una nueva composición del Tribunal Constitucional.

El programa de acción inmediata acordaba proponer el término de los estados de excepción, la formación inmediata de nuevos registros electorales, el término legal del receso político y la realización de un plebiscito para aprobar las reformas constitucionales.

Pero Pinochet puso oídos sordos. Lo que pudo ser el comienzo de un proceso de liberalización pactado, sólo produjo un estrechamiento de relaciones entre los partidos opositores y el ala más liberal del régimen, la cual había perdido todas sus influencias gubernamentales. El pacto había llegado tarde.

El gobierno definió frente al Acuerdo la estrategia de la usura, del desgaste. No necesitaba una negociación. Había salido adelante de la crisis financiera, había arreglado los problemas de dirección económica, le había tomado el peso a las protestas y sabía sus límites, conocía la profundidad de la división opositora. La estrategia usada consistió en hacer esperar, en jugar con el tiempo, en exasperar, en rechazar toda negociación, en conducir el carro lentamente hacia el plebiscito sucesorio y para ello, en meter miedo —de vez en cuando— con el desvanecimiento de esa posibilidad. Maquiavelo, de quien Cuadra era lector asiduo, había teorizado sobre el manejo de la temporalidad en política, poniendo énfasis en el «momento justo» y la coyuntura adecuada como un factor de importancia en el éxito de una decisión. Cada cosa a su tiempo, como dice el viejo adagio popular.

Era necesario dejar que los plazos se fueran agotando, no soltar las riendas. No otorgar nada, mantener el carácter ilegal de la actividad partidaria pero, al mismo tiempo, aceptarla. Pero aceptarla con una condición, dejando claro que esa aceptación era un don. Un regalo compensado, porque como contrapartida le

permitía a los partidos regimentales armarse y experimentar cómo hacer política de los «nuevos tiempos».

El partido de derecha que participó en el Acuerdo, creyendo que podría impulsar una reforma constitucional pactada, no captó que un régimen que no había negociado en la crisis tampoco lo haría cuando había rearmado el bloque de apoyo y cuando había retomado la senda del crecimiento después del accidente llamado crisis ⁽²⁸⁴⁾.

Para el poder, esperar era el camino lógico. Postergar el término del receso político, de modo que siempre pendiera sobre los sectores activos la amenaza del endurecimiento, mantener los estados de excepción, de modo de poder ejercer flexiblemente el peso del terror sobre los nuevos insurgentes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Y también para ejercitar de repente un castigo brutal, que le indicara a los opositores que no había que confiarse, que el terror seguía activo y que sus decisiones eran inescrutables. Una pedagogía de la crueldad: por ejemplo, el triple acto de degollamiento. ¿Insensato? Sí, en especial porque no iba dirigido contra los aparatos militares. Pero no irracional para un poder que no quería dejar de ser temido. Para un poder que necesitaba asegurar la contención hasta el momento previsto, al año 1987.

Pese a los esfuerzos del Cardenal Fresno y de los «hombres buenos» elegidos como mediadores, Pinochet no permitió a los ministros ningún contacto oficial con los patrocinadores del Acuerdo. A los pocos días de que éste se hiciera público, un comunicado del gobierno declaró el carácter inmodificable de la Constitución del 80 y por consiguiente la inviabilidad como base de negociación del texto consensuado. El Acuerdo también sufrió el rechazo de la UDI, del MIR y del PC.

La UDI se pronunció en contra porque implicaba alterar la Constitución del '80 y, además, porque hacía a la Iglesia tomar partido

284 Después que se superaron los momentos más álgidos de la crisis ésta pasó a ser considerada como fruto de azares y errores perfectamente evitables.

por una fórmula política contingente. Algunos de sus dirigentes aceptaron reconocer que había inmovilismo político y que sería necesario acelerar la dictación de la ley sobre partidos políticos, ya que no existían condiciones para un Parlamento nombrado ⁽²⁸⁵⁾.

Al poco tiempo de conocido el documento del Acuerdo Nacional, el MDP sacó una declaración pública donde indicaba que «no (lo) aprueba, ni suscribe, ni adhiere» porque no exigía «la salida inmediata de Pinochet y de su régimen de poder». Hizo notar que sí valoraba la inclusión en el Acuerdo de algunas reivindicaciones «muy sentidas por las cuales el pueblo ha luchado tenazmente» ⁽²⁸⁶⁾.

Se trató de una coalición aperturista tardía, que ya no tenía capacidad para impulsar la liberalización del régimen. Los procesos de negociación impulsados por las propias dictaduras siempre ocurren después de alguna importante derrota política o de la pérdida del líder. Un caso ejemplar fueron las negociaciones políticas dirigidas por Suárez para aprobar la reforma política del régimen heredado de Franco. Ellas tuvieron lugar luego del fracaso del gobierno presidido por Arias Navarro, quien representaba un franquismo sin Franco, para sortear la polarización y sacar al sistema político del atolladero ⁽²⁸⁷⁾.

El otro ejemplo típico es el caso uruguayo. Allí la derrota de los militares en el plebiscito constitucional de 1980, primero generó un plan de apertura que derivó en la legalización de los partidos y luego una negociación, la del Club Naval, que culminó en las elecciones restringidas de noviembre de 1984 ⁽²⁸⁸⁾.

285 Ver en: «La Constitución hasta el fin» (entrevista a Javier Leturia), *Revista Hoy*, Santiago, Chile, 2-8 de septiembre 1985.

286 MOVIMIENTO DEMOCRATICO NACIONAL., *Declaración pública*, 29 de agosto de 1985.

287 Ver HUNNEUS, Carlos: *LA UNION DE CENTRO DEMOCRATICO Y LA TRANSICION A LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA*. Editorial Siglo XXI, Madrid, España, 198

288 GILLESPIE, Charles: «From Suspected Animation to Animated Suspension: Political Parties and the Difficult Birth of Uruguay's Transition, 1973-1983». En: *Documento de Trabajo CIESU*, Montevideo Uruguay, 1985; FILGUEIRA, Carlos: «El dilema de la democratización en el Uruguay», *Cuadernos Del Ciesu*, Montevideo, Uruguay, 1984. Es útil ver, para una visión histórica global, el libro del importante historiador uruguayo NAHUM, Benjamín: *MANUAL DE HISTORIA DEL URUGUAY*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, Uruguay, 1996, pp. 334-360, tomo II.

Un último ejemplo es la propia negociación chilena de 1989, la cual permitió conseguir algunas reformas constitucionales. Esta fue facilitada por la derrota de Pinochet en el plebiscito sucesorio de 1988.

Pero en 1985 no había ni una derrota ni un ánimo de derrota. Ya se habían resuelto los problemas de dirección de la política económica, con la instalación de Büchi en el Ministerio de Hacienda, desde marzo de ese año. Los partidarios ortodoxos del mercado y de la globalización habían recuperado la confianza en que los procesos de reprivatización no iban a estar afectados por ilusiones nacional-populistas, ni siquiera morigeradas. Los indicadores macroeconómicos no fueron más positivos que en 1984, porque se frenó la reactivación, subió levemente la inflación y el saldo de balanza comercial, aunque la tasa de desocupación bajó del 19.2% al 16.4%⁽²⁸⁹⁾. Pero la vuelta de los neoliberales a la dirección económica y la derrota total del proyecto Jarpa fortaleció el clima de confianza entre los actores económicos relevantes. El fantasma populista parecía definitivamente ahuyentado.

El gobierno, fiel a su rechazo de los compromisos con una oposición que consideraba insumisa, aún en sus expresiones más moderadas⁽²⁹⁰⁾, hizo una única concesión. A fines de julio de 1985 tomó la decisión de poner término al estado de sitio, como una manera de neutralizar la esperada firma del Acuerdo⁽²⁹¹⁾.

La AD había adoptado en las negociaciones con Jarpa de agosto-septiembre de 1983 una posición principista, objetivamente maximalista. En 1985 se desplazó hacia una postura objetivamente

289 La tasa de inflación subió del 23% al 26.4% y el saldo de la balanza comercial de 0.0 a 540 millones de dólares. Ver BANCO CENTRAL: INDICADORES... OPCIT.

290 En el libro de CAVALLO, Ascanio et al., OP. CIT. p. 466 se relata una conversación entre Pinochet y el ministro del Interior. El primero, en realidad la única voz, dice: «Lo que éstos quieren es derribar al gobierno. No deben tener contactos con el gobierno».

291 Como se recordará el estado de sitio había sido instituido con ocasión del paro nacional de fines de octubre de 1984. Quedó vigente un tipo de estado de excepción de menor significación (estado de emergencia) hasta poco tiempo antes del plebiscito.

minimalista. En efecto el programa constitucional y el programa de medidas inmediatas que contenía el Acuerdo Nacional en apariencia constituía una base razonable de negociación. La AD había abandonado la exigencia de la renuncia de Pinochet y la de convocar una Asamblea Constituyente, para empezar tabla rasa a elaborar una nueva carta. Había aceptado retroceder hacia un programa mínimo de reformas, muy distante del ideal constitucional planteado por el Grupo de los 24⁽²⁹²⁾. Incluso había aceptado incluir en el programa económico social del Acuerdo una cláusula donde se aseguraba la garantía constitucional del derecho de propiedad privada. Este gesto mostraba que los grupos socialistas incluidos en el Acuerdo se posicionaban en posturas socialdemócratas.

Pero Pinochet y el pinochetismo, es decir el núcleo estratégico de dirección del proyecto transformista, impusieron la no transacción. El programa constitucional era moderado para las expectativas de la AD; para el MUN de Allamand o el Partido Nacional de Patricio Phillips representaba la posibilidad de legitimarse como organizaciones liberal-democráticas.

Pero para los guardianes de la estrategia transformista (Pinochet, Guzmán, Sergio Fernández) representaba una concesión en los tres puntos centrales de su estrategia de una «transición sin cambios», que evitara la realización de la consigna de una «democracia avanzada» o de una «profundización de la democracia»: la composición mixta del Senado, la dificultad de reformar la Constitución y el tipo de elección de Presidente en 1988. Como se ha argumentado, una modificación de esos puntos representaba poner en peligro, no sólo el triunfo del candidato gubernamental en 1988, sino la operación transformista misma. Esta implicaba asegurar que los cambios eventuales del personal top-level del Estado no transformarían la sociedad producida por la «dictadura revolucionaria» ni aunque éstos lo plantearan en sus plataformas electorales.

292 CHAPARRO, PATRICIO (Editor): LAS PROPUESTAS... OP. CIT.

Se buscaba crear una situación estructural que les impediría hacer esos cambios. Cuando más sólo podrían hacerle cambios minimalistas o marginales, dentro de la lógica del sistema, destinados a adaptar o ajustar algunas piezas de la maquinaria del Chile neocapitalista.

Ni la AD captó esta lógica ni tampoco el MUN o el PN, estos últimos más interesados en su propio negocio, el de ser aceptados por la oposición moderada como interlocutores legítimos, como liberales-democráticos. Esta oposición deseosa de una salida pactada (bien distante, por cierto, de la ruptura pactada de la cual hacía alarde) no percibió que sólo en la confusión e incertidumbre de la crisis del '83, hubo intersticios por los cuales horadar el proyecto transformista.

Entonces se perdió la mejor oportunidad de negociación, mejor en sus posibilidades que el intento fracasado del Acuerdo Nacional, mejor que la negociación in extremis de 1989. Como se ha mostrado, el juego táctico de la AD en las conversaciones de 1983 fue víctima de la ilusión de un rápido derrumbe de la dictadura o fue víctima del estigma antinegociador.

Algunos de los factores facilitadores existentes en 1983, que vale la pena recapitular en este punto, fueron los siguientes: a) en importantes sectores del régimen se vivía una subjetividad en desmoronamiento, un estado de ánimo a la deriva, que todavía no podía elaborar el derrumbe de las previsiones triunfalistas ni acomodar el discurso de las verdades absolutas; b) la división de la oposición en dos líneas, era paradójicamente un buen escenario para impulsar a los astutos vigilantes del diseño transformista a proporcionarle oxígeno a la oposición moderada, antes que la línea de la rebelión popular se reforzara o a que los más moderados tuvieran cada vez menos espacios de maniobra⁽²⁹³⁾; c) el PC, si bien ya había realizado el viraje hacia la «rebelión popular», todavía

293 Pero esto lo pudo pensar, siempre teniendo como primer objetivo la mantención de los elementos centrales de su operación.

no se había organizado el FPMR ni las «milicias», por tanto era el momento de una liberalización que destruyera las condiciones de asfixia, persecución y falta de espacio que podía potenciar la subjetividad rebelde.

Las propuestas de Jarpa en las negociaciones de 1983, elaboradas en conjunto con el general Sinclair, no desbordaban los límites políticos del diseño transformista. Por lo mismo no podían ser aceptadas por una AD que tenía la adrenalina en alza, extasiada por las protestas y por el derrumbe del sueño del progreso económico ininterrumpido de los tecnócratas neoliberales.

Pero, y esto resultó en definitiva decisivo, las negociaciones del '83 se hicieron en un momento en que el gobierno necesitaba de ellas, pero a través de un liderazgo inadecuado. La operación Jarpa fue boicoteada, sólo en parte, por su plan político. Este estaba dentro de los márgenes. En ese campo fue víctima de disputas menores por cuanto había desplazado a los gremialistas. Pero su liderazgo era inadecuado para conducir una liberalización, por su crítica al diseño global de la política económica. Esos cuestionamientos afectaban al diseño transformista en su base misma. Ponían en peligro no la privatización de la economía pero sí la limitación del rol del Estado, sí la apertura sin límites al capital extranjero, sí el modelo de propiedad y administración privada de las AFP, sí la flexibilización laboral. Jarpa tenía una concepción organicista-corporativista, que lo llevaba a pensar en fórmulas de integración capital-trabajo y en favorecer al capital productivo nacional.

En 1985, la AD estuvo disponible para un acuerdo, no con el gobierno pero sí con un partido regimental, sacrificando las expectativas de ruptura y volcándose hacia la negociación constitucional. Quizás captó el papel usurario del tiempo. Los días y meses transcurridos en el inmovilismo favorecían al gobierno y a la oposición radical. A los primeros porque se acercaba el plazo del

plebiscito, a los otros porque se alegaba la posibilidad de cambio pactado. Ya el problema no era para la oposición moderada el peligro de mantención del inmovilismo. Se acercaban los plazos en que el gobierno estaba obligado a empezar a legislar sobre las leyes políticas. El verdadero problema para esa oposición era que, al negarse el gobierno a aceptar las propuestas planteadas por el Acuerdo Nacional, a ella sólo le quedaban dos caminos: ser capaces de recuperar el dinamismo de las movilizaciones o resignarse a aceptar el mecanismo clave del dispositivo transformista, el plebiscito sucesorio, sin elección directa de presidente.

3. El «año decisivo»

Desde el punto de vista político, de las relaciones de fuerza, el año '86 presentaba el panorama de un régimen dictatorial que no transaba y que defendía con dientes y uñas el diseño transformista y dos oposiciones en dificultades para entenderse por sus profundas diferencias estratégicas. Pero algo las unía: necesitaban de la movilización social para modificar en algo el «ceteris paribus», el cerrado dispositivo inmovilizador instalado por el autoritarismo, sordo a las demandas de sus propios partidarios o, incluso, de algunos miembros de la Junta⁽²⁹⁴⁾.

Sin embargo, esas oposiciones estaban atrapadas en un círculo vicioso. Se necesitaban pero no podían unirse. Para una AD, cuyos líderes políticos e intelectuales más realistas⁽²⁹⁵⁾, ya pensaban que no había otro camino real que el de la «instalación», la unidad de acción con los comunistas era una condición para intentar un postrero repechaje de la movilización, pero al mismo tiempo era un motivo de estigmatización.

294 CAVALLO, Ascanio et al.: LA HISTORIA... OP. CIT. En ese libro se relatan los esfuerzos que habría hecho el Comandante en Jefe de la FACH para conseguir una mayor flexibilidad por parte del Ejecutivo.

295 Entre los primeros estaba Patricio Aylwin, entre los segundos Manuel A. Garretón y José J. Brunner.

A los comunistas se les había agregado a la estigmatización típica de la guerra fría (totalitarismo y barbarie), estigmatizaciones históricas específicas. Unas provenían de la experiencia de la UP (caos, estatismo y antidemocracia)⁽²⁹⁶⁾ y otras eran nuevas, provenían de la adopción de la línea de «rebelión popular».

El paradójico estigma de la violencia⁽²⁹⁷⁾ alejaba a los demócratacristianos de los comunistas. Los alejaba por el pacifismo que caracterizaba al pensamiento cristiano progresista y, desde el Concilio Vaticano II, al pensamiento de la Iglesia. Para esa posición las guerras, con excepción de las guerras patrióticas y nacionales, eran reaccionarias, como lo era también el uso de la violencia, puesto que en general la manejaba el poder desde el Estado.

Pero había algo más, menos ideológico y más estratégico. También los alejaba su deseo, el sueño nunca cumplido de hacer de puente con militares en proceso de desgajamiento de la dictadura, de una dictadura asediada por la pacífica desobediencia civil.

Por otra parte, los comunistas habían definido en 1985 la estrategia de la «sublevación nacional de masas» y habían definido a 1986 como «año decisivo», aquél de la última oportunidad para paralizar el cumplimiento de la etapa culminante de la operación transformista.

En este punto conviene repasar el viraje comunista desde su línea tradicional de frentes amplios y lucha de masas hacia la aceptación de la violencia, como un ingrediente decisivo en la lucha contra la dictadura.

La formulación inicial de la línea de «rebelión popular» se centraba en dos puntos diferenciadores: la reivindicación del derecho de rebelión contra la tiranía y la tesis de la combinación

296 De las cuales algunos socialistas se habían salvado como efecto de la renovación.

297 Paradójica puesto que hablan sido y eran víctimas.

de formas de luchas ⁽²⁹⁸⁾. En enero de 1985, a pocos meses de la dictación del estado de sitio, se realizó un Pleno del Comité Central. En él se decidió la política de la «sublevación nacional de masas», concebida como un paso adelante en la concreción de la línea estratégica de la «rebelión popular» ⁽²⁹⁹⁾. Analizando la «forma más probable de enfrentamiento con la dictadura», los voceros del PC afirmaron en febrero de 1985: «Lo prevé como un levantamiento o sublevación de masas que involucre a toda la población, a una parte de las FF.AA. y a la mayor parte de las fuerzas políticas y sociales que estén contra la dictadura. Se trata de llegar a un estado de rebelión generalizada, que logre la paralización real del país, alzamientos populares de los principales centros urbanos, con participación decidida del proletariado industrial, de los estudiantes, de las capas medias y del campesinado. Tales acciones se verán fortalecidas por golpes efectivos en apoyo a la paralización, que ayuden a acelerar el desmoronamiento político moral de las fuerzas represivas. La culminación de este proceso debería ser el copamiento por las masas de los principales centros políticos del país» ⁽³⁰⁰⁾.

El diseño de la política de «sublevación de masas», una mezcla imaginaria del paro de octubre de 1972, con la insurrección bolchevique y con el levantamiento de masas iraní contra el Sha, suponía unidad de las fuerzas opositoras, «desgranamiento» de las FF.AA. y masa combativa. ¿Combatividad de masas bajo estado de excepción constitucional? El PC pensó que el reforzamiento de las medidas represivas generaría una mística de resistencia. Pero, como se ha subrayado antes en este texto, entre

298 PARTIDO COMUNISTA DE CHILE: MESA REDONDA DE LA DIRECCION NACIONAL INTERIOR. Santiago, Chile, s.e., s.f.

299 HUERTA, Verónica: «El PC y el problema del poder: Evolución de su línea política. Desde el X al XV Congreso». No publicado, Santiago, Chile, enero 1988; PARTIDO COMUNISTA DE CHILE: CAMINO PARA LA LIBERTAD. De la Conferencia Nacional a la Propuesta (1984-1987), s.e., Santiago, Chile, 1987.

300 PARTIDO COMUNISTA DE CHILE: «El Partido Comunista responde cuestionario», Santiago, Chile, s.e., febrero de 1985.

noviembre de 1984 y septiembre de 1985 se produjo el repliegue. En parte fue producto del amedrentamiento, en parte fue una pacificación buscada por la AD para hacer fructificar el diálogo con el MUN y el PN.

El PC lanzó en un mal momento su política de «sublevación de masas», porque el ciclo de ebullición había terminado. No atinó en el manejo del tiempo. Sus esfuerzos aislados de movilización no dieron los resultados esperados y las nuevas protestas de septiembre y noviembre de 1985 pertenecieron al ciclo de la repetición, no tuvieron la fuerza creativa de las de la primera etapa. No puede decirse, no obstante, que la decisión fue a destiempo, porque quizás nunca tuvo su tiempo. El pacifismo consustancial de la Iglesia y de los demócratacristianos no fue debidamente sopesado por los estrategas del PC. Creyeron que se podía ahuyentar con unas cuantas referencias a la doctrina escolástica de la rebelión contra el tirano. No percibieron, además, que ese pacifismo tenía, además de una base ideológica, una base social de clase.

El PC no solamente había girado en su línea política, del pacifismo a la combinación de formas de lucha y luego a la «sublevación de masas». También había permanecido, sin variaciones, en su crítica global al capitalismo y en la formulación del socialismo de Marx y Lenin como futuro necesario de Chile ⁽³⁰¹⁾. Esto ocurría mientras en el PS se producía el viraje socialdemócrata y en la DC se esfumaban las posiciones comunitaristas de antes del golpe militar. En un documento de marzo de 1984 el PC planteaba; «...el socialismo es el único sistema que, en definitiva, ofrece reales soluciones; soluciones de fondo para los problemas chilenos. En tal virtud, siempre tendremos presente la necesidad

301 En el año 1984 el PC publicó una serie de textos que insistían en el valor de las teorías de Marx y Lenin y donde se criticaba «las desviaciones de los analistas burgueses o revisionistas». Al mejor estilo clásico se comparaba la verdad científica del marxismo-leninismo con los errores de Marcuse o Fanon, fuentes de inspiración de los «renovadores». Ver BARRIA, Luis y RODRIGUEZ, Manuel: «Lucha por la democracia: clase obrera, pilar decisivo». En: revista *Análisis*, 3-17 julio 1984.

de avanzar hacia una sociedad socialista». Esa afirmación anulaba la otra: «Si la disyuntiva fuera elegir entre fascismo y democracia burguesa no vacilaríamos en pronunciarnos por esta última». La opción era instalada como concesión táctica ⁽³⁰²⁾.

El verdadero problema residía en este conservadurismo revolucionario, enarbolado en un tiempo histórico límite, al borde del término de los «socialismos reales». El PC abandonó su línea anterior de negociaciones para lanzarse a la aventura épica de la «rebelión popular», más tarde concretada en la «sublevación de masas», en un tiempo histórico marcado por la agonía de la Unión Soviética postBreznev y por Nicaragua, esto es por el peligro que una victoria militar desembocara en una «dictadura socialista».

Este cambio estratégico del PC fue el fantasma que recorrió las protestas. Nunca se podrá medir, en clave empirista, cuánta importancia tuvo en el repliegue y en la rutinización de las movilizaciones populares, el temor al desbordamiento; cuánta la pacificación requerida por la negociación con la derecha; cuánta la decepción después del triunfalismo del tiempo del acoso o la desesperanza producida por la usura del tiempo.

Todos esos factores jugaron un papel. Pero un elemento importante fue que la combinación de formas de lucha se asociaba con la idea de «nuevo orden social» que el PC preconizaba: una democracia profundizada en avance hasta los umbrales del socialismo. Su postura ya representaba un residuo, una sobrevivencia arcaica de la década del '60. Algo fuera de tiempo en una sociedad que empezaba a gozar los frutos de una «revolución capitalista», de un capitalismo expurgado de «economía social».

Los otros partidos ya se estaban reciclando en el terreno decisivo del régimen social que postulaban. Solamente el PC

302 TORO, Alejandro, GALLEGUILLOS, Victor y ZAMORA, Justo: «Una respuesta a nuestros detractores». En: revista *Análisis*, Santiago, Chile, 28 febrero-13 marzo 1984.

permanecía inmóvil, en el pasado, postulando una «democracia avanzada» limítrofe con el socialismo, una nueva Unidad Popular.

El recurso a la violencia, el llamado a la sublevación era un desafío normal para Pinochet, acostumbrado a esa arena, pero entrañaba peligro para una Democracia Cristiana que criticaba la política neoliberal pero no el capitalismo y para un PS, cada vez más cercano al PSOE que al PSF, puesto que este último continuaba siendo jacobino (algo es algo). Este partido caminaba aceleradamente hacia una política de redistribución y equidad dentro del modelo más que de cambios de los nudos gordianos del sistema neoliberal.

Para ese PC vanguardista era muy difícil tener una política de alianzas factible. Como se ha visto, el rechazo de la rebelión popular y de la sublevación de masas por parte de los partidos de la AD juntaba dos poderosos motivos: el pacifismo de raíz cristiana o «humanista» y el temor de hacerle el juego a una política que, en Cuba en los sesenta y en Nicaragua en los ochenta, se había mostrado suicida para los moderados, quienes fueron barridos cuando el proceso desbordó el marco de la democracia capitalista.

Los fracasos militares de 1986 fueron muy importantes en la lucha de las oposiciones. Permitieron dar vuelta a los vacilantes y obtener argumentaciones para debilitar una política que hasta entonces encontraba fuerte justificación ética en la reiteración de la violencia represiva y justificación política en el inmovilismo, incluso en la negativa de negociar cambios moderados de la Constitución como los propuestos por el Acuerdo Nacional.

Los acontecimientos son conocidos. El 11 de agosto de 1986, contando con el apoyo de EE.UU., los aparatos de inteligencia del gobierno lograron ubicar una importante internación de armas en la localidad de Carrizal Alto. El 7 de septiembre de 1986 fracasó el atentado con Pinochet, en el cual murieron cinco de sus escoltas. Ojo por ojo, diente por diente. El 8 y 9 de septiembre fueron asesinados cinco militantes de izquierda, bajo la protección del estado de sitio.

Estos fracasos sepultaron el último intento de revivir las protestas. La recién organizada Asamblea de la Civilidad, artificio inventado para asegurar una dirección político-social unificada, quedó rápidamente obsoleta. Después de los fracasos militares del FPMR, los comunistas fueron aislados. Al estigma del violentismo se sumó el de enturbiar el proceso, el de asumir un riesgo límite que comprometía a todos.

Un poco después del atentado empezó a circular entre los militantes y dirigentes políticos, especialmente de la izquierda nucleada en la AD y en el Bloque Socialista ⁽³⁰³⁾, un documento escrito por José J. Brunner. En él se planteaba el fracaso de las movilizaciones, la necesidad de abandonarlas, la obligación de tomar distancias del MDP y de la oposición armada, la necesidad de proponerle a las FF.AA. una «salida negociada», que «no puede encontrarse al margen de las condiciones creadas por la Constitución del '80».

Un giro radical, liberado de toda retórica anticonstitucional. Los fracasos militares crearon condiciones para hablar otro lenguaje. El documento no tuvo que restringirse a insinuar el giro político, lo pronunció con claridad en relación con las movilizaciones. Solamente fue elíptico en un punto central: simuló proponer una negociación pre-plebiscito con las FF.AA., cuando, en realidad, el documento apuntaba hacia la «instalación».

La afirmación básica del documento era semejante a la que había formulado Patricio Aylwin tiempo atrás y también Adolfo Zaldívar. La tesis básica era que la vigencia de facto de la Constitución o «el hecho de la sola existencia ya mantenida de esa Constitución (obligaba) a la oposición a definir su juego en función de ella». Frente a esta realidad Brunner señaló que sólo había dos alternativas lógicas: rechazarla frontalmente o llegar a algún acuerdo

303 Referente que nucleaba a los diversos sectores del Mapu, de la Izquierda Cristiana y de otros sectores vinculados a la «teología de la liberación».

viable de negociación. La primera alternativa fue negada por el documento, el cual constituyó una larga argumentación en su contra. Luego sólo quedaba una, que era lógica y podía ser condicionalmente real: el acuerdo constitucional con las FF.AA. ⁽³⁰⁴⁾. Pero éste, decía el documento, sólo se alcanzaría «si las FF.AA., y por tanto por ahora Pinochet, (estuvieran) dispuestas a concederlo».

Los argumentos de la «instalación» ya empezaban a cobrar existencia pública, aunque todavía con algunos disfraces. Ya no era necesario seguir murmurándolos en los pasillos o en conciliábulos privados. Empezaban a ser un poco más «decibles». El documento de Brunner recibió fuertes críticas de algunos políticos de la propia AD, pero la recepción que tuvo entre otros revelaba que estaba en vías de superarse el discurso de la «ilegitimidad» y la condenación moral a los intentos de negociación o de aceptación del cuadro constitucional. Evidentemente que la superación de ese discurso moralizador nunca se completó totalmente. Había razones múltiples para que ello sucediera, entre ellas el peso culpabilizador del terror practicado por la «dictadura revolucionaria». Pero el realismo empezaba a abrirse paso, aprovechando el clima suscitado por los fracasos militares y por los fracasos movilizadores del '86.

Las jornadas del 2-3 de julio fueron exitosas. Pero las movilizaciones convocadas separadamente por la AD y el MDP para los primeros días de septiembre fracasaron, estuvieron limitadas a las poblaciones más combativas. El fantasma del desbordamiento, tan presente en las protestas de la segunda etapa, hizo esta vez estragos.

En ese cuadro el intento de eliminación de Pinochet apareció como una operación militarista, que no tuvo mucha conexión con las premisas de la política de «sublevación de masas». No se puede saber, como es obvio, si el cumplimiento de los objetivos hubiese

304 BRUNNER, José J.: «Notas para la discusión», Mimeo, Santiago, Chile, 14 de septiembre de 1986.

desencadenado el esperado copamiento por la masa de las ciudades principales y una ola generalizada de alzamientos populares, que —para tener éxito— debieron ser capaces de arrastrar a los moderados y a la multitud más pasiva. Es evidente que el gobierno hubiese respondido con brutalidad y salvajismo, ocupando militarmente las calles de Santiago, de Concepción, de Valparaíso y usando las armas legales del estado de sitio y el arma ilegal de la venganza, de una manera mucho más masiva.

Pero sí puede decirse, sin ninguna duda, que el magnicidio no se puso en ejecución en un momento de movilizaciones en ascenso. Todo lo contrario. Se aplicó en un momento de estancamiento, de dificultades, de desunión. Fue un acto militarista porque, por el momento en que se realizó, no representó una culminación. Más bien, representó la apuesta de un gatillante que quebraría la inercia de la masa y la división de sus líderes.

El despliegue logístico, el riesgo vivido, las muertes de los escoltas cobradas una a una en la madrugada de los días siguientes, no bastaron para cambiar totalmente, como se pretendía, el escenario de la política chilena. Como la operación no tuvo éxito, sirvió objetivamente para fortalecer lo que deseaba combatir: la «instalación», el triunfo de la estrategia de arrastrar a todos los actores a la arena constitucional.

Capítulo Cuarto

La Instalación

Se llegaba al final. Un final que pareció, después del triunfo plebiscitario, un principio. Pero que fue en realidad el término exitoso de la operación transformista. Un final producido en un escenario distinto del previsto (sin triunfo de Pinochet), pero que —por lo mismo— probó la versatilidad de los dispositivos de protección.

1. La preparación de la ceremonia

Como se ha mostrado a través del relato histórico, los estrategas del transformismo apostaron a ganar tiempo. Como jugadores de póker esperaron hasta el final para mostrar las cartas. Por lo tanto las principales leyes políticas se aprobaron o empezaron a tener efectos desde enero de 1987.

Con una única excepción, que a la postre resultó decisiva. En 1985 fue aprobada por la Junta la ley sobre el Tribunal Calificador de Elecciones. No existía una disposición constitucional que obligara a acelerar el trámite de aprobación de esa ley, tampoco ninguna necesidad política. No había elecciones ad portas y en caso que las hubiera la disposición constitucional vigente las excluía del control del Tribunal. La Constitución

estatuía que ese Tribunal sólo entraría en funciones para la primera elección después del plebiscito de 1988.

Es muy importante recordar la historia de esa norma. El ejercicio permite mostrar cómo estuvo inicialmente planeada la operación transformista. Estaba montada como una simulación. Al estatuirse el no funcionamiento del Tribunal Calificador de Elecciones para el plebiscito no iban a existir formas públicas y oficiales de garantizar la corrección del proceso electoral. Se enfrentaría la palabra de la oposición y de los observadores internacionales con la palabra del ministerio del Interior. Por supuesto que el proyecto aprobado por la Junta no cambiaba esa situación, más bien la refrendaba.

Pero no ocurrió lo mismo con el Tribunal Constitucional, el único contrapeso parcial al monopolio del poder durante el período de la «dictadura revolucionaria». Este en un estrecho fallo determinó que no podía realizarse el plebiscito en condiciones de legitimidad sin la existencia de un control legalizado de los escrutinios desde la mesa al nivel nacional, el cual asegurara la mayor igualdad de oportunidades para las opciones en disputa. Este fallo cambió la letra de la Constitución, argumentando a nombre del espíritu de la Constitución. Fue un fallo profundamente político, aunque no lo pareció en su momento. Lo fue porque colocaba el largo plazo por encima de la coyuntura, al sistema por encima de la persona de Pinochet, cuya voluntad de ser el candidato nominado era públicamente conocida ⁽³⁰⁵⁾.

Uno de los argumentos básicos, no esgrimidos en público, fue que la inexistencia de control oficial tendería un manto de ilegitimidad sobre el triunfo del candidato nominado, aún en el caso que éste fuere logrado por buenas artes. Sería de todos modos una víctima del «rumor y la maledicencia». El único modo de evitar ese peligro era que se restableciera el sistema tradicional de control público.

305 Para un análisis de los entretelones políticos ver CAVALLLO, Ascario et al.: LA HISTORIA... OP. CIT.

Esta decisión tuvo una influencia central. Sin ella no hubiese sido posible la «instalación». La oposición no hubiese tenido otro camino que rechazar el plebiscito, por visible ausencia de garantías mínimas. La creencia de que los militares ganarían de todos modos hubiese adquirido carácter de una certeza y no de una sospecha. Al actuar como lo hizo, el Tribunal Constitucional no respetó la letra de la Constitución del '80 pero sí el espíritu estratégico de la operación transformista, asumiendo el riesgo de afectar los cálculos de corto plazo de Pinochet. Este quería la reelección, sin importarle si era una simulación. El organismo que él mismo había inventado, cuyos miembros había seleccionado, se preocupó —contra él— de proteger al sistema de la duda de la ilegitimidad, que hubiese pesado todo el período sobre los hombros del presidente plebiscitado.

La decisión del Tribunal Constitucional, que la Junta no tuvo más remedio que acatar, fue promulgada a fines de octubre de 1985. Ese dato inesperado ya era conocido cuando el resto de las leyes políticas empezaron a hacerse públicas.

En octubre de 1986 fue promulgada la ley de inscripciones electorales, a fines de febrero del año siguiente se abrieron los registros electorales. Así comenzaron las escaramuzas finales de la larga batalla por la «instalación».

Sin embargo, entre los opositores moderados no hubo dudas sobre la necesidad de inscribirse en los registros electorales. Un mes después de abiertos éstos, un grupo de exparlamentarios de distintos partidos de la AD acudieron a inscribirse con publicidad, dando su bendición a esta operación, en la recta final de la puesta en marcha del nuevo régimen político.

El problema no residió allí. Las verdaderas peleas se dieron en torno a dos cuestiones: la inscripción de los partidos y la participación en el plebiscito sucesorio.

Efectivamente la aceptación de la ley de partidos planteaba múltiples problemas. Hubo numerosas objeciones menores, pero

la principal se refería a la norma de pluralismo limitado; a la prohibición ideológica, por tanto a priori, que pesaba sobre los partidos marxistas ⁽³⁰⁶⁾. Esa restricción, que castigaba ideas y no conductas, representó problemas de ética política para todos los partidos opositores.

Es muy importante señalar que el Tribunal Constitucional evitó la aprobación de una norma que prohibía el uso de nombres y símbolos de los partidos existentes antes del golpe militar. De haberse aprobado esa disposición legal, ella hubiera obligado a la creación de un partido único de la oposición, una organización de carácter instrumental como el Movimiento Democrático Brasileño (MDB), de los tiempos de régimen autoritario ⁽³⁰⁷⁾. Por una extraña obsesión, algunas de estas dictaduras intentaron imponer un bipartidismo en lugares de tradición multipartidaria. La chilena lo buscó, primero a través de la prohibición de los antiguos partidos, lo que hubiera presionado a la oposición a agruparse en una sola organización. Fracasado esto, volvió a la carga a través del régimen electoral, con el cual han forzado a un sistema de dos grandes coaliciones que canalizan el multipartidismo tradicional. Pero a este último no han podido erradicarlo ⁽³⁰⁸⁾.

La apuesta del régimen militar se jugaba gran parte de su suerte en esta decisión de los partidos opositores. La estrategia transformista necesitaba de la participación opositora. Por tanto, éstos tenían una cierta capacidad de presión, por lo menos se trataba de una coyuntura propicia para imaginarla.

Pero después de las derrotas políticas del período 83-86 el

306 El Tribunal Constitucional declaró, a fines de enero de 1985, la inconstitucionalidad del MDP.

307 LIMA JUNIOR, Olavo Brasil de: «Orden político, partidos y elecciones en el Brasil contemporáneo». En: CAVARAZZI, Marcelo y GARRETON, Manuel A.: MUERTE Y RESURRECCION. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur, Ediciones Flacso, Santiago, Chile, 1989.

308 En la elección municipal de octubre de 1996 casi alcanzó ese desideratum. Las dos coaliciones agruparon el 92.1%. En la elecciones parlamentarias de 1993 hablan alcanzado el 87.1%. Es difícil discernir la racionalidad de intereses que hay detrás de este empeño obsesivo.

realismo había reemplazado a la ambición. Era una oposición, con toda razón, exhausta. Estaba deseosa de sustituir el heroísmo y la claustrofóbica clandestinidad o la incierta-difusa semi-clandestinidad por el escenario conocido de una elección.

Esta disponibilidad era el fruto ácido de sucesivos entuertos, fracasos o derrotas: las del 83-84, en que no se fue capaz ni de negociar al amparo de la masa en ebullición ni de potenciar su capacidad de sublevación; la del '85, en que no se supo salir del repliegue y en que se embarcó en una alianza estéril con la derecha regimental; la del '86, en que no se pudo poner en movimiento las energías de las primeras protestas y en que se desinfló el globo de la sublevación.

En marzo de 1987 se aprobó definitivamente la ley de partidos. A fines de agosto, una Junta Nacional facultó a la directiva demócratacristiana para iniciar las operaciones de inscripción. Estas se materializaron a mediados de septiembre del mismo año.

Había empezado a armarse el tramado de decisiones necesario para la materialización final del transformismo. Se estaba dibujando el último trazo del círculo virtuoso que condujo hacia «la pacífica, ordenada y ejemplar transición chilena».

Transformismo=gatopardismo=neoliberalismo en neodemocracia. Chile caminando a grandes trancos hacia su blanqueo, hacia su olvido, hacia la represión de sus recuerdos y de sus pasiones. Hacia el ideal de la desmemoria de sus élites. ¡Que los fantasmas de lo vivido no retornen más, nunca más!

Después del primer paso, vino el segundo. A mediados de diciembre de 1987 se constituyó el Partido Por la Democracia, el cual inicialmente fue pensado como el partido instrumental de la izquierda incorporada al sistema.

Seguía pendiente, sin embargo, un conflicto central. Se trataba de la modalidad plebiscitaria, lo que significaba la

definición del procedimiento y del candidato. Sin embargo, para la oposición moderada la decisión estaba prácticamente tomada, ya formaba parte de la avalancha. Su problema era cómo arrastrar hacia la inscripción electoral y el voto negativo a la multitud opositora, incluyendo los sectores radicalizados.

Esa posibilidad fue abierta por el viraje del PS-Almeyda, una fracción socialista con discurso ortodoxo que desde 1983 había estado vinculada al MDP. ¿Se trató acaso de una compleja y recargada negociación, digna de la magnitud de la definición? ¿O más bien fue el producto de la «fuerza de las cosas»?

El PS-Almeyda descubrió, con anticipación respecto a los otros grupos que formaban el MDP, los principios de realidad que operaban en la coyuntura. A esa altura existía la imposibilidad de luchar contra el «efecto esperanza» que había producido el futuro plebiscito. Desde la apertura de los registros electorales esta consecuencia ya estaba en el aire.

Ese partido descubrió, además, que se estaba perfilando un giro total de la política. Como había vencido la operación transformista, decidieron o pensaron que era necesario (para la democracia y el socialismo) subirse a su lomo. El modo de hacerlo era romper la cofradía de los puros y con ello eliminar el estigma que desde la izquierda radicalizada se hacía caer sobre los «asimilados».

El 6 de enero de 1988 el PDC llamó a votar No en el plebiscito, veinte días después el PS-Almeyda hizo lo mismo. El 2 de febrero se creaba una nueva coalición, más amplia que la AD, la Concertación. El PS-Almeyda abandonaba la épica de la rebelión para entrar a tallar en las nuevas negociaciones de poder.

En esas decisiones el olfato pragmático de algunos de sus principales dirigentes jugó un papel central. Pero en el irresistible viraje del socialismo ortodoxo, desde los sótanos de la clandestinidad, desde la dureza casi gutural del discurso izquierdista

radicalizado hasta las sutilezas tecnologizadas e hipermodernas de la campaña plebiscitaria con su discurso envolvente de la «alegría ya viene», se manifestaba el fracaso de una política y los límites de cierta analítica crítica de la dictadura militar.

En ese sentido la decisión del PS-Almeyda representó algo distinto que una mera deserción. Fue el reconocimiento de que la política de la ilegitimación estaba agotada y que ella se batía en retirada y le cedía el paso a una política sistémica. Ese acto cerró simbólicamente el período anterior.

Juzgar estos hechos no es tan simple como encontrar los culpables de la violación de unas conciencias virtuosas ⁽³⁰⁹⁾. Empujados por la historia, los opositores entraron en el túnel que se les venía encima. Al principio primó en ellos la idea de un mal menor, de una opción cerrada, sin alternativas; por lo menos alternativas más originales que la perpetua repetición de la indignación moral.

Uno tras otro se fueron alineando tras el voto No. El 16 de junio de 1988 el Comité Central del Partido Comunista dio a conocer su decisión, abriendo paso al llamado de la Izquierda Unida a sumarse al voto negativo.

2. Lo que estaba en juego o las razones del pesimismo

Esas decisiones significaron aceptar competir dentro de las reglas fijadas por una dictadura revolucionaria, haciendo un gesto de credibilidad hacia un acto que sólo podía ser un simulacro. ¿Cómo un régimen de ese tipo podía jugarse el poder en una elección con sufragio universal?

Todavía la mayor parte de los dirigentes creían que en la

309 Incluyendo la mía entre esas conciencias violadas. Formé parte de la Intransigencia Democrática y del «Comité de lucha contra el fraude». Este último fue pasando al olvido en la medida que se imponía la tesis de que el pre requisito para ganar era crear la ilusión de que se ganaba.

elección se jugaba el poder y también creían que, por ello, se estaba frente a una decisión inevitable pero estéril. Lo más probable y lo lógico era que la elección fuera un fraude.

Todavía no habían descubierto que el poder decisorio estaba distribuido tan estratégicamente que no tenía un locus privilegiado, que ya no estaba depositado como un objeto tangible en las cajas fuertes del Palacio de La Moneda, por mucho que el sistema político se llamara presidencialista.

Aún no se habían entendido bien las razones por las cuales esta dictadura revolucionaria había comulgado tan fervientemente con la fobia antiestatista y la apuesta societalista del neoliberalismo. El proyecto estratégico para afirmar sólidamente el poder del capital, para consolidar la subordinación radical (subsunción) de la mercancía fuerza de trabajo y asegurar —desde el mercado, sin peligro de interferencias «decisionistas»— la magnitud de la tasa de ganancia, era necesario diluir el poder decisorio, deslocalizarlo y neutralizarlo a través de contrabalances. Sólo así se lograría que no hubiese peligros de cambios de orientación populista. El procedimiento era hacer los cambios políticamente inviabilidades, al menos que fueran consensuados; era transformar los cambios no consensuados en utópicos porque implicarían la amenaza de una revolución contra la legalidad.

En realidad, hasta después del triunfo no se captó la magnitud de la trampa. Antes no se pudo percibir lo que había dentro del caballo de Troya. No era visible.

Durante todo el período electoral la obstinación de Pinochet por ser candidato ocultó la naturaleza del «enjeu», de lo que verdaderamente estaba en juego. Y lo que estaba en juego era que después de ganar había que gobernar con un poder decisorio atomizado, ya que se situaba en varias partes, estaba relocalizado y estaba debilitado por los contrabalances, bloqueado por el veto de minoría que imponían los senadores designados.

Dada esa nueva situación, para la oposición gobernar iba a

requerir cambiar de atuendos, acentuar el pragmatismo, sacarse de encima el discurso de la «profundización democrática» (para qué decir el de la «democracia avanzada») con el objeto de adoptar las maneras mesuradas-cortesés de la política consensual y el pragmatismo de lo posible.

3. Lo accidental: la obstinación del patriarca

Como muchas veces ocurre en la historia, en esta ocasión también lo accidental tomó el aspecto de la cuestión decisiva. Pinochet, después de dimes y diretes, impuso su opción. Hizo valer sus méritos como el conductor del proceso de dictadura revolucionaria y como quien debía, con justicia, dirigir la operación de consolidación transformista.

Esta decisión, forzada por la obstinación del patriarca, puso al descubierto matices y divisiones internas. Los otros miembros de la Junta y los partidos regimentales dudaron de las ventajas de hacer un plebiscito o una elección directa y también dudaron de la conveniencia de perpetuar el liderazgo de Pinochet.

El partido Renovación Nacional, organización donde la derecha regimental había logrado consolidar su esquiva unidad a principios de 1987, empezó una larga agonía que se prolongó desde diciembre de ese año hasta abril del año siguiente. Esa división, donde se manifestaron —como en todas ellas— las dimensiones pasionales de la política tuvo una superficie y una discursividad, al mismo tiempo que un trasfondo oscuro, que no se expresó en la palabra.

Las interpretaciones más frecuentes sobre esa división señalan como centro el dilema entre plebiscito/elecciones directas y el dilema Pinochet/otro. Evidentemente existieron razones adicionales, entre ellas la oposición entre dos estilos y dos subculturas políticas. Estos motivos tienen una importancia que, a veces, se ha subestimado para privilegiar la construcción de una racionalidad tradicional.

Las razones invocadas en la discursividad fueron confusas, puesto que los dos grupos en pugna querían negar la relación de los acontecimientos con la eventual candidatura de Pinochet.

Pero, pese a eso, interpretar la existencia de dos bandos con respecto a los dilemas políticos mencionados permitía la comodidad analítica de reconstruir en código racional el largo proceso de división. La existencia de dos bandos (a favor o contra del plebiscito como mecanismo de elección presidencial, a favor o contra Pinochet como el continuador óptimo del proyecto) permitía darle un sentido comprensible a una división que, de otra manera, aparecía desligada de motivos nítidos de clase.

En realidad en esa división hubo una mezcla de motivos, entre los cuales la lucha por el poder entre dos grupos tuvo una importancia central. Pero no debe entenderse como un enfrentamiento coyuntural, una pelea en torno a las decisiones del plebiscito, sino una batalla, en realidad, más profunda.

Los dos grupos en pugna, o muchas personas ligadas tanto a uno como a otro, tenían dudas tácticas sobre el plebiscito. El mismo Jaime Guzmán, a quien siempre se ha considerado un impulsor decidido de la candidatura de Pinochet dudaba o, en todo caso, creía que una elección competitiva era mejor que un plebiscito. La veía, con su fría agudeza táctica, como una situación mejor. Pensaba que hubiera significado un acto más secular, el enfrentamiento de dos hombres, los dos con puntos débiles, y no el enfrentamiento de un hombre contra los símbolos, los valores absolutos de la libertad y de la democracia.

En realidad, el grupo UDI percibió en los políticos que provenían del MUN un proyecto autónomo de poder. Esto significaba un proyecto que no se ordenaba en torno a las líneas matrices del transformismo o, por lo menos, que estaba dispuesto a renunciar a ellas en función de su futuro posicionamiento político como una fuerza de centro derecha.

Lo que estuvo en juego en la división fue, en realidad, ese

punto. Guzmán y la UDI temieron al apetito de Allamand y otros por legitimarse como «fuerzas democráticas». Creyeron que esa ansiedad los podía conducir a transar la Constitución en el futuro y por ello podrían estar dispuestos a desarticular la coherencia del proyecto transformista. Para esta posición «legitimista» ese grupo ya había mostrado sus debilidades en la negociación del Acuerdo Nacional.

Hubo algo más de fondo que la disputa coyuntural en la división del efímero partido unitario de la derecha en marzo de 1988. Finalmente todos los grupos de la derecha regimental y también los miembros de la Junta sabían que si Pinochet insistía en su candidatura no habría fuerza que pudiera evitarla, porque contaba con el apoyo del Ejército.

La división de Renovación Nacional tenía más relación con el futuro que con la «actualidad». Con la ruptura, la UDI no se estaba distanciando de las posiciones inmediatas de los grupos venidos del MUN o del Partido Nacional, puesto que para éstos no había otra opción que aceptar las decisiones de la Junta. Se estaba distanciando de las estrategias futuras de acercamiento al centro y de la tendencia a separarse por ellas de la ascética opción por la lealtad.

4. La transformación del mal menor en posibilidad de victoria

Se puede tener la falsa impresión de que argumento desde la necesidad histórica, como si los sujetos hubiesen enfrentado opciones cerradas, frente a las cuales fueron sólo ejecutantes (soportes de una racionalidad que se les impuso) y no decisores. Pero no es así. Los sujetos políticos siempre deciden, esto es, dicen sí o no en función de cálculos, estrategias, deseos, pasiones. El asunto es el margen de libertad de su decisiones. Habiendo perdido las múltiples batallas del período '83-'86, la oposición anti-pinochetista en 1987 sólo podía elegir entre una resistencia inútil y heroica, la de negarse a competir, y la instalación.

Instalarse es una cosa, otra instalarse bien, con posibilidades de optimizar una decisión tomada en la estacada, sin margen de maniobra.

Lo que hizo el equipo de dirección de la estrategia electoral del No fue impulsar el abandono de la noción fatalista de mal menor para plantearse la posibilidad del triunfo. La condición era ser capaces de pasar del síndrome trágico-épico con que parte de la oposición vivía la coyuntura a la afirmación voluntarista de la posibilidad de vencer. A la convicción de que la dictadura no era omnipotente y podía ser víctima de la pasión positiva de los ciudadanos dispuestos a defender sus derechos. Pero para ello era necesario establecer un discurso de triunfo en vez del discurso fatalista de la imposibilidad.

Este colectivo de dirección, en el cual jugaron papeles políticos centrales Genaro Arriagada, Ricardo Solari y Enrique Correa y en lo comunicacional el equipo que elaboró la estrategia de la «Franja del No»⁽³¹⁰⁾ generó una convocatoria optimista y desdramatizadora. Le salió al camino al pesimismo y a la costumbre del martirio de una parte de la oposición marcada por la derrota y la persecución; de una oposición con tendencia a saciarse místicamente en el sacrificio a la memoria de las víctimas.

Para enfrentar los temores, las verosímiles aprensiones, los reflejos dramáticos, construyeron la imagen del arco iris, la metáfora de la gran casa construida entre todos⁽³¹¹⁾, en medio de los cánticos de alegría, de banderas chilenas y de rostros felices. Economizaron con avaricia el drama, la condena moral, el discurso profético. Presentaron la imagen de la fiesta comunitaria con el objetivo de renovar las esperanzas perdidas y de crear las resonancias emocionales que provoca el sentirse partícipe en una gran tarea, sin necesidad de ser para ello un héroe. Buscaron sustituir la épica por la naturalidad.

310 Entre otros Eugenio Tironi, José Manuel Salcedo, Juan Gabriel Valdés.

311 Las imágenes de los spot de la campaña del No a que nos referimos estaban inspiradas en la película «Testigo en peligro», en la que Harrison Ford desempeñaba un rol protagónico.

Los perspicaces constructores de imaginario político que planearon las estrategias comunicativas de la campaña del No, se dieron cuenta de que era necesario erosionar la imagen de omnipotencia de la dictadura, no porque no creyeran que ésta podía intentar fraudes, sino porque se necesitaba cambiar la subjetividad fatalista por otra distinta, una subjetividad optimista que permitiera hacer emerger la esperanza. Era necesario crear condiciones para minimizar el abstencionismo derivado de la sensación del voto inútil, debilitar la idea de que una dictadura no podría jamás ser derrotada en las urnas.

Sabemos que esa derrota ocurrió. Pero también sabemos que aquí estamos, empantanados entre las dichas y desdichas del Chile Actual.

Me parece inútil, especialmente porque miro esta victoria como triunfo pírrico, tratar de investigar los motivos contingentes que impidieron a ciertos grupos preparar una simulación que ocultara el triunfo del No.

Creo que ello ocurrió básicamente porque se impuso la racionalidad de algunos políticos y jefes militares con visión de largo plazo que captaron, desde el principio, que esa derrota electoral podía ser mejor que una discutida victoria, esto último a condición de saber utilizar con sagacidad el período de gracia.

Por supuesto, fue una derrota para el líder, casi una afrenta después de su prolongado «sacrificio por la Patria». Pero esos políticos prudentes y futuristas también avizoraron que la derrota podía revertirse y que el patriarca (figura polarizadora/odiada más que amada) podía llegar a convertirse en un verdadero padre de la patria, conductor de la dictadura revolucionaria y sombra protectora de la redemocratización. ¿Acaso no tenían razón, acaso no se está cerca de que se produzca esa santificación civil?

Capítulo Quinto

El período de (des)gracia

Antes de empezar el capítulo final de este relato en reversa debo disculparme. Iré rápido en la narración de esta fase final del transformismo, quizás impulsado por el deseo de completar el círculo que he construido.

En todo caso, una cuestión previa. Pudo cundir; pero no cundió el pánico. Pinochet y el gabinete, voceros principales del régimen, no se dejaron llevar por una subjetividad de derrota. No pensaron en dimisiones adelantadas, ni en negociaciones impulsivas. Se consagraron a perfeccionar los últimos detalles de la estrategia transformista, la elaboración de las leyes de amarre, sin dejarse intimidar por las acusaciones de ilegitimidad que esgrimía la oposición. Decidieron gobernar hasta el último minuto usando todos sus poderes omnímodos. Sólo aceptaron ir a una negociación cuyos hilos controlaban y que se mantuvo dentro de los límites del diseño transformista; hicieron concesiones solamente en función de un claro cálculo de beneficio legitimador.

1. Y las promesas de movilización ¿qué?

Tomada la decisión de la «instalación» y antes del triunfo en el plebiscito algunos dirigentes políticos socialistas y la totalidad de los comunistas adoptaron la costumbre de calmar las culpas

que les producía la aceptación de la normativa de la constitución del '80, prometiendo coronar el triunfo plebiscitario con una presión movilizadora que produjera el derrumbe del pinochetismo.

En sus arremetidas optimistas, decían querer ver a los militares nombrando a su Bignone, un general que negociara los términos de una vuelta a los cuarteles antes de la finalización del mandato constitucional. Pensaban que los militares chilenos tendrían la misma sensación de derrota y fracaso que los argentinos después de Malvinas. Como se ha dicho, quienes esto pensaron no habían captado todavía la versatilidad del diseño transformista.

No habían tomado en cuenta que la subjetividad de derrota se atenuaría rápidamente, en la medida que los militares captaran que todavía tenían ante sí muchos meses de gobierno sin poderes sometidos a contrabalances. Tampoco habían tomado en cuenta los efectos que esta realidad tendría sobre una oposición todavía temerosa de que el traspaso efectivo del poder político a los civiles no se realizara.

Las promesas de movilización chocaron contra dos grandes obstáculos: a) la impermeabilidad del pinochetismo, su absoluta claridad respecto a la necesidad de mantener en plenitud la capacidad decisoria y b) el temprano alineamiento de la élite opositora, en especial de los dirigentes de la Concertación, en la convicción de la necesidad de un rígido realismo, la cual terminó siendo una suerte de ética. Una ética de la convicción cuyo contenido básico, cuyo «fanatismo», consistió en aplicar una fría pragmática. La maquinaria disciplinante de la razón de Estado ya empezaba a hacerse sentir.

Para asegurar el retorno a la democracia, para evitar que los militares tuvieran argumentos para quedarse, era indispensable mantener la moderación, la centralización de las decisiones. Cualquier intento de movilizar fue motejado de peligroso en función de la ansiada materialización de la posibilidad democrática.

Se trataba de la posibilidad de que el poder de gobernar fuese conseguido en diciembre de 1989 por una alianza que se presentaba como la única capaz de ofrecer cambios en el futuro. No cualquier coalición, una de centroizquierda, como en la coyuntura crítica de 1938 que inauguró un fecundo período de «modernización». Para garantizar ese futuro había que actuar con pie de plomo.

Más allá de la Concertación tampoco hubo capacidad movilizadora. El PC enfrentaba las consecuencias del fracaso de una estrategia, la de la «rebelión popular de masas» aplicada con tardanza y que fue abortada antes siquiera de tener la posibilidad de probar su viabilidad. Fracásó en operaciones cruciales y fue atrapada por el vértigo de la secuencia institucionalizadora. Después del viraje del PS-Almeyda y de la formación de la Concertación, después que se vino encima la dinámica avasalladora del No ¿cómo podía seguir negándose a participar en la esperanza colectiva?

Como consecuencia del fracaso de la apuesta postrera en la «rebelión popular de masas», el PC se sumió en una ola de divisiones, unas desde la derecha y otras desde la izquierda. Estas últimas, que afectaron al FPMR, tuvieron una visibilidad dramática pocos días después de la derrota de la candidatura Pinochet. El 25 de octubre de 1988, el FPMR-Autónomo realizó su primera acción de importancia después del espectacular secuestro del coronel Carreño ⁽³¹²⁾. Fue el asalto al cuartel policial Los Queñes, ubicado en la alta cordillera. Esta acción en un lugar absolutamente aislado pretendía ser el lanzamiento simbólico de la estrategia de la «guerra patriótica nacional», un intento de reiniciar la resistencia armada contra la dictadura militar, derrotada en las elecciones, y de anunciar la continuación del combate desde fuera de la institucionalidad.

Comienzo y fin. Ese acto de extremo voluntarismo militarista, realizado en una sociedad impactada por la esperanza

³¹² Este secuestro tuvo lugar el 1 de septiembre de 1987. Dos meses después fue entregado vivo en Sao Paulo.

en una salida pacífica, terminó dramáticamente. En la escaramuza murieron dos de los principales comandantes del FPMR ⁽³¹³⁾. El único valor efectivo de ese acto fue mostrar que existían grupos para los cuales la lucha continuaba, aún después del triunfo electoral contra Pinochet y la probable victoria de la Concertación en las elecciones presidenciales de 1989.

Las promesas de movilización chocaron contra el realismo de la dirigencia política que se sentía al borde de alcanzar el gobierno, chocaron contra la obstinación de un gobierno que continuó usando las armas de la represión y la amenaza de la involución. Pero, además, chocaron contra un deseo profundo de la multitud, que no alcanzó estatura discursiva pero que no por ello era menos vivo: el deseo de normalización. Ese deseo de no tener que continuar desempeñando papeles heroicos, de que la política perdiera su «insoportable gravedad», fue una de las claves secretas de la coyuntura postplebiscitaria.

2. La negociación

No tiene sentido narrar las múltiples vicisitudes de esta negociación ⁽³¹⁴⁾. Pero sí tiene sentido descifrar la lógica del juego.

Las disposiciones originales de la Constitución del '80 hacían más fácil introducir cambios durante el período llamado de transición que durante el período de plena vigencia del cuerpo legal. Antes del término del mandato de Pinochet, la Constitución podía ser reformada cumpliendo dos procedimientos: el acuerdo de la Junta a una proposición de reforma proveniente del Ejecutivo y la ratificación plebiscitaria. Después se requerían quórum

313 Como se sabe el 15-16 de junio de 1987 se había realizado la Operación Albania. En ella fue diezmada una parte importante del FPMR.

314 Esto ya fue hecho en un libro de uno de los negociadores de la Concertación. Ver ANDRADE GEYWITZ, Carlos: REFORMA DE LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE LA REPÚBLICA DE CHILE DE 1980. Editorial Jurídica de Chile, Santiago, Chile, 1991.

especiales en el Parlamento y en algunos casos la aprobación de dos legislaturas.

Esto significaba que la Concertación, colocada ya ante la esperanza de gobernar, enfrentaba una negociación inevitable. Dadas las condiciones, el costo de no negociar era más alto que el costo de la negociación más mala. Con el número de senadores designados que preveía la Constitución original, a la Concertación le resultaría muy difícil, aún con un sistema electoral muy favorable ⁽³¹⁵⁾, alcanzar la doble mayoría ⁽³¹⁶⁾. Entonces, gobernar se convertiría, pasado el placer orgásmico de la victoria, en un dificultoso caminar entre dunas, una situación muy parecida a la metáfora con que Weber definía a la política, «un lento serruchar de tablas».

En realidad, la negociación efectiva fue la desarrollada entre el gobierno militar y Renovación Nacional. Este partido se jugó por una estrategia que, tras una discursividad democrática, lo que hizo fue llevar hasta sus últimas consecuencias la operación transformista. Esto significa que no estamos en presencia de la derecha española encabezada por Suárez, dispuesta a encabezar el desarme del dispositivo franquista. Estamos ante una derecha que, aprovechando una coyuntura en la cual la Concertación necesitaba negociar, estuvo dispuesta a realizar una mediación activa. Pero lo hizo, como los hechos posteriores se han encargado de demostrarlo, para impedir que los resguardos y protecciones excesivas deslegitimaran al Estado. Su objetivo real era eliminar las sobreprotecciones, para evitar (como lo advierte el refrán popular) que el exceso de cuidados terminara por matar al paciente.

Las reformas blanquearon a la Constitución, sin hacerle perder eficacia a los mecanismos de resguardo. La Concertación,

315 No se podía suponer un sistema electoral favorable. La ley que definía las circunscripciones fue elaborada después del plebiscito, tomando en cuenta sus resultados, y por un órgano legislador absolutamente controlado por los militares.

316 Como se sabe, el carácter absolutamente bicameral del sistema político chileno exigía obtener mayoría en la Cámara de Diputados y en la de Senadores.

segura de encabezar el próximo gobierno, necesitaba modificar la composición del Senado, cambiar las atribuciones del Consejo de Seguridad Nacional, flexibilizar la autonomía de las Fuerzas Armadas. Por ello estuvo dispuesta a negociar en peores condiciones que las contenidas en el Acuerdo Nacional.

Renovación Nacional consiguió el propósito de convencer a los militares de una estrategia de cambios sin desmantelamiento, ganando con ello una imagen liberalizadora.

La Constitución mejoró en algunos puntos⁽³¹⁷⁾. Pero los cambios estuvieron destinados, más que nada, a garantizar la gobernabilidad futura, purificando para ello la Constitución, limándole aristas, extrayéndole las disposiciones más cavernarias. Todo esto para dejar intactas las instituciones que aseguraban el veto minoritario y la imposibilidad de reformas no consensuadas tanto del sistema político como del modelo socioeconómico.

El plebiscito de 1989 constituyó la coronación del operativo transformista. Esa reforma, formalmente legitimada por la voluntad popular, consiguió dos cuestiones: a) eliminar ciertas condiciones leoninas que hubiesen podido generar con rapidez una crisis política, por la exasperación de la nueva élite dirigente ante la imposibilidad de gobernar por la oposición del Senado, dando motivos con ello para que se gestara un ánimo masivo de ilegitimidad y b) disminuir el peso político de los senadores designados, al disminuir su proporción respecto a los electos⁽³¹⁸⁾. Esto favorecía a la derecha con mayores pretensiones de autonomía, aumentando su peso en la toma de decisiones.

317 Hay que agregar a los ya señalados, la eliminación del artículo 8, el cual castigaba incluso la propagación de ideas favorables a la lucha de clases, que atenten contra la familia, que propicien el «totalitarismo», que propugnen la violencia. Ver MAIRA, Luis: LA CONSTITUCION... OP. CIT., pp. 71-75.

318 En la Constitución original los electos eran 26 y los designados 10, mientras que en la actual los electos son 38 y los designados 9. En el primer caso los designados representaban el 27.8%, en el segundo representan el 19.1%.

Efectivamente, también la Concertación sacó provecho de la negociación. Le permitió colocarse en el Senado muy cerca de la mayoría, lo que hubiese sido imposible en el esquema de 26 senadores electos y 10 designados. Pero sobre la base de un costo: perdió fuerza para emprender la negación radical, desde la experiencia de un gobierno condenado a la ineficiencia, de un orden constitucional generador de ingobernabilidad.

Con ello se condenó a ser nada más que gestor del orden social heredado de Pinochet. Entregó la última de las hachas de guerra, la lucha anticonstitucional para demostrar que la mantención de esa normativa política conducía al caos. Que con ella no había consenso ni paz social.

La Izquierda Unida planteó una postura de rechazo. Pero la Concertación negoció, pese a que declaró explícitamente el carácter insuficiente de lo obtenido y la esperanza de que Renovación Nacional estuviera dispuesta más adelante a perfeccionar las reformas. El sueño del pibe.

Pero, ¿cómo colocarse en una postura de intransigencia radical⁽³¹⁹⁾, cuando los interesados en el disciplinamiento realista de las élites de la Concertación les refregaban a éstas a cada instante el peligro de un triunfo de los duros, la posibilidad de una rabieta de Pinochet? Administrando el cuento del enojo del Ogro ayudaron a poner la guinda que coronaba la torta transformista. Por otra parte, no era difícil creerlo, no era difícil querer creerlo.

Creyéndolo se podían presentar como metamorfosis los cambios ideológicos que se estaban produciendo en los partidos de la Concertación, con el objeto de adaptarse a la tarea de gobernar la sociedad construida por la dictadura. Gregorio Samsa apareció un día transformado en un animal monstruoso, pero nada pudo

319 A fines de noviembre de 1988 Manuel Sanhueza, destacado miembro de la Intransigencia Democrática, exigió la sustitución completa de la Constitución.

hacer por evitarlo. Tampoco se podía evitar el olvido de las críticas al modelo ni las promesas de cambios profundos.

Después de la negociación constitucional, coronado por un plebiscito donde votó más del 85% de los inscritos, ocurrió lo previsto. Han sido electos dos gobiernos de la Concertación. Cambiaron los titulares del poder, pero no la sociedad. Se ha realizado el principio central del «gatopardismo»: que todo parezca cambiar para que todo siga igual.

Primer Epílogo

Se cierra el círculo, el ejercicio de mirar en reverso. Partiendo de un análisis de Chile Actual he incursionado en los orígenes. Pero este regreso no ha sido para encontrar allí la esencia de lo Actual ni la semilla desde la cual se formó lo Actual.

He tratado de describir procesos de lucha política, a veces abiertos, multitudinarios, ruidosos, a veces solapados, realizados entre bambalinas.

Puede haberse deslizado la idea fatalista de un curso determinado, que no tenía alternativas. Si es así, quiero disiparla en estas palabras de cierre.

En verdad, la dictadura militar logró sobrevivir durante dieciséis años por una combinación de terror, proyecto, coacción y astucia política. Y logró cazar a la oposición, la cual durante mucho tiempo hizo alarde de la capacidad de derrocarla o de obligarla a ceder posiciones, en el tipo de salida menos favorable. Al imponer el régimen militar su fórmula de transición institucional mediante un plebiscito⁽³²⁰⁾, la posible victoria estaba

320 En verdad nada hubiera cambiado si el mecanismo hubiese sido las elecciones directas (denominadas por el discurso político como «elecciones libres»). Ver GEISSE, Francisco y GUMUCIO, Rafael: ELECCIONES LIBRES Y PLEBISCITO. EL DESAFÍO DEMOCRÁTICO, Ediciones Chile y América, Santiago, Chile, 1987.

sometida —como lo he dicho hasta la saciedad— a la triple restricción del marco constitucional, de la tutela militar de las instituciones y de mantener funcionando un sistema económico que requería de la confianza empresarial, sin la cual era imposible asegurar las tasas de inversión necesarias para la reproducción del ciclo económico.

El procedimiento de narración en redondo que hemos seguido en este libro permite saber, aún a los que no lo sabían de antemano, que estas presunciones de racionalidad se cumplieron.

Un cambio radical de la Constitución sólo hubiera sido posible con un pacto que involucrara a la totalidad de los senadores de Renovación Nacional ⁽³²¹⁾ o con una política de sobrepasamiento de la legalidad. Pero esta última, a su vez, era y es impensable, por el ya mentado rol tutelar de las FF.AA.

Entre 1983, cuando se hicieron visibles las trizaduras de la crisis y la multitud se transformó en masa, y 1988, cuando el diseño del plebiscito ya era inevitable, existieron posibilidades de historicidad, de cambiar el curso del proyecto transformista instalado desde el poder.

No se pudo arrancarle a la dictadura una negociación en los momentos duros del 83-84, no se pudo generalizar las protestas hasta crear condiciones de ingobernabilidad, no se pudo desplegar la rebelión. Estos no fueron resultados fatales. Cada uno de ellos tenía condiciones de posibilidad, mayores o menores. Ninguno de los enfrentamientos estaba gobernado por fuerzas ciegas, como las del destino. Es bien sabido que el resultado de una batalla puede cambiar por una brusca variación de la dirección del viento. Los enfrentamientos del período '83-'89 pudieron tener salidas distintas. En ellos también lo imponderable hizo su trabajo. Los errores, los cambios de línea en los momentos decisivos, la

321 Para la modificación de la Constitución se requiere el acuerdo de los dos tercios de los parlamentarios. En el caso del Senado se requiere el voto favorable de 30 senadores de los 46 en ejercicio. Renovación Nacional tiene 10 senadores.

inadecuada percepción del poder del adversario hasta la arista metálica que cambia la dirección de un proyectil decisivo.

En verdad, es una empresa difícil luchar contra una dictadura que realiza con éxito un proyecto de clase, que no tiene escrúpulos (sólo cálculo) para el uso del terror, que logra mantener la unidad de su fuerza de apoyo básica (los militares) y, que en las buenas y en las malas, concita la adhesión del empresariado.

Pero hay que señalar un hecho que hoy día, no entonces, se percibe con toda claridad. La división de la oposición no tenía su base en la cuestión de las formas de lucha sino en el tipo de sociedad futura que se deseaba construir.

Aparentemente el viraje ideológico de algunos actores solamente se completó después del golpe. Hasta 1989-90 muchos de ellos no fueron conscientes de que ya habían abandonado el proyecto de una democracia avanzada o el de la profundización democrática para alinearse en torno al proyecto de la modernización productiva con democracia y equidad ⁽³²²⁾. Pero esas transformaciones ideológicas no asumidas, ni siquiera plenamente conscientes, hicieron su trabajo, influyeron en sordina sobre la toma de decisiones de esa época, y explican que muchos de ellos consideren ahora a esta transición no como un mal menor sino como la forma ideal de la transición. Ideal porque en democracia han logrado mantener sin alteraciones el elemento decisivo, la desregulación del mercado laboral, evitando caer en la «fácil tentación populista», pese al carácter de centro izquierda de la coalición.

Los dispositivos de dominación en el Chile Actual son plurales, múltiples, dispersos en los diferentes subsistemas de la sociedad, abarcando desde la moral, la ciencia, el derecho, la

322 La equidad no es vista como el resultado de políticas redistributivas de ingresos, sino como efecto combinado del crecimiento sostenido y de la redistribución de las oportunidades educacionales.

entretención, la religión, etc. El Estado es un aparato específico de dominación, cuya finalidad es proveer recursos políticos para esas operaciones: la coerción, el derecho, la representación y sus rituales, las ideologías. El Estado es entonces un aparato donde se combinan fuerza, recursos simbólicos y recursos ideológicos y es, también, un lugar de creación de instituciones y un lugar de flexibilidad estratégica respecto a la dominación.

Lugar de creación de instituciones, esto es lugar donde la voluntad de poder se sustantiva en reglas y en aparatos. Lugar de flexibilidad estratégica, esto es, espacio de convergencia de las estrategias múltiples de dominación para que ellas sean elaboradas en cuanto derecho y sean pensadas en cuanto política, en cuanto estrategias reproductivas intencionalmente procuradas.

En Chile el secreto de las contradicciones de nuestro desarrollo social se desvanece cuando se le toma el peso al dato que existe un nuevo tipo de Estado capitalista que se ha hecho cargo de las estrategias de reproducción.

Este nuevo tipo de Estado asume la tarea de procurar las instituciones políticas de coerción, representación e integración adecuadas al funcionamiento de una economía en la cual las lógicas de los capitalistas no se vean interferidas ni por el Estado ni por las presiones laborales y que funcione como una economía abierta al flujo libre de mercancías y capitales, de tal manera que en ella la acumulación se realice en un mercado globalizado.

Este nuevo tipo de Estado, que se denominará neoliberal, puede adoptar formas democráticas o autoritarias. Cuando adopta formas democráticas procura cuatro tipos de operaciones políticas de carácter estratégico:

a) Instala un sistema de decisiones políticas que, con funcionamiento del principio representativo de mayorías, debe garantizar la preservación del modelo económico social neoliberal, cuando éste está plenamente establecido.

b) Instala el horizonte de la "modernidad" como un mecanismo destinado a conseguir un consenso transversal respecto de los fines de la sociedad, operación dentro de la cual juega un papel importante la ideología del "orden natural" y la ideología concatenada del cambio social como mera perfectibilidad de lo existente.

c) Procura formas de integración económica de los asalariados, pero desdeñando los recursos populistas del Estado de bienestar, por tanto preservando los principios de la flexibilización de las relaciones capital/trabajo, y de la apropiación empresarial de una parte de la mayor productividad pero utilizando directamente o favoreciendo el uso, como sustitutos de las antiguas modalidades integrativas del "Estado de compromiso", de mecanismos de facilitación del consumo o a través del crédito, de políticas sociales focalizadas, de oportunidades de movilidad interempresa a través de ofertas de capacitación.

d) Genera presiones en favor de una mayor despolitización, favoreciendo estrategias de corte individual en vez de estrategias de corte asociativo, privilegiando ideológicamente la decisión técnica por encima de la política, fustigando las movilizaciones como desórdenes, presentando la política como parloteo intrascendente o como corrupción, etc.

El Estado neoliberal opera como un agente coordinador de las operaciones de reproducción del nuevo tipo de sociedades capitalistas que se han instalado o se están instalando como resultante de la efectiva globalización de economías capitalistas, favorecidas por la desaparición de las determinaciones geopolíticas provocadas por la bipolaridad.

Esta reproducción exige dos condiciones, una negativa y la otra positiva. La negativa es la plena mercantilización de la fuerza de trabajo, su "subsunción" real al capital, lo que pasa por la instauración de las relaciones atomísticas trabajo-capital y por el debilitamiento estructural del movimiento obrero en cuanto contrabalance efectivo del poder del capital.

La positiva es la generación de un consenso transversal entre las élites políticas, la cual busca incorporar a un amplio y diferenciado arco político y aislar, jibarizándolos, a los grupos que plantean una voluntad de historicidad y que buscan superar la oferta "oficialista" de un cambio social acotado, que signifique la perfectibilidad de lo actual.

El éxito del Estado neoliberal instalado en Chile reside en esta doble capacidad de anulación del movimiento asalariado, de reducción de la politicidad y de creación de un imaginario estado de "modernidad" triunfal que ha engolosinado a las capas políticas dirigentes, generando un consensualismo que atenúa las diferencias sobre el futuro, por tanto sobre la dirección y el destino, limitando las esferas de las discrepancias al pasado.

La gran paradoja de la actualidad es que la élite se divide sobre los temas que real o simbólicamente refieren al pasado, pero se entiende sobre los que remiten a la trayectoria, al futuro. Sus diferencias eran a los modos de ejecutar la "modernidad" pero, en ningún caso, al proyecto mismo.

El secreto de este Chile actual es que la superficie es calma, porque era una de las principales operaciones estratégicas del Estado neoliberal ha sido la de debilitar la política. Por tanto, la apariencia de calma está construida sobre el debilitamiento intencionado de la democracia.

Las características de la democracia chilena, con sus senadores designados y el conjunto de instituciones que operan como contrapesos técnicos, no son ni accidentales ni contingentes. En realidad pertenecen a la esencia del Estado capitalista neoliberal. A través de esos recursos o de otros ese Estado debe procurar cumplir su objetivo primordial, asegurar la reproductibilidad del orden económico social creado por el autoritarismo.

Segundo Epílogo

¿Por qué escribir este libro?: Conocimiento historiográfico y pasión historiográfica

¿Por qué intentar explícitamente comprender la actualidad desde el pasado, como lo he pretendido en este texto?

El pasado es, por así decirlo, un tiempo terminado. Esto significa nada más que lo siguiente: se ha establecido un corte en la sucesión ininterrumpida, corte que permite hacer un cierre y permite pronunciar la palabra pasado. A partir de entonces la historiografía se hace cargo de esa sucesión desordenada y contingente de sucesos que constituyeron ese momento específico de la vida social.

La importancia del conocimiento histórico no es reconstruir una época, ni siquiera revivir sus múltiples sentidos mentados. Si bien la historia es una producción, la historiografía es una creación o, para parafrasear a los constructivistas radicales, una invención. Bateson refiere el diálogo de una niña con su padre sobre las leyes de Newton y narra cómo ambos llegan a la conclusión de que no se trató de un descubrimiento sino de una invención ⁽³²³⁾.

Con más razón se puede decir lo mismo del conocimiento histórico. Su valor no es tanto conocer un pasado objetivamente como constituir un hecho cultural. La historiografía, en cuanto autoconciencia de un grupo humano sobre su pasado más que

323 BATESON, Gregory: HACIA UNA ECOLOGIA DE LA MENTE. Editorial Gedisa, Barcelona, 1991.

como ciencia, constituye un elemento de la praxis histórica. Los sujetos están produciendo el presente con ideas, visiones o interpretaciones sistemáticas del pasado. Pero en esta producción la capacidad creativa de los sujetos, representada por sus proyectos, está sometida a poderosas determinaciones y restricciones. Podríamos decir, entonces, que no es la ciencia de la historia la que guía la práctica histórica sino una invención con fuerza cultural, por tanto que hace sentido en el presente.

Este epílogo intenta desarrollar, bajo el falso propósito de explicar por qué escribí este libro, la idea de conocimiento histórico y la idea de práctica histórica que tengo en mente y que espero, hayan guiado mis interpretaciones, mi invención del presente.

1. Razones teóricas

En el léxico de muchos historiadores, quizás los más interesantes, aparece como lugar común la preocupación práctico-analítica. Todos indican que sus lecturas del pasado están impulsadas por el entendimiento del presente. Croce afirma que la comprensión histórica es acicateada por la «pasión de la vida práctica». Quiere decir que la historia está lejos de ser una gratuita reminiscencia de lo ya muerto, un recuerdo inactivo; todo lo contrario. Para él es una memoria activa que afecta la acción sobre el presente, que participa en el «parto» del ser, en la autorrealización perfeccionada de la razón. Croce puntualiza, movido por un reflejo escolástico, que la historia juega ese papel para aquellos que participan de «la filosofía hegeliana», la que más ha hecho —según él— por interpretar la realidad como historicidad⁽³²⁴⁾.

Pero, no es necesario creer en esa conclusión de Croce para adoptar un tipo de perspectiva historicista frente al conocimiento

324 CROCE, Benedetto: *LA HISTORIA COMO HAZAÑA DE LA LIBERTAD*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 1960, pp. 5 y 43.

histórico o frente a la historiografía⁽³²⁵⁾. También realizan esa opción todos aquellos enfoques que consideran a las realidades sociohistóricas como procesos de producción, en los cuales se combinan dialécticamente las necesidades estructurales ciegas o automáticas, oscuras y generalmente silenciosas (más bien a-discursivas) y la práctica de los sujetos, entre ellas su práctica discursiva, sus racionalizaciones, objetivos, ideas, sistemas científicos.

Para esas visiones historicistas, perfectamente compatibles con una visión estructural de corte genético, la actualidad o el presente solamente se entiende en el análisis de su proceso histórico de producción. Ese estudio permite ver las formas de combinación de las lógicas estructurales con las acciones y luchas de los sujetos, permite captar los espacios posibles de historicidad en la trama compleja de la realidad. Este análisis de la actualidad o del presente a través de su pasado requiere un conocimiento detallado de coyunturas y encrucijadas, de las opciones abiertas, de las estrategias que sobre ellas se desplegaron. Esta operación de descripción minuciosa de un campo de lucha, donde se «pesan» opciones estratégicas diferentes, le otorga al conocimiento historiográfico funciones práctico-rationales, o sea, lo convierte en una «base de datos», utilizable para la acción sobre la realidad social, en conocimiento para la lucha por el poder, en un poder-saber⁽³²⁶⁾. Pero ese conocimiento no es nada si no le está añadida la pasión, la voluntad.

La realidad social, dado que es producción histórica y no evolución, no sólo es incomprensible sin conocimiento historiográfico, también es inabordable. La ausencia de conciencia

325 Habría que decir que el conocimiento histórico es siempre «historiografía», un discurso —entre otros— sobre un pasado que se rescata.

326 Es bien sabido que estas tesis sobre la relación saber poder han sido desarrolladas contemporáneamente por Michel Foucault, prolongando la perspectiva nietzschiana. Ver, por ejemplo, FOUCAULT, Michel: *SABER...OP. CIT.* 1991 y *MICROFISICA DEL PODER*. Las Ediciones de la Piqueta, Barcelona, España, 1992.

historiográfica coloca a la realidad fuera del alcance de la acción humana, como si fuese natural y no histórica.

Quizás por eso mismo es sorprendente que un autor tan penetrante como Nietzsche, que vio en el saber un dispositivo del poder, concibiera (en algunos escritos) a la historiografía como una especie de «peso muerto» para la acción, algo que paralizaba al hombre del siglo XIX. Leyendo a Nietzsche, Vattimo dice: «el exceso de conciencia historiográfica destruye la capacidad de crear nueva historia»⁽³²⁷⁾. En realidad la complejidad de ese pensamiento no se agota en las interpretaciones manidas que resaltan en Nietzsche su exaltación del hacer por sobre el saber y que lo estigmatizan como uno de los padres del irracionalismo⁽³²⁸⁾.

Podría decirse que su crítica de la conciencia historiográfica se engloba en una crítica más general de un cierto historicismo. Ese rechazo es el del «evolucionismo metafísico»⁽³²⁹⁾, una concepción finalista de la historia donde el origen contiene el término, bajo la figura de la «culminación». Contra esa historia trascendentalizada escribe Nietzsche el célebre texto de la Segunda Inmediatez. El no estaba en contra del «sentido histórico», —pese al sentido textual de algunos de sus escritos— pero sí contra la idea de una historia lineal y progresiva cuyo protagonista fuera un sujeto onmisciente. Pero, ese antihistoricismo no es contrario a la idea de historicidad, sin la cual la historia sería considerada una «máquina del tiempo».

En realidad, en la medida que la historia se desliga de una noción de producción cae en el evolucionismo o en el mecanicismo. La idea misma de producción contiene una alusión a la actividad de sujetos sobre estructuras que son, a su vez, productos;

327 VATTIMO, Gianni: *LAS AVENTURAS DE LA DIFERENCIA. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*, Ediciones Península, Barcelona, España, 1985, p. 18.

328 Luckács insiste, entre otros, en el irracionalismo nietzschiano en uno de sus libros más criticados. Ver LUCKÁCS, *EL ASALTO A LA RAZÓN*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 1959. Este llama a Nietzsche «fundador del irracionalismo en el período imperialista».

329 Ver VATTIMO, Gianni: *LAS AVENTURAS... OP. CIT.*

cristalizaciones de poderes, saberes que las instituyen o instalan en un proceso previo de producción social.

Los sujetos son «fuerzas de trabajo», medios de acción sobre las estructuras para la realización de sus propios proyectos que son, en realidad, apuestas.

Esos sujetos no son soberanos en su conciencia o en su intencionalidad. Participan como estrategias en un juego de fuerzas que se realiza dentro de un sistema de coordenadas. La lectura del campo, de la trama de las interacciones, requiere de ellos un mapeo de los sentidos ofertados competitiva y conflictualmente, presentes como estrategias, máscaras o proyectos, intereses o deseos. La discursividad no es aquí pura comunicación, como la entiende un paradigma del entendimiento. Es un arma de la disputa. La producción histórico-política no es un proceso limpio, transparente comunicativamente, como la labor de una fábrica automatizada. Parte de ella es sucia, oscura, ambigua, se hace en los sótanos, como dice Galio Bermúdez⁽³³⁰⁾.

Dejar de lado la noción de la historia como producto de las intervenciones de sujetos sobre estructuras, convertiría al conocimiento histórico en irrelevante, porque se estaría ante una «maduración» y no una producción⁽³³¹⁾. Conocer lo histórico sería equivalente entonces a conocer la inmutable estructura de la Constelación de Orión, sobre la cual es imposible intervenir. En la medida que la historia es producción, la historiografía adquiere valor. A través de sujetos-estructuralmente-situados se puede convertir en saber activo en el proceso de producción de historicidad.

330 Inolvidable personaje de la novela de AGUILAR CAMIN, Héctor: *LA GUERRA DE GALIO*, Editorial Cal y Canto, Ciudad de México, México, 1991.

331 «Maduración» si la historia se analiza como «evolución», «imbricación» si la historia es una resultante de haces de fuerzas entrecruzados. En este sentido es útil analizar el Anexo del texto de ALTHUISER, Louis: *CONTRADICCIÓN Y SOBREDETERMINACIÓN. En: LA REVOLUCIÓN TEÓRICA DE MARX*, Ediciones Siglo XXI, Ciudad de México, México, 1967.

En verdad la historiografía tiene poco sentido cuando el desarrollo histórico es un devenir prefijado, no tiene por lo menos el sentido que le atribuye Croce de una «pasión práctica». Conocer correspondería a la simple curiosidad, no tendría relación con la práctica de producción histórica, no estaría al servicio de la historicidad.

2. Razones históricas

Pero el tipo de libro que he propuesto al lector se justifica además por razones que no son propiamente teóricas. Estas tienen más bien relación con la historia particular de esta sociedad, con la historia concreta de su subjetividad colectiva. Así, hay sociedades en que la conciencia historiográfica se transforma en una necesidad vital, por las propias características de su devenir, por su experiencia vital.

De un modo genérico puede decirse que es así en las sociedades que han vivido cierto tipo de períodos trágicos. La experiencia de Chile lo fue desde el golpe militar hasta 1990, durante los diecisiete intensos años formadores de lo Actual. Etapa límite, como la de España desde la guerra civil hasta el gran viraje iniciado en 1977, como la de la Alemania nazi o la Italia fascista, como la Grecia de los coroneles, como la de Uruguay o la de la Argentina destrozada por la lucha entre los militares y la guerrilla.

A todos estos países les tocó vivir la experiencia del «terror blanco» y la concomitante destrucción radical del sueño del progreso encarnado en el «mundo moderno». La plenitud de la racionalidad del cálculo económico orientado al lucro se vio realizada o cumplida por el exterminio y la represión. Esta ha sido y es la «prótesis» que necesita el mercado en ciertas situaciones de dominación amenazada. Representa, a menor escala, el tenebroso renacer de Auschwitz, la barbarie presentada como defensa de la lógica moderna del capitalismo y como defensa de

la civilización⁽³³²⁾. Una experiencia límite que, siguiendo el particular sentido de Foucault, puede llamarse la «experiencia de la vida bajo el fascismo»⁽³³³⁾.

Esas experiencias y, entre ellas, la dramática situación chilena exigen una reflexión como la que ha intentado este libro. ¿Por qué? Porque es necesario entender la crueldad y la barbarie, aún las formas más siniestras de ella, como componentes de procesos históricos que, en general, las enmascaran en propósitos de modernización y de defensa de valores supremos.

Topamos el tema clave de la «comprensión». Surge de inmediato un problema, de por sí complejo, pero ya previsto por Weber. Como se sabe, él distingue dos tipos de «evidencias de la comprensión». Una es la racional, aquella en que la «conexión de sentido» es aprensible intelectualmente «de un modo diáfano y exhaustivo». La otra es la endopática, la cual se obtiene al lograr el intérprete revivir plenamente la «conexión de sentimientos» puestos en juego en las interacciones a comprender. Esta capacidad de revivir depende de una cualidad misteriosa que Weber denomina «fantasía», sometida —no obstante— a ciertos límites. No es condición haber realizado el tipo de acción cuya conexión de sentido se busca interpretar. El autor dice «No es necesario ser un César para comprender a César», pero también indica que se hace difícil el uso de la «fantasía endopática» cuando las acciones se alejan radicalmente de las valoraciones últimas del observador⁽³³⁴⁾. Esa es, justamente, la situación que se enfrenta. Es difícil colocarse, a través del revivir, en el lugar de un otro que se rechaza. Actúan decisivamente el peso de las contraidentificaciones.

Hay que tener claro, en todo caso, que la comprensión como método sociológico no se propone disculpar, absolver. Solamente

332 No se trata de una exageración dramática. Ingresems la siguiente identidad Auschwitz/Gulag/Villa Grimaldi.

333 FOUCAULT, Michel: LAS REDES... OP. CIT. Editorial Almagesto, 1993.

334 WEBER, Max: ECONOMIA Y SOCIEDAD. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, Primera Parte, 1984.

permite reconstruir los sentimientos vinculados a las racionalizaciones de los actos. Aquello, pocas veces dicho, que realmente da vida, insufla energía al armado racional de la ideología. Aquello que hace aparecer tras las ideologías las feroces pasiones generadoras de su fuerza y acceder a aspectos inescrutables de lo vivido. Sin usar el acceso que Weber denomina endopático, una serie de acciones sólo pueden verse como actuaciones delirantes, y no como ejemplos típicos de una racionalidad revolucionaria, no humanista. Es el caso de la ideología de «cruzada anticomunista» de los militares y la derecha chilena, con su mesiánica idea de ser los «precursores» en la derrota del «cáncer marxista». De no usar la comprensión podría ser vista como patología, una típica forma de autosatisfacción con la crueldad, cuando en realidad se trata de una relación instrumental con la crueldad, de su uso al servicio de objetivos supuestamente superiores.

Tocando el tema de la memoria histórica, Habermas enarbola una crítica al «historicismo de la comprensión» en una entrevista a propósito de la «querrela de los historiadores» alemanes. Se trata, por supuesto, de otro historicismo que aquel que cuestionaba Nietzsche; éste afirma que todo hecho debe entenderse desde las coordenadas espirituales y materiales de su tiempo. Se sabe que Habermas ha sido un gran adversario del revisionismo histórico respecto al período nazi. En aquella entrevista, y queriendo ser consecuente con su empeñada oposición, Habermas siembra dudas sobre la premisa que una práctica debe «entenderse desde las formas de vida y las tradiciones en que está inserta» y también frente a la afirmación que una práctica sólo puede comprenderse «desde su propio contexto». Al paso, Habermas cita a uno de los protagonistas de la disputa alemana quien afirma: «la venerable doctrina de la comprensión choca aquí con un muro masivo... el monstruoso y demencial crimen que designamos con el nombre de Auschwitz es algo que no puede en realidad entenderse».

El problema de esas afirmaciones tan rotundas es que ellas confunden comprensión con justificación, con aceptación moral.

Al contrario de lo que se desprende de esas citas venerables, es indispensable colocarse en el mundo de vida de los actores para desenmascarar las categorías reflexivas, el tipo de moralidad que hicieron posible el genocidio judío o, en Chile, el terror de la revolución capitalista. Entender no tiene nada que ver con aceptar o valorizar. La comprensión no busca la reconciliación con el Otro, permite acercarse a su «honestidad» y, cuanto más, percibirlo como lo que a veces es, una marioneta.

Al contrario de lo que teme Habermas, la comprensión no le otorga a las acciones, en ese caso al nazismo, el estatuto de «necesarias», más bien permite, por el acto de producir un rediscursio, hacer trizas las ideologías y racionalizaciones que las proyectan en los «sentidos mentados» como necesidades históricas.

Como el mismo Habermas reconoce en otro párrafo de su texto, el asunto central es el de una reflexión sobre el método hermenéutico, sobre el procedimiento de la «comprensión», el cual debe evitar lo que se podría llamar un «historicismo justificatorio», como el de algunos de los historiadores revisionistas alemanes⁽³³⁵⁾.

En el caso de Chile la investigación sobre la trágica etapa reciente de nuestro desarrollo histórico es doblemente necesaria. Por razones no descifradas de nuestro pasado somos proclives a la mistificación y al olvido. Así como construimos una leyenda rosa de nuestro antiguo desarrollo democrático y cultivamos la ilusión de unas FF.AA. apolíticas y «puras», estamos ahora construyendo una visión floreada, idealizada de la realidad actual y fortaleciendo la amnesia de los orígenes dramáticos. Muchos, acicateados por la necesidad de olvido y también de justificación de la sociedad actual, tratan de negar la «genealogía», esto es la paternidad, los orígenes entendidos como linaje. Intentan «blanquearlos»⁽³³⁶⁾. A este compulsivo esfuerzo amnésico hay que oponer una «pasión historiográfica».

335 HABERMAS Jürgen: LA NECESIDAD DE REVISIÓN DE LA IZQUIERDA, Editorial Tecnos, Madrid, España, 1991, pp. 211-222.

336 El tratamiento teórico del tema del blanqueo se encuentra en BAUDRILLARD, Jean: LA ILUSIÓN DEL FIN... Op. Cit.

Siguiendo esa línea, más bien esa obsesión, el objetivo de este libro ha sido reconstruir la «genealogía» de la actualidad. Para ello fue necesario proponer una interpretación del presente y luego observar su gestación, titubeante e incierta, como todo proceso histórico.

3. El papel de la conciencia histórica

Detrás del modo como se plantea la relevancia del libro subyace una idea matriz. Ella es la noción de que el conocimiento historiográfico, al impulsar o favorecer la instalación no determinística de una conciencia histórica, puede convertirse en un instrumento de la acción histórica. El análisis histórico pasa a ser un «arma» del cambio social. Conocimiento historiográfico y no teoría o Teoría⁽³³⁷⁾. La modificación no es nominal, una se plantea como ciencia, la otra como interpretación o hermenéutica. La historia aparece vista como una revisión del pasado desde un presente-otro, además en disputa con diferentes interpretaciones. Es una visión incapacitada —por tanto— de ilusionarse sobre la objetividad, tiene la experiencia práctica de la falibilidad de los materiales con que trabaja, conoce —perdida hace tiempo la ilusión positivista— el carácter estratificante o clasista, diferenciador, de esos materiales. No puede negar la experiencia de la diversidad de voces interpretativas, tanto entre los historiadores, como —lo que es mucho más importante— entre los actores.

Pero ¿qué clase de «arma» es esta que no provee el filo acerado de una verdad objetiva, sino la incertidumbre de múltiples relatos o narraciones? En realidad, sustituir conocimiento historiográfico por teoría en la relación teoría-práctica requiere realizar distinciones y esclarecimientos.

Se ha dicho que lo histórico es siempre producción social de lo social, esto es intervención de sujetos sobre estructuras;

337 La Teoría con mayúscula fue usada por ALTHUISER, Louis: «Sobre la dialéctica materialista. (De la desigualdad de los orígenes). En: LA REVOLUCION TEORICA DE MARX, Op. Cit.

intervenciones de diverso tipo sobre el «rodaje» del mundo social, producidas por sujetos que «trabajan», enmarcados por una matriz de condicionantes. Los objetivos o fines de la acción pueden ser: a) reproducir, esto es mantener las fuerzas inerciales del sistema, b) adaptar al sistema a nuevas condiciones provenientes del «exterior» o del «interior», produciendo un ajuste o un «transformismo» y c) «revolucionar» el sistema, generando intervenciones en contra de las tendencias autorreproductoras o de las estrategias de reproductibilidad o ajuste, generando crisis o «desquiciamiento» para abrir espacio a transformaciones.

El conocimiento histórico es la analítica de esta «producción», la descripción de intervenciones de actores sobre las estructuras, sistemas que los han constituido y que definen el campo de sus prácticas. La producción de lo «nuevo» siempre se realiza en el campo de lo antiguo. Ella puede tomar diferentes formas, según la cantidad y la calidad de lo que cambia (desde reproductibilidad hasta historicidad plena). Cualquier modalidad de historicidad, aún la menos intensa, genera procesos inciertos de «transición». Todo sistema de orden tiende a reproducirse y cualquier intento de historicidad tiene contra sí el peso de las inercias estructurales, que —desde el punto de vista de los actores— implican socializaciones conductuales que es necesario vencer. Es importante escarbar en la «genealogía» de esas inercias que actúan en la determinación del presente.

¿Por qué se prefiere el término de genealogía al de génesis? El término génesis presenta el problema de su aura. En una de sus acepciones se le define como «conjunto de causas que dan por resultado un hecho...»⁽³³⁸⁾. Origen y causa, pero origen entendido en el sentido del Libro I del Pentateuco, como nacimiento apoteósico y culminante de la vida y del universo. La Creación es un acontecimiento fulgurante, obra de Dios, la Causa Absoluta y

338 CASERES, Julio: DICCIONARIO IDEOLOGICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, Editorial Gustavo Gili, Madrid, España, 1994.

Primera, de cuyas manos surgió conteniendo la plenitud de su desarrollo posible. El término génesis remite semánticamente a ese comienzo originario.

¿Genealogía? Se sabe que, desde Foucault, esa palabra adquiere una «posición» más que un sentido nuevo, como el que adquiere la palabra arqueología. Pero, el genealogista siempre ha ejercido un oficio sospechoso. El oficio y la palabra también tienen un aura, más aún tienen un karma: designa al que se dedica al estudio de la línea interminable de los ancestros, para a veces pesquisar los pigmentos azulados de la sangre, otros las trazas perseguidas (judáicas, moriscas, gitanas, negras, mestizas). Las consecuencias eran muy diferentes si las búsquedas daban un resultado u otro. El genealogista ha sido el notario de la diferenciación racial, el conservador de los linajes.

Pero la noción de genealogía es adecuada para Foucault por razones que se explican en su magistral artículo «Nietzsche, la genealogía, la historia»⁽³³⁹⁾. La genealogía remite al trabajo oscuro y secreto del cruce entre elementos. Uno de sus grandes aciertos analíticos consiste en incorporar no solamente lo determinado sino también lo contingente, la posibilidad de ser o de no-ser que contiene todo acontecimiento. Foucault se niega a escribir la historia desde orígenes que contengan una «monótona finalidad»⁽³⁴⁰⁾.

Pero, atención, hablar de genealogía no puede significar suplantar «el desplazamiento metahistórico de las significaciones ideales y de las indefinidas teleologías» por el milagro puro del acontecimiento y por la historia como encadenamiento arbitrario de esas singularidades absolutas y, por tanto, indeterminadas, sorprendentes en su esencial e inacabada novedad.

Lo contingente toma en el trabajo histórico dos formas. Una,

339 FOUCAULT, Michel: NIETZSCHE, LA GENEALOGIA Y LA HISTORIA. Ediciones Pre-textos, Barcelona, España, 1992.

340 IBID., p. 12.

la más extrema, es la fortuna⁽³⁴¹⁾. Bajo ese rótulo se clasifican los acontecimientos en sí mismos incalculables porque no son producciones sociales (por ejemplo, los fenómenos naturales con incidencia en lo histórico: muerte repentina de un importante personaje⁽³⁴²⁾, catástrofes naturales, gestación y nacimiento del heredero primogénito de un rey, etc.). La otra forma puede nombrarse a través de un barbarismo, lo dis-calcúlico. Bajo ese rótulo se clasifica no la totalidad de lo no-calculado, sino una parte muy específica: aquellas actuaciones que, dada la constitución del campo político o de historicidad, son muy difíciles de estimar, están fuera del horizonte de la mirada calculadora porque o bien se trata de acciones de actores imprevistos o bien porque implican virajes inesperados de los modelos de acción de actores previsibles. Esta dis-calcúlica es social y no natural. Representa lo imprevisible para los modelos normales de calculabilidad.

Las relaciones entre determinación y contingencia son básicas para nuestro proyecto interpretativo. Veo en el enfoque genealógico una posibilidad de articular el mundo de lo determinado y el mundo de lo contingente para la comprensión de la producción histórica y, especialmente, de la historicidad, forma superior de la producción histórica. Es muy conocida la crítica que tuvo su origen en las reacciones de Sartre frente a «Las palabras y las cosas», la que después se ha extendido⁽³⁴³⁾. Tomando en serio las polémicas afirmaciones sobre la «muerte del hombre» del final de ese libro, la crítica mencionada interpreta el desplazamiento del sujeto como su sustitución por un mecanismo. En lo esencial ella afirma que en el modelo de Foucault no habría «actores» (ni siquiera con minúscula, «fuerzas de trabajo» para la producción de lo histórico)

341 De ella nos habla Maquiavelo en *El Príncipe*, especialmente el capítulo VII. Ver MAQUIAVELO, Nicolás: EL PRÍNCIPE. OP. CIT., pp. 42-49.

342 Maquiavelo muestra en el referido capítulo VII de *El Príncipe* la decisiva importancia de la muerte del padre de César Borgia, para las ambiciones de poder de este último.

343 Ver ERIBON, Didier: MICHEL FOUCAULT ... OP. CIT., 1994. Ver el útil libro de POSTER, Mark: FOUCAULT, EL MARXISMO Y LA HISTORIA. *Modo de producción versus modo de información*, Editorial Paidós, Ciudad de México, México, 1991.

sino «vectores». Por tanto, desde Foucault la historia podría pensarse como producida (efectos) pero no como producción.

Esto es también subrayado por algunos de los más importantes admiradores del proyecto intelectual del autor. Foucault, afirma Deleuze, se proponía una filosofía de los dispositivos, en la cual los sujetos representan puntos en la construcción de las múltiples líneas de fuerza. Dice Deleuze: «Los objetos visibles, los enunciados formulables, las fuerzas en acción, los sujetos en posición son como vectores o como tensores»⁽³⁴⁴⁾.

Pero, como se sabe, desde 1968 (según unos) o desde el primer libro de la Historia de la sexualidad (según otros), Foucault estaba en un proceso de cambio que no alcanzó a completar totalmente⁽³⁴⁵⁾. Una mala jugada del destino, porque no se supo hasta dónde habría llegado su viraje⁽³⁴⁶⁾.

Por tanto he sido cauto en el uso de las «herramientas» proporcionadas por Foucault, esto es, he sido instrumental. Mi libro se inscribe dentro de una preocupación teórica: alejarse de una teoría ingenua (preestructuralista) de los sujetos, tributaria de una «filosofía de la conciencia», pero evitando hundirme en las dunas de la «muerte del hombre».

Creo que es útil seguir a Foucault (y a otros) cuando pregonan la

344 DELEUZE, Gilles: «¿Qu'est-ce qu'un dispositif?» En: RENCONTRE INTERNATIONALE: MICHEL FOUCAULT PHILOSOPHE. Editions du Seuil, Paris, Francia, 1989, p. 185. La traducción es responsabilidad mía.

345 Ver el libro de DREYFUS, Hubert L. & RABINOW, Paul: MICHEL FOUCAULT. *Beyond Structuralism and Hermeneutics*, The University of Chicago Press, Chicago, Estados Unidos, 1983.

346 MILLER, JAMES: LA PASION... OP. CIT, 1995 argumenta, con más detalles que Dreyfus y Rabinow, el cambio de Foucault. Según éste, en los últimos escritos de Foucault la subjetividad es reconsiderada. Pero lo es en cuanto a una revalorización de los espacios de la libertad humana en la construcción del sí-mismo. El cuerpo puede escaparse de las coerciones disciplinarias y de la oscura carga de los Otros cosificados en la Norma, a través del autoconocimiento y autocontrol. La verdadera posibilidad de escapar a la fatalidad del poder, que aprisiona con sus reglas a oprimidos y opresores, es través de tecnologías del yo, cuyo uso permite construirse como identidad, adquirir dominio de sí, ser uno mismo. Esas tecnologías «permiten a los individuos efectuar... cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conductas, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto grado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad».

necesidad de huir de la ilusión de la linealidad progresiva de la historia⁽³⁴⁷⁾, pero evitando esas lecturas que lo ubican en posiciones que él mismo rechaza explícitamente, por ejemplo en su célebre reflexión sobre Nietzsche: «Las fuerzas que están en juego en la historia no obedecen ni a un destino ni a una mecánica sino al azar de la lucha».⁽³⁴⁸⁾

La idea de lo histórico como el azar de una lucha, reposiciona el papel de los sujetos en una clave distinta a la de las teorías que, fundadas en la noción de la «muerte del hombre», hacen de la historia no un campo de lucha sino un campo de fuerzas. Entre esas dos modalidades hay esenciales diferencias.

Lo que describe Deleuze es un campo de fuerzas. Piensa a los sujetos y a los otros elementos del dispositivo como vectores, como componentes indistintos de un segmento, cuya dirección proviene del entrecruce en circunstancias singulares de múltiples fuerzas, que no se distinguen unas de las otras. Los individuos o «sujetos en posición», los únicos que pueden crear discursos y elaborar estrategias, actuar con intencionalidad o voluntad, tienen el mismo «rango» que los objetos u otros componentes del dispositivo.

Pero un campo de fuerzas, donde queden fuera las dimensiones proyectivas que introducen las estrategias activas de los sujetos, está sometido a una legalidad mecánica. Un campo de lucha es un espacio de interacción de sujetos múltiples, en el cual las condiciones de posibilidad generadas por los entornos institucionales están en constante producción. Un campo de lucha es un campo de enfrentamiento azaroso (pero en condiciones dadas) de estrategias y deseos. Los que luchan interpretan esas condiciones dadas y buscan orientar sus combates según criterios de racionalidad. Pero las interpretaciones y los criterios no necesariamente coinciden. Un campo de fuerzas es el mercado, un campo de lucha es la política.

347 FOUCAULT, Michel: NIETZSCHE... Op. Cit. , pág. 47-49.

348 IBID, pp. 47-49.

Llegado a este punto se hace necesario interrogar la noción misma de la historia como producción social de lo social. La historia ¿se asimila a la política? Sí, en el sentido que la reproductibilidad no es nunca automática. El acto de mantener funcionando una sociedad en una dirección expansiva, aunque no transformadora, es un acto plenamente político. No es una resultante o un efecto de fuerzas vectoriales, sino es la resultante contingente de la lucha.

En la analítica de lo histórico pueden distinguirse dos campos: campo de actores y campo estructural. Uno puede verse como un espacio de acción, donde hay sujetos múltiples trabados en una lucha por imponer sus alternativas; el otro como un espacio de operaciones, aquel donde los actores utilizan sus instrumentos (poderes y saberes) para conseguir efectos respecto de la reproductibilidad o transformación de lo instituido. Ese campo estructural es entonces simultáneamente la situación (lo dado, en el cual los sujetos actúan) y el objetivo (lo dado, sobre lo cual los sujetos actúan).

Hay que agregar que en cuanto la producción histórica es siempre praxis política no le es suficiente el conocimiento historiográfico. Le puede bastar como guía empírica del cálculo de racionalidad, pero no en cuanto canalización de una subjetividad orientada hacia la acción colectiva.

Se puede decir que el acto práctico de apropiación histórica, esto es de intervención sobre lo dado, especialmente de historicidad o de transformación, requiere de una conciencia historiográfica entendida como mito movilizador más que como teoría. No se necesita tanto de una verdad como de una apropiación del pasado en cuanto fuerza simbólica, unificadora, capaz de modelar el presente. El mito es un saber convertido en creencia capaz de suscitar el apasionamiento que conduce a la praxis.

Para llegar hasta este punto el discurso de la modernidad avanzada requirió la sustitución de la noción natural de sociedad por la noción social de sociedad. La producción de esta noción fue un

punto de partida para cierto tipo radical de discurso moderno. Requirió de ese cambio epistémico para poder crear el proyecto de unir teoría con práctica, de explicar el mundo para poder transformarlo, como se diría parafraseando a quien arrastró el pensamiento de la modernidad hacia un límite, un «punto de fuga»⁽³⁴⁹⁾.

En verdad, sólo cuando las instituciones y las estructuras son pensadas como productos humanos que pueden ser transformadas globalmente por la propia acción humana, cumpliendo el requisito previo de teorizarla, se plantea realmente la política como racional.

Por eso puede afirmarse sin rubor que en Marx, heredero de Hegel y Feuerbach, es donde la racionalidad moderna alcanza su punto culminante, su máxima radicalidad. El mundo social se debe cambiar porque puede cambiarse y ese cambio abrirá el camino a la aventura de la emancipación, que da sentido trascendental a la existencia. Aspirar a la transformación de lo existente no es un acto de irracionalidad, la obra de locos, si no es una «superación», un destino que antes de estar en los discursos está en la historia misma. Todo sistema social contiene en sí mismo esa posibilidad, pero ella sólo se realiza a través de aquella práctica humana que representa la mayor inversión de racionalidad estratégica, la «revolución social» emancipadora. Con Marx y su proyecto de revolucionar el mundo social instituido, se abre realmente la posibilidad de una política racional-reflexiva.

No antes, no realmente en Hobbes⁽³⁵⁰⁾. No en Hobbes porque en él existe un triple movimiento y no solamente un doble

349 Hago alusión, por supuesto, a la célebre tesis 11 de las Tesis sobre Feuerbach de Marx. Ver MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: LA IDEOLOGÍA ALEMANA. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, Uruguay, 1968

350 Ver el interesante libro de COUSIÑO, Carlos y VALENZUELA, Eduardo: POLITIZACIÓN Y MONETARIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA, Cuadernos del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica, Santiago, Chile, 1994. Su enfoque reduce la importancia de Marx y magnifica la de Hobbes. Marx importa mucho más como teórico de la racionalidad emancipatoria que como pensador materialista.

movimiento. Transita del caos del «estado de naturaleza» a la sociabilidad reflexivamente acordada, pero allí no termina su periplo. Porque, en realidad el hombre sólo dispone de la racionalidad para el acto del contrato, donde traspasa su soberanía y su libertad a un poder naturalizado, considerado como la condición de la sobrevivencia de los hombres ⁽³⁵¹⁾. Por el contrato la racionalidad, cuya condición básica es la libertad de optar, es enajenada, ante la espada de Damocles del caos, que no es una posibilidad conjurada de una vez para siempre. La racionalidad es fundante, está en el origen, pero debe aceptar su propio encadenamiento. La reproducción del orden no es racional-reflexiva, porque no hay opción sino necesidad. La racionalidad es aquí pura negatividad, requiere subordinarse al Leviatán. El triple movimiento, es entonces del caos del «estado de naturaleza»/ al contrato racionalmente acordado/ al «Estado natural».

Estas últimas acotaciones resultan indispensables para entender el Chile Actual. Este Chile proviene de una revolución capitalista que surgió derrotando el proyecto de otra, «la vía chilena al socialismo». Pero lo Actual ha conseguido sacralizarse, ha sido consagrado como natural. Esa operación nos niega el derecho al futuro, a realizar la alusión borgiana «ahora quiero acordarme del porvenir...»

Mientras permanezcamos allí, en ese punto cristalizado, en este nuevo paganismo que considera lo social como sagrado, podremos tener historia (pues ésta nunca termina) pero habremos renunciado a la historicidad. Habremos renunciado a la esperanza del Nuevo Mundo.

351 *IBID.*, pp. 27-32.

INDICE

AGRADECIMIENTOS	5
PROLOGO	7
Del uso de la metáfora en este texto: «poniéndose el parche antes de la herida»	
PRIMERA PARTE:	13
El Chile Actual, Páramo del ciudadano, Paraíso del consumidor.	
CAPITULO PRIMERO:	15
La matriz del Chile Actual: La revolución capitalista.	
1. Cuestiones narrativas. El salto y el racconto.	15
2. Matriz, Cópula.	17
3. ¿Qué es y cómo es una revolución capitalista?	18
CAPITULO SEGUNDO:	
Páramo del ciudadano.	31
1. El Blanqueo de Chile.	31
2. El consenso.	37
3. La democracia actual como «jaula de hierro».	45
4. La crisis de la política.	56
5. El sistema de partidos.	71
6. ¿Qué alternativas?	76
CAPITULO TERCERO:	
Paraíso del consumidor.	
1. De la matriz populista a la matriz productivista-consumista.	81

2. Los ritmos del crecimiento y la lógica de la reproductibilidad	89
3. Desigualdad y pobreza	92
4. Las imágenes del éxito.	97
5. La masificación del consumo.	99
6. El ciudadano credit-card.	102
7. El mall o el consumo como pasión.	110
8. El avance de la mercantilización.	115
9. El conformismo, la otra cara del consumismo	119

CAPITULO CUARTO:

La violencia de la ciudad.	
1. El desorden de la ciudad.	125
2. La delincuencia y el mercado.	134

CAPITULO QUINTO:

La clave interpretativa del Chile actual: El transformismo.	145
---	-----

SEGUNDA PARTE:

Mirando hacia atrás I	149
-----------------------	-----

CAPITULO PRIMERO:

La Unidad Popular. Del sueño a la pesadilla.	151
1. Racconto de la desmemoria.	151
2. «En el erial iban a nacer las flores»: El síndrome humanista-romántico de la UP.	158
3. Los medios y su contradicción con el síndrome humanista.	159

CAPITULO SEGUNDO:

La fase de la dictadura terrorista.	
I. <i>Los dispositivos de una dictadura revolucionaria-terrorista.</i>	
1.- La aleación de poder en la etapa terrorista.	171
2.- El terror.	172
3.- El dispositivo-saber: el proyecto.	194

4.- El dispositivo-derecho en la fase terrorista.	21
II.- <i>La dinámica política: el comienzo de la operación transformista.</i>	22
1. El diseño estratégico global	22
2. Las operaciones políticas de 1997	22
III.- <i>La elaboración de la Nueva Constitución.</i>	23
1.- El contexto.	23
2.- La preparación de la Nueva Constitución.	240
IV. <i>Las oposiciones durante la fase terrorista.</i>	252
1.-Las oposiciones moderadas.	252
2.-La izquierda: "el nombre y la cosa".	255
3.-Movilizaciones "públicas" en la fase terrorista.	263
4.-La política del partido comunista entre 1977-80.	264

TERCERA PARTE:

Mirando hacia atrás II.	
La dictadura constitucional.	

CAPITULO PRIMERO:

La caracterización de la etapa.	273
---------------------------------	-----

CAPITULO SEGUNDO:

El acoso. Movilizaciones sociales y lucha política entre mayo 1983-noviembre1994.	277
1. La crisis económica como facilitador.	278
2. Las movilizaciones en la fase de ebullición.	288
3. Las estrategias dictatoriales durante el acoso y el repliegue.	300

CAPITULO TERCERO:

De las protestas como repetición al "año decisivo".	317
1. Las protestas rutinizadas.	317

2. La negociación fallida.	319
3. El "año decisivo".	328
CAPITULO CUARTO: La Instalación.	337
1.- La preparación de la ceremonia.	337
2.- Lo que estaba en juego o las razones del pesimismo	343
3.- Lo accidental: la obstinación del patriarca.	345
4.- La transformación del mal menor en posibilidad de victoria.	347
CAPITULO QUINTO:	
El Período de (des) gracia.	351
1.- Y las promesas de movilización ¿qué?	351
2.- La negociación.	354
PRIMER EPILOGO:	359
SEGUNDO EPILOGO:	
¿Por qué escribí este libro?: conocimiento historiográfico y pasión historiográfica.	365
1. Razones teóricas.	366
2. Razones históricas.	370
3. El papel de la conciencia histórica.	374



En él trabajaron:

Por ARCIS:

Director del Centro de Investigación y Serie Punto de Fuga

Tomás Moulian

Subdirectora del Centro de Investigación

Verónica Huerta

Diseño de Portada

Manuela Moulian

Por LOM Ediciones:

Edición

Silvia Aguilera, Juan Aguilera,
Mauricio Ahumada, Paulo Slachevsky

Relaciones Públicas

Luis Alberto Mansilla

Asesoría Editorial

Faride Zerán, Nafn Nómez, Germán Marín

Secretaría Editorial

Teresita Benítez

Producción

Carlos Bruit, Elizardo Aguilera M., Eugenio Cerda

Diagramación Computacional

Angela Aguilera, Fabiola Hurtado, Jano, Lorena Vera

Fotomecánica

Josefina Aguilera A., Ingrid Rivas, Pedro Morales

Impresión

Héctor García, Rodrigo Véliz, Carlos Aguilera,
Alejandra Bustos, Francisco Villaseca, Luis Palominos, José Sepúlveda

Corte

Jorge Gutiérrez

Encuadernación

Sergio Fuentes, Marcelo Toledo, Rodrigo Carrasco, Marcelo Merino

Carlos Campos, Luis Ovalle, Eugenio Espíndola, Marcelo Ovalle, Mauricio Solís

Difusión y Distribución

Diego Chonchol, Berenice Ojeda, Elba Blamey, Nelson Montoya, Paula Leal, Nora Carreño,
Sergio Parra, Gastón Sobino, Nevenka Tapia, Eduardo Jara, Georgina Canifru, José Villalobos

Administración

Diego Chonchol, Alejandro Droguett

Coordinación General

Paulo Slachevsky

* Se han quedado en nosotros Adriana Vargas y Anne Duattis

Colectivo en Serie
(Estudios, ensayos y monografía en el área de las ciencias sociales)

- Delincuencia Común en Chile
Doris Cooper
- Las Chilenas de la Colonia
Cecilia Salinas
- El Crepúsculo de la Política
Antonio Leal
- La Ilusión de Filosofar
Max Colodro
- Chile. Utopías de Quevedo y Lope de Vega
Leopoldo Castedo
- El Programa Abandonado
Hugo Fazio
- Diario en Bolivia
Ernesto Ché Guevara

Serie Punto de Fuga

- Origen y Futuro de una Pa
Eduardo Santa Cruz
- Sobre la Condición Social de la Psicología
Carlos Pérez Soto
- Derechos Humanos (2 tomos)
José Galiano
- Discurso, Género y Poder
Olga Grau, Riet Delsing, Eugenia Brito, Alejandra I